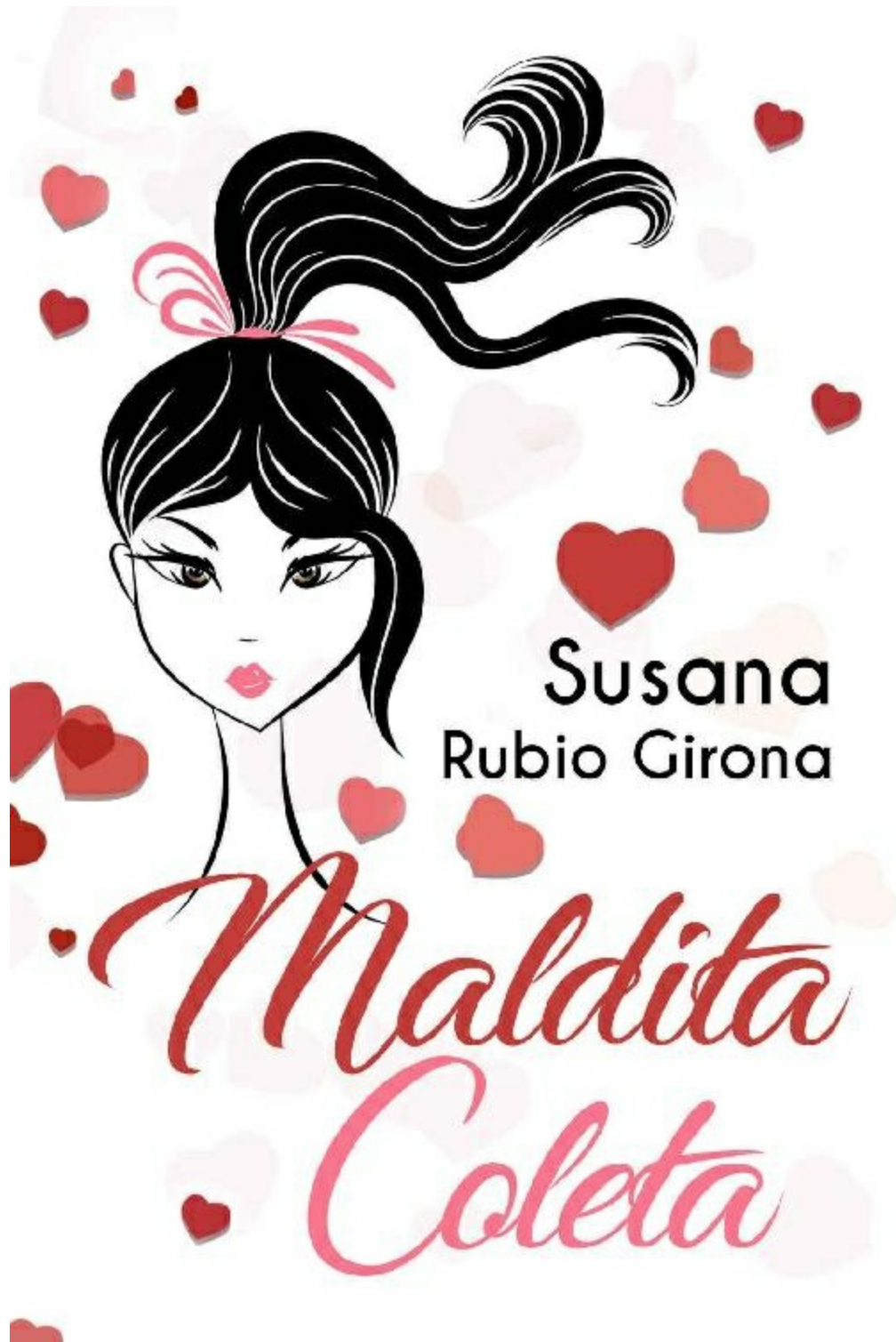


Susana
Rubio Girona

*Maldita
Coleta*



MALDITA COLETA

Susana Rubio Girona

©Susana Rubio Girona, 2017

Septiembre 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: Alexia Jorques

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo.

Los personajes que aparecen son ficticios, cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Para mis padres,
con todo mi cariño.

Agradecimientos

Van a ser unos agradecimientos ligeritos porque tengo tanto que agradecer a tod@s que podría escribir un libro entero con vuestros mensajes, vuestros escritos y todo vuestro apoyo. Pero entiendo que tenéis ganas de conocer a Guille, así que vamos a hacer un “rapidito”.

Gracias a mi familia, a mi marido por todo su apoyo y a mis hijos por darme tanto sin saberlo.

Gracias a Paqui Milán y Roser Barceló por ser mis lectoras cero desde los primeros capítulos; sin su guía esto no sería lo mismo, lo aseguro. Y en este libro tengo otra lectora cero que además es una escritora genial: Judith Galán,

mil gracias por todo socks! (¡¡Os la recomiendo!!)

Vuelvo a dar las gracias a Roser Barceló y a Judith Galán por su ayuda en la corrección, se agradece con toda el alma porque es un trabajo pesadito. Un

besazo enorme para las dos.

Mención especial a Susi Freire por su apoyo y el empujón que me ha ofrecido en su grupo. No sabes la ilusión que me hizo viniendo de ti. Mil gracias.

Y mención especial también a Beatriz Jimenez por la genial idea de montar el grupo “Las purpurinas de Susana Rubio” (estáis tod@s invitad@s).

Bea, gracias por esas risas y por estar ahí de forma incondicional.

Gracias a todas las purpus, sois geniales, me encantan vuestros comentarios y me rio de lo lindo con todas vosotras. No digo nombres porque me dejaría alguno de los 264, así que muchos besos de purpurina para todas.

Gracias a tod@s por comprar el libro, leerlo o recomendarlo. Gracias por vuestr@s mensajes, por vuestros consejos, impresiones y cosas que cambiaríais;

se agradece de todo corazón. Y gracias también a l@s que dedicáis un ratito a escribir la reseña en Amazon, porque nos da visibilidad y porque nos gusta saber

vuestra opinión.

Gracias a todas las que estáis al pie del cañón, esperando mi nuevo

libro... aquí lo tenéis, todo vuestro lokas. ¡¡Mil besos!!

Sinopsis

Soy Guille, psicólogo y escritor en mis ratos libres. Tengo un trabajo que me apasiona, una hermana a la que adoro y un amigo que me da más de un problema. Pero para problemas las nuevas chicas de la oficina...

Aina, la mujer de hielo, con pareja y decidida a seguir con ella.

Cristina, pura dinamita, sin prejuicios y con algunos conflictos.

Y yo, en medio, por supuesto, como el jueves.

Pero... ¿y si te enamoras de la persona equivocada? ¿Y si simplemente te utilizan? ¿Y si nada es lo que parece?

Una historia romántica y atrevida que no te puedes perder.

Índice

[**CAPÍTULO 1**](#)

[**CAPÍTULO 2**](#)

[**CAPÍTULO 3**](#)

[**CAPÍTULO 4**](#)

[**CAPÍTULO 5**](#)

[**CAPÍTULO 6**](#)

[**CAPÍTULO 7**](#)

[**CAPÍTULO 8**](#)

[**CAPÍTULO 9**](#)

[**CAPÍTULO 10**](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

CAPÍTULO 31

EPÍLOGO

Capítulo 1

Estaba bloqueado, completamente bloqueado. ¿El porqué? Había subido uno de

mis libros a la plataforma de Amazon y lo que sucedió después me había superado. Lo había hecho aconsejado por Chloe, mi hermana menor, y hasta ese

momento no tenía ni puta idea de qué iba todo aquello.

Una de aquellas tardes que estábamos en *El Espacio* tomando unas birras,

mi hermana me comentó que se había comprado un *Kindle*. Muy bien... ¿y? Me abrió una ventana a otro mundo. Había miles de escritores que autopublicaban sus obras, las subían a esa plataforma digital y a partir de ahí... miles de lectores las compraban o usaban algo que se llamaba *Kindle Unlimited*. Otro desconocido para mí hasta ese momento.

—¿Y a qué precio se venden?

—Depende, desde un euro hasta doce, trece,... Pero la mayoría los vende a dos euros con noventa y nueve.

—¿Y eso?

—Son escritores noveles y supongo que es la manera de darse a conocer, de que los leamos, con precios más bien bajos.

La miré pensativo, ¿quería yo exponer mi adorado tesoro?

—Guille, podrías subir el tuyo. La mayoría de las escritoras son mujeres y

tu visión del romanticismo es... bastante peculiar.

—Peculiar no, hermanita. Es una visión masculina...

—Me negarás que tu protagonista no es algo peculiar.

—¿Por qué? Se enamora de dos chicas al mismo tiempo, ¿quién dice que no es posible?

—Sí, claro. En tu libro lo parece...

—¿Lo ves? Tú misma lo reconoces. Sergi es un tío que no cierra puertas a nada y al final vive dos historias con dos personas opuestas.

—Sí, dos amigas que prefieren compartirlo que perderlo. ¿Es eso real?

Porque yo no podría.

—Y que no me entere yo...

Nos reímos los dos porque yo era muy protector con ella.

Chloe tiene veintiséis años y yo cuatro más; para mí siempre sería la enana, la pequeña, la bebé de la casa y mi objetivo era protegerla, como cuando éramos pequeños y se metía en líos gordos de los que solo salía si yo intervenía. Y lo hacía siempre con gusto, lo reconozco, me sentía *Superman* a su lado y ella me miraba con esos ojos grandes y oscuros y esas largas pestañas que

ya se gastaba por entonces.

—Lo que me sorprendió fue el final, la verdad. Súbelo, en serio. Yo creo que gustará y por probar no pierdes nada...

Y lo probé. Entré con mi cuenta de Amazon y seguí todos los pasos para

publicar el libro. Era sencillo, cierto, pero había que currárselo un poco antes: corregir el libro, maquetarlo bien, buscar una buena portada con un buen título y repasarlo todo antes de darle al botón de publicar. A ver, no creía que lo leyera demasiada gente pero a mí me gusta hacer las cosas bien, si no ya no me pongo.

Al cabo de un mes, más o menos, de esa charla con mi hermana, subí el libro y lo metí en la categoría de Romántica. Chloe corrió la voz en sus redes, que la tía es una adicta a esas cosas. Facebook, Instagram y Twitter, ¿alguien da más? Pues sí, dimos más, porque a la semana mi hermana estaba actualizando mi

cuenta de Face, que apenas usaba, y creándome otras.

—En serio, ¿es necesario todo esto?

—Joder Guille, has entrado en el top de romántica y estás entre el cuarenta y el sesenta, ¿no quieres más?

No me dejó ni responder. Ella a lo suyo y yo calladito.

—Si quieres te llevo yo las cuentas....

¿Que si quería? Joder, de puta madre.

A las dos semanas, *¿Por qué no?*, mi libro, mi desahogo, mi pozo de frustraciones, mi terapeuta personal y mi caja de Pandora, subió al primer puesto. Y eso fue la puta hecatombe. Ventas y más ventas, miles de páginas leídas cada día con eso del KU, mensajes, felicitaciones y un grupo de chicas pidiendo más: ¡Guille, queremos un hijo tuyo! Bueno, esto último era un jodido

sueño o pesadilla, según se mire, que tuve una noche.

Chloe estaba que se salía de contenta y, a ver, yo también, pero me sentí algo desbordado. ¿Tanta gente había leído alguna de mis fantasías eróticas?

Porque mi explicación del sexo era explícito, por supuesto. Chloe me decía

que

no debía pensar en eso porque se supone que nos tomamos licencias literarias y plasmamos vivencias de otras personas. Así que no tenían por qué imaginar que

el sexo oral me fascinaba. A mí y a la gran mayoría, que quede claro.

Y en fin, Amazon es como una puta tela de araña. Por si no lo sabéis. De

allí pasó a todas mis amistades, a mis compañeros de curro e incluso a Saioa y

Mónica, las dos chicas de mi libro.

Mis amigos me palmearon la espalda felicitándome y diciendo tonterías

varias como la típica de “dejad que hable Guille, ha venido a hablar de su libro”.

Claudio, mi amigo más cercano, incluso compró el libro y aún ahora dice que soy su héroe, que él también quiere dos tías en la cama y que si conozco a dos

amigas así que se las presente.

¿Que si las conozco? Ja, ja, ja.

Ellas, Saioa y Mónica, son amigas, cierto. Pero solo hice una breve

descripción sobre ellas para no darle muchas vueltas. Una rubia, la otra morena.

Una alta, la otra mediana. Una con curvas y la otra con unas buenas tetas. En fin, que no me comí mucho el tarro, pero tampoco pensaba que acabarían expuestas

ante tanto público y mucho menos que ellas llegarían a leerlo.

—¡Guille, tío! Que nos comemos la boca... —me dijo Mónica.

Habíamos quedado los tres para comentar la jugada, ya me habían llamado más de tres veces y no podía seguir poniendo excusas tontas. Con ellas no, eran amigas de toda la vida.

—A ver, chicas, que os he tomado como modelos pero no sois vosotras...

—¿Y Sergi no eres tú? Porque en algo sí te pareces; pelo rubio, ojos castaños, pestañas maxi largas, piernas interminables. No me jodas Guille, eres

tú —afirmó segura Saioa.

—Alto, guapo, nariz recta, pelo corto y que viste siempre que puede con tejanos y camiseta blanca.

—Pero el tío no es psicólogo, sino cantante —dijo pensativa Saioa.

—Guille siempre quiso ser cantante, ¿su único defecto? ¡Que canta como el culo!

Nos reímos los tres, inevitablemente. Menudo par...

Un poco era yo, sí, para qué negarlo. Pero lo había hecho por lo mismo, para no darle muchas vueltas. Además lo había escrito en primera persona y me era más fácil ponerme en según qué situaciones para escribir. Yo reía como él,

me cabreaba como él o me excitaba como él.

¿Conclusión? Las dos estaban súper animadas por ser las protagonistas

físicas del libro. Yo que iba cagado pensando que se me comerían vivo y... no hay quien las entienda.

—Por cierto, tú has hecho tríos, pero más de una vez, ¿eh? —soltó

Mónica.

La miré sorprendido y me eché a reír. Jodida.

—Venga va, confiesa.

—Alguna vez.

—Claro, por eso lo explica tan bien —le dijo Mónica a Saioa.

Yo las miraba como un simple espectador.

—Niña, puede documentarse, no es tan difícil. Hay muchas pelis y mucho porno. No creo yo que sea tan complicado, ¿no?

—Ya niña, pero esa manera de describirlo... tan... ¿Tú lo veías porno? ¿A que no? —le preguntó Mónica.

—No.

—Pues ahí está la diferencia, es el sentimiento que le pone...

Sonreí y me toqué la barba de tres días que llevaba últimamente.

—Sí, hay escenas que te ponen...

Carraspeé un poco, más que nada para que recordaran que estaba allí, con ellas.

Me miraron unos segundos y se echaron a reír.

—A ver si ahora te va a dar corte, niño...

Pues algo de corte sí. Una cosa era escribirlo y vivirlo mientras lo iba tecleando y otra que estuviera en boca de la gente. Que sí, que me sentía

orgullosa, un poco superada y bastante feliz con el tema, pero me daba la impresión de que había expuesto parte de mí a un millón de desconocidos y otros

tantos conocidos. Conocidos que no dudaron en hacerme miles de preguntas sobre esa faceta escondida.

En el curso mismo, mis colegas me bombardearon con varias cuestiones sobre el tema y, obviamente, tuve que responder sin titubear.

Trabajo en un centro psicopedagógico de bastante renombre donde puedes encontrar pedagogos, logopedas, fisioterapeutas, neuropediatras y psicólogos, como yo. Somos en plantilla ocho más el coordinador, Rafael, que es casi como nuestro padre porque debe rondar los cincuenta y la media del centro estará en la treintena.

Los psicólogos de la plantilla somos dos; Pablo y yo, y ahora mismo estamos hasta arriba de trabajo. Rafa va a contratar a alguien más porque no damos abasto entre adultos y niños. Yo me dedico más a la psicología infantil aunque en ocasiones me toca llevar la terapia de algún adulto. A mi compañero le gusta menos tratar con niños porque empatiza demasiado con ellos y algunas

situaciones le superan. A mí no. La verdad es que la mayoría de las veces trabajo más con los padres que con los niños porque ¿de qué sirve cambiar comportamientos en el niño si en la familia se repiten los mismos patrones? Casi

siempre es necesario que se produzca un cambio en el epicentro familiar y casi

siempre lo logramos, aunque da mucho trabajo, malas caras, negativas y muchos

sermoneos por mi parte.

—Guillermo —Mi jefe siempre me había llamado por mi nombre

completo—, voy a estar fuera un par de horas, si viene la señorita Sainz le muestras las oficinas y le ofreces un café mientras espera.

—¿Es la logopeda? —La nueva psicóloga se apellidaba Mateo.

—Sí, Martina está entusiasmada, me la ha recomendado por activa y por pasiva, y como será ella quien trabaje codo con codo con la nueva, mejor que se

lleven bien.

Sí, cierto. Si algo había aprendido trabajando entre tantas mujeres era que

el primer requisito para que todo fluyera con corrección se basaba en el buen rollo entre ellas. Si había desavenencias mal asunto, y la cosa podía terminar con un lápiz afilado en el ojo de alguna compañera. Exagero, claro, pero no tanto como para no saber que algunas mujeres, que no todas, no soportan trabajar con

las de su propio género.

Martina era la logopeda del centro junto a su becario Micky, quien bebía los vientos por su superiora. Es una chica alta, algo rellenita y con una de aquellas sonrisas que te alegran el día, además de tener los ojos más azules que

he visto en mi vida. Tiene treinta recién cumplidos y él creo que unos veinticuatro, con eso lo digo todo. Ella es toda una mujer y Micky todavía es un

nene con el que me meo de la risa al oír algunas de sus expresiones.

—¿Qué has dicho Micky? —le preguntó Martina delante del ordenador.

—Que Encarni es un *gocho* con todas las de la ley.

Nuestro centro está situado en los bajos de un edificio bastante grande y estamos rodeados de locales destinados a negocios varios; tenemos un bar al que todos vamos religiosamente, a nuestra derecha hay una peluquería de diseño, a

su lado la floristería de Encarni, una panadería y un par de locales que se dedican a la venta inmobiliaria.

—¿Un qué?

Los miré a ambos, con el café en la mano y sonriendo.

—¿Ha dicho chocho? —me preguntó a mí directamente Martina y nos reímos los tres.

—Jefa, he dicho *gocho*, una ansias de la comida, una engullidora de donuts, una aspiradora de azúcares y carbohidratos chungos...

—Ya, ya, ya te he pillado —dijo Martina mirándome a mí otra vez y poniendo los ojos en blanco—. Esto demuestra, Guille, que nos vamos haciendo viejos.

—Habla por ti, guapa, yo sabía qué era un chocho de esos —le dije y nos reímos de nuevo.

Y sí, lo sabía, porque en mi novela, uno de mis personajes, en concreto la hermana de Sergi, era una chica de unos dieciocho años que quería

independizarse y buscarse la vida por su cuenta. Y eso me había supuesto empaparme de su vocabulario y expresiones varias, algunas de las cuales yo

también usaba.

— *Gochoooo* —repitió de nuevo Micky mirándonos como si tuviéramos veinte años más que él.

A Martina y mí nos gustaba picarlo y era bien fácil porque era un poco crío todavía, aunque muy buen chaval y un futuro logopeda con mucha mano con los niños.

—Si Encarni se entera que le quieres ver el *toto*... —dije riendo pero ellos dos callaron de repente y yo no entendí por qué.

Me giré y vi a una chica no muy alta, de pelo oscuro y ojos grandes, que nos miraba con el ceño fruncido.

—Hola, ¿eres Aina Sainz? —Le tendí la mano al momento, fijando mis ojos en los suyos.

¿Era jodidamente guapa o me lo parecía solo a mí?

—¡Aina! —Martina reaccionó un poco tarde.— No te había reconocido...

—Hola...

Camisa de puño cerrado, pantalones clásicos y unos zapatos relucientes.

Demasiado elegante, a mi parecer. Supuse que al ser el primer día no había sabido qué ponerse. La mayoría íbamos vestidos con pantalones de pinzas y camisas más informales, no con tejanos pero tampoco con traje. Las chicas solían ir con ropa formal pero sin dejar de pensar que trabajamos con muchos niños y que ciertas piezas de ropa no eran bien vistas.

—Bienvenida a nuestro pequeño mundo. —Martina le dio dos besos a la

nueva y yo aproveché para repasar su perfil.

Buen cuerpo, aunque algo menuda, tetas bien puestas y culo respingón. Un rostro enmarcado por una coleta muy tirante, sin un pelo fuera de lugar...
¿cómo

sería quitarle esa goma con fiereza y ver su melena caer por unos hombros desnudos? ¡Mec! Norma uno del curro: no liarme con colegas. Era una lección

que la vida me había dado ya hacía unos años en el primer centro donde trabajé.

Me enrollé con una de mis iguales y los dos primeros meses de puta madre, pero

cuando rompimos aquello fue el infierno. Nunca más.

Pero mirar sí podía y coquetear también.

—Encantado Aina, soy Guillermo...

Nos dimos dos besos rápidos y entonces le presentamos a Micky.

Martina le comentó un par de cosas pero ella y Micky tenían unos

informes a medio terminar, así que me la llevé de allí para mostrarle el resto de los despachos.

Martina y Micky estaban en la zona principal, donde había un par de sofás,

tres mesas pequeñas con juegos didácticos, cuatro mesas más con ordenadores y

un pequeño mostrador donde María hacía las veces de recepcionista por las tardes, cuando el volumen de trabajo era más elevado.

De ahí, a través de un largo y no muy ancho pasillo pasamos a varios

despachos. El de Martina y su becario, donde realizaban sus tratamientos de logopedia frente al que sería el de Aina. El de Juan y Sandra, los pedagogos del

centro, que disponían de los dos habitáculos más grandes porque necesitaban más espacio para sus terapias. Seguidamente estaba el despacho de mi colega Pablo, otro vacío para el nuevo fichaje y el mío enfrente. Los tres eran iguales aunque cada uno lo teníamos decorado a nuestro gusto. Al final del pasillo estaba el despacho de Rafa, donde atendía a los clientes, el de la

neuropediatra Luna, el de Ángel, nuestro fisioterapeuta, y una pequeña estancia que usábamos

de cafetería.

—Y eso es todo —dije observando que Aina era más bien callada o al menos conmigo.

—Gracias, Guillermo.

Le hice un ademán con la mano para que pasara delante de mí en nuestra cocina-cafetería-lugar de cotilleos y así aproveché para contemplar su figura por detrás. Lo que había intuido: un buen culo. Pero se giró de repente y me miró con el ceño fruncido. Sonreí sintiéndome pillado ante una travesura. No quería empezar con mal pie con una nueva compañera y menos por un estupendo

trasero que podía encontrar en otro lugar.

—¿Te apetece un café? —me dirigí a ella e ignoré su gesto contrariado.

—Solo, por favor.

—¿Sacarina? —lo pregunté por inercia y porque muchas de ellas tomaban eso con el café.

—¿Sacarina? —inquirió alzando una de sus cejas.

Sus ojos negros se rasgaron y sus labios mostraron desagrado ante mi pregunta. Joder qué susceptible.

—Oye Aina —Martina entró como un torbellino—, ¿podrás venir esta tarde? Ya sé que empiezas mañana pero me gustaría saber tu opinión sobre un caso nuevo y muy complicado...

—Sí, claro, cuando me digas. —Aina le ofreció una sonrisa preciosa con unos dientes inmaculados y me quedé un poco idiotizado mirándola.

—Genial, a las seis tengo la visita. Si pudieras llegar antes...

—A las cinco me tienes aquí y revisamos el caso.

Vaya, era todo simpatía y generosidad. Y sus grandes ojos sonreían también junto a sus labios. Labios que invitaban a ser besados, mordidos, succionados. ¿Cómo sería besarla? ¡Ep! De nuevo divagando demasiado.

—¿Estarás aquí? —preguntó Martina.

Y vi que las dos me miraban a mí.

—¿Qué?

—¿Estás en otra galaxia? —dijo Martina burlándose.

—En otra dimensión —hablé con rapidez y sin dar importancia a mi atontamiento momentáneo.

¿Qué? Estaba buena la nueva y uno tenía ojos, joder.

—Si era a mí, sí, estaré toda la tarde —respondí con un guiño.

Martina se rio y se despidió con prisas. Así era ella, una hiperactiva que se dedicaba al diagnóstico, prevención y tratamiento de alteraciones del habla y del lenguaje. Y cuando digo hiperactiva, no lo digo por decir. Martina padecía TDAH y había sufrido en su piel las dos letras: la Desatención y la

Hiperactividad. Pero como muchos otros TDHAs tenía un coeficiente superior a

la media y gracias a ello había compensado su falta de atención en muchas ocasiones con su inteligencia. Hoy en día usaba sus propios recursos y trucos para seguir el hilo de su vida y de su amor al trabajo.

—Tu café —le indiqué a Aina que estaba analizando la pequeña estancia.

—Gracias —respondió igual de seca que antes.

¿Le caía yo mal?

Capítulo 2

A lo que iba, estaba delante del ordenador, sin saber qué escribir. Me sentía presionado, mucho, como si mi próximo libro tuviera que ser mil veces mejor que el primero. Porque era eso lo que se esperaba, ¿cierto?

—¿Por qué no escribes sobre mí? —preguntó Chloe tumbada en el suelo de mi pequeño salón con su ordenador.

Yo vivía solo, en el barrio de Sants, y mi hermanita venía a visitarme muy a menudo. Ella compartía techo con nuestra madre, con quien nos llevábamos estupendamente.

La miré unos segundos, escéptico. Estaba trajinando con mis cuentas.

—Ya tienes más de cien opiniones en Amazon, ya eres centenario Guille.

Cómo mola. ¡Mira! Esta dice que si eres como Sergi, quiere conocerte.

—Ya...

—Y aquí hay una opinión que dice que tu libro es un horror, pero para gustos colores, ¿o no?

—Sí, claro.

No me afectaban demasiado las malas opiniones. La verdad era que me quedaba con las buenas y que sabía que no podía gustar a todo el mundo. Ya tenía una edad e iba curtido en según qué cosas. Además, con mi trabajo, sabía

lo que eran los problemas de verdad, y para mí, esas críticas no lo eran.

Es muy jodido que un niño acabe descubriéndote un secreto con su tío: secreto que se basaba en el abuso sexual por parte de ese familiar. O es muy jodido ver a una niña de once años ya con síntomas de depresión y sin ganas de

ir a la escuela porque se siente presionada, angustiada y muy oprimida en este mundo.

Así que unos cuantos comentarios negativos, más o menos justificados, no me iban a suponer no poder dormir por la noche. Podía vivir con ello tranquilamente.

Le tenía dicho a Chloe que no respondiera a ninguno de esos comentarios; nuestra filosofía era pasar totalmente. Al ser más joven y mucho más impulsiva

que yo, temía que le diera uno de sus arrebatos y pusiera a parir a alguien. Pero no, de momento, por lo que había visto, mi hermana era una *lleva-cuentas* formidable.

—Pues podrías hablar del nuevo chico que he conocido —lo dijo en voz

baja, tanto que tuve que hacer un esfuerzo para descifrar su mensaje.

—¿Nuevo chico? —la miré esperando su respuesta.

—Sip.

—¿Desde cuándo hay nuevo chico?

—Desde hace un par de semanas... Lo conocí en *Tinder* y es un encanto.

Ya lo verás.

—Me niego. No pienso conocerle.

—Venga Guille, tú tienes buen ojo y me gusta saber tu opinión.

—Que no, que paso, joder. Que es el octavo que me presentas este año y estamos en mayo.

—Es el amor, que fluye, fluye...

—Una buena hostia te va a fluir a ti, hermanita. Tú estás enamorada del amor y después soy yo el que tiene que aguantar tus lloriqueos. Lloriqueos que te duran un día, ¿lo sabes, no?

—¿Solo uno? Joder, qué afortunada soy. Mis amigas se pasan varios días llorando por sus novios.

Chloe rio y me contagió. Era imposible no reírse cuando ella lo hacía. Y

ese creo que era uno de sus rasgos más destacables y con el cual estoy seguro de

que muchos de sus ex se habían rendido ante ella. Era adorable y su risa era única.

—Pero Íñigo es distinto, que te lo digo yo.

—Un tío que tiene que usar una aplicación de esas para ligar, no es muy distinto del resto, guapa.

—También la uso yo.

—Tú porque estás un poco *pallá*. Ya me dirás para qué necesitas usar *Tinder*, con veintiséis años que tienes.

—Eres un viejo Guille, con estas aplicaciones te abres al mundo y...

—Y a las mentiras, venga Chloe, que los dos sabemos de qué hablamos.

—Lo de aquel tío fue una putada. Puso una foto de su hijo.

—Ya, ya. Y tú chateando con él, como si tuviera veinticinco, sí,

¡veinticinco en cada pata!

Ya tenía a mi hermana enamorada de nuevo y es que era imposible con

ella. Lo habíamos hablado mil veces pero Chloe era una romántica empedernida

y necesitaba amar y sentirse amada. Lo jodido era que la mayoría de las veces tal como se enamoraba se desenamoraba, con una rapidez increíble y con excusas miles: no era tan guapo, no era tan inteligente, no era tan cariñoso, no era tan ingenioso, no era tan simpático, no era tan blablá... como pensaba. Y los dejaba

al poco con un pesar que le dolía en el alma. No exagero, no. Chloe lloraba, se

pasaba todo un día de luto por su último amor (que normalmente había plantado

ella) y si te he visto no me acuerdo.

—Créeme Guille, con Íñigo está siendo todo distinto. En serio.

La miré, incrédulo, aunque durante unos segundos dudé, ¿y si era ese el chico que podía enamorar de verdad a mi hermana?

—Me animo, va. Soy todo oídos.

Chloe se tiró a mi cuello, risueña y dándome besos en mi cabeza, mientras yo le daba manotazos para que dejara de hacer eso; sabía que terminaría mordiendo uno de mis brazos y dejándome una bonita marca en ellos.

—¡*Sister!* Después me preguntan con qué leona he estado, joder.

Ella se reía, feliz y divertida, y yo la miraba con cariño. Bah, me daba igual que pensarán que ese mordisco era de un ligue.

—Venga, te lo cuento todo, con pelos y señales.

—Espera, que voy a por una cerveza.

—Otra para tu *sister*, porfa.

CHLOE:

Chloe estaba aburrida pensando qué hacer aquella primera tarde de verano.

Dudaba entre ir al cine o llamar a su hermano para ir a tomar algo en *El Espacio*.

Se decidió por esto último pero al desbloquear su móvil leyó una notificación de

Tinder. Era su nuevo amigo Íñigo que le preguntaba cómo estaba. Era el segundo

día que hablaban pero había que remarcar que el día anterior habían estado hasta las tantas charlando, sobre todo de música, libros y películas. Sí, muy básico, pero entre ellos había surgido esa conexión que les hizo estar a ambos

pensando

el uno en el otro durante todo el día.

Chloe era una chica enamoradiza, lo sabía todo su entorno, y a menudo le

gastaban bromas sobre ello. Pero ella era muy risueña y divertida, con lo que acababa riendo con sus amigos o con su propio hermano sobre su último mal de

amores. Ella estaba segura de que esta vez iba a ser distinto, algo se lo indicaba,

¿intuición femenina? Nunca había usado de eso y siempre le llamaba la atención

cuando alguien hablaba de ese tipo de intuición. Ella era más bien impulsiva y se dejaba llevar por sus pálpitos, pero de ahí a ser intuitiva... Su hermano era la parte juiciosa y ella la alocada de esa relación fraternal. Por eso se llevaban tan bien; ambos estaban seguros que pocos hermanos tenían una relación tan

estrecha como la suya.

Chloe en cuanto tenía alguna novedad corría al piso de su hermano para ponerle al día y pedirle algún que otro consejo. A Guille le gustaba tener esas charlas con ella, con una cerveza en la mano y una media sonrisa en la cara mientras la escuchaba con atención.

Justo en aquel momento le estaba explicando cómo era el tal Íñigo. Alto,

fuerte, de hombros anchos, musculoso, guapo, como no, y con un talento para rapear innato.

—¿Un grupo de rap? —le preguntó Guille.

—Sí, pero no del rollo “felices los cuatro, te agrandamos el cuarto”...

Los dos hermanos se pusieron a reír ante el tonillo de Chloe y el

movimiento de culo con el que lo acompañó.

—¿Nada de *Malumba*?

—¿Sabes por qué dicen los cuatro? —Guille la miró esperando.

A él no le iba esa música aunque estuviera por todos los locales de Barcelona.

—Porque el marido de su amante también tiene una amante. Tócate los huevos...

—Chloe, me explicabas lo de tu amigo —le recordó su hermano.

—¡Ah! Sí, pues él es más del estilo *Arkano*... ya sabes... “un poco de cachondeito, tú en mi cama dando gritooooos...”

Más risas y Guille no podía parar de reír con su hermana. Le resultaba de lo más contagioso, ya desde bien pequeña Chloe tenía una de esas risas que te sacaban una carcajada.

—Vale, vale, ¿y estudia? ¿Trabaja? —siguió preguntando él.

—Pues ha estudiado derecho mientras montaban el grupo, *Los Flow*. Se sacó la carrera porque sus padres le obligaron y él, a escondidas, continuó con su idea de ser rapero. ¿No es romántico?

—Sí, mucho. Sacado de una telenovela.

— *Rancioman*.

—¿Has quedado ya con él?

—No, él está de gira ahora mismo con el grupo pero hemos quedado en vernos esta noche por primera vez por Skype.

Y así fue. Esa misma noche Chloe estaba preparadísima a las once para ver a su nuevo amigo. Su madre hacía rato que estaba dormida, ella se había cambiado de ropa y en ese momento se miraba en el espejo con esmero; quería

causar buena impresión.

Se había maquillado sus grandes ojos oscuros y sus pestañas extra *large* a conciencia . Ella y su hermano habían heredado las pestañas de su padre, era de lo poco que tenían de él, aunque su madre siempre le repetía que esa risilla de Chloe era con exactitud la misma que la de su progenitor. Chloe siempre se preguntaba cómo podía ser si ella apenas lo había conocido; murió cuando tenía

dos años. Había visto fotos, muy pocas, pero en su mente el recuerdo era nulo y

eso la fastidiaba bastante. Acababa preguntando a Guille pero su hermano era bastante reacio a hablar de él, aún le dolía y a pesar de saber que no era así, se culpaba de su muerte. El niño pequeño que creía que había provocado la muerte

de su padre se había quedado en él.

Por muy psicólogo que fuera Guille, aquello no había salido de su cabeza y

era un tema espinoso para él. Tanto su hermana como su madre lo sabían y lo respetaban al máximo. No es que fuera un tema tabú pero procuraban no hacerle

preguntas sobre su padre desde que a los diez años Guille había explotado en un

ataque de nervios cuando su madre le había hecho una simple pregunta:

¿Recuerdas cuando papá te enseñó a montar en bici?... Y Guille gritó por primera y última vez a su madre diciendo que no volviera a hablar de papá.

Con el tiempo, todo volvió a su sitio y Conchi, la madre de Guille, lo llevó a un especialista para que recibiera la ayuda necesaria. De ahí surgió la vocación

de Guille, quería ser psicólogo y ayudar a la gente, sobre todo a niños.

Un pitido sacó a Chloe de esos pensamientos sobre su padre y miró el ordenador. Íñigo estaba en línea.

—Hola enana. —Chloe sonrió al leerlo.

—Hola *floki*.

Le llamaba así por el pirado protagonista de la serie *Vikingos*. Habían hablado bastante sobre ella y Chloe le había puesto el mote a su nuevo amigo de

forma cariñosa.

—Estoy nervioso.

Chloe se mordió el labio pensando que ella también lo estaba, mucho.

—Ya somos dos.

—¿Le doy ya a la cámara o charlamos primero?

—¿Como si fuera un pre-calentamiento?

Íñigo, sentado en la cama de ese motel, se rio al leerla. Esa tía era la caña.

No había nada como una tía divertida. Y ella lo era.

—¿Hablas de deporte o de...?

Chloe suspiró al leerlo. No habían tocado el tema sexo. Apenas se

conocían de dos semanas. Bueno, eso en la calle hubiera sido más rápido. Me

gustas, te gusto. Me besas, te beso. Nos acostamos y si va bien, seguimos.
Pero

online las cosas iban como más despacio y la gente iba con más tiento. Se
habían

mandado fotos y ella sabía que Íñigo era un chico guapete pero no era lo
mismo

que verlo, para nada. Él pensaba que Chloe estaba súper buena pero... Uno
puede

ser muy fotogénico y después perder toda la gracia en un *face to face*. Ambos
sabían aquello de sobras porque no era la primera vez que conocían a alguien
a

través de aquel medio.

—Yo soy de las que se tiran a la piscina sin flotador, *floki*, ¿vamos?

—Vamos a por ello.

Chloe aceptó la video llamada rezando que Íñigo siguiera pareciéndole lo
más y él cruzó los dedos bajo una de sus piernas, una de sus tontas manías.

En cuanto se tuvieron delante, se sonrieron con cierto corte pero Íñigo rompió
el hielo.

—“Estás allí mirando sin hablar, el silencio aturde y más si no estás, hoy
me he dado cuenta de lo bello que es vivir, pero no había pensado que es
gracias

a ti”, *Arkano* para ti.

Chloe se rio al oírlo cantar en directo pero le encantó, se la metió en el
bolsillo con su grave voz.

A partir de ahí todo fluyó, como decía ella a menudo. O todo fue un *flow* como decía él...

Bueno, pues no estaba mal para empezar. Era el principio de algo. Había logrado escribir tres páginas sin parar después de que mi hermanita del alma se

fuera. Iba a añadir cosas a esa historia pero de momento era bastante fidedigno a lo que ella me había relatado.

Dejaba al descubierto algunas cosas de mi vida privada, como el tema de mi padre, pero nadie tenía por qué saber que era mi hermana. Al terminar cambiaría los nombres con la función de reemplazar de Word y listo. Ya lo pensaría más adelante, porque buscar los nombres a mis protagonistas era una de

las cosas que más me costaba, como si fueran mis propios hijos. No había suficientes nombres en el mundo y me era difícil encontrar los idóneos. Parecía

una gilipollez pero con mi primer manuscrito me había tirado media hora hasta

dar con los nombres de Daniela y Paula, mis dos protagonistas junto a Sergi.

Sonreí al recordar la primera escena de sexo que escribí; me había

supuesto un mundo. ¿Ponía polla o verga? ¿Sexo o vagina? ¿Me estaba pasando

o la gente lo vería como lo que era, lo más natural del mundo? Nunca sabías porque hay público para todo, pero no me quería pasar de largo ni tampoco quedarme en “se acostaron juntos y disfrutaron mucho”. El sexo mueve el mundo, qué coño. Quiero decir que no es lo único, pero si en la vida real lo

disfrutamos (y mucho más de lo que decimos), ¿por qué no describirlo en un libro? Sin ser soez, sin ser vulgar y sin repetir las escenas mil veces.

Fruncí el ceño al pensar que si seguía escribiendo sobre mi hermanita

debería llegar a ese punto... Y eso no me gustó un pelo. Bueno, ¿quería escribir

sí o no? Pues debía dejar los prejuicios a un lado. Mi hermana también follaba,

me gustara o no.

Vino de nuevo mi padre a mi mente y me levanté a por una cerveza. Me la tomé mirando por la ventana mientras pensaba en él.

Mi padre, Fernando, murió de cáncer, algo demasiado común hoy en día.

Estaba sano, trabajaba de paleta y jugaba conmigo siempre que podía. De un día para otro se empezó a quejar del estómago y fue al médico varias veces hasta que le hicieron una biopsia. Ahí empezó el infierno de mis padres y mi pesadilla.

Pasé de tener un padre feliz, contento, divertido a uno que vomitaba en un barreño pequeño cada vez que volvía del hospital. Las terapias de antes no eran

como las de ahora y la quimioterapia era mucho más jodida. Se pasaba un par de

días en el hospital con mi madre mientras nosotros estábamos a cargo de mi tía

Mari. Cuando llegaba la hora de volver a casa, mi tía nos pedía que no armáramos mucho jaleo y yo solo pensaba que por favor esta vez viniera curado,

que dejara de vomitar, que mi madre dejara de llorar por las noches y que mi papá volviera a ser feliz.

Tenía entonces seis años recién cumplidos en enero y aquello empezó casi después de mi cumpleaños. Chloe tenía dos años y gracias al cielo no se enteraba

de mucho porque a veces mi madre le regaba el pelito con sus lágrimas.

La cosa no mejoró, la cosa empeoró y yo no era tan irracional como para no entenderlo. Mi papá se apagaba por momentos, se quedó sin pelo, se adelgazó

mucho y casi no tenía fuerzas para hablar. Me sonreía pero aquello era un espejismo de mi padre. Dejé de oír su risa contagiosa.

La última noche se levantó de la cama y antes de llegar al baño se cayó por el pasillo de nuestro piso. Oí el ruido y me levanté raudo para saber qué había pasado. Mi padre, en el suelo, derribado por esa enfermedad, sin poder moverse

y mi madre derramando lágrimas en silencio mientras intentaba levantarlo de allí.

Lo peor de todo fue ver a mi padre llorando desconsoladamente. No le había visto jamás llorar y menos de ese modo. Algo se rompió dentro de mí.

“Por favor, que se muera. Por favor, está sufriendo. Solo sufre...”

Uno debe tener cuidado con lo que desea...

Capítulo 3

—Oye mamá, esto está de miedo —le dije a mi madre con sinceridad al probar

su guiso.

—Lo sé, es una receta antigua, de tu abuela Pilar.

—¿Y no me la vas a pasar?

—No, porque las desgracias con tus experimentos culinarios.

Se sentó delante de mí y me miró inquisitivamente.

—Tú no me has invitado solo por el guiso, ¿cierto?

—¿Qué hace tu hermana despierta hasta las tantas y con el ordenador?

Mastiqué despacio, intentando organizar la información que debía facilitarle.

—¿Tú qué crees? —De entrada mejor averiguar qué pensaba ella.

—Tú y tu psicología. Te lo he preguntado yo a ti.

Mi madre era dura de pelar.

—Ha conocido a alguien.

—¿Otra vez?

—Mamá, tiene veintiséis años. No es una niña.

—Ya, ya. Pero me preocupa esa inestabilidad suya.

No era una niña pero tampoco era tan mayor como para no tener pareja e ir picando de flor en flor. Si hubiera sido yo, mi madre no hubiera mareado tanto la perdiz.

—Yo tampoco tengo pareja.

—Lo tuyo lo doy por perdido.

La miré con una sonrisa. Jodida.

—Gracias por no presionarme.

—¡Ah, no! Si lo digo de verdad.

Solté una risotada pero ella solo sonreía.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo está Santi?

Santi era su pareja desde hacía tres años. La cosa iba en serio pero ninguno

de los dos quería compartir techo; tú en tu casa y yo en la mía. A mí me parecía

genial siempre que a ellos les estuviera bien.

—Bien, muy bien. Le han dicho que tiene que ir unos días a Viena para realizar una formación y me ha pedido que vaya con él.

—¿A Viena? Te encantará...

—No sé si iré —me cortó con rapidez.

—¿Por?

—No he salido de España desde que...

Desde que mi padre murió. Ya.

—Pues quizás vaya siendo hora.

Nos miramos fijamente. Éramos los únicos que compartíamos esos

momentos. Momentos en que los dos recordábamos a mi padre; lo veíamos

sentado en el sofá, con sus zapatillas de rayas y su pelo rubio alborotado.

Tenía treinta y ocho años cuando murió. Pero mi madre y yo solo lo pensábamos, no lo

verbalizábamos nunca.

—Pues tienes razón —dijo saliendo de aquella intensa mirada—. Quizás me animo. Viena tiene que ser un lugar precioso, recuerdo tus fotos de fin de carrera.

—Te gustará, ya sabes que allí está el palacio de *Sissi* con toda su parafernalia.

—¡Ni se te ocurra meterte con ella!

Nos reímos los dos porque a mi madre le pirraban todas sus películas.

Recuerdo verlas con ella hasta que crecí un poco más y un día le dije :
“mamá,

mis amigos no ven estas cosas. Punto uno. Y punto dos, tengo diez años y me voy a dormir a la misma hora que cuando tenía tres”. Me había hecho mayor.
O

eso dijo mi madre entonces sonriendo y dándome un sonoro beso de los suyos.

Oímos la puerta y Chloe entró como un torbellino.

—Ya he terminado las prácticas, por fin. ¿Qué huele tan bien?

Le dio un beso a mi madre y otro a mí, a la vez que cogía un trozo de pan y lo masticaba.

—¿Cómo ha ido tu último día en el cole? —le preguntó nuestra madre mientras le servía un plato.

Mi hermana cursaba el último año de magisterio. Sí, con veintiséis años, porque se había tomado un par de años para pensar qué estudiar mientras trabajaba en una cafetería por las mañanas y hacía de voluntaria por las tardes

en una ONG que se dedicaba a procurar alimentos a los más necesitados.
Después

empezó Trabajo Social pero no le gustó y al siguiente año se matriculó en ADE,

que dejó en el primer cuatrimestre. Mi madre empezaba a perder la paciencia y

yo la alentaba a que se lo tomara con calma. Chloe necesitaba su tiempo, su espacio, y tenía ahorrado dinero suficiente para cagarla dos veces y acertarla a la tercera. Porque por fin con magisterio encontró su vocación.

—Súper, mamá, ahora los exámenes de junio y se terminó. Estoy segura de que me lo sacaré todo limpio.

Mi madre la miró con orgullo.

—¿Y en verano qué harás al final? —le pregunté sabiendo que dudaba entre irse a Nicaragua para ayudar a unos colegas en un proyecto humanitario o

irse un par de semanas en agosto a Madrid, para asistir a unas jornadas sobre nuevos métodos educativos.

—Ni idea, sobre la marcha.

Sobre la marcha irse a Nicaragua...

—Oye Guille, ¿y qué tal con la chica esa?

—¿Qué chica? —pregunté pensando que lo decía para cambiar de tema.

—La nueva.

—Pues es más seca que la mojama. Es la nueva logopeda, mamá —le

aclaré, al ver que no nos seguía—. Apenas la he tratado, así que no puedo decirte mucho más. Mañana empieza otra, Cristina... creo que ha dicho Rafa.

—Demasiadas mujeres... —murmuró mi madre por lo bajo y la miré de soslayo.

¿Puede ser que una madre tenga una especie de extraño radar?

Y la nueva psicóloga era Cristina. Una tía ancha de caderas, voluptuosa, sexy y con una mirada de leona que no sabías si te iba a morder o a devorar, pero que algo peligroso iba a pasar, eso seguro.

Apareció por el centro al día siguiente, junto a Rafa y hablando con un desparpajo que hacía pensar que era más bien su hija o alguien bien cercano.

Pero no. Cristina era muy extrovertida y segura de sí misma. O eso parecía a primera vista.

Rafa nos la presentó, a Pablo y a mí, y nos dio un buen repaso a ambos.

Tal cual. Pablo se sintió algo cohibido, lo conozco a la perfección y no le gustó que su nueva colega fuera tan... ¿exuberante?

—Hola Pablo, esto y tú eres... ¿Guillermo? El famoso Guillermo...

La miré sorprendido. ¿Famoso?

Me dio dos besos, muy cerca de mis labios, pero que mucho. Esa mujer desprendía sexo por todos los poros de su piel.

—Lo de famoso lo dices por...

—Por tu última ponencia en la universidad, dejaste a las chicas entusiasmadas con tus experiencias.

Esa frase, con su tono, parecía otra cosa. Pero Cristina venía de ejercer en

la Autónoma y supuse que había estado en aquella charla sobre “¿Cómo hablar

el lenguaje de los niños?”.

Charlamos un poco más con Rafa, quien le fue indicando nuestras

funciones principales en el centro. Ella no dejó de mirarnos alternativamente, sin ningún tipo de reparo o pudor, y mientras yo le sostenía la mirada, Pablo no sabía a dónde mirar. Éramos muy distintos, estaba clarísimo. A mí las mujeres como ella no me daban miedo alguno, había lidiado con varias del estilo. En cambio mi colega era mucho más comedido y sus relaciones personales se contaban con los dedos de una mano.

Lo sabía porque era un tema del que habíamos hablado los dos solos,

tomando el café en algún descanso, y ambos coincidíamos en que cada cual podía vivir la sexualidad como le viniera en gana. Nos respetábamos por encima

de todo y a mí me picaba la curiosidad por su modo de proceder y a él le pasaba

lo mismo conmigo. Mis preguntas eran: ¿y no tienes ganas de tirártela nada más

verla? ¿Y por qué no lo haces? ¿Ir despacio?... y sus preguntas eran todo lo contrario: ¿cómo puedes intimar de ese modo la primera vez? ¿No necesitas conocerla mejor? ¿Cómo sabes que no va a ser un desastre?

Realmente, y puestos a mirar, aprendíamos el uno del otro sin darnos cuenta.

—¿Te apetece un café? —le pregunté a Cristina en cuanto terminamos de responderle algunas preguntas.

Me miró con intensidad. Y leí su mirada perfectamente: un café y un

polvo. Pero debía recordar mi norma número uno aunque mi buen olfato me decía que Cristina no era de las que después te pedían explicaciones.

—Si no os importa, debo preparar el caso de Ruiz —nos dijo Pablo en dirección a su despacho—. Después te paso esos informes —le indicó a ella.

—Me tomo el café y te hago una visita...

¿Había dicho visita o mamada? En serio, aquella tía era pura dinamita y me tuve que dar una hostia mental para dejar de pensar de ese modo con ella.

En el pasillo nos cruzamos con Aina, con quien no había vuelto a hablar.

Me miró con su habitual seriedad, seguidamente se quedó mirando mi brazo y abrió más los ojos al ver a Cristina tras de mí. ¿Qué tenía en mi brazo...? ¡Ah, sí!

El jodido mordisco de mi hermana. Qué observadora esta Aina...

—Aina, ella es Cristina, la nueva psicóloga...

—Sí, nos conocemos.

Ah...

—¿Qué tal Cris? —le preguntó con frialdad.

—Perfectamente, ya me ves. ¿Y tú? No sabía que habías vuelto.

—Aquí estoy. He empezado hoy. Qué casualidad tan...

—Tan casual. Dejémoslo así.

Las miré a ambas, intentando descubrir qué tipo de relación tenían. Mirada fría, sonrisa falsa, gestos exagerados. Estaba claro, no se caían demasiado bien.

Aina pasó por nuestro lado diciendo un “hasta luego” educado pero sin mirarnos.

—¿Cómo tomas el café? —le pregunté preparando dos tazas.

—¿Un psicólogo que no es fisgón? Corto y con sacarina.

La miré divertido.

—Prefiero no meterme en vuestras cosas, siempre salimos recibiendo.

—No exageres, hombre. Solo por curiosidad yo te hubiera acribillado a preguntas.

—Yo no —le repliqué con una sonrisa.

Nos miramos a los ojos, sin miedo alguno. Su brillo me indicaba que yo le gustaba y mis partes bajas me indicaban algo parecido. Era algo sexual, claro, algo primario, porque no la conocía pero irradiaba una especie de magnetismo

que ella sabía usar perfectamente.

No era especialmente guapa o no como Aina. Pelo rubio y corto, con el flequillo más largo y hacia el lado. Sus ojos eran de un verde esmeralda y su boca muy bien perfilada con unos labios apetecibles. Era más bien resultona y atractiva, conocía sus puntos fuertes y los exhibía sin pudor. Piernas de infarto bajo una falda que marcaba sus formas, unos pechos erguidos que dejaba entrever con un botón suelto de su camisa y un cuerpo lleno de curvas sinuosas.

—Creo que nos llevaremos bien —me dijo con voz sensual.

—Soy fácil de llevar —le dije seguro de mí.

—Eso me gusta —dijo rozando mis dedos al darle su café.

La miré alzando una ceja y sonriendo.

—Guillermo. —La voz de Aina, a mi espalda, me asustó pero me giré inmediatamente.— En recepción hay una tal Sonia Cidoncha que pide por ti, viene con un niño pequeño.

—Gracias, si quieres un café puedes tomarte el mío —le dije con un guiño y salí en busca de Luís—. ¡Pequeñajo!

Luís, de seis años, en cuanto me vio se tiró a mis brazos y observé que Sonia sonreía agradecida.

—Guilleeee.—Nos abrazamos con cariño y me quedé a su altura, en cuclillas.

—Te veo súper fuerte, menudo abrazo.

—Es que en el cole tomo mucha fruta.

Luís, un par de años atrás, era un niño con muchos temores: no quería ir al colegio, quedarse en el comedor era un martirio y no sabía dormir solo. El tratamiento duró año y medio pero ahora era un niño la mar de feliz, tan solo hacía falta ver sus ojos.

—¿Manzanas y peras? ¿Verdes?

Antes odiaba cualquier comida que fuera de ese color.

—¡Sí! ¡Y como lechuga!

—¡Ey! Eso se merece un vuelo de superhéroe.

Lo cogí en volandas, él estiró los brazos hacia delante y le di un par de vueltas en el aire, como si volara. Nos reímos los dos y acabamos dándonos otro

abrazo. Cerré los ojos y sonreí al sentir su cariño; era algo reconfortante. Pero al

abrirlos me topé con los de Aina, que miraba con demasiado interés para mi gusto. No me gustaba mostrarme tan vulnerable, así que la ignoré por completo

yendo hacia la madre del peque para charlar con ella sobre lo bien que seguía Luís.

Justo al terminar con Sonia apareció mi hermana y le dije que se esperara en la sala porque quería recoger el maletín con el ordenador. Al salir de mi despacho me tropecé de nuevo con Aina.

—Perdona —le dije—. Pasa.

—No, prefiero ser yo la que esté detrás de ti.

No sabía si bromeaba o me reñía por mirarle el culo el primer día, así que dije poco más.

—Está bien.

Esta chica me desconcertaba aunque no podía negar que cada vez que la miraba descubría algo nuevo en ella: una peca cerca de su oreja, unos pendientes

minúsculos, un lóbulo suave para ser mordisqueado, unos labios sugerentes, unos ojos preciosos, un pelo que veía enredado en mi mano para tirar de ella mientras su boca me la comía,... ¡Joder! Se me estaba yendo de las manos, así que ni me giré para decirle adiós. No quería salir de allí con una erección de campeonato.

Mi hermana se colgó de mi cuello y salimos parloteando. Tenía nuevas aventuras que contarme sobre su nuevo amiguito.

Íñigo, que si te veo te pelo...

CHLOE:

Íñigo y Chloe volvieron a quedar en verse al día siguiente. Los dos se sentían igual de ilusionados y con ganas de saber más del otro. Aquella cita a través de Skype había sido todo un éxito y los dos se habían venido arriba. Chloe no había dado pie con bola en los estudios al tener a Íñigo en la cabeza y él, por su parte, había medio compuesto una canción pensando en ella. Cuando la tuviera terminada se la regalaría. Vaya, aquello era muy nuevo para él.

Con Chloe sentía algo distinto, como si ella tirara de él, como si todo fuera nuevo y jamás hubiera estado con alguien. Chloe era muy diferente de las otras chicas.

—Hola enana...

—Hola *floki*...

Aquel segundo día encendieron sin titubeos la cámara; tenían muchas ganas de verse y charlar de ese modo. Él le preguntó cómo le había ido el día, ella le preguntó cómo iba su gira, él le dijo que tenía unos ojos preciosos y ella le replicó que tenía una mirada tan intensa que...

—¿Qué...? —preguntó él con voz más grave.

—Que me dejas sin respiración —respondió Chloe con un suspiro.

—Mejor no digo lo que tú me provocas...

Ambos se miraron con pasión: si hubieran estado uno frente al otro, se hubieran besado sin más preámbulos.

—Mejor me lo dices...

—Chloe, si empiezo no querré parar —la avisó con ganas de que ella le

siguiera el juego.

—Entonces, no pares. ¿Me lo dices o prefieres que me lo imagine?

Íñigo empezó a susurrarle con voz ronca cómo la besaría. Chloe se mordía los labios queriendo ese beso a la vez que juntaba sus rodillas al sentir el deseo entre sus piernas. Él estaba empalmado hacía rato pero no quería asustarla yendo

tan deprisa, aunque lo cierto era que deseaba tocarse.

Un susurro, un gemidito y un brillo en los ojos de los dos y sin darse cuenta alguien dijo... ¿te quieres tocar?

Joder con mi hermanita y el puto niñato ese. Retiré la silla y me levanté de golpe.

A ver, lo había escrito con suavidad, no había nada soez en ello pero cuando mi hermana me empezó a explicar aquello, la hice callar.

—¡Pero mejor si lo sabes de primera mano!

—Que no, joder, que no me cuentes más. Que ya le echaré yo imaginación, que para eso escribo.

—De verdad Guille, con lo que tú eres...

La miré pensando en sus palabras. Tenía toda la razón del mundo. Yo era bastante dado a ligar, a pasar una sola noche con una mujer y probar cosas. Pero

ella era mi hermana pequeña, coño. No era lo mismo.

Me vino a la cabeza Cristina y al segundo Aina. Podían ser perfectamente las dos protagonistas de una novela. La sosa y la exuberante. La guapa y la atractiva. La seria y la risueña. Y yo me follaría a las dos, juntas y por separado.

¿Por qué no?

Me reí por mis pensamientos y tuve que colocármela bien en los

calzoncillos al notar mi erección. Pero al hacerlo tuve una necesidad imperante

de masturbarme, así que aproveché la ducha para tocarme mientras en mi mente

Aina me besaba la polla y Cristina me comía la boca.

¡Dios! Qué duro es trabajar...

Capítulo 4

“¡Por fin es viernesssssssssss!”

Ese era el Whatsapp que cada viernes me mandaba Claudio, mi mejor amigo, desde su móvil y desde hacía... ¿cuánto? Un par de años seguro.

Aquel viernes habíamos quedado con Mónica, Saioa y Berta, la prima de Claudio. Íbamos a salir por la zona del barrio Gótico y más tarde iríamos a una

de las discotecas más de moda de Barcelona, *LaNeu*.

Claudio y yo solíamos ir siempre juntos aunque con distinta gente; con las chicas o con los de su curro o con colegas que nos invitaban a alguna fiesta.

Cada fin de semana era distinto y eso era lo que nos gustaba a ambos, aunque Claudio y yo éramos el día y la noche.

Mi amigo es algo más bajo que yo, muy moreno de piel, pelo negro

azabache y muy musculado. No tiene un gramo de grasa porque se cuida en el

gimnasio como un matado. Yo paso.

En cuanto a nuestra forma de ver la vida, más de lo mismo: si yo digo negro, él dice blanco; si quiere ir a un chino, yo quiero un italiano; si a él le gusta la rubia, a mí la morena (en esto no nos quejamos); y si yo bebo unas tres

copas en toda la noche, él se pone hasta el culo de alcohol y de coca.

Sí, le va la coca. A pequeñas dosis. Dice que después de currar toda la puta

semana necesita un desahogo y que hacerse una raya el viernes y otra el sábado

no es algo tan grave. Lo dice porque yo le meto caña y no me mola que esnife

eso por la nariz. Pero conozco a Claudio y cuanto más le diga peor.

—Voy al baño —me dijo alzando las cejas.

Era su manera de indicarme que iba a por su dosis. Me quedé con las chicas en la barra y escuché su charla sobre unas nuevas pastillas anticonceptivas que duraban más y no sé qué historias. Yo siempre usaba condón, eso era sagrado. Y era una gran putada, la verdad, porque no había nada como hacerlo a

pelo. Lo sabía porque con mis dos parejas estables lo habíamos acabado haciendo piel con piel y era acojonante. Pero o usabas condón o pillabas alguna

mierda que podía joderte de por vida. Y yo me quiero mucho, a ver si me explico.

—Guille se nos está aburriendo —soltó Mónica llamando mi atención.

—Qué va, si desde aquí tengo unas vistas espectaculares —les indiqué señalando un grupo de veinteañeras que no iban más apretadas porque no podían.

—Serás viejo verde —dijo Berta riendo.

—No soy yo quien las viste así —repliqué antes de tomar un trago de gintonic.

—¿Te liarías con una de veinte? —preguntó Saioa interesada.

—¿Y tú? —le respondí veloz.

Juntó sus labios en un mohín gracioso y negó con la cabeza.

—Un chico de veinte es un crío para mí, por norma general. Siempre puede haber alguno que sea más maduro o que incluso sepa dónde tocar...

Se rieron las tres y yo sonreí. Sí, claro, el cuerpo de la mujer es un mundo y necesitas cierta práctica para llegar a saber cómo hay que tocarlas.

—Pero responde, mamón —insistió Saioa.

—Pues no sé, depende.

—¿De qué?

—A ver, no voy pidiendo el DNI así que todo podría ser si esa supuesta chica de veinte me gustara.

—Una chica a los veinte es más madura que un chico, eso es así

—intervino Mónica—. Es más normal que Guille se enrolle con una de esas

que

nosotros con un chico de esa edad.

Las tres parlotearon a la vez, confirmando las palabras de Mónica y yo me

fijé en que una de aquel grupito me miraba insistentemente. ¿Llegaría a los veinte? Lo dudaba. Y de eso sí que pasaba. No quería meterme en líos ni desvirgar vírgenes. Ya, ya, hoy día a los diecisiete vírgenes pocas pero por si acaso.

—Bueno, ¿qué? —Claudio interrumpió como un terremoto— ¿Nos vamos a mover el culo a *LaNeu*?

Al pasar ante aquel grupo, aquella chica me cogió del brazo.

—Perdona, ¿eres Guillermo Zabala?

Joder, ¿no?

—Sí, el mismo... —titubeé extrañado.

Cogió algo de su mini bolso y no vi que era un bolígrafo hasta que me lo tendió.

—¿Puedes firmarme?

—¿Firmarte?

Me ofreció su hombro con una gran sonrisa.

—Sí, aquí. Después le saco una foto, ¿Puedes poner para Amanda que ha leído mi libro y ha quedado enamorada de Sergi?

La miré alucinado. Por sus palabras. Por lo de la firma. Y ¿por qué cojones sabía esa chica quién era yo?

Le escribí aquello por inercia, casi sin pensar.

—¡Gracias! Y eres más guapo al natural, que lo sepas. En la foto del Face estás muy serio aunque pareces un modelo...

¿La foto del Face? La madre que parió a mi hermana, fijo que ella había subido esa foto. Cuando la pillara se iba a enterar. No por nada pero me lo podía haber comentado.

—Te sigo en todas las redes y espero que publiques tu nueva novela muy pronto...

—Ehm, sí, claro...

—¡Guille! —gritó Claudio al ver que no iba con ellos.

—¡Voy! Bueno, encantado pues.

—Un momento —dijo cogiendo mi brazo de nuevo.

En menos que canta un gallo me escribió su número de teléfono en el antebrazo.

—Por si necesitas una musa —dijo muy suelta ella.

La miré sonriendo; cómo subían estas niñas. Estaba seguro de que veinte años no tenía pero desparpajo le sobraba un rato largo.

Una vez llegamos a la discoteca, nos disgregamos inevitablemente.

Claudio se fue a meter otra raya de coca y Berta lo acompañó en esta ocasión.

Mónica fue directa a la pista a mover su culo, le encantaba bailar reggaetón, lento o rápido, como fuera. A mí ni me agradaba ni lo contrario, pero bailar

no

era lo mío, así que yo era siempre de los típicos que se quedaban en la barra bebiendo, charlando y observando la función.

—¿Qué tal tu nuevo proyecto? ¿Has empezado algo o sigues en blanco?

—preguntó Saioa mientras le pasaba la copa de gin-tonic.

—Pues sí, esta misma semana comencé algo y... a ver qué sale.

—¿Me lo pasarás?

La miré sonriendo.

—Claro que sí. En cuanto tenga forma te lo paso y me das tu opinión. Es muy diferente del primero, no sé. Pero no me apetecía escribir más de lo mismo.

Esta vez soy el narrador y la verdad que da mucho juego porque puedo tener acceso a los pensamientos de todos los personajes, es más sencillo hablar de según qué.

—¿Pero es menos cercano?

—No, ya verás que no. Casi es lo mismo aunque debes hablar por todos, simplemente. Eres como Dios, estás en todos lados y en todas las mentes. Soy omnipresente —le dije con voz grave y haciendo un poco el payaso.

Nos reímos los dos y seguimos charlando animados de su nuevo trabajo en un laboratorio farmacéutico. Ahí donde la veis es un cerebritito de mucho cuidado

y una tipa súper exigente, sobre todo en el tema chicos. De ahí que no tuviera pareja porque el que no tenía personalidad la tenía pequeña y el que no le soplaba el coño como si fuera un globo de cumpleaños. Eso son palabras de

ella,

aviso.

Saioa y yo nos enrollamos una vez, solo una, y fue genial pero lo dejamos ahí porque no queríamos joder nuestra amistad. Somos amigos desde hace más

de diez años, con eso lo digo todo. Y no tenemos una amistad de aquellas que te

ves de uvas a peras, nosotros solemos vernos a menudo; un café, una cerveza o

una salida. Siempre con Mónica, por supuesto, porque estas dos son como un pack.

A Mónica la conocí a través de Saioa un par de años más tarde. Es una chica sencilla pero espabilada que a temporadas tiene tres trabajos a la vez. Va

probando, va cambiando porque trabajar más de unos pocos meses en el mismo

sitio la satura. En más de una ocasión me ha dicho que no la psicoanalice, ella es feliz así y no quiere cambiar. ¿Podríamos equipararlo al típico tío que va de chica en chica y no quiere comprometerse? Eso lo dijo un día por mí, claro.

No es que no quiera. Ni quiero ni dejo de querer. Es algo que no me quita el sueño. Si no hay nadie que me interese realmente, ¿para qué preocuparme?

Tengo solo treinta años pero mi madre opina que se me pasa el arroz. Ella es de

otra generación, así que no quiero darle más importancia de la que tiene. Me lo

paso bien, tengo buen sexo aunque alguna noche me quede a dos velas y tengo muchos amigos con los que hacer un millón de cosas. ¡Si lo que me falta es tiempo!

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí. —Al oír la voz de Cristina me giré sorprendido.

Pelo engominado, ojos de gata y vestido plateado muy, muy liviano.

—Cristina, ¿qué tal?

Dos besos en la comisura de mis labios y un repaso mutuo.

—No tan bien como tú —dijo mirando a Saioa.

Supuse que había creído que era un ligue.

—Saioa, ella es Cristina, nuestra nueva colega en el gabinete.

—¿La psicóloga o la logopeda? —preguntó mi amiga dándole dos besos.

Saioa sabía bien quién era porque le había comentado que Aina era bastante antipática conmigo.

—La psicóloga, por supuesto —respondió ella con rapidez y medio riendo—. Encantada Saioa, precioso nombre el tuyo.

Cristina era una seductora nata, estaba clarísimo, pero Saioa necesitaba algo más que un simple piropo para conectar con alguien.

—Gracias, igualmente.

—Os dejo que mis amigas pensarán que me he fugado con algún guapo.

—Me miró directamente y con descaro—. Por cierto, no sabía que escribías.

—Casi no lo sabía ni yo —le dije con sinceridad.

Me había puesto a escribir varios meses atrás empujado por la necesidad de crear mis propias historias.

—Un día me lo explicas to-do. —Su lengua asomó por esos labios con lascivia o yo lo vi así.

Se fue sin más y Saioa me miró riéndose.

—To-do, Guillermo, to-do.

—¿La psicóloga o la logopeda? —me burlé riendo también.

—Es que no me molan las tías tan seguras de sí mismas. Me dan grima.

Pero debo reconocer que tiene algo.

—Lo que tiene son más tablas que yo y ya es decir.

Seguimos riendo hasta que apareció Berta, sola.

—¿Y Claudio?

—Ha ido a pillar un pollo.

—¿Otro?

—Se ha encontrado a unos colegas y ha ido invitando a todo hijo de vecino.

—¿Un pollo es un gramo? —preguntó Saioa, por suerte poco conocedora de ese mundillo.

Afirmé con la cabeza pensando en Claudio. No me gustaba un pelo que dependiera tanto de esa mierda. Tanto como para llevar más de media hora

perdido por ahí.

—Voy a bailar chicos —dijo Saioa dando un salto del taburete.

—No te comas la olla Guille, Claudio controla —me aseguró Berta.

—Esa frase no me suena nada —le dije mirándola con el ceño fruncido—.

¿Y qué me dices de ti?

Berta tenía la edad de mi hermana, veintiséis, trabajaba por las mañanas en un súper y por las tardes estudiaba peluquería. Era una chica alta, todo huesos,

con los ojos y una nariz pequeños y unos bonitos labios. Según su primo era bisexual, cosa que jamás había podido corroborar ya que cuando salía con nosotros no se dedicaba a flirtear con nadie. Iba de aquí para allá, charlando con conocidos o bailaba con Mónica como si le fuera la vida en ello.

—¿De mí? ¿Qué pasa?

—¿Desde cuándo tomas esa porquería?

Berta se rio y le brillaron los ojos.

—Espera.

Con rapidez metió el dedo en su mini bolso, se lo chupó y se lo pasó por

los dientes. Todo eso en cinco segundos, tras los cuales me metió la lengua hasta la garganta. Joder, con la niña. Aquello era una invasión en toda regla y noté el gusto amargo de la coca en mi boca. La aparté en cuanto reaccioné y la miré cabreado. Ella reía, feliz, en su puto mundo de las drogas.

—Berta, no vuelvas a meterme el filete en la boca y menos con esa mierda.

—¿No te sientes motivado?

¿Motivado? La madre que la trajo al mundo.

—¡Ey! Des-pa-ci-to... —Claudio venía bailando y cantando, con una cara de felicidad que se notaba a leguas que no era demasiado natural— ¿Qué haces besando a mi prima, amigo del alma?

—Anda que...

—Necesito pasta —dijo mirándome más serio.

—¿Para qué?

—Le debo a Chema veinte euros, creía que llevaba más dinero. Ya te lo daré.

Le di el billete con mala cara pero no por el dinero sino por el uso que hacía de él.

Desapareció de nuevo y Berta lo hizo a los cinco minutos. Mis dos amigas estaban charlando con tres chicos e imaginaba cómo acabaría la cosa.

Seguí con mi copa, sin reparo en estar solo y observé a la gente de la discoteca.

—¿Estudias o trabajas? —Me giré para ver al dueño de esa voz y me sorprendió ver que iba por mí.— Sí, sí, te lo digo a ti.

Era un chico alto y delgado, con greñas y barbita.

—Hola, soy Íñigo, actor, cantante y toco lo que me dejen —hizo un guiño al decir esto último.

—¿Actor? —pregunté, divertido.

—De poca monta aunque Hollywood se está perdiendo un Harrison Ford...

—Ya veo. —Le sonreí con sinceridad porque el tipo me gustó—. Soy Guillermo.

Nos dimos un apretón de manos pero a él le costó soltar la mía así que confirmé lo que imaginaba; el chico buscaba rollo.

—¿Estás como solo, no?

—He venido con unos amigos pero andan desperdigados por ahí, ya sabes.

Me miró a los ojos, esperando algo pero no quise que perdiera más el tiempo ni que después pensara que había hecho el pardillo conmigo.

—Y soy hetero.

—¡Ah! De puta madre, ¿rubias o morenas?

Lo miré sonriendo.

—Sin preferencias.

—A mí las rubias no me van. —Lo miré extrañado, ¿bromeaba?—. Y te

digo el porqué pero no lo vayas diciendo por ahí.— Asentí con la cabeza, sonriendo. El tipo me caía bien y creía que estaba de coña.— Cuando no están

depiladas ahí abajo me dan un repelús que no puedo con ellas. Me dirás que es

una soberana tontería pero debo tener algún tipo de trauma...

Me reí al saber sus razones y rio conmigo.

—¿Estás de guasa, no?

—Joder, que no. Que te lo digo en serio.

Coño. ¿No era gay?

Pues no lo era, no. Y estuvimos charlando de otros temas menos íntimos una buena media hora. El tío era listo, divertido y dedicaba el tiempo a componer, tocar la guitarra eléctrica y cantar con su grupo.

—Íñigo, te estaba buscando...

Una chica pelirroja nos interrumpió y ni corta ni perezosa se colgó de su cuello. Él la apretó contra él.

—Bombón, ya tardabas...

Confirmado, no era homosexual.

—Guille, ahí tienes mi tarjeta, llámame y tomamos unas cañas... Te tengo que dejar, el deber me llama. —Alzó sus cejas un par de veces tras ese comentario.

La miré con interés:

“Íñigo

El que viene de la pendiente montañosa

Telf... “

¿Pendiente montañosa? Menudo colgado.

Capítulo 5

—Es ponerme en la cama y sentir que las paredes me atrapan y que voy a morir

ahogado entre ellas...

Damián Nelson padecía insomnio y ansiedad, una bomba de relojería

porque por la noche los pensamientos negativos se transformaban en algo demasiado potente para poderlos dominar.

—Damián, ¿has dejado de tomar café?

—Sí, sí, tal y como me dijiste. Me tomo una manzanilla antes de acostarme y procuro leer un rato, pero no hay manera.

—Pues entonces pasemos al segundo paso, buscaremos algún deporte que te guste y procuraremos practicarlo día sí día no, ¿cómo lo ves?

—No soy muy deportista...

—Podemos empezar por salir a pasear, pero a paso ligero, nada de ir de tiendas.

—Para eso sí me veo capaz.

—Por supuesto que sí. Y en unas semanas verás como el cuerpo te pide más. Ahora explícame ese sueño que tuviste anoche...

Aquella mañana después de atender a Damián y a dos chicas que padecían ambas cierto estrés, pude por fin terminar los informes del trimestre anterior.

—¿Un café? —me interrumpió Cristina.

Si no tenía clientes en el despacho, yo siempre dejaba la puerta abierta.

Manías mías.

—No te digo que no —le respondí amigablemente.

—Solo, ¿verdad?

—Muy observadora.

—Es de formación —dijo coqueta mientras la seguía en dirección a nuestra cafetería particular—. Buenas. —Saludó a Aina y Martina, que charlaban animadas entre ellas.

Nos saludaron apenas sin mirarnos y continuaron hablando.

—¿Te borraste el número del brazo? —me preguntó Cristina.

Vaya, sí que era observadora.

—Era de una niña que me paró en medio de un garito para que le firmara el hombro...

Por cierto, tenía que hablar con mi hermanita.

—No sería tan niña.

Miré unos segundos a Aina porque me apetecía observarla y para ver si escuchaba lo que decíamos. ¿Acaso me importaba su opinión?

—Lo era, te lo aseguro. No llegaba a los veinte.

—¿Reparos con la juventud?

—Ninguno pero prefiero relacionarme con los de mi edad. Ya me entiendes.

Me pasó el café y le di las gracias. En ese momento entró Micky y nos saludó con brevedad para poder hablar con Aina y Martina. Aina me miró con frialdad y retiró la vista como si no le gustara mi presencia. ¿Qué cojones le pasaba conmigo?

—No te lo tomes como algo personal, Aina es así —soltó Cristina como si nada.

Nos miramos fijamente. Hubiera dado medio brazo por estar en su cabeza.

—¿Así cómo?

—Fría como el puto hielo.

Un escalofrío me recorrió la columna. ¿Fría? Yo sabría cómo calentarla de mil maneras.

Carraspeé antes de continuar para no verbalizar esos pensamientos.

—Ya veo que os conocéis bastante.

—Somos primas.

¿Cómo?

—Su madre y mi padre son hermanos. Sí, como lo oyes. Y no, no tenemos nada más en común, como tú mismo puedes comprobar.

Cristina pasó su lengua por esos labios sugerentes y la miré más de lo debido. Me pilló con la guardia baja y no supe disimular demasiado.

—Esto... —Su dedo pasó por el cuello de mi camisa y tensé mi cuerpo.—

El sábado estabas tan sexy en camiseta...

Aina pasó por nuestro lado; estaba seguro de que había visto el gesto de Cristina y que había escuchado sus palabras. O eso o era ciega y sorda.

—Ehm, Cristina, si quieres lo hablamos luego.

No era el momento ni el lugar de flirtear de esa manera tan descarada delante del resto.

—Sí, claro.

Dejé mi taza y salí de allí algo apurado. Cristina era yo en mujer pero multiplicado por cinco, joder. Qué calor tenía. En medio del pasillo estaba Aina

hablando con Rafa y pasé por detrás de ella, procurando no tocarla. Pero o su culo salía más de lo normal o mi polla había crecido. ¡Dios! Me iba a dar algo al final con estas tías rondando a mi alrededor. Ni me giré para disculparme por ese roce, coño, que se hubiera apartado más que el pasillo daba de sí lo que daba.

Entré en el despacho con una erección a medias y tuve que darme una

ducha fría mental para dejar de pensar en esas dos. Lo de Cristina lo entendía, a ver, la chica mandaba unos mensajes bien claros que podía empitonar al más santo, pero lo de Aina... ¿Qué coño me ocurría con ella? Era guapa, vale, muy

guapa, pero había tías muy guapas por el mundo. Tenía un cuerpo menudo y sugerente, vale, como muchas otras. Y llevaba esa puta coleta apretada que no era nada sexy... joder, era sexy de cojones porque era verla y pensar en cómo quitársela de un tirón. El pelo le caería por los hombros, yo se los besaría sintiendo el olor de sus mechones y de ahí pasaría a sus pechos que estarían coronados por unos pezones duros, muy duros...

¡Mierda!

—Perdona Guillermo. —Miré a Aina parpadeando y sentándome de golpe.

Si veía el bulto en mi pantalón no sabía qué podía llegar a pensar de mí; el primer día me pilló hablando del *toto*, el mordisco en el brazo, Cristina toqueteándome,...

Me miró frunciendo el ceño, como en aquellos momentos en que mi madre me pillaba haciendo alguna de las mías cuando era pequeño.

—Dime.

Mira los ojos, los ojos Guille, no mires sus pechos, los ojos, los ojos...

—¿Podrías pasarme la información de Ana Callau? Martina me ha dicho que la llevas tú y vamos a empezar a trabajar la disfonía que padece.

—Ehm, sí, claro. Ahora mismo te lo envío.

¡Los ojos!

—Gracias...

—Y si tienes alguna duda, ya sabes.

Me miró alzando una de sus cejas. Le hablaba a nivel profesional pero pareció tomárselo mal.

—No soy de las que dudan.

Media vuelta y a sus filas mi general.

Joder con la tipa esta. Me ponía como una moto y me sentía como un puto quinceañero con ella delante.

Le mandé la información a los diez minutos y no pude no ser algo capullo con ella. Me tocaba las pelotas que fuera tan borde conmigo, así que le puse la

coletilla al final.

“Para investigar de verdad es preciso dudar”

Medio minuto tardó en responder.

“Gracias por el informe, Descartes. Y recuerda que todo chiste, en el fondo, encubre una verdad”

Freud, muy buena esa. Releí la frase dos veces más y no pude no sonreír.

Aina me llamaba mucho la atención y no me hubiera importado callarle la boca

de otra forma. La misma que parecía que Íñigo, el nuevo amigo de mi hermana,

quería utilizar con Chloe...

CHLOE:

—¿Te ha gustado? —le preguntó él al ver los ojos brillantes de Chloe.

—Mucho —respondió ella un poco cortada después de lo que habían compartido por la cam.

—Me encantaría tenerte aquí, en mi habitación, para poder acariciarte el pelo...

Suspiraron los dos, mirándose fijamente.

—¿Y si te llamo por teléfono? —propuso él— Y te tumbas en la cama mientras te hablo al oído...

Chloe se mordió los labios y afirmó con la cabeza. Ese chico hacía con ella

lo que quería y no podía evitarlo. Le gustaba demasiado. Él la llamó y ella se estiró en la cama, mirando la cámara, mientras él le susurraba todo lo que le gustaría hacerle en ese momento. Empezó hablando suave e imaginando unos besos castos en sus labios y unas caricias inocentes pero ver a Chloe tan a su merced lo puso a tono de nuevo y su voz se tornó mucho más grave. Se arriesgó

y le pidió que le enseñara los pechos y se tocara de nuevo. Temía que se negara

después de aquel pequeño asalto pero Chloe obedecía cada una de sus

órdenes,

lo que acabó provocando una erección de las que hacen historia. Le dolían los huevos y tuvo que tocarse para aligerar esa sensación.

Chloe, al darse cuenta del movimiento de la mano de Íñigo, aceleró el movimiento de la suya. Estaba tan húmeda que sus dedos resbalaban con facilidad.

—Dios, Chloe, ¿estás muy mojada?

—Mucho...

—Lo que daría por estar ahí... entre tus piernas...

Chloe gimió al imaginarlo.

—Y tu boca estaría en mi polla... ¿verdad?

—Sí, me la comería toda. Entera. No dejaría ni un centímetro por recorrer y te pediría...

—¿Qué? —dijo con voz ronca.

Estaba a punto de correrse de nuevo.

—Que me dieras toda tu leche.

Íñigo gruñó y susurró que no podía más. Chloe explotó en otro

maravilloso orgasmo que se expandió por su estómago y sus piernas. Y suspiró

largamente tras aquellos segundos de placer.

Los dos estaban sudorosos, con la piel ardiendo y sintiendo el recuerdo del

orgasmo en sus respectivos sexos.

Se miraron y Chloe rio, feliz. Íñigo, inevitablemente, se contagió y la miró con devoción.

Lo que había empezado como un simple tonto podía convertirse en algo más... pero ¿seguirían con ese tipo de relación a distancia? ¿Viéndose a través de una cámara y hablando por teléfono?

—Pues claro que podemos —respondió Chloe al terminar de leer lo que había escrito.

—Sí, vale —le dije—. Pero ahora mismo ¿qué lleváis juntos? Cuatro días de nada...

—Tres semanas, listo. Y no seas tan antiguo Guille, hoy en día esto no es tan raro. Él está de gira con el grupo y yo aquí, en Barcelona, ¿por qué no podemos salir de ese modo?

—¿Salir? Querrás decir no salir, porque no salís de vuestras habitaciones...

Chloe me tiró uno de los cojines del sofá y lo esquivé a tiempo.

—Ya sabes qué quiero decir. Nos estamos conociendo y el medio es ese, ¿qué problema hay?

—Joder Chloe, pues muchos. ¿Te los enumero? Quizás huele mal o besa como el culo o resulta que no le gusta ir al cine, ir de viaje o salir de cañas como a ti. Puedo seguir si quieres.

—Todo eso es secundario.

—¡El sexo!, el sexo no es secundario. ¿Qué? Resulta que lo conoces mucho y que te gusta todo de él. Vale, aceptamos eso. ¿Dónde queda el sexo?

Porque eso que hacéis es un desahogo, pero no es lo mismo. Entonces llega el día que os veis, ¿sí? Y claro, queréis acostaros. ¿Y si no te gusta? ¿O no le gustas?

Chloe me miró frunciendo el ceño.

—¿Se puede ser más negativo?

—Realista —le repliqué.

—Negativo —soltó riendo.

—Tengo razón y lo sabes.

—Eres tonto y lo sabes. En tu libro pon lo que quieras pero yo sé que con Íñigo las cosas son diferentes.

—Típica frase...

—De novela rosa.

—Un topicazo —añadí.

—Eso mismo puso una lectora de tu novela; está llena de topicazos.

Chloe alzó las cejas sonriendo.

—Lo que no sabe esa lectora es que la vida está llena de topicazos. Puedes decirle que si quiere ciencia ficción que lea *Los juegos del hambre* o algo de eso.

—Creía que no te afectaban esos comentarios, ¿tienes *Estrella*?

—Arriba, en la nevera. Tráeme una. Y no, ¡no me afectan!

Era cierto, aunque debía reconocer que alguno de esos comentarios me creaban la necesidad de sentarme cara a cara con esa persona y defenderme con

mis propios argumentos. Dar mi punto de vista o explicar el porqué había escrito

aquello de esa forma. Poner una crítica era muy sencillo en Amazon y sí, estaban

en su derecho de opinar, pero a veces, las menos, no se argumentaba lo que se

criticaba.

—Por cierto, el otro día una chica me reconoció... ¿no sabrás tú algo de una foto del Face?

Me miró sorprendida y después puso cara de niña buena.

—¡Uy, sí! Pensé que era mejor que supieran cómo eres, siempre es mejor poner cara a la gente, ¿no?

—Podrías haber avisado, enana.

—No me acordé... ¿Y qué pasó?

Le expliqué la anécdota y Chloe se partió de la risa diciendo que cosas como esa eran las que tenía que escribir en el libro.

—¡Ah! Y muy chula la parte del sexo...

—No eres tú —le dije para que no me picara más.

—Ya, ya... nos pintas un poco moñas pero te lo permito, va.

Puse los ojos en blanco y le di un buen trago a la cerveza. Ser escritor era eso, ¿no? Abrir tu alma. Mostrar parte de tu vida. Ser capaz de pensar en tu hermana teniendo sexo... No, eso no. Había optado por pensar que mi Chloe era

otra persona, muy distinta a ella. Era la única forma de no pillar esos cabreos tontos.

Era mi hermana, mi enana, mi pequeñaja y para mí siempre sería aquella nena que jugaba con su casa de muñecas mientras mi padre me enseñaba a jugar

al dominó.

Joder, papá, te echo de menos...

Capítulo 6

La tarde del martes Pablo llegó tarde y eso sí era extraño. No supuso ningún problema grave pero la señora Gómez tuvo que esperar diez minutos, durante los

cuales me encargué de distraerla con preguntas sobre su hija, quien padecía autismo y había empezado con una nueva terapia relacionada con el mar y el buceo. Algo muy novedoso pero que le estaba dando buenos resultados.

—Todo lo que suponga su felicidad nunca está de más —le dije en la sala de espera.

—Sí, Guillermo, entenderás que aunque me cueste un riñón yo hago lo que haga falta...

—Sí, sí...

Aina pasó por nuestro lado y la seguí con la vista. Falda negra entallada, camisa blanca con dibujos pequeños y el pelo bien recogido en esa maldita coleta. Unos tacones altos estilizaban sus piernas.

—Si Miriam mejora con esta terapia, yo...

Aina se apoyó en el pequeño mostrador para decirle algo a María y vi cómo su falda se apretaba en su culo y subía un poco. Madre del amor hermoso.

Retiré la mirada como si quemara e intenté escuchar lo que me decía la señora

Gómez pero soy un tío, qué cojones.

Miré de nuevo y me crucé con sus ojos. ¿Qué miraba ella? Fueron unos segundos en los que sentí unos tremendos deseos de ir hacia allí, apoyarla en el

mostrador con sus brazos estirados, subirle esa jodida falda y demostrarle lo que era tener calor.

María le dijo algo y ella retiró la vista de mí.

—Perdonad. —Era Pablo, a quien ni siquiera había visto entrar.— He pinchado una rueda y no venía el de la grúa. Lo siento señora Gómez...

Pablo estaba sofocado, el pobre. Le sonreí y le dije que la vida es todo imprevistos, que no se preocupara.

—Menuda frase... —murmuró Aina tras de mí y me giré, dándome cuenta de que solo la había oído yo.

Y la seguí, cómo no, sin pensar en qué quería decirle pero molesto por su actitud para conmigo.

—¿Tienes algún problema?

—¿Es el inicio de un diálogo de tus novelas? Muy original.

Aina se sentó en su mesa y cerré la puerta, quedándome de pie.

—Lo digo en serio. —La miré mosqueado.

Por muy cachondo que me pusiera esa tía, no me gustaba un pelo su manera de tratarme.

—Yo también.

Nos miramos fijamente, sin miedo. Aina era una mujer fuerte, eso estaba claro, y con carácter, pero todos tenemos puntos débiles. ¿Cuáles eran los suyos?

—¿Nos conocemos de otra vida?

Frunció el ceño dándome a entender que no me seguía.

—¿Cómo?

—No sé, quizás tú eras la hija de un campesino del siglo dieciocho y yo era un noble que acabé quemando el trigo que cultivabas para después tomarte como... —Dudé en decir algo más fuerte pero me controlé.— Como una

sirvienta en mi castillo de mil metros cuadrados con piscina, spa, solárium y esas cosas que os gustan a las mujeres...

Su cara de pasmo era muy cómica y me reí por dentro aunque seguí serio ante ella. Finalmente parpadeó y abrió la boca pero no emitió sonido alguno.

Esos labios, condenados labios...

—¿Sigo? —le pregunté ante su mutismo.

—No hace falta —respondió bajando la mirada y recogiendo unos papeles.

Me acerqué a su mesa porque por unos momentos sentí ternura hacia ella.

Me daba la impresión de que Aina se escondía tras esa máscara. Otra me hubiera

replicado y ella, en cambio, había retirado la vista.

—Aina...

Clavó sus ojos en los míos y puedo jurar que me hipnotizó.

—Guillermo, no necesito más explicaciones. Me queda todo claro.

¿Todo? ¿De qué coño hablaba?

Un mechón de pelo se le había soltado y ella lo colocó con rapidez donde debía estar. *Putá coleta de Dios*. La polla dio un pequeño salto en el pantalón y

tuve que retirarme como un soldado al que le han quitado la lanza, le han robado el escudo y lo han dejado en pelotas.

Vale, había perdido una batalla, pero no la guerra...

—¿Estás bien? —le pregunté a Pablo antes de irme y asomándome a su despacho.

—Sí y gracias por entretener a Jimena.

—No hay de qué, hombre. ¿Quieres que te acerque a tu piso?

—No, tranquilo, Cristina se ha ofrecido a llevarme. Vivimos cerca por lo que me ha contado y además quiero terminar con los informes. ¿Cómo lo llevas

tú?

Noté que Aina pasaba por detrás de mí y miré para confirmarme a mí mismo que era ella. ¿La reconocía ya por su forma de andar?

—¿El qué? —pregunté a Pablo volviendo la vista hacia él.

—Sale con alguien —me dijo con su media sonrisa.

—A ver, ¿de quién hablamos?

—De la nueva, la que acaba de hacer que gires la cabeza como la niña del exorcista.

Nos reímos los dos, con complicidad.

—Está buena —le dije intentando mostrar indiferencia.

—Pues sale con un tipo, por si te interesa saberlo.

No me había planteado si Aina tenía o no pareja. A mí me daba igual. Me atraía su físico pero de ahí a querer algo con ella en serio había un rato.

—Sabes mucho —solté cerrando la puerta y acercándome a su mesa.

—Siéntate hombre, veo que ahora ya no te vas.

Me reí por su broma.

—No sé mucho más. Cristina me lo comentó por encima. Se ve que son

primas, ¿lo sabías? —afirmé con la cabeza y siguió con el tema— Sale con alguien desde hace un tiempo, se ven poco, él viaja por toda España y ella vive

en Les Corts, sola...

—¿Contigo es simpática? —le corté después de pensar que su barrio estaba junto al mío.

—Sí... —titubeó sin entenderme— ¿Por?

—No sé, parece que no le caigo bien o me lo parece a mí.

—¿Quieres decir? Me extraña; es súper educada y muy agradable.

—Pues yo no le gusto, estoy casi seguro porque no he visto ni una sonrisa en su cara. Conmigo, digo.

—Ya... Quizás le impones o le pareces demasiado guapo o simplemente le caes como el puto culo, que todo podría ser. Y yo apuntaría por esto último.

La idea de mi libro me vino a la cabeza mientras reía con Pablo.

—¿Y si fuera por la novela? Fijo que es eso. Esta tía es una estrecha y ha pensado que escribo pornografía. No sería la primera ni la última que lo piensa.

Pablo me miró sorprendido y soltó una sonora carcajada.

—¡Mira que tienes imaginación!

—Joder, tampoco es tan raro...

—Ella no te ha leído nada. Y lo sé porque esta misma mañana Martina le comentaba lo de tu libro en Amazon. Y... ahora que lo pienso, parecía interesada...

—¿En mi libro? —pregunté queriendo saber más.

—En tu libro —respondió sonriendo.

—Pues si lo quiere leer que lo compre, que cuesta menos que un paquete de cigarrillos.

Estaba seguro de que ni lo compraría ni lo leería. Dudaba que Aina tuviera entre sus aficiones leer libros románticos.

—Aunque... le podría explicar algo del libro, así en plan práctico, ¿no?

—lo dije con el típico gesto del puño cerrado agitándolo a la altura de la boca y lengua en la mejilla. Como si me la comiera, vamos.

—A ver si va a ser ella la que te enseñe algo a ti —dijo riendo Pablo.

—¿Tú crees? No la veo muy puesta yo...

¿Me había vuelto monotemático o pensaba demasiado en esa chica?

—Bueno, ¿y cuándo has hablado tú tanto con Cristina? Me la encontré el sábado en *LaNeu* y estaba tremenda.

—Hemos coincidido tomando el café, aquí, y hoy hemos comido juntos.

Vaya...

—¿Y eso? —le pregunté con suspicacia.

—A las tres tenía una reunión con la coordinadora psicopedagógica del CEIP Sants y he preferido comer algo rápido en el bar. —Se refería al *Màgic*, el bar que estaba justo al lado del centro.— Ha dado la casualidad de que Cristina

estaba allí...

Lo miré con interés. ¿Le molaba a Pablo nuestra nueva compañera?

—¿Y qué tal?

—Bien, habla mucho y come poco.

Ese era mi amigo y colega Pablo. Resumía las situaciones con seis palabras.

—Pues así encajáis de puta madre, con lo poco que hablas y lo que llegas a comer.

Pablo era más bien bajo y de constitución fuerte, aunque no le sobraba grasa porque era un triatleta dedicado en cuerpo y alma. En ese momento no salía con nadie, así que no debía extrañarme si se había fijado en Cristina. Pero él me lo negó al segundo.

—No es mi tipo.

—Si no la conoces apenas...

—Guille, no me he liado nunca con alguien del trabajo y no voy a comenzar ahora. Además, que no, no es mi tipo.

Ese no de Pablo me sonaba a no puedo pero sí quiero. Debería observar mejor a mi colega cuando estuviera con Cristina porque lo que no quería eran problemas con él por una tía que me tiraba la caña. ¿Pero me la tiraba solo a mí

o no era el único?

¿Y Aina? Por lo visto salía con alguien. Perfecto, así mataba dos pájaros de un tiro: Aina estaba ocupada y yo no iba a ser el tercero en discordia, por muy cañón que estuviera. Como mucho me pajearía pensando en ella, pero como con

otras tantas.

Dejé de pensar en ellas dos y me dediqué a escribir un rato más. Chloe me había explicado que Íñigo y ella charlaban cada día, se llamaban en cuanto podían y se escribían miles de Whatsapp. Muy bien, pero que todo fuera de color

de rosa en un libro era la hostia de aburrido. Así que tenía que meterle imaginación y caña al asunto.

CHLOE:

Chloe sentía que era la persona más feliz del mundo. Había encontrado a alguien que la entendía, que se reía con ella y con la que tenía una conexión sexual increíble.

Después de aquella primera noche en la que se masturbaron dos veces seguidas, hubo muchas más.

Ella le pedía a él que le dijera guarradas. Él que lo hicieran en la ducha.

Ella le pedía caricias suaves. Él que se la cogiera bien fuerte. Los dos se entendían a la perfección y parecía que aquello cada vez iba a más.

Pero siempre había un pero.

Así como Chloe lo disfrutaba al cien por cien, Íñigo no.

Joder, me sonó el puto móvil y me levanté con brusquedad. Al ver el número de mi madre relajé el gesto y le hablé con cariño.

—¿Mamá?

—¿Te molesto?

—Tú nunca molestas, boba.

—Al final me voy a Viena, con Santi...

—¡Muy bien! —exclamé alegrándome por ella con sinceridad.

—Sí, creo que tenéis razón y que me lo pasaré bien. ¿Podrás venir el viernes a comer y nos despedimos?

—Cuenta con ello, allí estaré. ¿Llevo vino?

—No hace falta pero si quieres haz unas croquetas de setas...

Me reí escandalosamente. Jodida.

Había sido mi última receta y me salieron unos boñigos dignos de retratar.

Le mandé una foto a mi madre de aquello sin dejar de reír por mi escaso arte culinario. Su mensaje fue claro: ¿Qué mierdas es eso?

Sabía que mi madre sonreía al otro lado.

—Llevo el postre y ya está. Sí, sí. Lo compro. Nada de helado caliente.

Mi madre soltó una risilla y sonreí dichoso. Habían sido tantos meses sin verla feliz después de lo de mi padre que creí que no la vería sonreír jamás.

—Buenas noches, Gui. Sé bueno...

—Sí, nos vemos.

En fin, me había cortado el rollo y era tarde, así que decidí no escribir más.

Me tumbé en el sofá, me puse la televisión y, como buen soltero sin nadie que te

dé por saco, me dormí allí mismo.

Capítulo 7

—¿Cómo va el nuevo libro? —preguntó Chloe cogiendo su caña.

Estábamos en el *Màgic*, comiendo el menú de diez euros que ofrecían los días de diario. Mi hermana había venido porque quería comentarme algunas ideas de marketing para el libro: blogueros, entrevistas y no sé qué historia de un sorteo.

—Bien. De momento sigo la historia centrándome en ellos dos. Pero que sepas que Íñigo te la mete clavada.

Chloe se rio y miró por encima de mi hombro.

—Adivina quién entra.

—¿Quién?

—La de la coleta, tu amiga la estirada.

Evidentemente, le había hablado a Chloe sobre el comportamiento de Aina hacia mí.

—¿Lleva una falda gris? —Mi hermana afirmó con la cabeza.— Pues es ella. ¿Tiene o no cara de malas pulgas?

—A mí no me lo parece, está sonriendo bastante...

No quise girarme para ver con quién iba.

—Está con Sandra y Juan, los *pedabobos*.

—Ya, pues a mí no me cae bien.

No sé por qué dije eso.

—¿Quién? ¿La nueva?

Mi hermana me miró achicando los ojos porque me conocía mejor que mi madre.

—No, tu chico, no te jode. Pues claro que la nueva. Tiene un palo metido por el culo y...

—¡¡¡Guille!!! —gritó de repente como si estuviera poseída.

Mi hermana soltó una carcajada de mil decibelios y yo la miré sorprendido. ¿El sexo vía Skype la estaba volviendo loca?

—Hombre, Guille, haber dicho que venía tu hermanita —dijo Juan haciéndole un guiño a Chloe.

Yo solo vi a Aina. Que me miraba casi sin parpadear. ¿Me habría oído?

—Juan si se entera tu mujer que me tiras los tejos... —le dijo Chloe con todo su descaro.

Era un rollo tonto de estos que se llevaban entre los dos pero que no pasaba de ahí. Y que no me enterara yo. Juan estaba casado, tenía diez años más

que mi hermana y su mujer acababa de tener un bebé. Así que tonteo el mínimo.

—¿Qué tal las prácticas? —le preguntó Sandra, que siempre se interesaba por Chloe.

—Genial, me va a dar un pena cuando me vaya de allí...

—Vaya, a mí me pasó lo mismo en mis prácticas en el instituto porque al

final les coges cariño y...

Desconecté de la conversación y observé el rostro de Aina. En realidad era muy guapa. Y cuanto más la miraba, más me gustaba la tipa. Sabía que la estaba

analizando pero no se inmutó y estuvo atenta a la charla entre ellas dos. Qué dominio, sí señora. No movió ni un pelo. A eso lo llamaba yo tener temple.

Cogió el móvil y vi que escribía algo. Justo en ese mismo momento me llegó un mensaje. No, no podía ser... pero sí, era de ella. Lógicamente teníamos nuestros números de teléfono por cuestiones laborales.

“Te agradecería, Guillermo, que dejaras de mirarme de esa forma”

Sonreí por sus palabras.

“No sé mirar de otro modo, siento no poder satisfacerte”

Vi cómo lo leía y creí intuir un amago de sonrisa, pero fue tan fugaz que no sé si me lo imaginé.

“Quizás con otras te funcione pero te aseguro que no soy una de ellas. Por cierto, no necesito que me satisfagas en nada”

De mil maneras la iba a satisfacer como se me pusiera a tiro...

“Si me dejaras que te quitara esa coleta... creo que tu pelo me lo agradecería...”

Hostia, se me había ido un poco la boca, ¿no? O en este caso el dedo. La observé esperando que me mirara con su habitual mala uva pero lo único que hizo fue lamerse los labios e inspirar antes de guardar el móvil. Joder, que me

estaba poniendo tonto en el puto bar y acabaría haciendo alguna locura como arrastrarla al baño y subirle la estrecha falda hasta el cuello.

Y que conste que había empezado ella. ¿A qué venían esos mensajes?

Afortunadamente, a los cinco segundos desaparecieron de mi vista los tres, coleta incluida.

—Guille, tú quieres *perreo* con esa...

—¿Qué coño dices? ¿Y desde cuándo hablas así?

Nos reímos los dos y Chloe siguió hablando.

—Lo del *perreo* me lo ha pegado mi rapero y significa ligar, *viejuno*. Y tengo razón, por mucho que me digas que no.

—Lo que tú digas. Cambio de tema. ¿Qué era eso que decías de...?

La luz de la pantalla se encendió y me distrajo. Mensaje de Aina Psico.

—Un segundo —le dije a mi hermana cogiendo el móvil.

“¿Era un chiste tan sutil que no lo he pillado?”

Vale, yo sabía que ella sabía que mi comentario había sido de índole

sexual, pero supuse que en frío podía parecer que me metía con su peinado de pura y casta, sin un pelo fuera de sitio y repetitivo. Aina quería seguir jugando y yo jugar sabía lo mío.

“No, nena, es algo en lo que he pensado en más de una ocasión”

Joder, me iba a quemar con la tontería pero esta tía me podía. Me daba que

tras esa chica fría había puro fuego y me moría por saberlo, aunque tenía muy claro que no iba a pasar la línea con ella; estaba con alguien y trabajábamos

juntos.

—¿Qué le has dicho? —preguntó mi hermana con un palito de zanahoria entre los dedos y señalándome con él.

—¿A quién?

—A la nueva, a la que no te gusta, con la que no quieres *perreo*...

Mi hermana se movió como la tonta aquella del anuncio de *Zalando* que cantaba “chic para ti, chic para mí” y me descojoné con ella. Era la hostia en verso.

—Eres una auténtica maruja —le dije aún riendo.

—Soy tu hermana y tengo que velar por ti.

—Sí, claro. Pues no te lo creerás pero ha sido ella quien ha enviado el primer mensaje cuando estabais aquí de cháchara.

—Esta tía te quiere comer el pirulí.

—¡Chloe! —la reñí.

—¿Qué? Mándale esto: si fueras barco pirata, te comería el tesoro que tienes entre las patas.

Chloe rio de nuevo y yo sonreí. Chasqueé la lengua y abrí de nuevo otro mensaje de Aina. Ufff, me estaba empezando a molar el rollito ese.

“Sigue soñando y no me llames nena”

Fría, dura, directa. Casi como mi polla al pensar en ella.

Una vez en el curro, ambos volvimos a nuestras miraditas de soslayo y poco más. Quería responder a su mensaje pero no tenía prisa y quería ponerle

algo... distinto. Algo que la dejara pensando en mí. Algo que le provocara lo suficiente como para querer más de mí. ¿Y por qué cojones quería yo eso? Ni idea. Ya era como un estúpido reto para mí mismo. No quería ligármela ni nada

parecido pero saber que era tan inaccesible... se me planteaba como un objetivo

difícil que tenía que conseguir sí o sí.

¿Y si había consecuencias? No, no quería putearla. Ni quería joder su

relación. No era eso. Iba a estirar hasta el límite y de ahí no pasaría, por muchas ganas que tuviera de trincármela. Ante todo había que poner cabeza en lo que uno hacía y yo siempre había podido presumir de ser un tío razonable y juicioso.

El sexo, el placer, la lujuria no me dominaban tanto como para cagarla de esa manera.

—¿Guille? ¿Puedo pasar un momento?

—Claro, Cristina. —Cerró la puerta y me miró sonriendo.

Entró con su vaivén de caderas y se sentó frente a mí, cruzando las piernas y mostrando sus muslos.

—He leído tu libro. En dos noches.

Sonreí satisfecho.

—¿Eso es que te ha gustado?

—¿Gustarme? Me ha fascinado... Sobre todo las escenas sexuales. Son tan... reales, ¿no?

—Eso intento...

—Y siento curiosidad... por saber si todo es real. Ya me entiendes.

Solté una carcajada al intuir lo que preguntaba.

—A ver, Cristina, entenderás que no voy a explicarte mi vida sexual y que eso ya queda a tu libre albedrío.

Cristina irguió su cuerpo y sus pechos se marcaron más bajo la blusa. No pude no mirar.

—Sí, claro. Pero tú también entenderás que me pusiste a mil con alguna de esas escenitas y que sentía la necesidad de...

Se levantó y se acercó como una gata.

—Supongo que... —Quise decirle que era lo normal, pero su mano en mi paquete me hizo callar de repente.

¡Joder!

—Quería saber si estabas tan bien dotado como Sergi. —Apretó mis partes nobles con suavidad y mi erección fue inmediata.

Llevaba unos días sin follar, imaginando cosas varias con Cristina y Aina y me sentí atrapado por la sensación. No reaccioné, con lo que Cristina entendió que quería más. Su otra mano entró por el pantalón y me acarició el glande con

suavidad.

¡Dios!

—Y veo que sí, que tú y Sergi tenéis mucho en común... —Su voz melosa

se metió en mi cerebro y cerré los ojos unos segundos.

Empezó a friccionar su mano por encima del pantalón y la sensación fue creciendo hasta que unos golpecitos en la puerta nos despertaron a los dos.

Cristina se colocó mirando hacia el ordenador y yo cogí el ratón a la vez que dije un ¿sí? Era Juan que necesitaba el informe de un niño. No sé cómo pude

disimular todo lo que sentía: excitación, vergüenza, apuro, morbo... madre mía.

En cambio Cristina era una actriz increíble, nadie hubiera dicho que sus manos

estaban en mi sexo hacía apenas unos segundos.

—Guille, dale el informe ese a Don Juan. —Le guiñó un ojo a él al pasar por su lado.— Y después ya terminarás de explicarme cómo se sube eso... ¿Cómo se sube? La madre que la parió. Me reí por dentro. Jodida Cristina.

Le mandé el papeleo a Juan por correo interno y como había terminado con todos mis informes me puse a escribir un rato.

CHLOE:

Íñigo tenía chica, sí.

Salía con ella desde los dieciocho y era casi ya como una más de su familia. Llevaban juntos casi nueve años, que se decía pronto, y todo el mundo

tenía claro que en un par de años se irían a vivir juntos, cuando ella finalizara el MIR.

Íñigo estaba por su chica, por Olga, pero le faltaba algo y creía que era

normal que después de tanto tiempo buscara un poco de emoción. Y por no hacerlo en la calle, acabó haciéndolo a través de *Tinder*. Se registró en esa aplicación sin saber muy bien dónde se metía.

Conoció a un par de chicas que no le gustaron demasiado pero con las que tuvo sexo virtual. Ni les vio la cara, así que para él fue el desahogo que buscaba.

Se decía a sí mismo que era como ver porno pero un poco más real. No sentía nada por esas chicas. Ni quería nada con ellas.

Pero a partir del día que empezó a hablar con Chloe, las cosas cambiaron bastante. Él cambió bastante.

Quería saber de ella, quería averiguar lo que le gustaba, quería reír con ella. Y en lo último que pensaba era en el sexo. Y eso solo significaba una cosa: que Chloe le gustaba de verdad.

Empezó a pensar en ella a todas horas, a imaginar que cantaba para ella y a masturbarse con su voz en su mente. El sexo con Chloe era explosivo y tan increíble que al minuto volvía a estar empalmado y con ganas de más. Y aquello

no le ocurría desde los veinte años...

El tema se le había ido de las manos. Los sentimientos a floraban y era incapaz de frenar aquello. Lo pensó en frío, varias veces, lo de decirle basta, pero en cuanto leía algún mensaje de Chloe, al charlar con ella por teléfono o cuando la veía... uff... cuando la veía ya no tenía nada más en mente que pasar

las horas pelando la pava.

Ni él ni ella. Los sentimientos los tenían atrapados y cada día sentían más

necesidad el uno del otro.

—Me muero por verte, Íñigo.

—Y yo, nena. No sabes cuánto.

—No sé si podré esperar dos semanas...

En dos semanas terminaba la gira e Íñigo volvía a su ciudad natal, Madrid.

Sabía que su familia, sus amigos y Olga lo esperaban con los brazos abiertos.

Pero él solo pensaba en su encuentro con Chloe.

¿Debería decirle la verdad? ¿Qué hacer? ¿Debería hablar con Olga? ¿Y si estaba fastidiando una relación de nueve años? ¿Y si solo estaba algo ofuscado?

Era hartoo complicado pero lo que sí tenía claro era que quería verla, olerla, tocar sus dedos, besar sus labios... aunque fuera un beso robado, aunque fuera una sola vez.

—Menudo marrón Íñigo —murmuré en voz alta.

Podía ponerme en su piel; mi personaje había empezado una relación

formal demasiado joven y ahora se había topado con alguien que había

despertado ciertos sentimientos. ¿Qué haría yo en su lugar? Lo tenía bastante claro: si me fijaba en otra tipa era porque con la que estaba no me llenaba. Solo había salido en serio con dos chicas; Susana y Montse. Con la primera no llegamos al año porque ambos entendimos que no éramos tan compatibles como

parecía en un primer momento. A Montse no pude seguirle el ritmo, y no

hablo a

nivel sexual. Era una chica a la que le gustaba probar de todo y a mí todo no me

va. Acabamos discutiendo fuerte cuando la pillé esnifando farlopa con una amiga en su apartamento un día de diario.

Ahora la palabra coca iba de la mano de mi amigo Claudio. Últimamente se estaba desmadrando demasiado y ese control que decía que tenía me parecía

algo efímero. Cada vez iba más veces al baño a meterse un tiro y me daba la impresión de que le era difícil prescindir de esa mierda. Tal cual le pasaba a Montse.

Yo la probé con ella una vez y me quedé con el paladar tan dormido que me dio la impresión de que me iba a tragar la lengua de un momento a otro. Me

quedé callado una hora larga hasta que vomité como un puto niño. Nunca más.

Capítulo 8

—¡Guille! —El grito de Pablo me sorprendió y lo miré frunciendo el ceño.—

Vamos al bar, ¿te animas?

Los jueves solíamos tomar unas cañas y algunos terminábamos cenando en el *Màgic*. Sandra lo llamaba el *previernes* y algo así acababa siendo porque el viernes era un día mucho más relajado, con pocas visitas, y por la tarde no solíamos trabajar.

—Cierro todo esto y voy —le dije animado.

Iba a preguntarle quién bajaba al bar pero Pablo desapareció

inmediatamente. Lo supe a los cinco minutos: Sandra, Martina, Micky (quien solo venía cuando lo hacía Martina), Lucía, nuestra querida neuropediatra, Ángel, el fisio, Pablo y, cómo no, Aina. ¿Cristina no estaba? Me extrañó y pregunté por ella nada más llegar.

—Vendrá más tarde si puede. Tenía que ir no sé dónde —respondió Pablo mientras me sentaba a su lado.

Sentí la mirada de Aina y la miré directamente. Retiró la vista sin ningún rastro de simpatía. ¿Era por Cristina? Sabía que no se caían bien pero a mí que

no me metieran en medio. Yo pasaba de rollos.

Cuando el camarero trajo mi caña fresca, aprovechó para servirnos unas patatas bravas, unos calamares a la andaluza y unos montaditos de lomo con queso.

—¿Hay hambre o qué? —pregunté riendo.

—Beber con el estómago vacío no es bueno, chaval —respondió Ángel.

Me fijé que todos bebíamos cerveza, excepto Martina que tomaba su habitual *Coca-Cola* y Aina que tomaba un *Nestea*.

—¿Quieres? —le pregunté a Aina intentando un acercamiento con ella fuera del ámbito laboral.

—No, gracias, no como carne —me dijo educada, rechazando el lomo con queso que le ofrecía.

—¿Nada de carne?

—Soy vegetariana.

En la mesa había conversaciones cruzadas entre nosotros pero en ese momento a mí me pareció que solo estábamos ella y yo.

—¿Y eso?

—Por varias razones.

—Ilústrame —le indiqué divertido ante sus respuestas tan cortantes.

Ella me ponía a mí pero empezaba a sospechar que yo también le atraía, aunque no quisiera.

—Es una alimentación completa, con todos los nutrientes necesarios, es anticancerígena, la presión arterial disminuye, te previene de enfermedades cardíacas, ¿sigo?

Sonreí ante su tono.

—Me ha quedado clarísimo. ¿Y no te apetece nunca?

—¿El qué?

Nos miramos a los ojos y me dio la impresión de que entraba en los suyos.

¿De qué coño hablábamos?

—¿Comer carne? —preguntó parpadeando y cortando esa mutua conexión.

—Sí, comer carne.

—Ahora ya nunca, cuando empecé alguna vez sí, pero ahora me da hasta

repelús.

Y yo ofreciéndole lomo...

—¿Y comes huevos?

Aina abrió los ojos y medio sonrió.

—Sí... y leche.

Joder, ¿de qué hablábamos de nuevo? ¿Lo decía en serio o me estaba vacilando?

—Y café, solo, sin sacarina y muy caliente —añadí para no parecer idiota.

—Sobre todo caliente.

Caliente me estaba poniendo ella con ese juegucito de palabras. Y lo siguiente no supe si lo hacía queriendo o qué, porque con Aina andaba un poco

perdido. Esa mujer me embujaba.

Se colocó un pequeño mechón en esa coleta y me miró esperando que dijera algo más.

—Oye, Aina, ¿vas a ir al Symposium? —Martina nos interrumpió pero yo seguí sin quitarle ojo.

Aina tenía algo que me atraía y no era solo su belleza. Quizás era esa forma de mirar o la forma de mover sus labios al hablar... no, no era algo físico.

—Yo sí —dijo Cristina a mi lado.

La miramos todos y le ofrecí mi silla. No por nada, lo hubiera hecho con

cualquiera.

—Gracias, guapo.

Cogí otra silla y Cristina me hizo un hueco. Aina y yo nos miramos unos segundos pero a ambos nos reclamaron en la conversación.

—¿Qué te parece, Guille? —preguntó Lucía.

—¿El qué? —Me giré hacia ella.

Tensé mi cuerpo sin querer, al notar una mano en mi pierna, a la altura de la rodilla. Me obligué a no girarme de golpe en dirección a Cristina, puesto que

sabía que esa mano era suya.

—Hemos dicho que podíamos ir a cenar el próximo fin de semana...

—Por mí perfecto. No tengo nada.

—¿Cris y tú cómo lo tienes?

Apretó sus dedos en mi pierna y la miré.

—Bien, ahí estaremos —dijo como si nada.

—¿Tú y alguien más? —le pregunté bromeando.

—Yo y mis neuronas, señor psicólogo.

Nos reímos ambos y de soslayo vi a Aina que nos miraba.

—¿Me estás diciendo que solo tengo una neurona?

Ese chiste también era común con mi hermana y me hizo gracia que ella hiciera referencia.

—¿Una?? Por ser quien eres te digo que media —lo dijo moviendo la cabeza de un lado a otro, con un gesto gracioso y me reí de nuevo.

Su mano subió con peligro y dejé de reír para mirarla alzando una ceja.

—Vamos a ser un poco decentes, va —dijo flojo y acercándose mucho a mí—. No sea que con tu palito hagas levitar la mesa.

Solté una sonora carcajada por su descaro. Qué tía, joder. Al girarme vi cuatro ojos clavados en los míos: los de Aina y los de mi compañero Pablo.

—Nosotros también deberíamos ir al Symposium. —Pablo se dirigía a mí pero no dejaba de echar miraditas a Cristina. ¿Seguro que no le gustaba? Seguía

sin tenerlo nada claro.

—¿Cuándo es? —le pregunté sintiendo el brazo de Cristina junto al mío.

Era una provocadora de mucho cuidado.

—En dos semanas, en Gerona ciudad.

—El plazo de inscripción se cierra el martes, así que espabilad —nos

informó Martina—. Yo he mirado el hotel Ciutat de Girona, es de cuatro estrellas

y está bien situado.

—Yo estuve en ese hotel hace un par de años y está muy bien —intervino Aina.

—Pues podríamos ir todos al mismo hotel —indicó Cristina.

Se miraron entre ellas y soy un tío que no entiende de rollos femeninos porque no le interesan, pero allí saltaron chispas entre ellas.

—Con lo previsor que eres, ¿no tienes ya el alojamiento? —le preguntó Aina en un tono más bien mordaz.

—Lo he dejado para el último momento, no sabes nunca en qué cama vas a acabar...

—Eso será en tu caso.

—Oye, Cristina, ¿si estás colegiado es más barato? —les cortó Pablo, quien también intuyó que de un pique podíamos pasar a mayores.

—Sí, te hacen un quince por ciento...

—Así, ¿vas a ir? —le pregunté a Aina, dejando a Cristina y Pablo charlando sobre el Symposium.

—Sí, me inscribí hace una semana.

Volvíamos a estar a cero; cero simpatía, cero amistad, cero sonrisas.

—¿Me lo aconsejas? —le pregunté haciéndome el tonto.

Me miró alzando las cejas y con una media sonrisa que me dejó idiotizado.

—¿De qué hablas? —preguntó retándome con la mirada.

Madre mía, debía llevar la polla de corbata. Dios, cómo me ponía.

—Del Symposium, creo.

Fueron unos segundos dentro de sus ojos durante los cuales pensé varias maneras de estar dentro de ella: la estiro encima de la mesa y le subo la falda;

me cuelo por debajo de la mesa y la arrastro al suelo para hacerla mía; o cojo su mano y me la llevo al primer portal que pille. Joder.

—Puede ser interesante —dijo pasando la lengua por su labio inferior.

Hostia...

¿Me estaba buscando?

—¿Y tienes ya el alojamiento?

Sí, lo sé, parecía un pringado. Pero me gustaría que estuvierais en mi piel en aquel momento.

—No, todavía no. ¿Quieres compartir habitación? —Su tono burlón me hizo reír.

Empalmado y riendo, eso era algo que no pasaba muy a menudo.

Me acostaba con tías, por supuesto. Nos conocemos en un pub o en una disco. Nos gustamos. Y follamos. Pero era difícil que hubiera la suficiente complicidad como para disfrutar del sexo entre risas.

—Yo no tengo problemas —le dije sonriendo, sabiendo que era un juego.

Aina tenía pareja—. Pero tú...

—¿Yo qué?

—Creo que sales con alguien —le dije sin tapujos.

Tardó un par de segundos en responder, en los que pensé que me diría que estaba soltera y que era libre para...

—Estás muy bien informado.

—Me enteré de casualidad —le recalqué.

—Ya, la casualidad es la que tienes al lado...

—¿Habláis de mí? —preguntó Cristina con desparpajo.

Su mano había vuelto a mi pierna, como si marcara territorio.

—No, del Symposium ese —le respondí con una sonrisa.

—Si coincidimos en el hotel, no te metas en mi habitación, ¿eh, colega?

—dijo riendo Cristina, sin cortarse ante nada ni nadie.

—Seré bueno, tranquila —repliqué siguiéndole la broma.

Abrí los ojos al sentir su mano en mi entrepierna. Todavía estaba a media erección pero Cristina logró ponerme de nuevo a tono. Joder. Iba a explotar con

estos vaivenes.

—No sé yo... —murmuró mirándome.

La solución hubiera sido retirarme e ir al baño, pero temía que más de uno viera el bulto en mi pantalón, así que cogí con disimulo su mano para quitarla de allí pero Cristina no era dócil. La agarró con más fuerza y empezó a hacer eso

con rapidez: apretar y soltar varias veces. La hostia...

—Cristina —le dije flojo y carraspeando porque se me iba la voz por la garganta.

—Un segundo —me dijo girándose hacia Pablo, pero con su mano ahí.

Tenía un calor exagerado y cogí la cerveza con una concentración extraordinaria para llevármela a los labios. Di un trago y me refresqué pero la excitación se estaba apoderando de mi cuerpo. Y lo último que me faltó fue que

Aina clavara de nuevo sus ojos en los míos.

—¿Estás bien? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ehm, sí, sí...

La mano de Cristina bajó por todo mi sexo hasta volver a mi pierna.

Notaba el latido del corazón en mi polla y tuve que inspirar fuerte para no dejarme llevar por lo que sentía. *Una ducha fría, una puta ducha fría, hielo, ducha fría,...* Era mi mantra pero Aina no ayudaba demasiado.

—¿Seguro?

Su lengua volvió a pasar por esos labios y apreté los dientes. Ella me miró sorprendida por mi gesto y acto seguido se disculpó para ir al baño.

¿Al baño? Al baño debería ir yo...

Y fui.

Tras ella.

Como un puto loco.

Pero al llegar al hall fui consciente de que la iba a cagar y entré en el de

hombres para refrescarme. Me mojé la cara y la nuca. Me miré al espejo y respiré hondo.

Venga, ya está.

Al abrir la puerta y salir, Aina hizo lo mismo y se quedó mirándome sorprendida otra vez.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó en un tono altivo.

—¿Yo? Tengo cara de ir siguiendo a mis compañeras de trabajo al...

Y no sé en qué cojones pensaba mientras decía todo aquello porque mi

cuerpo se fue en dirección a ella y la empujé con suavidad hacia la pared.

—Guille...

Dios, ese tono... sabía qué significaba...

Ladeé la cabeza para quedar a su altura y me acerqué a sus labios muy despacio porque en el fondo esperaba que me detuviera. Pero no. Aina me miraba con una mezcla de anhelo y sorpresa.

Mis labios rozaron los suyos y sentí su aliento caliente, con lo que mi polla volvió a dar un salto en mis pantalones. Apreté inconscientemente mi cuerpo contra el suyo y ella puso sus manos en mi pecho.

—Gui...

La hice callar con mis labios y sentí su corazón acelerado y cómo arqueaba un poco la espalda. Madre mía, qué boca la de Aina. Sabía a algo caliente y dulce... Mi lengua se fue en busca de la suya y me metí entre sus labios con suavidad. Aina fue dejándome hueco hasta que al final su lengua se enredó con

la mía, correspondiendo por fin mi beso. Joder, joder. Me estaba poniendo a mil

por momentos y apreté mi erección contra su estómago.

Tiene que ser mía...

Se separó de repente y me dejó desconcertado.

—No puedo, Guillermo.

No podía, joder, no podía. Pasé la mano por mi pelo, un poco saturado y suspiré intentando ser razonable.

—Está bien.

La dejé ir... No era tan capullo como para putearla pero joder... me costó no pillarla de la coleta y traerla hacia mí de nuevo para besarla, para tomarla entre mis brazos, para sentir su calor junto al mío.

Me costó Dios y ayuda.

Capítulo 9

CHLOE:

Olga le había preparado una sorpresa a su querido chico, a Íñigo. Una sorpresa de las buenas.

—Cariño, he adelantado el regalo de nuestro aniversario —le dijo Olga entusiasmada por teléfono.

—¿Y eso?

En breve cumplirían nueve años y Olga había pensado en hacer algo especial. Siempre terminaban con la típica cenita y polvo en el coche y este año

se le había antojado que fuera distinto.

—Porque te quiero muchísimo.

Íñigo se sintió mal al instante.

—¿Y qué es cariño? —preguntó él para compensar su mala conciencia.

—Es una sorpresa...

—Me encantan las sorpresas...

Y era cierto aunque no sabía la que le venía encima.

Íñigo y Chloe siguieron queriendo saber el uno del otro cada día un poco más.

—Mañana nos veremos... —dijo ella con los ojos cerrados, tumbada en su cama y con el móvil en la oreja.

—Sí, enana, tengo unas ganas de verte...

—Y yo, me muero por abrazarte, ¿sabes?

Ambos sonrieron al teléfono y continuaron una charla de más de media hora. Se sentían nerviosos, contentos, ansiosos por verse en carne y hueso. No era lo mismo y ambos estaban deseando tenerse enfrente, sonreírse y abrazarse

para seguidamente ¿darse un beso?

Chloe lo había imaginado de esa forma. Con un suave beso en sus labios.

Después se mirarían a los ojos y sabrían que todo eso que habían vivido las últimas semanas era real.

Íñigo, por su parte, deseaba tenerla entre sus brazos, acariciar su pelo y darle un beso apasionado para demostrarle lo mucho que estaba por ella. Y

estaba pensando incluso en decirle que empezaba a sentir algo, algo que empezaba a no controlar.

Y llegó el día.

A las seis de la tarde Olga lo esperaba nerviosa en el correspondiente andén. En cuanto lo vio bajar del tren se fue corriendo hacia él y se abrazaron,

aunque Íñigo pensó al instante que le hubiera gustado que esos abrazos fueran los de Chloe.

Olga le formuló miles de preguntas mientras conducía en dirección al piso de los padres de Íñigo, situado en La Castellana. Íñigo iba respondiendo pero hacía un enorme esfuerzo por mostrarse normal con ella porque la culpa lo podía. ¿Se merecía Olga aquel engaño? No.

Al entrar en el piso la sorpresa fue mayúscula cuando vio un enorme cartel donde ponía “¡Bienvenido Íñigo, ya era hora!”, junto a su familia y amigos que

vitoreaban su nombre. Se rio, no pudo más que agradecer ese recibimiento.

Olga lo miraba con ojos brillantes y le dio un largo beso junto a un sobre blanco.

—¡Vamos! Abre el sobre —lo animó su padre.

Él obedeció y se quedó blanco al ver su interior. Contenía dos billetes de avión para ir a Ibiza... ¿mañana a primera hora?

—¡Mierda! —exclamé agobiado.

Me levanté empujando la silla con brusquedad y fui a por una cerveza.

Puto calor.

No me estaba gustando. Esa historia era una puta mierda. Nada que ver con mi primer libro. ¿Dónde estaba el sexo? ¿El morbo? ¿El flirteo? Se me había ido convirtiendo en casi un drama. Joder.

Releí el texto bebiendo de la lata y en cuanto terminé, seleccioné la mayor parte del texto y lo eliminé hasta la escena donde Íñigo y Chloe tienen su

primera sesión de sexo virtual.

“Ella le pedía a él que le dijera guarradas. Él que lo hicieran en la ducha.

Ella le pedía caricias suaves. Él que se la cogiera bien fuerte. Los dos se entendían a la perfección y parecía que aquello cada vez iba a más”.

—Hasta aquí. Nada de que Íñigo tenga chica ni historias dramáticas —me dije en voz alta.

Y eso era escribir, realmente. Escribir, leer, releer y borrar para empezar de nuevo. Si a mí no me gustaba, no podía tirar hacia delante. Mi primer libro lo había escrito en unos cuatro meses y fluyó como si tuviera vida propia pero también había tenido que retroceder en algunos momentos. No todo era tan fácil.

Decidí echarme una siesta, era sábado y era de obligado cumplimiento

tumbarme en mi sofá, en bóxer y con el aire acondicionado a todo trapo. Pero antes iba a responder el mensaje de Aina, el de “sigue soñando y no me llames

nena”.

“Creo que ayer besé a alguien en sueños, ne-na”

Me dormí con una sonrisa tonta en los labios, pensando en ella. Aunque con quien soñé fue con Cristina y su mano en mi paquete, tanto que me toqué en sueños y me desperté excitado y con ganas de follar.

Parecía un adolescente, sí, pero tener esas dos en el curro provocaba que mi testosterona anduviera por las nubes.

Así que aquella noche, cuando salí con Claudio tenía claro mi objetivo.

Necesitaba un alivio, un desahogo o un “vaciar los huevos” como decía él.

—Vamos al Puerto Olímpico, joder, que celebran la fiesta del biquini

—dijo Claudio con ojos saltones.

—Ya ves, tías en biquini, ¿qué gracia tiene eso? —le repliqué resoplando.

—Vamos tío, la fiesta es en toda la calle...

Accedí porque me daba igual dónde ir, la verdad. Tenía ganas de salir, despejarme, olvidar a esas dos y disfrutar un rato con mi amigo.

El Paseo Marítimo estaba decorado con motivos de verano: sombrillas, toallas, soles, flotadores y cosas varias. Algunas chicas en biquini paseaban por la zona animando a la gente a entrar en un pub u otro.

Claudio y yo decidimos entrar en el garito de un colega; *El pozo*, donde la música era variada, no muy alta y los gin-tonics los servían cargaditos. El lugar era semioscuro con luces de colores y siempre estaba bastante concurrido.

Tomamos la primera copa charlando. Mi amigo trabaja en una empresa de seguridad marítima y me iba explicando alguna que otra anécdota a la vez que ambos íbamos observando al personal.

Al rato, mientras Claudio estaba en el baño haciendo de las suyas, me fijé en una rubia de pelo rizado y tacones altos. Pero iba acompañada por... ¿¿era Íñigo?? Vaya que sí. Me miró, sonrió y vino hacia mí.

—¡Guille! ¿Qué pasa tío?

Nos saludamos con unas palmadas en la espalda y comentamos el buen ambiente que había. Le pregunté directamente por la chica. ¿Sería su hermana?

Recordaba bien que no le gustaban las rubias...

—Es una de las cantantes del grupo —dijo mirándola—. ¿Está buena, eh?

Pues esta noche anda ocupada, tío. Haré un esfuerzo, lo siento por ti.

Joder con Íñigo. Y yo a dos velas con aquellas dos...

Charlé con él cinco minutos más y le seguí con la vista hasta aquella rubia espectacular. Ambos desaparecieron entre el gentío y al minuto Claudio regresó.

—¿Cambiamos de ambiente?

En el local en el que entramos la música era salsa, todo el mundo movía el esqueleto y la gente estaba más animada. A los cinco minutos Claudio bailaba

con una chica y yo tonteaba con otra. Una pelirroja de piernas interminables y ojos de gata que terminó cabalgando encima de mí como una auténtica Diosa del

sexo en el asiento trasero de su *Golf*.

Después del polvo en el coche, repetimos en su piso y me fui nada más terminar. Helena, que así se llamaba, no puso ningún impedimento. Y con un beso corto me despedí de ella antes de salir de su cama. Había sido un buena sesión pero yo necesitaba mi cama para dormir y si era solo mucho mejor.

Al llegar al piso me llegó un mensaje de Aina, eran las cuatro de la madrugada... ¿Estaría de fiesta o con su chico dándole al pistón?

“No se volverá a repetir, Guillermo, procura mantener tu cosa más saciada”

Me reí mientras me quitaba la ropa. Jodida Aina. Me gustaba, era una chica con una mezcla extraña de sobriedad y exotismo. Daba la impresión de ser

una tía interesante, lista y en mi fuero interno intuía que Aina era muy sexy y una *amantis* peligrosa en la cama. ¿El único defecto? Tenía pareja... Aunque había correspondido mi beso y eso me iba a costar olvidarlo. Me conocía y cuando quería algo...

“Mi cosa anda alterada últimamente, no sé por qué o por quién será”

Era la segunda vez en el mismo día que me dormía pensando en ella. Y no podía poner de excusa que necesitaba echar un buen polvo.

Me despertó el sonido del móvil y maldije en voz alta, buscándolo por mi cama. ¿Dónde coño estaba el puto teléfono? Donde lo había dejado anoche; debajo de la otra almohada.

—¿Sí? —pregunté cerrando los ojos.

—Guille, ¿estabas durmiendo?

—Sí, mamá, pero no pasa nada.

Intenté despejarme para poder charlar con ella. El sábado se había ido a primera hora con Santi a Viena y me había llamado en cuanto había llegado.

—¿Ocurre algo?

—No, no. Estoy en los jardines del palacio de *Sissi* y me he acordado de ti.

Nada más.

Sonreí al oírla.

—¿Has visto ya el palacio?

—Me ha encantado...

Me explicó todo lo que había visto, así por encima, porque ese palacio da

bastante de sí y le pregunté cómo iba todo. Estaba muy contenta de haber decidido ir al final y me dio las gracias por animarla a hacerlo.

Colgué el teléfono con una gran sonrisa al pensar que mi madre por fin disfrutaba al cien por cien de su vida. Pensando en ello vi dos mensajes; uno de

Chloe y otro de Aina.

“Brother, esta tarde me paso por tu piso. Tengo que contarte cosas de Íñigo”

Le respondí rápido diciéndole que pasara cuando quisiera. Mi plan de ese domingo por la tarde era no hacer nada.

Abrí el mensaje de Aina, con ganas de saber por dónde saldría la tía.

“Quizás estás alterado por la casualidad”

La casualidad era Cristina, claro. Y si bien era cierto que Cristina me había puesto cachondo en más de una ocasión, quien me atraía de verdad era Aina.

“No la he besado a ella... ni ella a mí...”

Estaba en línea y me leyó al momento, sin esperas tontas, al grano.

“Para estar tan bien informado, te pasas las reglas por todo lo alto”

Pues no era lo común porque yo pasaba de tías con novios, parejas o cosas por el estilo. Con la de chicas que había, no me hacía falta complicarme la vida

con rollos de esos. ¿Entonces qué me sucedía con Aina?

“Creo que eres la única culpable”

“Encima?”, respondió veloz.

“O debajo, donde prefieras, nena...”

¡Hostia! Ya la había liado de nuevo. ¿Podía razonar con la cabeza en vez de con la polla? Me lo había puesto a huevo, joder, y no había pensado que Aina

no era un ligue cualquiera, era una compañera de curro. ¿Lo recordaba?

No demasiado...

Aina seguía en línea pero sin escribir nada y le envié un audio antes de que me mandara a la mierda.

“Ehm... esto, perdona por esa salida. Son solo las diez de la mañana y estoy dormido. Otras partes no pero yo sí, así que disculpa Aina...”

A los dos segundos me llegó un audio suyo.

“Disculpas aceptadas, Guillermo...”

Dios, qué voz la muy... Y mi nombre en su boca sonaba a otra cosa...

cómeme Guillermo... hazme tuya Guillermo... más Guille... sí...

Miré mi erección y me reí de mí mismo. ¿Un adolescente? Un adolescente multiplicado por tres, qué cojones.

Aina empezaba a ocupar demasiado espacio en mis pensamientos. Y eso solo podía significar una cosa, cosa que yo no quería. Así que o ponía distancia o acabaría pillado.

—Guille, ayer quedamos y no veas... Es un tío tan... ¡guay!

—¿Ayer cuándo? —le pregunté untando *Nocilla* en el sándwich.

En mi piso o había *Nocilla* y pan *Bimbo* o mi hermana era capaz de dejarme de hablar.

—Por la tarde porque por la noche había quedado con unos amigos. Llegó el viernes de la gira y se quedó con su familia pero el sábado por la tarde me lo dedicó a mí.

—Genial —le dije pensando que la noche también se la podría haber dedicado, o eso hubiera hecho yo.

—¡Sí! Es mejor en carne y hueso y tiene unas pecas en la nariz que me las comería a cucharadas...

La miré con asco.

—¿Qué cojones dices? Chloe, desvarías...

—Es que es tan mono... Nada más vernos me tiré a sus brazos, me cogió al aire y empezamos a dar vueltas riendo, ¡cómo en las pelis!

—Vaya, no te cortaste un pelo, ¿eh?

—¿Cortarme? ¿Por qué? Si por la cam...

—Sí, sí, ya sé —la interrumpí antes de que me explicara sus encuentros sexuales.

Una cosa era saberlo y otra que mi hermanita me lo relatara con pelos y señales. Me explicó su cita, que se lo pasó genial y que habían quedado aquella

noche para cenar juntos.

—Y después le he dicho que venga a dormir a casa...

—¿¿Cómo??

—Queremos estar juntos, tranquilos y solos. Él vive con sus padres, no tiene coche y tenemos ganas de... ya sabes...

—¿Así que aún no...? —junté mis dedos índices en señal de folleto y Chloe negó con la cabeza.

Bueno, Íñigo no era un puto salido.

—Los dos queremos que sea especial, ya me entiendes...

Puso ojitos de cordero degollado y maldije mi estampa. ¿Cómo iba a decirle que no subiera ese tío a casa?

—Ya. Pero quiero que me mandes un mensaje a cada hora.

—¿Qué dices?

—O eso o nada. ¡Yo qué sé quién es ese tío!

—A cada hora Guille... —se quejó poniendo los ojos en blanco.

—Las dos primeras, no hay más negociación.

—Guille, si no me fiara no estaría con él —su tono era serio.

La miré y durante unos segundos pensé que era ridículo lo que le pedía.

Pero joder, era mi hermana pequeña y había mucho loco por el mundo.

—Y seguro que es de fiar —le repliqué en tono conciliador—, pero entiéndeme Chloe, me preocupas...

El que puso ojitos fui yo y Chloe sonrió de nuevo.

—Está bien, no me cuesta nada. Dos mensajes y me olvidas.

Capítulo 10

CHLOE:

El día del reencuentro se acercaba y Chloe e Íñigo estaban nerviosos y con muchas ganas de que llegara el momento.

No era lo mismo verse a través de una pantalla y aunque les surgían algunas dudas cuando pensaban en ello, tenían claro que deseaban tenerse el uno frente al otro.

Y así fue.

Habían quedado en la Plaza Mayor, justo en el centro, al lado de la estatua de Felipe III.

Íñigo llegó antes de la hora porque solía ser impuntual pero al revés: siempre llegaba con antelación. Era un maniático de la puntualidad y sus colegas se metían con él por eso. Pero él era así y le importaba poco lo que opinaran los demás.

Creyó ver a Chloe a lo lejos. No estaba seguro pero por su pelo casi rubio y esa melena larga le pareció que podía ser ella. A medida que se acercaba lo tuvo claro y fue observando su forma de andar. Le gustaba y mucho.

Chloe lo vio nada más entrar en la plaza, al lado de la estatua, y sonrió para sus adentros por su puntualidad puesto que todavía quedaban cinco minutos para las siete en punto. Los dos últimos metros los recorrió con el corazón a mil.

—Chloe... Íñigo... —dijeron casi a la vez y se sonrieron sabiendo que en ese

momento empezaban de cero.

Dejé de escribir porque pensé en Cristina y Aina... ¿Y si escribía sobre ellas? Joder, algo no iba bien con este nuevo libro. Estaba pensando en otro proyecto cuando no había ni empezado este.

Cristina sería la chica sexy y explosiva, Aina la recatada que las mataba callando. Trabajaban juntas en unas oficinas de un banco de renombre y su director las deseaba a las dos.

Me reí al pensar quién era ese director. Yo, claro.

Decidí dejar unos días el escrito de CHLOE y releerlo de nuevo más

adelante para encontrar aquello que no me convencía. Quizás era todo y lo que

debía hacer era empezar de cero. Pues lo haría, no pasaba nada. Escribir era algo divertido y no lo iba a convertir en una obligación ni en algo que me diera dolores de cabeza.

—Muy bien señor López, está usted lográndolo —le dije a mi cliente,

quien estaba superando una buena depresión por la muerte de su mujer en un accidente de tráfico brutal.

—Gracias por su ayuda, Guillermo.

Lo acompañé hasta la puerta y nos dimos un buen apretón de manos.

Era lunes y el señor López venía siempre a las ocho de la mañana, con lo cual yo era el primero en entrar. El resto no solía venir hasta pasadas las diez.

Pero aquel lunes había oído la puerta principal y supuse que había sido Aina porque su despacho era el único que tenía la puerta cerrada.

Me acerqué y llamé a la puerta pero no respondió nadie. Di un repaso por todos los despachos y pensé que quizás hubiera entrado otro de mis compañeros

pero nada. Allí no había nadie. Volví al despacho de Aina y llamé de nuevo, un

poco más fuerte. Silencio. Abrí con cuidado y miré con curiosidad.

Aina estaba en su mesa, con los cascos puestos y moviendo los brazos y el cuerpo en un baile más bien... sensual. Me quedé unos segundos mirándola, embobado. ¿Fría? De fría nada. Mi mente trasladó su cuerpo encima del mío haciendo esos movimientos...

—Jo-der... —murmuré para mí mismo.

Al notar mi presencia se detuvo de repente, se quitó los auriculares con rapidez y me miró cabreada.

—¿No sabes llamar?

Se levantó enfadada de golpe y la faldita del vestido le jugó una mala pasada: se le enganchó no sé cómo en el cinturón fino que llevaba y pude ver con claridad sus mini braguitas de encaje negro. ¡Madre mía! ¿Qué era eso?

¿Una puta prueba de resistencia o qué? Mis ojos se quedaron clavados allí. Fijos.

Sin ver nada más. Como los burros con anteojeras.

—¿Qué...? —balbuceó mirándose y se bajó la faldita con premura.

—He llamado pero no me has oído... —dije volviendo mi vista en dirección a sus ojos.

La piel de sus pómulos estaba al rojo vivo y sus ojos me miraron

enfurecidos. Yo solo pensaba en ir hacia ella y probar esos labios de nuevo pero

me obligué a quedarme clavado en el sitio, con el pomo todavía entre mis dedos.

—Tienes el don de la oportunidad. ¿Quieres algo? —su tono era grave y estaba claro que la poca simpatía que había surgido entre nosotros había desaparecido por completo.

—He oído la puerta y solo venía a saludarte, pero ya veo que te pilló en un... momento movidito.

Me reí por dentro porque aunque fuera tan borde a mí me hacía gracia haberla pillado bailando en el despacho.

—Eres muy ocurrente —me dijo atusándose la faldita antes de sentarse.

—¿Quieres un café caliente? —le pregunté para picarla.

Me miró sorprendida y puso los ojos en blanco unos segundos, en un gesto tan familiar que me hizo reír. Sentí que bajaba la guardia conmigo.

—Sin sacarina de esa sí, gracias.

—Marchando —le dije yendo hacia la cafetería.

Miré mis partes bajas y hablé con ellas, como todo buen macho: *“ni se os ocurra dejarme en evidencia y aunque yo piense en esas putas braguitas negras, nada de izar la vela”*.

Joder, qué ropa interior se gastaba la niña...

Preparé el café pensando en la Siberia, en los pingüinos de Madagascar y en lo complicado que debía ser construir un iglú de esos.

—¿Se puede o bailamos? —le pregunté con sorna antes de entrar.

—Pasa, chistoso —dijo más amable.

Le acerqué el café y casi se me cae de las manos cuando levantó la cabeza para mirarme. ¿Y esas gafas? Estaba sexy de cojones con esas lentes de pasta negra que enmarcaban sus bonitos ojos.

—¿Son solo para leer? —le pregunté sentándome frente a ella.

—Puedes sentarte —dijo con ironía y solté una risilla—. Y sí. ¿Siempre eres así Guillermo?

—¿Así de...? —pregunté con cautela.

—De directo.

—¡Ah! Eso, sí. ¿Te molesta?

—Tendría que importarme para que me molestara.

Punto para la señorita logopeda.

—¿Entonces por qué preguntas?

Me miró abriendo los ojos, no esperaba ni esa pregunta ni tanta rapidez pero unas de mis habilidades es tener siempre la última palabra. Soy rápido de mente.

—Soy curiosa.

—Según Freud la curiosidad se basaba en la sexualidad...

—¿Todavía estás en la etapa fálica? —me cortó en un tono divertido.

Me reí y ella sonrió.

—Puede parecerlo —le dije bromeando—. Pero he pasado ya todas esas etapas. ¿Qué tal tu fin de semana?

—Genial, he estado fuera con un par de amigas y nos lo hemos pasado de maravilla. Playa, sol, gin-tonic con fresas y algún que otro bailecito.

Estaba con ella bien a gusto. Cómodo. En esos momentos parecía que ninguno de los dos recordaba el beso del viernes.

—¿Y lo de bailar trabajando es normal? —le pregunté siguiendo el buen rollo.

—En mí sí, pero lo hago en la intimidad, claro. No esperaba que alguien entrara y no he pensado que no oiría nada si alguien llamaba a la puerta.

—¿Y qué bailabas?

—Era *Zumba* —respondió sonriendo.

Joder, qué guapa cuando sonreía...

—El baile ese que mueves el culo de mil formas —dije no queriendo imaginármela a ella así.

—Exacto. El culo y otras partes del cuerpo.

La miré pensando que me encantaría que me hiciera una demostración ahí mismo.

—Y ni lo sueñes —añadió colocándose las gafas.

—¿El qué?

—Que baile de nuevo.

Abrí la boca sorprendido. ¿Me leía el pensamiento?

Aina había vuelto a teclear en su ordenador y la observé unos segundos fascinado.

—Ehm... me voy... —dije como un perfecto gilipollas

Aina me miró por encima de las gafas y su lengua pasó de aquel modo tan sensual por esos jodidos labios. Empezaba a entender que era un gesto muy suyo

y que no lo hacía para provocarme pero a mí me parecía otra cosa, otras muchas

cosas...

—Gracias por el café, Guillermo.

—Puedes llamarme Guille.

—De acuerdo, Guillermo.

Sonreí y salí de allí intentando mostrarme tranquilo.

—Guillermo —me llamó justo antes de salir y me giré hacia ella—. Uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que habla. O eso dijo Freud en su día.

—¿Hablas de mí o de ti? —le repliqué socarrón.

—Yo no digo más —respondió mirándome fijamente, sin miedo.

—Yo prefiero callar también...

Porque de poder le hubiera dicho que me gustaba, que me ponía a mil y que me moría por reseguir cada una de sus curvas con mi lengua..., todo eso y

varias cosas más.

A mediodía Chloe vino al *Màgic* porque casi se podría decir que la obligué. Quería saber cómo le había ido con Íñigo, no en el plano sexual, claro.

—¿Qué tal todo?

—¿No me ves la cara?

—Sí, cara de *happy*. ¿Así fue bien?

—De puta madre —soltó con énfasis.

—Chloe, esa boca —la reñí observando que Cristina nos miraba con una sonrisa.

Algunos de mis compañeros estaban a dos mesas de la nuestra y Cristina me quedaba de frente.

—Guille, no seas *viejuno*. Es un crack...

—¡Eh, eh! Nada de sexo, hermanita —la corté intuyendo el final de la frase.

—No seas *toli*. —O sea, tonto del culo.— Iba a decirte que rapeando es lo más... —Su cara de boba lo confirmaba: mi hermana estaba pillada.

La noche anterior, cuando me mandó esos dos mensajes, ya lo intuí. Todo eran alabanzas hacia Íñigo.

—¿Quieres conocerlo?

—No, en cuanto lleves con él un par de meses, me lo presentas. Mientras no quiero saber nada.

—¿No quieres verlo? —preguntó en tono lastimoso.

—Chloe, no necesito verlo. Ya eres grande para saber con quién andas.

—Ya... —Chloe se rindió porque sabía que no me convencería.— ¿Y tú con quién andas?

—Eso, eso, ¿con quién andas? —preguntó Cristina medio riendo y sentándose a mi lado.

Ambos la miramos sorprendidos.

—Soy Cristina, la nueva psico del centro —dijo dándole dos besos a mi hermana por encima de la mesa.

—Soy Chloe, su hermana.

—Lo he imaginado, os parecéis bastante.

—No tanto —dijo Chloe sonriendo.

—¿Sales con alguien? —le preguntó Cristina a bocajarro.

Me extrañó esa pregunta.

—Salir no pero he conocido a alguien.

—Lástima —dijo Cristina con un gesto teatral que nos hizo sonreír.

—¿Y eso? —le pregunté yo.

En ese momento entró Aina y nos miramos fijamente hasta que Cristina nos interrumpió cogiendo mi barbilla con sus dedos y obligándome a mirarla a ella.

—Tengo un primo que está buenísimo y es súper buen tío. —Miró entonces a mi hermana.— Aunque ahora está pasando por un mal momento.

—¿Le han roto el corazón? —preguntó Chloe interesada.

—No, tuvo un accidente en moto y va en silla de ruedas desde hace unos meses. Lo lleva mal, muy mal pero te aseguro que es un encanto.

Chloe y yo nos quedamos mudos ante sus palabras.

—¿Cómo se llama?

—Aitor, tiene treinta y dos años y es abogado. Todavía no ha vuelto al trabajo pero creo que en unos meses estará preparado para volver al mundo real.

Lo de la silla de ruedas no es definitivo o al menos no lo saben seguro. Los médicos dicen que hay posibilidades aunque pocas de que vuelva a andar.

—Supongo que está en rehabilitación...

—Sí, claro. Tiene su propio fisioterapeuta y yo me encargo de la parte psicológica. Saldrá adelante, estoy segura —dijo con los ojos brillantes y la miré con ternura.

Ni la dura es tan dura ni la blanda tan blanda.

—Me apetece conocerlo —soltó Chloe resolutiva.

—¿Sí? Genial. ¿Por qué no quedamos los cuatro y así es como más sutil la cosa, no? No quiero que piense que le busco chica...

—Por mí bien —dije intuyendo que ese chico necesitaba más ayuda de la que nos decía Cristina.

Mi compañera no tenía pinta de Celestina.

—Cuando digáis —respondió risueña Chloe.

Mi hermana siempre estaba dispuesta a hacer nuevos amigos; en eso nos parecíamos los dos.

—A ver... el sábado tenemos la cena con los del centro, ¿el viernes?

—El viernes —confirmó Chloe y yo asentí con la cabeza al ver cómo mi hermana se levantaba para ir al baño.

Cristina puso su mano en mi pierna otra vez y sonreí porque empezaba a ser un gesto demasiado habitual.

—Nada de traje, Guille —me dijo ella.

—No salgo con traje, muñeca —le repliqué divertido.

—Mejor, porque esos pantalones tan finos te la pueden jugar —dijo mirando mi paquete con descaro.

Solté una carcajada y de soslayo noté la mirada de Aina.

—Eres una psicóloga muy intuitiva, ¿lo sabes?

Me miró con un descaro preocupante porque estábamos en medio del bar lleno de gente y de nuestros compañeros.

—Y tú un hombre que piensa demasiado...

Su mano subió despacio hacia mi sexo y la atrapé antes de que fuera a más. O Cristina era una exhibicionista o se la traía al paio quien la viera.

—Cristina... —la avisé.

—¿No te han dicho nunca que ese tonito es de lo más excitante?

Me reí por su ocurrencia.

—Pues que lo sepas, tu voz es como miel para las abejas —añadió tras morderse los labios con sensualidad.

Sabía jugar bien sus cartas.

—¿Vas a picarme? —le dije coqueteando con ella.

—Puede... Pero antes debo decirte algo.

—¿El qué? —pregunté con curiosidad.

Se acercó a mi oído y me habló en un susurro.

—Yo follo sin sentimientos.

Se levantó de la mesa y me sonrió antes de irse tan pincha de mi lado.

Jodida Cristina...

Capítulo 11

—¿Te vas a calzar a las dos? —preguntó Chloe sentada en mi *Ibiza* camino de Plaza Cataluña, donde habíamos quedado con Cristina y su primo Aitor.

La miré unos segundos y me reí.

—¿Te vas a ligar al primo? —repliqué bromeando.

—No, porque con Íñigo voy servida pero quizás de aquí salga una bonita amistad.

Lo dudaba.

El jueves había interrogado a Cristina mientras tomábamos un café. Aitor

tenía una actitud negativa, pesimista y estaba asqueado de su situación. No aceptaba lo que le había ocurrido. Meses atrás era un tío atlético que adoraba hacer deporte y ahora se encontraba encarcelado en una silla de ruedas. El carácter se le había agriado y no sonreía casi nunca. Cristina me lo dijo tal cual y le pregunté si sería buena idea la cita a cuatro. Empezaba a sufrir por mi hermana. Sus palabras textuales fueron estas: “tengo un palpito con tu hermana”.

¿Un palpito? Pero si ni la conocía. Le dije bien claro que si su primo se ponía gallito con mi hermana, nos iríamos y ella aceptó el trato.

—¿Sabe Íñigo que hacemos un cuarteto?

—No tiene por qué saberlo todo, digo yo. Él también sale con sus amigos.

Casi cada noche queda con alguien. Tiene tantos amigos que cada día me nombra a unos distintos.

—Qué extrovertido debe ser —le dije con retintín.

—Íñigo solo tiene ojos para mí.

—Eso te lo dirá él...

—¡Eh! ¿Estás malmetiendo? —preguntó haciéndose la indignada.

—¡Qué va! Solo pregunto.

—Mira, hermanito, ha estado conmigo cada noche de esta semana...

—Ya. —Carraspeé imaginando en qué lugar concreto del piso de mi

madre.— Recuerda que el sábado por la noche llega mamá, así que deshazte de

cualquier pelo oscuro que haya por ahí.

—Qué *toli* eres, de verdad.

—Joder, encima que te lo recuerdo...

Los tres éramos rubios y Santi calvo, así que mi madre sumaría dos más dos en un santiamén. Y aunque sabía que Chloe era ya mayor le costaba ver que su pequeña había crecido y ya retozaba con hombres de pelo en pecho.

Aparqué en el parking de la plaza y al salir a la calle los vimos al momento. Cristina resaltaba por sus curvas y Aitor por su silla de ruedas. Tenía

que ser jodido pero tanto mi hermana como yo no le íbamos a demostrar ningún

tipo de lástima, los Zabala no somos así.

—Pues el chico debe ser alto, ¿no? —dijo Chloe acercándonos.

—Sí, tiene un cuerpo atlético.

—Como su prima —dijo con ironía y dándome un codazo.

—No eres más tonta porque no te entrenas —le solté riendo y ella me mordió en el brazo.

Solté un taco y estiré su coleta rubia provocando más risas entre los dos.

—Compórtate, venga —me dijo a dos metros de ellos.

—Tienes un moco ahí—me miró seria y sorprendida y no pude evitar soltar una carcajada.

—Gilipollas —dijo riendo también.

—Vaya, con los hermanitos, qué bien os lleváis, ¿no? —preguntó Cristina con una preciosa sonrisa.

Le di dos besos y la mano a Aitor mientras ella nos presentaba. Observé que era un chico bastante atractivo, moreno, de ojos claros y barbita de tres días.

No suelo fijarme en los tíos, evidentemente, pero su historia me había removido

cosas por dentro.

—Ella es mi hermana Chloe, la loca de la familia. Ya la irás conociendo

—le dije en un tono aburrido y Aitor sonrió hasta que se encontró cara a cara con mi hermana y su sonrisa desapareció para dejar paso a una mirada de pasmo.

Chloe se inclinó para darle dos besos y al retirarse me fijé en su mirada: a

mi hermana el chico le había entrado por los ojos. Y parecía que Aitor también

estaba entusiasmado resiguiendo su rostro. Vaya, vaya... igual si podría labrarse ahí una bonita amistad.

Dimos un corto paseo hasta una tasca del Paseo de Gracia y pedimos unas cañas. Yo me senté junto a Aitor, con quien sabía que haría buenas migas porque

desde el minuto cero habíamos empezado a hablar de deportes varios, desde el atletismo hasta las carreras de coches.

—¿Cristina nos ha dicho que eres abogado? —le preguntó Chloe con simpatía.

—Sí, trabajo en un bufete. Ahora llevo unos meses de baja pero espero retomarlo pronto. ¿Y tú?

—Ahora vuelvo —dijo Cristina saliendo del local con el móvil en la oreja.

—Estoy terminando magisterio, me quedan los últimos exámenes y

después a estudiar para las *opos*.

Cogí el móvil para dejarlos solos a lo suyo pero me iba enterando de todo.

La verdad era que el muchacho no parecía tan borde como lo había pintado Cristina.

“¿Mañana me concederás un baile?”

Escribí a Aina porque... porque sí. Echaba de menos sus mensajes cortantes.

“No sé si iré, mi chico tiene planes”

Me sentó como una patada en los huevos. ¿Mi chico tiene planes? ¿Y qué pasa con los tuyos? A mí qué más me daba, joder. Si no venía pues ella se lo perdía.

“Genial”

—¿En serio? —Oí que decía Chloe entre risas.

Miré a Aitor y flipé al ver esa hilera de dientes blancos. El tío se estaba descojonando con mi hermana.

—¿Qué les pasa a estos dos? —preguntó Cristina sentándose frente a mí.

—Nada, que se ve que hablan otro idioma —le dije guiñando un ojo.

Chloe y Aitor charlaban entre ellos, mostrando claramente que sobrábamos y que les apetecía conocerse. No iba a ser yo quien lo dificultara y Cristina menos, sus ojos hacia su primo lo decían todo. Aunque había tenido un pálpito

con mi hermana, dudaba que Cristina pensara que la cosa podía ir tan bien.

Cristina y yo aprovechamos para hablar de nosotros, del trabajo y de nuestra vida en general, sin intimar demasiado, sin sentimientos como decía ella.

Cristina era psicóloga por vocación. Trabajaba desde que tenía dieciocho años y sus trabajos habían sido varios: dependienta, comercial, telefonista (trabajos con los que sus padres estaban en total desacuerdo) y finalmente psicóloga, una vez terminada la carrera. Primero trabajó en un centro pequeño, después en uno demasiado grande. De ahí pasó a dar clases en la Autónoma y al

final había ido a parar a nuestro centro, recomendada por un amigo de Rafa, el

jefe.

No tenía pareja desde hacía más de cinco años y lo explicó por encima pero por lo visto su última pareja le había partido en dos el corazón. No estaba cerrada al amor pero iba con pies de plomo.

Vivía con una amiga en el barrio *La Eixample* y sus padres estaban forrados, como los de Aina; tenían a medias una empresa textil familiar que suministraba a muchos otros países. Me quedé sorprendido.

—¿Y tú has pasado de seguir en la empresa de la familia? —le pregunté intrigado.

—Nuestros padres están al pie del cañón y no me interesa en absoluto. Mi padre me ofreció trabajar de psicóloga en la empresa y me negué. Aina, la mujer

de hielo, se fue para no tener que aguantar a los suyos.

—¿Aguantar qué?

—No han entendido nunca nuestras vocaciones. La mía todavía pero la

suya les parecía absurda.

—¿No se lleva bien con sus padres?

—Se lleva fatal. Siempre han estado muy encima de ella. Por eso me extrañó verla por aquí y supongo que su regreso se deberá al novio ese que se ha echado.

El novio que tergiversaba sus planes.

—Martina la quería en el centro.

—Sí, sé que es buena en lo suyo. Lástima que no nos soportemos. —No iba a preguntar el porqué pero ella siguió.— A los diez años me quitó un novio y

a partir de ahí esa fue nuestra tónica...

—¿Vuestra tónica?

—Yo le quitaba los ligues y ella a mí, era como una competición y los tíos eran los premios. Y no paramos hasta que ella se fue hace cuatro años a Menorca.

—¿Y... ahora? —pregunté alucinado por esos tejemanejes aunque mi mente iba absorbiendo todo aquello como una esponja para usarlo en futuros libros.

—Ahora nada. El tío que me jodió el alma se enamoró de ella. Y ahí decidí terminar con aquella estúpida dinámica. Al cabo de unos meses Aina se fue a trabajar a Ciutadella.

Joder con las tías. Yo creía que eran complicadas pero aquello superaba la

ficción. ¡ *Star Treck* a su lado era la puta realidad!

—¿Se liaron? —Me salió la vena maruja pero la curiosidad me podía más que el buen juicio de no hacer esa pregunta.

—No, Aina era una borde pero no fue tan hija de puta. Mi ex es hijo de un amigo de la familia y nos conocíamos de siempre. Al final terminó confesándome que se había enamorado de mi prima casi sin darse cuenta. Se lo

dijo a ella pero Aina pasó de él, por suerte. Ella desapareció de mi vista y así fue todo más fácil para mí.

—Ahora ya entiendo vuestro buen rollo —le dije con ironía.

—Lo que ves ahora es muy suave, te lo aseguro —dijo sonriendo.

Seguimos charlando y aquellos dos continuaron en su mundo hasta que

Cristina comentó que tenía hambre. Pedimos unas tapas y otra ronda de cañas y

los cuatro parloteamos amigablemente.

De ahí pasamos al garito de un amigo de Cristina, que estaba a tres calles,

en el barrio Gótico. El local era moderno, con luces blancas y una barra en forma de u llena de gente tomando alguna de las cervezas de su extensa carta. Había algunas mesas muy pequeñas al lado del gran ventanal. Cristina y yo nos situamos en una de las esquinas y Aitor y Chloe en una de esas mesas para dos.

Los dejamos solos porque veíamos el rollito que llevaban.

—Por tu hermana y mi primo —dijo Cristina brindando con su botellín

junto al mío.

—Eres buena como Celestina, podrías cambiar la psicología por una casa de citas.

Nos reímos y con la tontería una de sus manos se quedó en mi pecho. Nos miramos con picardía.

—Cristina, que después me dejas a medias —le dije avisándola.

Sonrió con coquetería y se acercó más a mí, juntando su pecho con el mío y mirándome con deseo.

—Odio las cosas a medias, ¿te lo he dicho?

Vi sus labios rojos cerca de los míos y dudé unos segundos en besarla o no pero Cristina no me dio margen. Cogió mi mano y me arrastró en dirección a la

zona de los baños donde había cuatro puertas. Entramos en un cuarto cuyo cartel

decía “prohibido el paso” y la miré sorprendido.

—Cristina...

—Tranquilo —dijo apoyándose en la pared y tirando de mí hacia ella—.

Aquí no entra nadie... Hay cuatro escobas... y un tío que está...

Pasó su mano por mi miembro y me dejó sin respiración.

—Está muy duro...

—Es lo que tiene si me tocas... —le dije con voz sugerente y pensando con

mis partes bajas.

El pensamiento de “¿y si entraba alguien?” había desaparecido de mi mente.

Mi mano pasó a su nuca y la acerqué a mi boca. Sus labios entreabiertos me recibieron con ganas y nos besamos con cierto desespero, como si lleváramos días deseando jugar con nuestras lenguas. Cristina besaba con fuerza,

con pasión y no era nada dócil, cosa que ya intuía.

—Parece que había ganas, ¿eh? —soltó en mi boca sonriendo.

Apoyé mi erección en su mano, buscando más fricción.

—Eso parece. —Cogí su falda y la subí despacio sintiendo su cuerpo arquear junto al mío.— Y parece que no soy el único.

—He fantaseado contigo, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

Mis dedos buscaron la fina tira de su tanga y se la bajé, lo justo para que su sexo quedará expuesto ante mí.

—He imaginado que me lo hacías en tu despacho...

—¿En mi silla y tú encima? —le pregunté atrapando uno de sus pechos y bajando mi mano hasta su sexo.

—Ufff, sí...

Mis dedos tocaron con suavidad su clítoris y noté su humedad. Cristina

estaba más que preparada para mí.

—Toma. —Me dio un preservativo que sacó de no sé dónde y me lo coloqué con rapidez.— Joder, cómo me pone verte...

Cogí sus nalgas, ella abrazó mi cintura con sus piernas y colocó mi polla en su entrada. Nos miramos unos segundos y de una estocada entré sin avisarla.

Un gemido ahogado salió de su garganta como si fuera el pistoletazo de salida.

Gemimos y jadeamos mientras yo iba embistiendo con fuerza hasta que ella clavó sus uñas en mis brazos y dijo mi nombre repetidas veces. Después de

su orgasmo dejó su cuerpo laxo, gruñí al sentir la llegada del mío y me corrí sintiendo una explosión de placer por todo mi cuerpo.

—Dios... eres digno de ver...

Capítulo 12

La vuelta a casa en mi *Ibiza* fue monotemática: Aitor, Aitor y Aitor.

Que si era muy divertido, simpático, enrollado, inteligente, ocurrente y varios adjetivos más, todos buenos, eso sí. Yo iba escuchando a mi hermana, divertido, y pensando que Aitor parecía de verdad un tipo agradable.

—Me ha explicado cómo tuvo el accidente.

—¿Qué ocurrió?

—Pues estaba enamorado de una tía y estaba hecho una mierda. Llevaba unos meses de bajón y había empezado a salir cada fin de semana para beber

y

desconectar de todo aquello. Una de esas noches, cogió la moto de un amigo y se

dieron contra un coche que hizo un adelantamiento arriesgado. Si hubiera estado

al cien por cien, cree que sus reflejos lo podrían haber salvado del piñaco pero al ir bebido...

—¿Y su amigo? —pregunté serio.

—Nada, su amigo está bien. Él se llevó la peor parte. Aún no sabe si podrá andar o no.

—¿Y cómo está él ahora?

—Pues se ve que el accidente lo ha despertado de ese mal sueño y esa tía ha pasado a un segundo o tercer plano. Dice que no vale la pena estar mal por algo que ya no tiene solución. Ella estaba enamorada de otro, incluso se casó con él, y ahí no puedes hacer nada. Ahora lo único que desea es recuperarse y poder

andar. Aunque yo creo que sigue pensando en ella.

—Ya imagino, menuda putada.

—Aitor dice que por mucho que imaginemos no podemos entenderlo, es algo que hay que vivir.

Por supuesto, así era. Como cualquier otro golpe duro en la vida. Por mucho que intentes ponerte en la piel de alguien, no puedes hacerte a la idea de

lo que es hasta que no lo vives en tu propia piel. Un accidente, la muerte de tu

padre,...

—¿Vas a verlo de nuevo? —pregunté cambiando de tercio.

—Nos hemos pasado el número de teléfono y ya veremos...

—Vaya, vaya. Creo que a Íñigo le ha salido competencia.

—¿Qué dices? —soltó riendo— Además Aitor está pillado por su ex vecina.

—¡Al tiempo! —le dije de forma exagerada y ella siguió con su risa contagiosa.

Quizás Chloe no había visto los chispazos que saltaban entre ellos pero yo sí.

—Mira, un mensaje suyo —dijo dejando de reír.

La miré de reojo y observé que se le ensanchaba la sonrisa.

—Quiere verte de nuevo, ¿me equivoco?

Chloe me miró sorprendida.

—Algo así —respondió con los ojos brillantes.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué vas a decirle?

Me gustaba Aitor, yo también tenía un palpito con él.

—No sé...

Eso era un sí, conocía a mi hermana.

—Bueno, quedar con él para tomar algo tampoco es pecado —añadí animándola—. Que no estamos en la Edad Media, *sister*.

CHLOE:

Íñigo y Chloe se sentían cerca y lejos a la vez mientras paseaban uno al lado del otro. Habían hablado muchas veces, se habían visto otras tantas por cam y habían compartido sexo telefónico. Pero en ese momento les daba la impresión

de que empezaban de cero, de que la persona que tenían a su lado era otra y no

dejaban de observarse mutuamente como si fueran dos auténticos desconocidos.

Eso ocurrió durante la primera media hora y poco a poco comenzaron a relajarse. Íñigo bromeó sobre su risa contagiosa. Chloe puso una de sus manos en su brazo al hablar sobre aquella canción que había compuesto para ella. Íñigo

empezaba a acortar distancias con ella cuando charlaban y Chloe empezaba a quedarse absorta en sus labios, deseando probarlos en vivo y en directo.

—Chloe...

—¿Sí?

Se miraron a los ojos fijamente y él cogió su barbilla con soltura para atraerla hacia él.

—¿Puedo besarte?

Chloe pensó que podía hacer lo que quisiera si seguía mirándola de aquel

modo tan intenso. Solo fue capaz de mover la cabeza afirmativamente con lo que

Íñigo se acercó un poco más a ella para dejar su boca sobre la de Chloe.

Ella cerró los ojos, temiendo qué sentiría y le gustó el calorcito que emanaba de los labios de Íñigo, quien buscó su lengua para darle más intensidad

a ese beso...

La luz parpadeante del móvil me sacó de mi inspiración divina. Era Claudio.

—¡Tío! ¿No oyes el puto timbre o qué cojones te pasa?

—Tranquilito, machote, estaba escribiendo. —Lo solía hacer con los auriculares y la música a todo trapo.

—Abre, leches —gruñó y colgó.

¿Qué le pasaba al colgado este?

Llamó al segundo y le abrí, y al minuto lo tuve en mi salón con una cerveza en la mano.

—Tengo un problema —me dijo directo.

—Si solo fuera uno... —le dije sonriendo.

—Estoy enamorado de tu hermana —respondió sin añadir nada más y me miró serio.

—Qué gilipollas eres. Va, suelta.

Se rio y esperé a que hablara de nuevo.

—Tengo esto. —Sacó una bolsita con polvo blanco.— Y no puedo dejarlo en mi piso.

Claudio compartía piso con un primo suyo que estudiaba una ingeniería y que era poco dado a salir y mucho menos a la coca.

—Ni hablar —negué rotundo.

—Venga Guille, solo esta noche. No es para mí, es de otro tío y mañana se lo paso. En serio.

—¿Cuánto hay ahí?

—Quince gramos.

—Tú estás idiota, ¿no? ¿Dónde cojones vas con eso por ahí?

—Anda, no exageres. ¿Me haces el favor? Acabo de recogerlo y no quiero ir paseando la bolsita.

—Qué huevos tienes Claudio, en serio. Hoy y ya. No traigas más mierda de esta porque yo no quiero saber nada, ¿entiendes?

—Joder, que sí, que es solo esta noche.

—Y a ver si vas pensando en dejar de tomar eso.

—Que controlo, tío.

—¡Eso le dijo el muerto a San Pedro! No seas ingenuo, esa frase es muy típica.

Daba igual lo que le dijera. Claudio estaba enganchado a la farlopa y no había manera de convencerlo de que dejara de joderse con aquello.

—Guille, es sábado, deja de darme la vara.

Y ni corto ni perezoso se preparó un tiritito en mi mesa de cristal.

—Me voy a la ducha para no verte —le dije pasando de él.

Y en mi habitación estaba cuando oí de nuevo el timbre. ¿Quién era? ¿La vecina? Oía una voz de chica pero no sabía reconocerla. Me subí los pantalones

con rapidez y me puse la camiseta negra entrando en el salón. Aquella noche era

la cena con los de la empresa y ahí estaba ella.

Guapa de cojones.

Me miró el estómago antes de que la camiseta bajara del todo y la miré sorprendido.

—Aina...

—Perdona por no avisar pero se me ha roto el móvil...

—Ya nos hemos presentado —dijo Claudio sonriendo satisfecho y sentándose en mi sofá.

La puta bolsita blanca seguía en la mesa y el rastro de su raya de coca junto a su DNI también. Seguro que Aina lo había visto todo, cómo para no verlo.

—Recoge eso —le dije de mal humor a Claudio.

Lo que menos quería era que Aina creyera que yo tomaba esa mierda.

—Sí señor, la dejo en tu habitación.

—¿Pasa algo? —le pregunté extrañado de tenerla en mi salón.

Aina llevaba un vestido ajustado en el pecho y con vuelo a partir de la cintura. Esa cintura... podías perderte en ella seguro.

—No. Sí. Quiero decir que... ¿vas a la cena?

—Sí, claro.

—¿Puedo ir contigo?

Miró hacia atrás, como si le persiguiera alguien.

—Ehm... sí, no hay problema. Queda un rato, ¿quieres tomar algo?

—No, no, gracias, ¿puedo? —dijo mirando mi sofá y asentí al ver cómo se sentaba.

—Esto... ¿estás bien?

Sus increíbles ojos se clavaron en los míos y sentí que mi pulso se revolucionaba. Aina tenía un extraño efecto en mí.

—Prefiero no hablar ahora, si no te importa.

—Bien, me ducho en diez minutos.

Claudio estaba en mi habitación y fui hacia allí.

—He dejado la coca en tus calzoncillos.

—Ok —le dije cogiendo unos limpios.

—Esa tía te pone palote.

—Habla más fuerte si puedes.

—Se te nota, tío. ¿Esa es la *logopepa*?

—Ajá.

Me quité la ropa y la dejé encima de la cama.

—Pues seguro que con la lengua es diestra de cojones, menuda boca tiene.

—No hables así de ella —le reñí aunque era algo que yo mismo había pensado.

—¡Uy “el Guille”!, que igual se piensa que “la Aina” no chupa pollas.

Le di un empujón y cayó en la cama riendo y haciendo gestos obscenos con la mano en la boca.

—Anda, lárgate y no des por culo —le dije sonriendo.

—¿Te la vas a follar? —Siguió con esos gestos obscenos.

—A tu madre. Cierra al salir.

Me quedé esperando en la puerta del baño, oí que le decía adiós a Aina y cerró la puerta con un “hasta luego”.

Me metí en la ducha y cerré los ojos unos segundos, pensando que Aina estaba a escasos metros de mí. ¿Cómo sería tener su boca en mi polla?

Abriría la puerta del baño, entraría con cara de viciosa y se lamería los labios con ese gesto tan habitual. Me miraría, se quitaría la coleta y dejaría caer su pelo con sensualidad.

Mi mano estaba en mi miembro y empecé a masturbarme despacio, pensando en ella.

El agua correría por su cara con sus labios rodeando mi sexo. Entra Sale.

Sí, así, despacio y presionando mi piel.

—Joder...

Con una de sus manos cogería mis huevos con fuerza y mi cuerpo se tensaría al sentir las ganas de correrme en su boca.

—Hostia —gruñí en silencio.

Al pensar en aquello me corrí como un puto pipiolo pero aguantándome los gruñidos para que ella no me oyera en el salón. El piso no era muy grande y se oía todo sin problemas.

Me enjaboné sintiendo todavía el orgasmo en todo mi cuerpo y salí con una evidente erección.

—O bajas o hoy no salimos —le dije a mi órgano viril al ver la fiesta que se traía él solito.

Era pensar en Aina y levantar el ánimo.

Pero bajó de golpe en cuanto sonaron unos golpes en la puerta. ¿Me habría oído?

—Perdona, Guillermo, necesito ir al baño...

Abrí la puerta con la toalla en mi cintura y la dejé pasar.

—Pasa...

Miró mi torso descubierto y reconocí esa mirada: le gustaba lo que veía.

Entró en el baño y yo me fui a mi habitación. Cuando entré en el salón la encontré sentada en el sofá, dando un vistazo a mi libro *¿Por qué no?*, que lo tenía siempre encima de la mesa.

Al notar mi presencia me miró y lo dejó en su sitio.

—Bonita portada —dijo algo cortada.

—Te lo presto, si quieres leerlo.

—Ehm... Tú también usas *Calvin Klein*, como tu protagonista, Sergi.

¿Cómo? Vale, me había dejado el bóxer limpio en el baño y ella lo había visto.

—Me gusta esa marca, no aprieta —le dije sonriendo—. ¿Así lo has leído? —pregunté precavido.

—Sí, leo bastante y me picó la curiosidad cuando supe que habías escrito uno.

Nos miramos unos segundos en silencio.

—Y si quieres saberlo, me gustó. Es bastante... distinto y eso lo hace especial. Tu visión como hombre del sexo y del amor dista un poco de la nuestra

aunque a las mujeres nos gusta saber que sois más simples de lo que creemos.

—Supongo que eso es un halago —le dije bromeando.

—Lo es.

—Gracias, Aina.

Dije su nombre sin ninguna intención pero en milésimas de segundo mi cerebro me llevó a la ducha pensando en su boca... y la miré con ganas de repetir ese beso del bar.

Ella me miró parpadeando y se levantó de un salto, como si le hubiera picado algo o alguien le hubiera ordenado de repente que lo hiciera.

—¿Estás listo? —preguntó nerviosa.

Estábamos en mi piso, solos, y mi mirada de depredador junto con mi voz grave la habían puesto en alerta.

Recuerda Guille, esta tía está con alguien. ¿No salía con su novio esa noche? ¿Qué había pasado?

Capítulo 13

El trayecto hacia el restaurante, que estaba en la zona de Aribau, fue bastante extraño. Y no extraño porque ella hablara por los codos, sino por todo lo contrario. Fue salir de mi piso y contestarme con monosílabos, sin apenas una sonrisa agradable.

Me rendía. Si no quería conversación no iba a ser yo el que la obligara a hablar. Me daba la impresión de que Aina necesitaba ese silencio y que evitaba a

toda costa cualquiera de mis preguntas. Tampoco era de mi incumbencia pero me

extrañaba ese cambio de planes de última hora y más que se pasara por el piso

para pedirme ir conmigo a la cena. Precisamente conmigo, con quien menos relación tenía de todo el gabinete.

Su respuesta fue tajante; no quiero hablar de esto ahora mismo. ¿Y qué le podía decir yo si apenas la conocía? Quizás si le dejaba espacio acabaría confiando en mí, pero ¿quería intimar tanto con ella? Me tenía un poco acojonado, la verdad. Aina no era como... como nadie y yo me conocía de hacía

treinta años; sabía que una tipa como Aina podía despertar en mí más intereses

que los meramente sexuales. Y no quería líos, eso lo tenía claro. Ya me había pasado la época de demostrar que era un machito y que podía calzarme a la novia de otro tío.

Cuando llegamos al *Mar* encontramos a nuestros compañeros en la barra

tomando una caña y Aina y yo nos separamos para charlar con ellos. Nadie preguntó nada al vernos juntos aunque Pablo me miró con una sonrisilla. Le hubiera dicho que se equivocaba, que con quien había follado no era con ella, sino con Cristina, pero como no tenía muy claro si a él le gustaba decidí callármelo. Además, había sido un polvo rápido en un trastero y poco más.

Noté un apretón en una de mis nalgas y me giré para ver a una Cristina

sonriente que saludaba con su habitual desparpajo. Besos y más besos, aunque con los suyos hacia mí añadió un comentario.

—A ver si repetimos...

Solté una risilla y ella alzó las cejas un par de veces.

—Me dirás que no —dijo remolona.

Pablo nos estaba observando y me sentí incómodo. Bajé la voz para hablarle.

—No digo nada pero mejor si surge sin planearlo, ¿no crees?

—Sí, me encantaría chupártela por sorpresa...

La madre que la parió.

—Y a mí que lo hicieras. —Mi cerebro estaba en modo sexo y poco podía pensar.

—Queda dicho —dijo girándose entonces hacia Pablo para comentarle no sé qué.

Con Cristina no ganaba para erecciones. Me había puesto cachondo, tal cual. Y mi mente buscó a mi presa.

Aina.

Me coloqué tras ella, charlaba con Martina y Micky sobre las jornadas del próximo fin de semana.

—Aina... —Mi voz grave pero suave en su oído la asustó y se giró con rapidez.

—¿Qué?

La miré a los ojos y seguidamente miré su boca. Deseaba volver a tocar sus labios calientes. Era como si hubiera probado algo tan exquisito que no podía evitar negármelo por mucho que me lo repitiera.

Puse mi mano en su estrecha cintura... ¡Dios! Dame temple... Apreté mis dedos en su carne y ella abrió los ojos, asustada... asustada o ¿excitada? Joder...

Sus labios estaban relajados, como preparados para que los tomara y sus ojos brillaban más de lo normal. Podía reconocer los signos sin problema.

Me acerqué de nuevo a su oído y quise decirle un millón de cosas: quiero comerte entera, voy a subirte esa faldita y vas a ver como te corres en mi lengua, quiero que gimas como nunca... Pero fui más prudente y usé mi filtro mental.

—Nena, ¿sigues con el novio ese?

—Eh... sí...

—¿Y por qué es tan gilipollas?

—¿Cómo?

—Debería perder el puto culo por estar contigo ahora mismo.

Aina abrió los labios y estuve a punto de avasallar su boca, pero teníamos compañía, demasiada.

—Si yo fuera él... —Subí mi mano un poco más quedándome a escasos centímetros de su pecho.—No me gustaría verte con un tipo como yo...

Nos miramos a los ojos fijamente, como si se tratara de un reto.

—Pero no eres él —soltó dando un paso atrás y dejando mi mano

vacía—. Y no te equivoques conmigo, Guillermo, yo no soy mi prima. ¿Te la

follado ya?

Me dejó mudo porque parecía que lo supiera, ¿se lo habría dicho

Cristina? Con todo el rollo ese que había entre ellas todo podía ser, así que opté por no responder.

—Y quien calla otorga... —añadió dándome la espalda de nuevo.

Dolor de huevos. Eso es lo único que iba a sacar de ella: un jodido dolor de huevos. Aunque la culpa era mía; yo me lo había buscado solito.

La cena transcurrió como siempre entre risas, chistes malos, algún que

otro brindis tonto y mucho parloteo entre nosotros. Estábamos todos excepto Rafa, el jefe no solía venir a estas cenas. A Aina le habían puesto un cubierto y oí que decía que a su chico le había salido algo en el último momento. Estaba sentada junto a Martina, en la otra punta de la mesa y lo preferí para evitar tentaciones innecesarias. La miré varias veces pero solo la pillé una vez observándome, supuse que no quería darme a entender lo que no era: que conmigo ni al bar de la esquina.

¿Le caía mal o le gustaba demasiado? No lo tenía nada claro. Y a veces parecía más lo primero que lo segundo.

En cambio a Cristina parecía que le caía bien todo el mundo. Estaba

junto a Pablo y no dejó de dedicarle todos sus encantos aunque al salir del baño

me la encontré de frente y me miró con descaro.

—¿Y si hacemos un trío? —me preguntó divertida.

—¿Con tu prima? —repliqué riendo.

Ya sabía que se refería a Pablo pero vamos, ni borracho.

—Joder, Guille, que te den —dijo haciendo una mueca divertida.

—A mí no me van los tíos.

—Ni a mí las tías, pero puedo hacer un esfuerzo aunque no con ella. Por cierto, Aina no folla, quedas advertido. Ella solo hace el amor.

La miré alzando las cejas ante esa información.

—Te he visto, guapo.

Se fue en dirección al baño dejándome con una sonrisa. Cristina era directa, sí señor.

De allí pasamos a *Medium*, uno de los locales cercanos al *Mar*. Era un pub con sillas y mesas con un hall donde había los baños y otra puerta que daba

a una discoteca no muy grande. Nos quedamos en la barra del pub y pedimos una ronda de gin-tonics sin preguntar a nadie. Solíamos beber todos aquello y cuando vi coger la copa a Aina me pregunté si le subiría mucho el alcohol con

esa dieta tan estricta que llevaba. Había sido la única de la mesa que no había probado ni la carne ni el pescado. Justo en ese momento, al posar sus labios en el cristal, nuestros ojos se encontraron y no retiró la mirada. Me la comía, joder.

¿Qué tenía Aina que me ponía así? Era guapa, vale, pero no era solo eso...
¿Eran

sus ojos? ¿Sus labios mullidos? ¿O era todo?

Desvió su mirada con cierta chulería que me puso peor. *No, no, no vayas*

por ahí, pensé. Si jugaba conmigo no podría parar y no me conformaría con un simple beso. Hubiera novio o no.

—Guille, eso no puede ser —me corrigió Pablo al explicarle un caso que había leído en el periódico.

—Todo puede ser en esta vida, Pablo. —Era Cristina que se había colgado del cuello de mi amigo, sonriendo.

—Ehm... Todo no —dijo él mirándola algo cohibido.

—Casi todo —añadí riendo al ver su apuro.

La mano de Cristina estaba en su pierna y yo la miré alucinado. Esta tipa no se cortaba nada.

—¿Qué no puede ser? Cuéntame —le pidió poniendo morritos.

Era sexy y lo sabía. Usaba su belleza con maestría.

—Eh... esto... Cristina, que me lías —dijo él molesto y yo me reí.

—Cristina, no seas mala. Pablo es muy sensible.

Su mano se acercó a su miembro y aunque solo lo podía ver yo, no

dejaba de sorprenderme por partida doble: que ella lo hiciera delante de mí y que él no reaccionara.

—Lo sé, lo sé —dijo de forma cariñosa—. Pablo es un encanto...

Y su mano llegó a su destino. De soslayo vi cómo atrapaba su cosa y miré hacia arriba sonriendo. Madre mía esta Cristina. No había tanque que la detuviera.

—Pablo, ¿y tú qué dices? —le pregunté procurando no reír.

—¿Sobre qué?

—Sobre el teorema de Pitágoras...

Me reí sin poderlo evitar y Pablo frunció el ceño.

—¡Qué cojones me preguntas!

Vi la mano de Cristina moverse y supe que lo estaba poniendo a mil al pobre. Pero ella ni corta ni perezosa me cogió de la nuca y me acercó a ella, a

escasos milímetros de su boca.

—¿Y si vamos al baño? —me susurró.

—¿Qué dices?

—Solo una mamada —dijo divertida.

—Paso.

—¿Es por Aina?

—No.

Era por todo, joder. Que le estaba metiendo mano a mi colega, coño.

Volvió su cuerpo hacia atrás, sin dejar de sonreír. ¿Se metía algo

Cristina? Lo empezaba a dudar...

Le indiqué con el dedo que se volviera a acercar.

—¿Qué has tomado antes de venir?

—Estas cenas suelen ser un muermo. Un éxtasis. ¿Quieres uno?

—No lo necesito —le dije apartándome de ella.

Otra que iba con mierdas de esas, de ahí que se le fuera tanto la olla.

Siguió colgada de Pablo como un monillo y los dejé solos en la barra. Me

fui con Micky y Martina a la discoteca que había al otro lado.

Luces, gente bailando, música a todo volumen y un par de chicas

semidesnudas moviéndose con sensualidad en una tarima. Lo de siempre,

vamos.

—¿Otro gin? —preguntó Martina.

—Sí, gracias.

Me quedé pensando en Cristina, ¿qué necesidad tenía de tomarse aquello? Era una tía atractiva y sexy, a la que muchos querrían en su cama. ¿Qué

había tras aquello? ¿O no había nada? A ver, entendía que con cierta edad uno quisiera probar cosas, pero rondando la treintena no me parecía lo normal.

—Una ronda de chupitos para todos —dijo Juan entrando con toda la tropa detrás.

Aina quedó a mi lado y procuré ignorarla, era lo mejor para los dos, visto lo visto. Pero estábamos tan juntos en aquel rincón del local que su brazo se iba rozando con el mío provocando que empezara a sentir cierto calor en mis partes bajas.

Lo sé, hubiera sido otra tía y ni lo hubiera notado.

Sonó la canción diabólica que se oía allí dónde ibas: *Despacito* de...

¿Fonsi, creo? La mayoría empezó a moverse con ganas de bailar, entre ellos Aina y observé de reojo el vuelo de su faldita al moverse y el escote que se abría y se cerraba para dejarme entrever el nacimiento de sus tetas. Sí, soy un puto masoca. Y encima ya no era solo el brazo, también sentía la redondez de su hombro tocándome con toquecitos leves que podía imaginármelos como

pequeños golpes que le daría yo en las nalgas al tenerla delante de mí en posición... ¡Dios! O paraba o me la llevaba hacia los baños cogiendo esa puta coleta en plan troglodita.

Me separé dando un paso en dirección a la derecha pero o quería
putearme o no se daba cuenta...que ya la tenía de nuevo a mi vera.

Sonó otra de esas canciones; *Súbeme la radio*, y las chicas se animaron
más todavía, bailando con pequeños saltos que provocaron que mis ojos se
quedaran agilipollados en Aina. Ella me miró unos segundos y sonrió para
seguir

con sus movimientos cada vez más sensuales. O eso me parecía a mí. Durante
unos momentos me dio la impresión de que estaba cogida a una barra de
metal,

en tanga y bailando para mí. Puta imaginación.

Y siguió otra de esas canciones con el mismo jodido ritmo, aquella de
Maluma... la canción esa de los cuatro. Y por lo visto Aina se la sabía de
memoria, y ahora cantaba y bailaba, todo junto como un cóctel molotov
donde la

bomba incendiaria la tenía yo entre las piernas al verla de aquella forma tan
desenfadada, tan feliz, tan desenvuelta y tan jodidamente sexy.

Me miró sabiendo que mis ojos estaban clavados en ella.

—Vamos a ser feliz, vamos a ser feliz, felices los cuatro...

¿Me cantaba a mí?

Joder, cómo me miraba. Me estaba poniendo cardiaco...

Me dio la espalda y siguió moviendo el culo de una manera que, en serio,
me estaba poniendo enfermo. Cogí el gin-tonic y le di un trago bien largo
para

refrescarme, todo eso sin dejar de mirarla; me tenía hipnotizado hasta que se
interpuso Martina para bailar con ella y me giré hacia otro lado para hablar

con

Juan. O dejaba de mirarla o solo tendría un pensamiento en mi cabeza: follármela como fuera.

—Otro chupitoooooooooooo —gritó Juan como si fuera el pastor que recoge a sus ovejas.

Se acercaron todos a la barra y bebimos el segundo chupito de la noche.

Risas, brindis, miradas varias y todos a bailar, excepto Pablo, que estaba en la barra pelando la pava con Cristina, y yo que jamás bailaba. Les di la espalda para pedir una cerveza y charlaba con uno de los camareros cuando Aina se colocó a mi lado.

—Dime preciosa —le dijo él con su mejor sonrisa.

—Un gin-tonic, por favor —dijo Aina, medio sonriendo, y entonces me miró a mí—. ¿No bailas?

—No, nunca.

—Ya, a ti te van otras cosas.

La miré sorprendido.

—¿Qué cosas?

—Ehm... esas con las que usas el DNI...

La miré frunciendo el ceño porque no la pillé a la primera. ¿Coca?

—Yo no tomo de esa mierda —le dije con desprecio.

—Oye, tranquilo, que no se lo diré al jefe.

—No se lo dirás porque no es verdad —le solté molesto por su

comentario—. Y si tomara sería cosa mía, ¿no crees?

—Depende, porque tomarlo en casa, como si fuera lo habitual, no creo que sea normal, perdona que te lo diga —respondió más borde que yo.

—Hay muchas cosas que no son normales pero tú no eres nadie para meterte en ellas.

Nos miramos fijamente y vi que su gesto se endurecía.

—Trabajas con niños.

—Lo sé perfectamente.

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, creo que entiendes mi idioma.

—A la perfección—me imitó y pasó su lengua por esos jodidos labios.

—¿Algo más? —pregunté mosqueado con ella.

¿Por qué me ponía así? Era evidente pero no me daba la puta gana de ir tras ella como un perro.

—No, gracias, yo no tomo drogas.

Abrí los ojos exagerando el gesto.

—Creo que no te sienta bien la bebida, quizás porque lleva algo de carne y se te han fundido los fusibles.

Abrió la boca en una o deliciosa y tardó unos segundos en reaccionar

pero se me encaró acercando su cuerpo al mío. Era pequeña pero parecía que mi

altura no la intimidaba y en el fondo me gustó que sacara las uñas sin miedo.

—Oye, Guillermo —su dedo índice dio unos pequeños golpes en mi

pecho—. Si eso que esnifas te está matando las pocas neuronas que tienes, no la

tomes conmigo. El alcohol es de origen vegetal.

¿En serio? Me pareció un puto chiste y no pude no soltar una sonora

carcajada. La miré y estaba riendo conmigo; de repente olvidé el mosqueo que llevaba con ella.

¡Dios! Estaba preciosa cuando reía.

Capítulo 14

Ya no pude dejar de observarla durante toda la noche; cuando bailaba, cuando reía con las chicas, cuando se tomaba el cuarto chupito con un grito de victoria y cuando a las tres de la madrugada llevaba una peana del quince.

Bailaba con sensualidad una de esas canciones que daba pie a mover el

culo. Todas bailaban así pero ella parecía que llamaba más la atención; ya le había entrado más de un tipo para bailar con ella. Aina se negaba con educación

y ellos se retiraban sin más, hasta que uno se le acercó por detrás y ni corto ni perezoso se pegó a ella cogiéndola de la cintura. Tensé mi cuerpo al verlo. Ella

se giró para ver quién era y al no conocerlo quiso escapar de sus manos pero el

tipo la acercó de nuevo hacia él rozando su paquete con el culo de Aina.

—Perdona, te estás equivocando de chica —le dije separándolo de ella.

El tipo alto y musculoso, de esos que se pasan cuarenta horas a la semana en el gimnasio, me miró con malas pulgas.

—Es mi chica —le avisé sin pestañear cogiendo a Aina de su cintura y pegándola a mí con la intención de que no volviera a acercarse a ella.

—Soy su chica —repitió ella bastante bebida.

El tipo se fue sin decir nada en busca de otra pardilla a la que arrimar la cebolleta.

Aina me cogió del brazo con fuerza y vi que su mirada estaba turbia.

—¿Estás bien? —le pregunté colocándome frente a ella.

Apoyó sus manos en mi pecho y seguidamente su cabeza.

—No mucho —dijo tan flojo que casi ni la oí.

—¿No?

Negó con la cabeza y la abracé sin pensar en lo que hacía. La sentía indefensa, vulnerable y tan pequeña que el corazón me dio un vuelco al tenerla

entre mis brazos. Joder. En otra vida debí ser un hijo de puta para que el karma

me pusiera a prueba de esa forma.

—¿Te llevo a casa? —le pregunté en su oído.

Desde fuera podía parecer otra cosa; Aina en mi pecho y yo abrazándola, pero la realidad era otra. Había bebido demasiado y no se encontraba bien.

Observé al personal unos segundos antes de irnos. Las chicas bailaban

como locas, Cristina había acorralado a Pablo y los demás andaban desperdigados por el local.

Hora de irse.

—Vamos.

La cogí de la cintura y Aina abrazó parte de la mía. Su mano irradiaba un calor de la hostia pero me mantuve frío y me obligué a no pensar en ella de ese

modo. No iba a aprovecharme de una borracha, no lo había hecho nunca y menos con ella.

El coche estaba cerca así que no tardamos nada. La ayudé a subir y al minuto estaba dormida. Bajé un poco su asiento para que estuviera más cómoda

y la miré unos segundos de más en uno de los semáforos. Estaba bonita y algunos mechones andaban sueltos por su cara. Volví la vista a la carretera y suspiré. ¿Dónde la llevaba? Vivía en Les Corts pero no sabía su dirección exacta.

—Aina —le dije en un tono medio alto.

—¿Mmm?

Abrió un ojo y me miró.

—Aina, ¿dónde vives?

—Nu sé...

La realidad era que iba muy borracha.

—Tu calle, ¿qué calles es?

—Vale, mañana te lo digo...

Joder, como si hablara con una pared, igual.

Pues no me quedaba otra que llevarla a mi piso. Tampoco sería la primera vez que lo hacía; a Claudio lo había dejado en mi sofá durmiendo más

de dos y tres veces. Pero a Aina le cedería mi cama, ¿no? Qué remedio.

Subimos en el ascensor con alguna dificultad porque a Aina le dio por querer quitarse el vestido; decía que tenía mucho calor. Calor el que iba a pasar yo como se desnudara ante mí. Parecía que la siesta en el coche la había despejado y se encontraba algo mejor.

—Nena, espera un poco, ya llegamos.

—Es que estoy que ardo...

Joder, joder...

—Vale, pero estamos en el ascensor y si baja mi vecino del cuarto lo matas de un pasmo.

—¿Por qué? Llevo la ropa interior a juego. Mira...

Se subió la faldita y atisbé a ver algo de color negro pero se la bajé antes de que siguiera. Que yo tuviera que ir bajando faldas...

—Tanga de encaje —dijo sonriendo y chasqueando la lengua.

Me reí y ella también. O reía o al que le iba a dar el pasmo era a mí. Y

verla así de natural conmigo me gustaba. Siempre tan seca, tan recta, tan formal,... era liberador ver que bajo ese disfraz había una Aina bastante alocada, aunque fuera bajo los efectos del alcohol.

—Hemos llegado, ahora podrás quitarte el vestido ese...

Abrí la puerta y ella pasó por mi lado, desnuda ya y con el vestido de marras en la mano. Lo dejó caer en el suelo y suspiró.

—Por fin, no sabes el calor que da esa jodida tela.

La miré alucinado al verla medio tirada en mi sofá, semidesnuda y con una de sus piernas apoyada en el reposabrazos.

En otra vida había sido un asesino en serie, fijo.

Su tanga era muy pequeño y su sujetador minúsculo provocaba que sus pechos salieran de él ante mis ojos incrédulos.

—Aina, te preparo mi cama —dije yendo hacia mi habitación.

—¿Para qué? —preguntó siguiéndome.

No te gires, me repetí mentalmente.

—Para que puedas dormir en ella.

—¿Y tú?

—Dormiré en el sofá.

—¡Ah no!

Me giré para discutir aquel punto pero al verla en ropa interior y tacones me bajó toda la sangre de mi cerebro a cierto punto de mi cuerpo.

—¿No qué? —pregunté por inercia.

—¡Uy! —Apoyó una mano en la pared y al ver que se mareaba me acerqué para cogerla.

Aina me abrazó la cintura y gimió como una niña pequeña.

—Creo que he bebido demasiado...

—Creo que sí —afirmé sin saber dónde poner mis manos.

Se desestabilizó un poco dando un traspié y acabé tomándola de la cintura. Joder, era tan menuda, tan suave... que la abracé, envolviéndola, aspirando el olor de su pelo recogido y también su cuello... sin darme cuenta de

que se me iba de las manos hasta que mi polla dio un salto dentro del pantalón.

Vale, vale, separémonos de ella. Des-pa-ci-to.

—Te llevo a la cama y no se hable más.

La cogí en volandas, pensando que llevaba un jamón. Un jamón andaluz que había salido de un cerdo de bellota. Un pata negra. Un jamón delicioso que

iría degustando poco a poco... ¡Ep!

La dejé en la cama, le quité los zapatos, la vestí como pude con una de mis camisetas y la cubrí con la sábana. Había cerrado los ojos de nuevo. Me acerqué a ella e hice lo que hice, primero por ella. Y segundo porque me moría

de ganas y tenía la excusa perfecta.

Pasé mi mano por su rostro y ella gimió sonriendo. Sonreí también al ver su gesto de felicidad. Mi mano se dirigió a su pelo y cogí la goma del pelo para

retirarla con cuidado. Me la coloqué en mi muñeca y observé su pelo esparcido

por mi almohada

—Aina, Aina, me vas a volver loco...

Bueno... loco, loco, tampoco. Era efecto del alcohol, fijo...

Mi sofá no era cómodo para dormir pero peor era el suelo, así que al final me dormí con pensamientos impuros al saber que Aina estaba en mi cama. Y

creo que mis sueños los protagonizó ella porque cuando desperté tenía una tienda de campaña montada en mi bóxer. En fin...

—Hola... —Oí su voz justo detrás de mí y me levanté de un salto.

Seguía llevando mi camiseta de los Sex Pistols, la cara sin rastro de maquillaje, los pies descalzos y... el pelo le caía por encima de los hombros. Un pelo ondulado, oscuro y seguro que suave...

—Buenos días, ¿cómo estás?

Miró mi prominente bulto pero ignoré su mirada.

—Ehm... —Miró de nuevo mis ojos.— Me duele la cabeza y tengo ciertas lagunas...

—He dormido en el sofá, eres testigo —le dije sonriendo y en un tono despreocupado.

No había nada de lo que pudiera arrepentirme, al menos yo.

—Y... ¿mi vestido está aquí? —preguntó señalando una de las sillas.

—Bueno, si lo hubiera dejado donde lo tiraste, estaría aún en el suelo de mi salón.

Me miró con los ojos muy abiertos. Y me divirtió verla así. Podía hacerla

sufrir un rato más.

—Esto... ¿te hice un striptease? —agudizó su voz, incrédula.

—¿Has visto la película *Showgirls*?

Me miró casi diría que asustada y solté una risilla que no le sentó bien, lo vi en sus ojos.

—Pues nada de eso, tranquila. Te lo quitaste cuando abrí la puerta y entraste con él en la mano. No pude pararte. En el ascensor lo intentaste varias

veces porque decías que te ardía la piel... o algo así.

—Entré desnuda... —dijo en un murmullo y supuse que recordando la escena.

—Semidesnuda —le recalqué divertido por la situación de anoche.

—Madre mía —dijo como si se acabara el mundo.

—Bueno, que no es para tanto...

Me miró frunciendo el ceño.

—No lo será para ti. Yo... yo no suelo hacer esas cosas. Tengo una buena educación y... y...

—Y todo el mundo mete la pata Aina, no te lo tomes tan a pecho —dije

en un tono condescendiente—. ¿Un café? —le pregunté pasando por su lado e intentando no mirar sus piernas desnudas aunque no pude evitar girarme una milésima de segundo para mirarle el pelo suelto sobre su espalda—. Sin sacarina

y caliente, lo sé.

Sentí su mirada en mi espalda desnuda. Quizás debería haberme puesto algo encima del bóxer pero estaba cómodo y me gustaba picar a Aina. Estaba seguro de que no estaba acostumbrada a estar frente a un tío de ese modo. Estaba en mi piso, ¿no? Que se aguantara.

Preparé el café sintiendo su presencia pero hice como si no me importara tenerla ahí.

—Tu café —lo dejé en la pequeña barra y le señalé uno de los taburetes—. Siéntate si quieres.

—Gracias —dijo algo cortada.

Esa mezcla de mal genio e ingenuidad podía conmigo y me repetí en mi mente que no soltara la zarpa con ella.

Me senté enfrente y le sonreí antes de tomar mi café. Ella me miró desconfiada.

—No voy a besarte ni nada de eso, puedes relajarte —le dije sabiendo que lo temía y que yo le tenía ganas.

—¿Ah, no?

—Entiendo que tienes pareja, así que no quiero líos.

—¿Ahora soy un lío?

La miré, divertido por su medio enfado. *¿Qué cojones quieres Aina?*

—Has sido un beso delicioso y la protagonista de algunas fantasías

eróticas pero un lío todavía no... A menos que tú estés interesada.

Abrió la boca por mi sinceridad pero me miró con ese brillo en los ojos porque en el fondo le agradaban mis palabras.

—Pero creo que vas servida.

—Pues crees bien, por supuesto no tengo ningún interés en ti.

Mentía.

—Pues queda todo claro. Podemos seguir trabajando juntos, sin problemas. Puedes seguir emborrachándote en mis brazos, quitarte el vestido en

mi rellano y dormir en mi cama con una de mis camisetas. ¡Ah! Pero tengo una

condición.

—¿Una... condición?

—Aquí te quiero con el pelo suelto.

Nos miramos a los ojos con deseo, los dos. Ordenarle aquello me ponía a mil y que ella no dijera nada me hacía soñar que me obedecería.

—Nada de esa puta coleta. ¿Queda claro?

—Dame mi goma del pelo —dijo algo cabreada, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que iba sin su preciada coleta.

—En cuanto salgas. Es mi condición.

Me miró con rabia y reí por dentro. O era muy fácil mosquearla o yo le

gustaba más de lo que ella deseaba.

Bajó de un salto del taburete y se fue hacia mi habitación. Tuve que clavar mis pies en el suelo para no seguirla porque lo que hubiera pasado allí no tiene nombre...

Terminé el café, esperando verla con su vestido y sus zapatos de tacón, tal cual salió a los cinco minutos. Me levanté para acompañarla a la puerta.

Estaba claro que no se iba a quedar ni un segundo más.

Colocó su mano frente a mí, con la palma abierta para que le diera supreciado coiletero. Y se me fue la pinza.

Puse mi mano sobre la de ella, mirándola fijamente, y trencé mis dedos con los suyos. Me miró expectante y no pude reprimirme. Quizás no habría más

oportunidades.

Mi otra mano pasó por debajo de su pelo.

—Nena...

Me acerqué a ella y estiró el cuello para llegar a mí. Sus labios y los míos se reencontraron y se me nubló la razón. Mi lengua buscó la suya y las enredamos despacio, sin prisas. No era un puto beso sexual, era más, pero ya lo

pensaría más tarde. En aquel momento solo quería sentirla así. En mi boca. En

mi lengua.

Aina acercó su cuerpo al mío y rozó mi erección provocando una descarga de excitación en mi miembro. Apreté contra su estómago y ahí me

olvidé de todo.

Aina, solo quería a Aina. Encima de mí, debajo, donde fuera. Visualicé mi cuerpo dentro del suyo y la pasión me cegó.

Levanté su faldita y busqué su sexo húmedo, joder, estaba muy mojada...

Pero Aina dio un paso atrás, dejándome a medias de nuevo. ¡Mierda! Sabía que

aquello terminaba ahí.

—No...

—No puedes, lo sé —dije con cierta frialdad.

—Guillermo, lo siento. No soy de esas que... —Estaba bastante preocupada por lo que yo pudiera pensar de ella.

—Ya. Pero el dolor de huevos me lo llevo yo, así que mejor mantenemos las distancias.

Estaba cabreado. Conmigo. Con ella. Con mi orgullo herido. Con mis ganas de tenerla. Con el puto novio que la tenía cuando quería.

—Por mí perfecto —dijo recuperando su dignidad y pasando por mi lado sin mirarme.

Cerré la puerta de un portazo. Joder. Encima la tomaba con ella y había

sido yo el que había empezado. Me sentía como cuando era un enano y quería algo que sabía que no tendría. “Mamá quiero un perro...” Y nada, no podía ser

porque daba mucho curro y mi madre ya tenía bastante con subirnos a los dos ella sola.

Esa impotencia de no tener en mis manos algo que deseaba tanto... ¿pero era solo deseo?

Yo que sé, pensé agobiado y tumbándome en mi cama. Joder, encima olía a ella. Me bajé el calzoncillo y me masturbé con rabia, con furia, con ganas de

tener un orgasmo increíble que me hiciera olvidar los últimos minutos. Pero lo único que conseguí fue correrme con su nombre en mis labios...

—Aina... Aina... Hostia puta, ¿qué coño me has hecho?

Capítulo 15

Sonó el timbre justo al terminar de vestirme y por unos momentos pensé que podía ser Aina. Se lo había pensado mejor, quería seguir con aquellos besos y me

la llevaría a la cama quitándole el vestido por el pasillo mientras le mordía la boca.

Pero al abrir me encontré a Claudio con la cara partida.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté observando el feo corte de su mejilla izquierda y el ojo morado que apenas abría.

—Unos *fijos de futa*...

Iba de mierda hasta arriba, seguro. Cuando hablaba de aquella manera significaba que había esnifado más de la cuenta y que había doblado la cantidad

de alcohol de una noche normal.

Entró en el piso y se dejó caer en el sofá.

—La coca. —Me dijo casi sin mirarme.

—Y una mierda. Por hoy ya has tenido bastante —le gruñí muy borde.

— *Falipollas*, tengo que lleeeeevarla abajo.

—¿Abajo? ¿Dónde?

—Al infierno, no te jode. —Se rio con ganas pero a mí no me hizo ni puta gracia.

—¿Te espera alguien? —Afirmó con un movimiento de cabeza.— Pues ya bajo yo.

Me miró frunciendo el ceño.

—Un coche rosa.

—¿Rosa?

—Un *New Beetle*.

—¿Un *Escarabajo* rosa? ¿Es un tío?

—Claroooo, no va a ser una puta monja en un *Beetle*.

Pasé de responder a eso y fui a mi habitación para coger la bolsa de coca.

¡Joder! ¿Y la bolsita? Miré en el otro cajón y nada. Había desaparecido... La madre que me parió... ¡Aina!

—Joder, joder, la bolsa no está —le dije a Claudio pasando la mano por mi pelo y pensando con rapidez.

—¿Cómo?! —Claudio se levantó y fue tambaleándose hasta mi habitación.

No podía llamar a Aina porque tenía jodido el móvil. Quise probar de todos modos pero era cierto, su móvil estaba fuera de servicio.

Cogí la cartera, las llaves y salí cerrando a Claudio dentro. No quería que se metiera en más problemas y menos por mi culpa.

A unos metros estaba el *New Beetle* rosa con un tío que fumaba un cigarro.

—Perdona —le dije intentando empezar con buen pie.

El tío se giró y al ver a Íñigo me quedé flipado.

—Joder, Guille, ¿tú por aquí?

Salió del coche para darme un abrazo y sonriendo me preguntó si lo seguía.

—A ver si el gay vas a ser tú al final —añadió riendo.

—El que lleva el puto coche rosa eres tú, mamón —le dije contento de que el tipo de la coca desaparecida fuera él.

Seguro que podíamos negociar el tema sin hostias de por medio.

—No es mío, es de una amiga.

—Ligarás mucho con él.

—Como si llevara un chihuahua de pelo largo, igualito.

Nos reímos con ese colegueo típico de los tíos y entonces metí la directa.

—Íñigo, el de la coca es mi amigo, Claudio. He bajado yo porque lleva una mierda que no se tiene en pie.

Me miró unos segundos sopesando si yo era de fiar en ese tema.

—La bolsa de coca la dejó en mi piso pero he tenido un percance. Esta noche he subido una tía al piso, me la he cepillado y cuando me he querido dar cuenta se ha largado con toda la farlopa.

Me miró alzando las cejas.

—Dime cuánto es y te doy el dinero.

—Joder, eres un tonto del culo, macho, ¿cómo se te ocurre? Hay mucha lista suelta. Te va a costar una pasta, ¿lo sabes?

—Puedo imaginarlo, pero la culpa es mía.

—Eres un colega de puta madre, otro lo dejaría con el culo al aire.

—Ya —dije resignado.

—Setecientos euros. Supongo que no los tienes aquí —dijo medio riendo.

—Supones bien.

—Pues los necesito pero ya, entenderás que yo respondo ante alguien. Que soy uno más en la cadena. Y que no puedo responder por ti.

—Puedo hacerte una transferencia online, no hay problema por eso.

—Genial, me dices algo cuando lo hayas hecho.

Empezaba el domingo de puta madre...

Aina me hacía la cobra.

La paja en la cama me había dejado un mal regusto en el cuerpo.

Y ahora me daban por culo al tener que pagar setecientos euros para pagar la coca.

¿Algo más?

Al entrar en el piso encontré a Claudio durmiendo la mona en mi sofá.

Joder, qué poca preocupación la suya. ¿Y Aina? ¿En qué coño estaría pensando

para llevarse algo que no era suyo? ¿Qué clase de chica era? Mi mosqueo hacia

ella se había multiplicado por cinco. Mañana hablaría con ella y se iba a enterar.

Setecientos euros que me había costado la broma.

Cuando se lo expliqué a Claudio a media tarde, no dejó de decirme que era un inútil por partida doble: por dejar que se llevara la farlopa y por no tirármela.

Se puede entender a la perfección que el lunes tuviera un humor de perros y que nada más entrar la buscara.

—Buenos días a ti también —me dijo Cristina sonriendo.

—Buenos días —le dije entrando en mi despacho.

—¿Un mal fin de semana? —preguntó cerrando mi puerta.

—Tú lo has dicho.

—Veamos, ¿tensión sexual no resuelta? —preguntó sin reparos.

Me senté en mi cómoda silla de piel y resoplé pasando la mano por mi pelo.

—Prefiero no hablar del fin de semana. ¿Qué tal el tuyo?

Se acercó por detrás y puso sus manos en mis cervicales masajeadando tan bien

que logró que relajara el cuerpo y cerrara los ojos.

—Estás tenso... —susurró delante de mí.

¿No estaba detrás? Abrí los ojos y vi sus dedos de uñas rojas bajar mi cremallera y, seguidamente, sacar mi polla.

—Shhh... —dijo al ver que iba a decirle algo.

Al segundo la tenía en su boca. Una boca caliente, cálida y húmeda que degustaba mi sexo con ganas. Gemí un segundo al sentir cómo Cristina iba succionando cada vez con más intensidad hasta lograr metérsela hasta la garganta. Joder...

Fue un visto y no visto; la cogió con la mano, empezó a friccionar con fuerza y a la vez a chupármela como si le fuera la vida en ello. Y me deje llevar.

No tenía que retener mi placer para satisfacer a nadie, así que en pocos minutos

logró que me corriera en su esplendorosa boca.

—¡Diossss!...

Fue disminuyendo el ritmo hasta que se detuvo para sacarla de su boca con cuidado y mirarme con una sonrisa. La miré alucinado. Por todo.

—¿Mejor?

—¿Es una terapia nueva que usas? —le pregunté relajadísimo.

Dos golpes en la puerta y Cristina y yo nos colocamos bien la ropa.

—¿Puedo pasar, Guillermo?

Era Aina.

—Sí, claro.

Cuando entró y vio a Cristina puso mala cara pero entró decidida igualmente.

—Os dejo —dijo Cristina relamiéndose los labios.

—Después te paso eso —le dije procurando parecer despreocupado.

Aina esperó a que Cristina marchara y se sentó con la espalda recta.

—Contigo quería hablar —le dije intentando centrarme.

—Eso me han dicho.

—Lo tuyo me parece increíble. Estabas borracha y me ofrecí a llevarte a mi piso. Te llevé a mi cama y procuré comportarme contigo. ¿Y cómo me lo paga la señorita estirada? —Frunció el ceño, confundida.— Me robas la puta cocaína de los cojones.

Lo dije cabreado. Mucho.

—¿Cómo? No...

—¡Ah, no! Entonces te pegaste un festín de la hostia.

—Se me cayó.

—¿Qué?! —pregunté incrédulo.

—Que... abrí el cajón... tenía ganas de vomitar y yo qué sé... pensé en hacerlo ahí pero me aguanté y al final no lo hice... Y vi la bolsa.

—¿Y?

—Me pudo la curiosidad.

—¿La curiosidad? —pregunté cabreado.

—La abrí y no sé cómo... se resbaló y cayó todo ese polvo por el suelo...

—Por el suelo, muy bien...

—Y la puse debajo de tu cama. En un rincón.

—¿En mi cama? —Me imaginé el pequeño montón de coca ahí debajo.—

¡Joder, Aina! Podías habérmelo dicho, ¿no?

—Se me olvidó.

Cogí mi pelo y lo estiré, crispado. Estaba muy mosqueado con ella.

—Pero mejor, así no te meterás esa cosa —dijo tan tranquila.

La miré muy serio y me levanté de golpe. Ella hizo lo mismo al ver que iba hacia ella.

—Aina, esa coca no era mía. Ni siquiera era de mi amigo. Has tirado al puto suelo setecientos euros. Euros que sí eran míos. ¿Lo pillas?

Me miró sorprendida y extrañada por mis palabras.

—¿Setecientos?

—Ni más ni menos —le dije con gravedad mirándola desde mi altura.

Cogió un papel de mi mesa y un bolígrafo y me lo tendió.

—Apunta tu número de cuenta y en diez minutos los tienes de nuevo.

Esta vez era yo el sorprendido.

—No tengo toda la mañana —dijo seria y tomando el mando de la situación.

—¿Así solucionamos las cosas? ¿A golpe de talonario?

Sabía que eso la jodería, viniendo de la familia que venía. Y su cara le

cambió al instante.

—¿A qué viene eso? He sido yo la que te ha tirado la cosa esa, ¿no? Pues te devuelvo el dinero y listos.

—No quiero tu dinero —le dije huraño—. La próxima vez que la cagues, me lo dices y punto.

No me sentía bien aceptando ese dinero porque en parte era culpa mía y de Claudio, por supuesto. Ella estaba borracha y no sabía bien lo que hacía.

—No habrá una próxima —soltó con rapidez.

Nos miramos en silencio. ¿Hablábamos de lo mismo o me estaba retando?

—No estés tan segura —le gruñí dando un paso hacia ella.

—Ni se te ocurra —me indicó sin moverse del sitio.

Si no quería nada, ¿por qué no huía?

—¿El qué? ¿Esto?

Me acerqué más a ella usando un tono más ronco al sentir su calidez tan próxima.

—Guille...

Joder, cuando me llamaba así me ponía tonto, muy tonto.

Puse mi dedo en su barbilla y la alcé más para que no dejara de mirarme.

—Aina, voy a dejarte ir para que veas que soy un tipo decente.

—No me lo creo.

Sonreí de medio lado y rocé sus labios para hablar junto a ellos.

—Que tú me vuelvas loco es otra historia, pero suelo ser buen chico.

Aina cerró los ojos un segundo. Joder, estaba bonita de verdad.

—Y aunque me lo pones difícil, voy a esperar a que seas tú la que me pidas ese beso.

Abrió sus preciosos ojos y en aquellos segundos sentí una extraña

conexión con ella que me obligó a escapar hacia la ventana para darle la espalda.

Oí sus pasos al irse y no le dije nada pensando en lo jodido que veía mi relación con Aina.

Había empezado con una atracción controlada y ahora aquello se me

escapaba de las manos. Aina tenía pareja, yo le gustaba, ella me fascinaba, pero

no había futuro alguno entre nosotros dos. Y además, apenas la conocía, joder.

¿Qué cojones me planteaba? Lo poco que sabía lo sabía por Cristina, su archienemiga. Pero me gustaba, mucho. Y sentía con ella algo que no sabía bien

qué era.

Yo había estado enamorado en un par de ocasiones, así que sabía qué era el

amor, joder, cómo no iba a saberlo con treinta años. Pero lo de Aina, me tenía acojonado. No quería darle más vueltas pero ella aparecía en mi cabeza en más

ocasiones de las que quería: la veía riendo, bailando con sensualidad, cogiendo

mi cintura, forcejeando conmigo en el ascensor entre risas para que no se quitara el maldito vestido, entrando en mi salón desnuda, sentada en aquella postura en

mi sofá, el tanga, el sujetador, en mi cama, el beso...

Deseaba besarla de nuevo. Y no me hubiera importado que me dijera: solo besos. Como un mendigo le hubiera dicho que sí. Así estaban las cosas; de pena.

Capítulo 16

—Lo que deberías hacer es centrarte en la novela, que te veo muy suelto...

Le había explicado a Chloe por encima lo que me ocurría con Aina y mis episodios sexuales con Cristina. Que esta era otra.

Cristina se había pasado la semana persiguiendo a Pablo y me daba la impresión de que era algo recíproco, pero a la que podía me tiraba la caña. El lunes me hizo esa mamada en mi despacho y el jueves, a última hora, entró de

nuevo con intención de hacérselo conmigo. Tuve que pararle los pies con una excusa inventada porque no entendía de qué iba todo aquello con Pablo. Y no quería romper mi amistad con él.

—Para novela, mi vida —le dije sonriendo.

Estábamos los dos en *El Espacio*, cenando un bocata caliente con una cerveza bien fría.

—¿Y la tuya qué tal?

—Bien, no me quejo.

—Uyy, qué poco habladora estás, ¿qué ocurre?

—Pse.

—Venga, cuenta...

Y me explicó largo y tendido que Íñigo no era tan guay como le había parecido en un primer momento. No quise decirle: te lo dije... pero lo pensé. Si

es que el amor le duraba cinco minutos.

—Bueno, pues nada, lo has conocido bien y no te convence. No pasa nada

—le comenté dándole a entender que me tenía a su lado.

—Es que creo que además se mete mierda.

—¿En serio?

—Sí, pastillas y coca.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo oí hablar con un amigo suyo en un bar la otra noche. Y ya sabes que a mí todo eso me da grima. Que me fumé un porro y ese viaje, creyendo que era *Pepa Pig*, me acojonó mucho.

Sonreí al recordarlo.

—Ya. Pues entonces mándalo a paseo.

—He quedado con él mañana por la noche y se lo diré.

—¿Mañana? Estoy fuera, podrías esperar a que estuviera aquí. Tengo el

Symposium ese en Gerona.

No es que pensara que aquel tipo le fuera a hacer algo pero si ella terminaba llorando o se sentía mal, quería estar ahí por si me necesitaba.

—Bueno, no sé, ya te diré algo —dijo no muy convencida.

Supuse que quería terminar cuanto antes mejor.

—No te veo muy preocupada...

Normalmente esto solía explicármelo con alguna llorera de por medio.

Estuviéramos donde estuviéramos. En el bar, en la calle, en un parque...

—No lo estoy, siento cierta decepción pero como dice Aitor, no hay mal que por bien no venga.

Aitor... ¿Era él la respuesta a esa actitud?

—Así que Aitor, ¿eh?

—Somos amigos.

—¿Ya? Qué rapidez.

Mi hermana soltó una risilla que me dejó perplejo. Le gustaba Aitor pero no me lo decía, ¿y eso? No era por vergüenza, porque ella no usaba de eso conmigo, ¿entonces?

—Además, sigue enamorado de esa chica, ya te lo dije.

—¿Te lo ha dicho él? —pregunté interesado.

—Así tal cual no. Pero se le nota. Esas cosas se notan. Como que tú estás colgado por tu compi.

—Qué va...

—Fíjate, ni preguntas de qué compañera hablo. Porque lo tienes clarísimo.

Sonreí por su picardía.

—¿Eres psicóloga ahora?

—No, pero llevo años fijándome en mi querido hermano.

—Ya veo que sí, que me imitas bien. Menudo cambio de tema para no hablar de Aitor.

Nos reímos los dos y mi hermana siguió comiendo mientras yo pensaba en sus palabras.

¿Colgado? Eso eran palabras mayores. No, no estaba colgado, solo que me gustaba Aina.

—Tienes un mensaje —dijo Chloe señalando mi móvil con la cabeza—.

Uh, uh, Aina quiere tema...

Me reí y abrí el Whatsapp ante su atenta mirada.

“Otro se hubiera aprovechado de la situación y en cambio tú me defendiste, me llevaste a tu piso, me dejaste tu cama y me dejaste elegir... Lo siento y gracias. Me gustaría devolverte el dinero, me hace sentir mal”.

Una corriente de ternura hacia ella recorrió mi cuerpo. Era la primera vez que se abría un poco a mí.

“Supongo que te has hecho una idea equivocada de mí, jamás haría nada que no quisieras. Por mucho que lo desee. Lo del dinero ya lo arreglaremos, no le des más vueltas. Solo es dinero”

—Pones una cara... —comentó Chloe riendo.

—Es mi cara de Whatsapp —repliqué haciéndole una mueca para que riera

más.

—Sí, sí,...

—Venga, cuéntame lo de Aitor con esa chica, a ver si me inspiro...

Chloe suspiró sin darse cuenta y yo me asusté al ver que Aitor despertaba

en ella algo más: mi hermana podía terminar con el corazón roto, esta vez sí.

Él

ya no era un chaval, tenía seis años más que ella, estaba agobiado por estar en

una silla de ruedas y seguía enamorado de otra. La situación no era muy alentadora pero a Chloe le iba el peligro y charlaba cada día con él. Su primera

pregunta era mutua: ¿qué tal tu día? Como si fueran una pareja de verdad. Yo temía que a Aitor mi hermana le hubiera caído muy bien y poco más.

—Pues esa chica era su ex vecina, no sé si ya te lo he dicho...

Me relató toda la historia y mi cabeza, paralelamente, iba montando la suya para trasladarla al ordenador.

CHLOE:

Y mientras Íñigo y Chloe se veían por primera vez, en la otra punta de Madrid se fraguaba otra historia.

La de Paula y Aitor.

Aitor era un abogado de treinta y dos años que trabajaba en un bufete junto

a su amigo y compañero de piso. En el último año habían pasado muchas cosas,

quizás demasiadas...

Frente a su piso, vivía Paula, una chica preciosa de ojos grandes que tenía el corazón roto porque su ex la había traicionado por segunda vez apenas unos

meses antes de casarse con él. Ella pasaba por una mala época y además estaba

medio colgada de otro tipo, pero Aitor, nada más verla, se quedó prendado. No

quiso forzar su relación con ella porque intuía que lo de aquellos dos era más fuerte de lo que su vecina reconocía. Aun así, acabaron juntos una noche en la

cama de Paula y justo en ese momento él se dio cuenta de que estaba muy enamorado de ella.

Se sintió confundido porque se moría por estar con ella pero sabía que tenía las de perder. Intentó sacársela de la cabeza con otras y nada. Intentó ver a menudo a su folla amiga Marta pero no había manera de que Paula saliera de sus

putos pensamientos. En Navidades huyó aterrado. Estaba enamorado de alguien

que no le correspondía y se sentía asfixiado, era la primera vez que tenía aquella sensación, aquella quemazón que no le dejaba respirar.

Estando fuera se decidió. Se lo diría y que fuera lo que Dios quisiera. Pero llegó tarde. Paula se le escapó de las manos.

Seguía viendo de vez en cuando a Paula y no podía dejar de buscar sus ojos. ¿Lo jodido? Ella estaba enamorada de su otro.

—Hola Aitor, ¿qué tal estás? Hace un par de meses que no te vemos el pelo, ¿eh? —le dijo Paula.

Ella le había mandado un mensaje a Aitor para quedar en el bar situado cerca de su piso. Él se había extrañado.

—Sí, lo sé. Es que estoy muy liado...

Mentira. Salía con otro grupo de gente para no encontrársela. Gente que bebía y fumaba hachís a todas horas.

—Ya...

Paula observó que estaba más delgado pero seguía igual de guapo.

—Quería hablar contigo sobre...

Paula había querido quedar a solas con él porque temía su reacción. Sí que había pasado más de un año pero Aitor había estado enamorado de ella y no sabía cómo iba a reaccionar.

—Gabriel y yo vamos a casarnos.

Aitor parpadeó varias veces ante lo que acababa de oír. ¿Cómo? ¿Su

Paula? ¿La que odiaba las bodas? Tragó una bola de cemento que tenía en la garganta y carraspeó antes de hablar con un hilo de voz apenas audible.

—¿Te casas?

—Sí, bueno... Es él...

Si Paula le hubiera dado una paliza no le hubiera hecho tanto daño. Fue como si le hubiera atizado una sonora bofetada con la que despertó de ese letargo.

—Ehm... enhorabuena, pues.

Siempre había respetado la decisión de Paula, por supuesto.

—Gracias... Espero que vengas y...

—¡No!

Paula se quedó mirándolo sorprendida.

—No me pidas eso —le dijo Aitor frunciendo el ceño.

Ella abrió los ojos al darse cuenta de que Aitor seguía sintiendo algo por ella. Joder, si había pasado más de un año...

—Ya me iré si hace falta para no tener que excusarme pero no me hagas eso Paula.

Se miraron unos segundos con aquella intensidad del pasado.

Aitor seguía sintiendo algo muy fuerte por ella y para Paula él había sido un gran amigo, aunque en los últimos tiempos estuviera poco en su vida.

—Te lo dije, te lo dije —soltó ella nerviosa—. Aquello fue una cagada, ¿lo ves?

Aitor se acercó a ella, dejando menos espacio entre ellos, con la mesa en medio.

—Aquello fue el mejor polvo de mi vida, ¿me oyes? Deja de decir eso de una puta vez —siseó él con rabia—. Yo ya estaba enamorado de ti, no te equivoques Paula.

Ella se mordió el labio al sentir la ira de su amigo.

—Lo siento, vale. Pero me jode no tenerte.

—¿Qué te jode no tenerme? —preguntó Aitor alzando la voz—. ¿Y yo qué? ¿Te crees que soy feliz, Paula?

Ella puso los ojos en blanco y murmuró un taco al ver cómo se le iba todo al garete con él.

—No quiero hacerte daño —dijo ella intentando tomar el control.

—Pues no me pidas que esté a tu lado porque en realidad eso es lo que me duele.

—Está bien —murmuró ella tragando saliva al ver a su amigo tan jodido por su culpa.

Paula pensaba que el tiempo y el espacio habían eliminado aquellos sentimientos hacia ella, pero estaba muy equivocada.

Aitor pidió otra cerveza y Paula se dio cuenta de que era la tercera en apenas media hora. Quizás eran los nervios. Pero no, la realidad era otra: Aitor

últimamente bebía mucho y a todas horas. El estado de embriaguez era el único

que lo dejaba relajado y lejos de sus problemas. O más bien dicho, de su problema: Paula.

Aquel día ella se fue con el corazón encogido y no supo reaccionar ante Aitor cuando se despidieron.

—Suerte, Paula.

—Graci...

Aitor cogió su nuca y posó sus labios en los de ella. Le dio un apretado

beso que la dejó descolocada y al separarse la miró muy serio.

—Siempre te querré.

Ella pensó que parecía una despedida y no quería aquello pero entendía que si se acercaba a él lo único que lograría sería dañarlo más. Y ella también lo

quería, de otro modo, pero lo quería mucho.

Al mes Paula se casó en una boda íntima en la que Aitor no participó y de la que prohibió hablar en su presencia a su amigo Tom. Él siguió sus rutinas

de siempre: trabajar entre semana, salir a partir del viernes hasta el domingo y empezar la semana con una fuerte resaca. De vez en cuando se follaba a alguna

tía pero tanto le daba quien fuera, él solo quería echar un polvo y poco más.

A los dos meses de ese encuentro con Paula tuvo un accidente.

El accidente.

El accidente que lo dejaría postrado en una silla de ruedas. La vida sí le había dado una sonora hostia para que espabilara y estaba en ello. Lo más importante ya no era Paula, no. Ahora lo único que deseaba era volver a andar.

Poder coger una puta taza del armario sin la ayuda de Tom. Salir a patinar con su hermana. Apoyar su codo en una barra y pedir una cerveza con su media sonrisa.

Besar a una chica cogiendo su nuca y mirarla desde su altura. Y un millón de cosas más que la vida le había robado.

¡Dios! Sí, me gustaba. Ahora debía pensar cómo se iban a conocer Aitor y

Chloe. A partir de ahí Chloe se decantaría por Aitor y dejaría a Íñigo, quien intentaría putearla por haberlo dejado tirado. Bueno o algo así. Ya veríamos lo que saldría porque en mi cabeza podía planear una cosa y después mis

personajes hacían lo que les salía de allí.

Aquella noche me fui a dormir pronto porque el sábado madrugábamos

para ir a Gerona. Habíamos optado por coger el tren e ir todos juntos. Al final nos habíamos apuntado todos a la iniciativa de Martina excepto Ángel, el fisio.

Rafa estaba la mar de contento de que participáramos en ese Symposium donde

él daba una de las charlas sobre Psicología social. Él no venía con nosotros pero había logrado hacernos la reserva en el hotel Ciutat de Girona como trabajadores

de su centro, con lo que nos salía más económico. Todos compartiríamos habitación con un compañero excepto Cristina, porque éramos impares.

En el tren, me tocó sentarme sin compañía y casi lo preferí. Me apetecía estar solo, así que cerré los ojos y seguí imaginando por qué derroteros seguirían mis tres personajes principales.

—¿Duermes? —La voz de Aina me asustó, sobre todo al verla sentada a mi lado.

—No, no, qué va.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Su voz dulce y su mirada transparente me ganaron al segundo. Cualquier resquemor había desaparecido.

—No, no soy rencoroso.

—Lo intuía y me dijiste que eres buen chico, por lo general.

Sonreímos los dos.

—Lo intento, aunque a veces hay chicas que me ponen a prueba.

—¿Muchas chicas? —preguntó en ese tono inocente.

—En especial una.

Nos miramos más serios y retiró la mirada hacia la ventanilla del tren.

—¿Y la conoces bien? —preguntó mirándome de nuevo.

—Eso es lo más jodido, que apenas sé nada de ella.

—El otro día vine a tu piso porque a mi chico se le fue la pinza.

—¿En qué sentido? —Arrugué la frente preocupado.

—Bueno, discutimos porque él viaja mucho y apenas nos vemos. Y

cuando está aquí reparte su tiempo entre sus amigos y yo. Y me quejé porque llevaba sin verlo un par de semanas, había optado por no ir a la cena con vosotros para estar esa noche con él y al final, fue él quien me dio plantón.

—Vaya...

—Discutimos fuerte y me tiró el móvil al suelo, en un arrebato de los suyos.

—¿Arrebato?

—Es muy impulsivo... Lo mandé a la mierda y me fui muy cabreada sin

pensar hacia dónde, y sin darme cuenta acabé en tu barrio. Busqué tu dirección

en la tarjeta y pensé que todavía podría ir de cena con vosotros....

—¿Y lo habéis arreglado?

—Bueno, vino al día siguiente a mi piso y me hizo un regalo para pedirme perdón. Él es así. Es su manera de disculparse.

No sabía si me lo explicaba a mí o se lo decía a ella misma. Pero dejé que siguiera.

—Vestía la misma ropa, eso también. Había estado fuera con sus amigos y vino diciendo que me había echado tanto de menos que había acabado bebiendo

para olvidarme. Olía a alcohol que apestaba pero acabó llorando en mis brazos,

rogándome que no lo dejara...

¿Y...?

—Le dije que estaba cansada de su actitud y que necesitaba pensar. Es inestable, inseguro y tiene demasiados pájaros en la cabeza pero sé que me quiere, a su manera.

Que mal me sonaba esa frase, pero no iba a ser yo quien le dijera eso. Al final todo cae por su propio peso.

—Entiendo, ¿y tú?

—¿Yo qué? —preguntó sin comprenderme.

—Si estás enamorada de él...

—¡¡Chicos!! —Juan nos asustó a los dos interrumpiendo nuestra conversación.— ¡Hemos llegado!

Capítulo 17

Durante aquel día procuré centrarme en las charlas de nuestros colegas e intenté

dejar de pensar en mi conversación con Aina en el tren. Me venía a la cabeza el

tema de los arrebatos de su pareja. ¿Romperle el móvil? A mí no me parecía nada normal y en cambio ella lo había dicho como si fuera algo habitual y muy

lógico en su chico, a mí no me entraba en la cabeza que por un cabreo rompiera

el teléfono de Aina. Pero ¿quién era yo para meterme en sus cosas?

Había visto a Aina sacar el móvil y escribir pero no pensé que sería para mí. Estábamos en medio de una conferencia, la de “Cómo educar a los hijos”, y

era un tema que me interesaba para poder transmitir esos conocimientos a los padres de los niños que atendía en el centro.

“Hasta hace nada creía que sí estaba enamorada, ahora empiezo a tener dudas”

Dudas... ella que era de las que no dudaban. Aina era otra ahora mismo y cuanto más la conocía más me atraía. Más ganas tenía de estar con ella y más ganas de descubrir su mundo interior.

“Dudas por él o por ti?”

Era consciente de que jugaba con fuego pero quería saber si yo tenía algo que ver o eran tonterías mías.

“Por mí”

“Entonces la respuesta está en ti, piensa qué es lo que quieres de verdad y

lánzate a por ello”

A ver, era una frase muy típica, lo sé, pero con ella debía ir con tiento.

“No es tan fácil. ¿Y si me equivoco? No soy de las que hacen las cosas sin prever las consecuencias. No me gusta dañar. No me siento bien sabiendo que alguien sufre por mi culpa”

Aina era más sensible de lo que parecía en un primer momento. La mujer de hielo se deshacía por momentos ante mis ojos.

“Entonces tómate tu tiempo. No tienes prisa”

“Gracias, Guillermo”

“Guille”

“Gracias, Guille”

Sonreí y releí las últimas frases. Tómate tu tiempo... ¿Parecía que yo le decía que la esperaba? No lo había dicho por eso pero lo parecía. ¿Y ella me daba las gracias por los consejos o por lo del tiempo? Daba igual. La cuestión era que Aina dudaba de su relación y que eran sus sentimientos los que hacían

equilibrios, lo que significaba que quizás en un futuro inmediato Aina estuviera

libre...

Libre para mí.

—No sé, Guille, ¿tú cómo lo ves? —me preguntó Pablo en nuestra habitación.

¿Qué decirle? Hablábamos de Cristina, por supuesto.

—Pensaba que no era mi tipo pero es una mujer interesante...

Ya...

—¿A ti te gusta? ¿Gustarte de verdad? —pregunté con cautela.

—Me gusta, es lista, guapa y tiene algo que me pone muy nervioso pero que a la vez me atrae.

—Pues entonces no te lo pienses más.

—Parece tan lanzada, ¿verdad? En cambio la otra noche la acompañé a casa y se comportó casi con vergüenza conmigo, ¿te la imaginas?

Pues no, para nada.

—Antes de bajarse del coche me dio un beso rápido en la mejilla y se fue.

No pegaba nada con ella, cierto, Y además, ¿no había tomado éxtasis? Qué raro que no se tirara a su cuello sin pensárselo mucho. Muy raro.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron. Pablo abrió y una Cristina enfundada en un vestido negro que le quedaba como una segunda piel nos miró

sonriendo.

—¿Qué, chicos? ¿Estáis listos?

—Id bajando —les dije yendo hacia el baño—. En cinco minutos estoy.

Se fueron charlando de una de aquellas conferencias a las que habíamos asistido y me quedé pensando mientras me peinaba. A Pablo le molaba Cristina

pero ¿y a ella? Parecía que también pero a la que podía se me insinuaba. ¿Debía

hablar con ella sobre el tema? Estaba claro que yo no iba a liarme más con ella.

Primero por Pablo, sabiendo que podía sentir algo por ella, yo pasaba olímpicamente de joderlo. Y en segundo lugar, no quería tener una relación con

Cristina aunque solo fuera sexual. Con un polvo y una mamada ya había sido suficiente. No era cuestión de liarla más.

Al cerrar la puerta de mi habitación vi a Aina salir de la suya y le di un repaso sin dejarme un milímetro por recorrer. Llevaba el pelo suelto, la muy jodida, junto con un vestido de tirantes azul claro que marcaba perfectamente sus curvas aunque la faldita tenía vuelo y era muy corta. Esta tía se había propuesto que cenara empalmado toda la noche.

Como un puto imán me coloqué a su lado y le hablé al oído con alevosía.

—Nena, ¿y tu goma del pelo?

Se volvió hacia mí dando un respingo y relajó el gesto al ver que era yo.

Levantó su mano y me mostró el coiletero en su muñeca. Se lo cogí y lo coloqué en la mía.

—¡Eh! —exclamó, divertida.

—Nada de coiletas... Te pones en peligro.

Se rio y la miré embobado hasta que reí con ella.

—No me das miedo —me dijo juguetona.

Anduvimos juntos en dirección al ascensor.

—Pues deberías, no sabes el peligro que tengo cuando...

—¿Cuándo?

—Cuando algo me gusta.

Entramos sonriendo en el ascensor y apreté el botón.

—Dudo que yo te guste, ¿cómo me llamaste? ¡Ah, sí! Señorita estirada.

—Me cogiste en un mal momento.

—Te debo dinero, recuérdalo.

—Ehm, olvidemos eso, ¿ok?

Me miró sin miedo y yo me perdí unos segundos en sus ojos.

—Si me miras así, también te pones en peligro...

Aina retiró la mirada, turbada, y verla así, tan vulnerable me tocó algo por dentro. Pero el ascensor llegó a la planta del restaurante del hotel y Martina vino

en nuestra búsqueda.

—Aina, ¿tienes la tarjeta de la habitación? Joder, me he dejado la mía...

Subieron las dos de nuevo y yo entré en el restaurante donde algunos de mis colegas ya estaban sentados en la mesa. Al cabo de poco estábamos ya todos y cenamos charlando, animados y comentando cosas varias del Symposium.

Después de cenar Juan nos animó a tomar una copa: solo una que mañana

debíamos levantarnos pronto y ya habíamos bebido bastante vino durante la cena. Aina no, no había probado el alcohol en toda la cena pero Cristina bebía

por las dos. La miré de reojo al ver que hablaba por los codos, que charlaba muy

animada, que no hacía mucho caso a Pablo y que bebía con demasiada rapidez.

Quizás sí debería hablar con ella.

Estábamos muy cerca del centro de la ciudad, solo teníamos que pasar el puente Eiffel y cruzar al otro lado. Anduvimos por las calles dando un paseo hasta llegar a un local de estilo inglés pero con luces pequeñas de colores repartidas por las paredes. Nos sentamos en una de las largas mesas con bancos y

una chica muy joven nos tomó nota. Todos pedimos una cerveza y miré un segundo a Aina que estaba lejos de mí. Ella me miró y nos sonreímos levemente.

Si Aina no tuviera pareja ya me hubiera pasado por el forro la norma de no liarme con una tía del curro. Me gustaba demasiado. Pero la realidad era que ella estaba con alguien y que yo debía contenerme. El juego del coqueteo había ido

más lejos de lo que yo mismo había pensado y de ahí a meterme entre sus piernas había poca distancia y demasiada tentación. No debería ni escribirme con

ella. Ni nada...

“Nena, ese pelo... estás preciosa”

Joder, era demasiado impulsivo para poder aguantarme las ganas de tontear con ella. Y me daba la impresión de que a través del móvil no había el mismo peligro.

Aina debía tener el teléfono en el bolso y además parloteaba con Micky con interés. Aproveché para observarla con disimulo y resoplé al sentir lo mucho

que me atraía. Intenté distraerme con mis colegas y sus conversaciones pero no

podía evitar mirarla de reojo. Cuando nuestros ojos se encontraban sentía cierta

presión en el bajo vientre. Iba a terminar pillado de verdad y no quería pasarlo

mal.

Juan y Pablo se pusieron a jugar a los dardos y Cristina se sentó a mi lado.

—Estoy sola en mi habitación —me dijo con una sonrisa.

La miré sorprendido por su insinuación.

—¿Y Pablo?

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

Era la primera vez que no veía una sonrisa en su rostro.

—A ver, Cristina, ¿qué te pasa? —pregunté en un tono más bajo.

—¿A mí? ¡Nada! ¿Qué te pasa a ti?

—¿Te gusta Pablo? —le pregunté como si estuviera en mi consulta.

Me miró callada y no respondió.

—Entiendo que es un sí y que te gusta bastante. ¿Entonces?

Cristina suspiró y dio un buen trago a su cerveza.

—Voy a intentar adivinarlo.

Nos apartamos un poco del resto para hablar sin susurros.

—Pablo te gusta de verdad, te gusta como persona, te atrae en más sentidos que el meramente sexual y estás asustada.

Abrió los ojos y sonrió por fin.

—Algo así.

—Pero entonces deja de perseguir a otros o a mí, ¿no crees? Pablo no es tonto y se dará cuenta.

—Necesito el sexo —me dijo como si hablara de comida.

—Todos necesitamos sexo, Cris, pero esa no es una razón para no canalizar bien tus deseos. Entiendo que hagas lo que te de la gana pero si te gusta en serio un hombre, ¿por qué otros?

—Porque lo necesito... Sin ellos no soy yo.

La miré alucinado. Joder que Cristina iba a tener un problema... ¿Adicción al sexo? Recordé tener un cliente con esa adicción; sufría mucho y sentía una vergüenza tremenda por querer sexo a todas horas y con quien fuera. Una conducta sexual fuera de control... Cristina presentaba varios síntomas: promiscua, encuentros rápidos, exhibicionismo,...

—¿A qué te refieres? —pregunté por inercia.

—No tengo bastante con uno solo y necesito hacerlo con varios, siempre.

—¿Siempre? ¿Con siempre te refieres también a cuando salías con tu última pareja?

—Me contuve pero al final me lo hice con un par.

—Ya.

Estaba claro que eso no era normal. Su ruptura le había dolido pero no había podido evitar acostarse con otros hombres.

—Cristina, ehm, creo que tienes un...

—¿Un problema? —preguntó enfadada.

—Sí —le dije sin adornos.

—El problema lo tienes tú con el cubito de hielo ese, a mí no me pases tus mierdas. —Se levantó de golpe y salió hacia fuera.

Por supuesto salí a por ella. Cristina era mi compañera y su problema no era moco de pavo.

—Cristina...

Estaba de brazos cruzados, apoyada en la pared y mirando al suelo. Igual que una niña pequeña y sonreí por dentro. En el fondo era muy niña.

—No quiero joderte nena, me preocupas, nada más.

—¿Te preocupo? —Me miró a los ojos con los suyos húmedos.

—Claro, joder, Cristina eres una tía increíble y lista. Sabes qué te pasa, lo sabes tan bien como yo.

Bajó la vista de nuevo y vi una lágrima caer por su rostro. La abracé y se puso a llorar, como una desconsolada. No le dije nada, en estos casos las palabras molestaban, no servían de mucho.

—Gracias... me voy al hotel. No estoy de humor.

—¿Vamos dando un paseo? No quiero que vayas sola a estas horas. ¿Aviso a Pablo?

—No, no. Primero tengo que solucionar esto.

—Quizás si hablaras con él...

—No... No sabría por dónde empezar. ¿Y si...?

—¿Quieres que hable yo con él? Cristina eso...

—Quiero que seas mi terapeuta —dijo resolutiva.

—¿Yo?

—Guille, yo... me cuesta hablar y contigo sé que puede resultar. Una vez acudí a una psicóloga y solo por cómo me miró ya no volví jamás...

—Está bien. Empezaremos esta misma semana. Verás que te irá bien.

—De esto nada a nadie, por favor, excepto a Pablo si te preguntara...

De entrada no preguntó, más bien entró como un huracán al que hubieran insuflado una potencia exagerada.

—¿Folla bien? —preguntó a bocajarro.

Yo estaba tumbado en mi cama, leyendo en el *ibook* y con los auriculares puestos. Pero él me quitó uno de ellos y me preguntó casi gritando.

—Pablo, déjame que te...

—¡Eres un puto cerdo! —soltó sin dejarme hablar— Te dije al principio que no me gustaba pero hoy mismo hemos hablado del tema y tú...

—¡Pablo! ¡Para! Cristina tiene un problema.

Me miró frunciendo el ceño y sopesando si mentía. Él me conocía bien.

—¿Un problema?

—Un problema que ella te contará en su momento y que no saldrá de aquí

—le dije señalando la habitación—. Es incapaz de controlar su comportamiento

sexual. Es adicta al sexo.

Me miró muy sorprendido y se sentó en la cama dejándose caer. Pasó la mano por su pelo y acto seguido por su cara hasta mirarme de nuevo.

—¿Estás... estás seguro?

—Sí, ella misma lo sabe. No es la primera vez que busca ayuda.

—¿Vas a ayudarla? —preguntó más relajado.

—Eso me ha pedido y evidentemente voy a hacerlo. Por ella y por vosotros dos.

—¿Sabes la causa?

—No hemos profundizado tanto, pero la encontraremos si es a nivel emocional.

—Esperemos que sí. ¿Cómo ha ido todo?

Le relaté lo que había ocurrido exceptuando que ella se me había

insinuado. Eso era algo de Cristina y no quería malmeter, aunque podía salir escaldado si no lo decía, pero preferí arriesgarme. Le dije que había sacado el tema porque la veía algo tosca con Pablo y al final había llegado a la

conclusión

de que Cristina no quería pareja porque tenía otras necesidades que ella misma había verbalizado.

Pablo me agradeció el estar ahí, con ella, y me sentí un hipócrita al no confesarle todo lo que había ocurrido con Cristina, pero me veía atrapado. ¿Y si

jodía una futura relación por un polvo y una mamada sin significado?

¿Y quién no tiene secretos?

Que tire la primera piedra.

Capítulo 18

Al día siguiente nos levantamos pronto para seguir con aquellas conferencias y

nos reunimos todos en una mesa redonda a la hora del desayuno.

Ni Cristina ni Aina habían bajado y me extrañó tanto por una como por la otra.

—Cristina vendrá más tarde, estaba cansada. No ha dormido en toda la noche —me informó Pablo como si adivinara mis pensamientos.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, esta mañana, antes de ir al gimnasio he pasado por su habitación. No he podido dormir yo tampoco y necesitaba hablar con ella...

—¿Y?

—Necesitaba decirle que estoy a su lado.

Lo miré sonriendo. Ese era Pablo. Un tipo estupendo.

—A Aina la he visto en el gimnasio, es raro que no esté aunque quizás ha desayunado antes...

—Ya. Vete a saber.

—¿Y Aina? —le preguntó Pablo a Martina, con quien compartía habitación.

—Ha bajado antes porque quería salir a dar un paseo. Cosas de ella.

“*¿Paseando entre las nubes?*”, le escribí recordando la película *Un paseo por las nubes*. La vi con mi madre una tarde de esas de domingo que no sabes qué hacer.

Estaba en línea y me leyó al momento.

“*¿Has visto Casanova? Pues olvídate del final conmigo*”

Joder, ¿a qué venía ser tan borde? Esa película...

—¿Has visto la película *Casanova*, Martina? —le pregunté con el móvil en la mano.

—Claro que sí.

—¿Cómo termina?

—Él se enamora de la chica. Ella lo rechaza pero él insiste en conquistarla hasta que lo consigue.

—Gracias...

“*¿Por qué?*”

“Olvídame Guillermo”

Vaya, supuse que habría hablado con su chico o quizás había estado pensando en nuestro tonto y había decidido cortar por lo sano. La entendía, por supuesto, pero...

“Me pides el cielo”

“Tú debes pensar que soy idiota”

Joder, qué mala hostia gastaba la niña.

La vi entrar en el ascensor y fui hacia su habitación saltando las escaleras de dos en dos. Llegué justo cuando entraba.

—Aina...

—¿No entiendes mi idioma?

Sonreí al recordar que esas mismas palabras las había usado yo y me di prisa para que no cerrara la puerta en mis narices.

—Perfectamente. ¿Puedo saber qué te pasa?

Entré detrás de ella en su habitación y se giró para mirarme con una frialdad que daba miedo.

—¿A mí? Nada. Solo que con tu pose de chico bueno te piensas que nos tienes a todas comiendo de tu mano y te equivocas de largo.

—Tienes un mal concepto de mí, ya te lo he dicho.

—Tengo el concepto que veo. Ni más ni menos. Y ahora si no te importa,

quiero cambiarme.

—Sí me importa, Aina...

—No quiero llegar tarde y no necesito escuchar tus... mentiras.

—¿Mis mentiras?

Dio un paso al frente y me miró a los ojos sin miedo.

—Dime que no te has follado a Cristina.

Joder...

—A ver, Aina, creo que mi vida privada no te incumb...

—Ni a ti la mía. ¡Así que lárgate! —gritó furiosa.

¿Estaba celosa de Cristina? ¿Era por mí o por ese rollo tonto que llevaban entre ellas?

—Te lo has hecho con ella, así que no vengas aquí buscando nada, porque nada es lo que vas a encontrar, ¿lo entiendes Guillermo?

—A ver, Aina, la que está con alguien eres tú. Yo estoy soltero.

Me miró rabiosa porque sabía que tenía razón.

—Sí, claro. Tú eres perfecto. El tío alto, guapo y rubio, seguro que con todo su cuerpo musculado y que sabe qué decir en cada momento para engatusarnos. Pues conmigo lo llevas crudo.

¿Musculado? Para nada...

—Aina, ¿por qué estás tan enfadada?

Me miró en silencio y no quiso responder. Me acerqué a ella y dio un paso

hacia atrás.

—Se acabó —dictaminó muy segura.

—¿El qué? —pregunté con tranquilidad.

—Esto, el rollito este, no quiero más mensajes ni saber de ti. No te quiero en mi vida.

—Eso va a ser difícil, trabajamos juntos, ¿recuerdas?

—No te preocupes, haré ver que no existes. No será tan complicado, te lo aseguro.

Su tono de desprecio me molestó.

—Está bien, si es lo que quieres. Por mí perfecto.

Me di la vuelta y salí sintiendo su mirada. Si no quería nada conmigo, nada tendría. Como había dicho ella.

Por mucho que me gustara no iba a ir tras ella como un gilipollas.

Al salir solté un “mierda” en un murmullo y una pareja que esperaba el ascensor me miró con curiosidad.

Ayer se sentó a mi lado en el tren, se abrió a mí y me insinuó que no tenía claro sus sentimientos por su pareja. Hoy estaba súper cabreada... Hostia, ¿era

por Cristina? Porque ayer me fui con ella al hotel... ¿Podía ser por eso? Seguro que sí. Aina había pensado que me había tirado a su prima, tal como había pensado Pablo, y seguro que más de uno de mis compañeros.

Estuve a un tris de dar media vuelta y aporrear su puerta para decirle que

iba muy equivocada... pero era verdad que me había tirado a Cristina. No ayer pero sí lo había hecho.

Mejor dejar que pasara la tormenta.

La seguí con la mirada en todas las conferencias y era muy cierto que su decisión de pasar de mí era firme. Ni una vez buscó la mía. Quizás era un buen

momento para empezar a olvidarme de ella y de esa absurda historia que me había montado con ella.

Sí, vale, me escocía que fuera tan fría y que le importara tan poco como para ignorarme de ese modo. ¿Pero qué esperaba? ¿Que dejara a su chico por mí? No me lo había planteado pero algo sí había fantaseado y al final me había

salpicado de mala manera. Si es que soy gilipollas. Con la de tías que había por

el mundo. Guapas, con buen cuerpo, menudas y con coleta. Ya ves, a patadas.

Sí, vale, me estaba autoconvenciendo y no lo lograba.

Lo mejor iba a ser dejar que las cosas fluyeran y no pensar tanto. Yo era un tío de acción y últimamente le daba demasiadas vueltas a las cosas.

—¿Estás con gripe? ¿Casi en verano? —le pregunté a Claudio ante su negativa a salir.

Habíamos llegado de Gerona a media tarde y me apetecía salir y despejarme un rato.

—Bueno, en realidad no es gripe.

—¿Qué coño te pasa?

—Estoy con una resaca de la hostia y no puedo moverme de la cama.

—Ya te has pasado otra vez con esa mierda. Vas a joderte la vida con eso, Claudio.

—¿Ves por qué te digo que tengo gripe? Deja de darme el coñazo.

—Que te den —le dije mosqueado y colgué el teléfono. A los cinco minutos volvió a sonar—. ¿Qué cojones quieres ahora?

—Brother, ¿qué te pasa?

—¿Eh? Nada enana, Claudio que me saca de quicio. ¿Cómo estás?

Habíamos hablado por Whatsapp: Chloe no había quedado con Íñigo porque el muchacho no se encontraba bien.

—Bien, ¿y tú? Aitor y yo vamos a ir a tomar algo, ¿te apetece venir?

—¿Para aguantar la vela?

Nos reímos los dos y mientras pensé que podría llamar a Saioa y Mónica.

—Llamo a Moni y Saioa, si se apunta alguna de las dos, vamos con vosotros.

—Perfecto. Vamos a ir al *Wind*. Me dices algo, ¿sí?

Charlamos cinco minutos más sobre nuestro fin de semana, sobre mi madre y el nuevo viaje que planeaba con Santi y sobre Íñigo y su virus estomacal. ¿Sería verdad? A saber.

Mónica estaba en pijama y perreando en casa con pocas ganas de nada, en cambio Saioa estaba esperando que alguien le propusiera salir de casa, donde

fuera, pero necesitaba salir. Pasé a por ella con el coche y a las ocho y algo entrábamos en el *Wind*.

Era un local bastante grande para ser del barrio Gótico, con una luz tenue, donde servían las mejores tapas de la zona y donde podías tomar una copa con cierta tranquilidad en la barra.

Cuando entramos Aitor y Chloe estaban sentados en una de las mesas y después de las correspondientes presentaciones, nos sentamos con ellos. Como la

última vez, Aitor y yo dimos un rápido repaso a las últimas noticias en deportes

mientras ellas charlaban de los exámenes de Chloe. Estaba a punto de terminar y

la verdad era que se le notaba cierto cansancio. Aitor la miraba con ternura y yo lo miraba a él con curiosidad. Solo me faltaba preguntarle: ¿tus intenciones?

Saioa hablaba por cuatro, como siempre, y pasamos un rato agradable

porque Aitor parecía estar súper a gusto con nosotros. En una de esas que giré la vista en dirección al final de la barra vi que alguien me miraba y acto seguido me saludaba con la mano. ¿Íñigo? Sí, de nuevo él. Sonreí por la casualidad.

—Un segundo, voy a saludar a alguien —les dije poniéndome en pie y fui hacia él—. ¿El que me persigue no serás tú?

Nos saludamos con un apretón de manos.

—Más quisieras pero no tienes tetas.

—Ni un buen culo.

Nos reímos y me comentó que estaba esperando a una chica.

—¿La rubia o la pelirroja?

—Hoy es morena y está tremenda.

—Te creo —le dije riendo.

—¿Quedamos un día de estos?

—Cuando quieras nos tomamos unas cervezas.

—¡Hecho!

Íñigo miró en dirección a la mesa donde yo estaba y se quedó mirando fijamente unos segundos.

—Te dejo —dijo con rapidez mientras se iba en dirección a una chica alta de pelo corto.

¿Y esas prisas?

Y debió ser mi vena de escritor la que se montó su película en mi cabeza.

¿Era ese Íñigo el Íñigo de Chloe? ¿El rapero? Me dijo que era músico pero no rapero. ¿El que tomaba drogas? Fijo que sí. ¿El que salía mucho con sus amigos?

¿Amigos o amigas?

Me senté de golpe en la mesa e interrumpí a Chloe con prisas.

—¿Era él? —le dije a mi hermana mirando sus ojos.

—¿Quién?

—Íñigo.

Mi hermana frunció el ceño y me miró sin entenderme.

—¿Qué dices Guille?

—El tío con el que hablaba.

—No he visto quién era. —Su ceño se frunció más.

—Pues un tío alto, fuerte y con el pelo oscuro. Guapillo y eso.

—Qué pocos tíos hay así, ¿verdad? —soltó Saioa riendo y yo la miré fulminándola con mis ojos.

—¿Tiene coche? —le pregunté pensando qué sabía yo de Íñigo.

—No, no tiene coche.

—¿Y alguna amiga que tenga un coche rosa?

—Ni idea —respondió molesta—. ¿De qué lo conoces?

—Pasa droga.

Los tres me miraron con más interés.

—¿Ahora tomas drogas?

—¡Qué va!

Joder, aquello parecía una conversación de besugos.

—A ese tipo lo conocí una noche de casualidad y sé que pasa droga por Claudio. No es amigo mío y me he cruzado con él demasiadas veces. A veces creo que Barcelona es más pequeña de lo que aparenta. ¿Queda claro?

—Clarito, clarinete —dijo mi hermana—. ¿Con quién iba?

—Con una tía morena.

—Íñigo está fuera, en Sabadell, en un festival.

—Entonces no era él —dije pensando que mi imaginación iba un poco a su bola.

El resto de la noche transcurrió con total normalidad, entre muchas risas y colegueo, y me sentó mejor que un polvo con cualquier tipa. La verdad era que

no me apetecía tener sexo con nadie, con nadie excepto Aina.

¿Era ella la que estaba en la barra? Me puse nervioso y miré varias veces

hasta que se giró y vi que no, no era ella. Sentí alivio y decepción a la vez porque se parecía mucho a ella de espaldas, sobre todo por la jodida coleta. Esa

chica no era tan guapa como ella o no a mis ojos, y cuando me sonrió viendo que

la observaba le correspondí automáticamente. No la miré más porque no era Aina pero por lo visto ella sí se fijó en mí.

En cuanto salimos me entró comentándome si nos conocíamos. Le dije que

no y ella insistió en el tema. Me reí y ella aprovechó para acaparar mi atención

preguntándome de qué trabajaba. Total, que me lio. O me dejé liar.

Chloe, Aitor y Saioa se fueron y yo me quedé con el placebo de Aina. Su

nombre era Ana pero en mi cabeza rondaba el de Aina. La chica era simpática y

tenía ganas de llevarme a la cama. Así que no opuse demasiada resistencia.

En su piso, en su cama, coloqué a Ana en lo que vulgarmente se dice la posición del perrito y así, de espaldas, dejé volar mi imaginación. Cogí su coleta, tiré de ella y a la vez se la metí de una estocada. Joder, sí... Así se lo haría a la fría de Aina. Por detrás y con dureza.

—Guille... sí... sigue...

—Shhhh....

No deseaba oír su voz porque me sacaba de mis fantasías con mi

compañera de curro. Y no quise ser más egoísta pero me podría haber ido en dos

minutos con el pelo de Aina en mis manos, así que me contuve varias veces para

que Ana llegara a tener su orgasmo. Y por suerte no tardó demasiado en cuanto

puse mis dedos en su clítoris. Acto seguido me corrí pero noté que no era lo mismo que otras veces. ¿Era por ella? No, era por mí.

Jodida Aina.

Capítulo 19

—Guillermo, yo ya se lo he explicado, por activa y por pasiva, y no hay manera

de que me perdone, por mucho que ella diga que sí.

Era lunes, acababa de atender al señor López y ahora estaba con Federico

Torres, un hombre recién casado que había tenido un desliz el mismo día de su

boda con una de las invitadas. Casi nada.

—Necesita tiempo y quizás ella debería ir a ver a un especialista también...

—No quiere ni oír hablar del tema. Dice que el problema lo tengo yo.

—Bueno, y en eso estamos...

Sus inseguridades y el poco cariño que recibió de pequeño eran la fuente de su necesidad de gustar a todo el mundo. Tanto que acabó follándose a otra justo después de decir el sí quiero.

Al terminar me fui a por un café y me encontré con Pablo y Aina, que charlaban sobre una niña que ambos trataban. Los saludé con normalidad y Pablo me sonrió pero Aina casi ni se inmutó ante mi presencia.

Seguía cabreada conmigo, estaba clarísimo.

Me preparé el café y me fui al despacho. No tenía ganas de ver malas caras y era demasiado pronto para activar mi modo irónico.

—Oye, Guille. —Me giré hacia Pablo—. Necesito hablar contigo cuando puedas.

—Sin problemas, estoy en el despacho.

No pude evitar mirar también a Aina y me topé con sus ojos de hielo.

Estaba preciosa, daba igual el gesto de su cara, a mí me parecía igual de guapa.

¿Podría aguantarme las ganas de querer besarla?

Me senté en mi cómoda silla y me tomé el café mientras releía el último capítulo de CHLOE. La historia real de mi hermana iba tan rápida que no le

podía seguir el hilo y entre una cosa y otra yo no avanzaba.

Chloe había quedado aquella misma tarde para hablar con Íñigo. Al

parecer, el rapero se iba en unos días de nuevo a Valencia para cantar en un par

de conciertos. Ella lo tenía decidido; no quería seguir perdiendo el tiempo con él y yo iba a esperar su llamada para que subiera a mi piso para contármelo todo.

CHLOE:

Tina y Chloe iban juntas al mismo gimnasio y desde el primer día

conectaron. Aquel día a la salida, Chloe vio a un chico en una silla de ruedas pero lo que le llamó la atención no fue la silla sino sus ojos negros con unas pestañas densas y bonitas. Se miraron unos segundos y Chloe se quedó prendada

de él.

Le pareció guapo, muy guapo. Pelo negro, despeinado, ojos oscuros y una boca apetitosa.

—¡Aitor! —exclamó Tina al verlo y Chloe sonrió en su interior al saber que era un conocido de su compañera.

¿Quizás su chico? Podría ser...

—Tina, ¿qué tal?

—Pues roja como un tomate, ya me ves. Te presento a Chloe... Chloe él es Aitor...

Y el hechizo hizo efecto: ambos se quedaron mirando durante muchos,

muchos segundos...

El móvil me desconcentró y más al ver que era mi hermana. Últimamente esto de encontrar un rato largo para escribir era como una odisea.

Chloe me convenció para que bajara a tomar una caña en una pequeña terraza de un bar cercano y nos fuimos hacia allí mientras me enseñaba los Whatsapp que le había mandado Íñigo tras romper con él.

“Eres una zorra”, “Putá zorra”, “Te grabé por cam, estás avisada”...

Mi primer impulso fue ir a por él pero Chloe me lo prohibió. Bueno, tampoco sabía dónde caía muerto el gilipollas ese pero aquellos mensajes me supieron a hiel.

Mi hermana estaba bastante tranquila.

—Perro ladrador...

—Lo que tú digas, pero este tío no tiene ningún derecho a decirte esto.

—Ya lo he bloqueado. Ya está. Se va a Valencia en unos días y seguro que se le pasa en nada. Hemos estado juntos muy poco tiempo pero debe tener el ego

muy subido el niño. Yo qué sé.

—Si te dice algo más quiero saberlo. ¿Dónde vive?

—Con sus padres. Pero que no va a decir nada más.

—Dame su dirección.

—No quiero que vayas.

—No voy a ir pero prefiero saber dónde vive el imbécil este.

Chloe cedió y me pasó la calle donde vivía el tipo; prefería saber dónde ubicarlo.

Me explicó que ella le había dicho que quería dejarlo, que no estaba segura y que prefería dejarlo allí y poder quedar como amigos. A él no le sentó nada bien que ella cortara la relación y al principio intentó convencerla, pero después se cabreó y se fue sin decir ni adiós.

—¿Sí? —Mi hermana respondió en ese momento al teléfono.— ¿Eh?...

¿Tú eres idiota o qué?

Fijo que era él y le cogí el móvil a mi hermana sin pedir permiso.

—Íñigo.

—¿Y tú quién eres payaso? ¿El que se la folla ahora?

Una voz grave y poco amistosa, estaba claro quién era.

—Soy el que te va a dar una hostia como un pan como sigas tocándome las pelotas. Y eso significa molestar a mi hermana, ¿te queda claro gilipollas?
—me

costaba enfadarme en serio pero cuando lo hacía se me hinchaba la vena del cuello.

Y estaba muy hinchada.

—Aquí el único gilipollas que hay eres tú y tu hermana es una zorra de mucho cuidado, por si no lo sabes.

Me levanté de la mesa para no montar un pollo en medio de la terraza del bar y me fui al otro lado de la calle.

—Si te pilló Íñigo, si te pilló vas a desear no haber nacido. Voy a darte de hostias hasta en el carné de identidad, no te va a reconocer ni tu puta madre. Joder, lo sé, no estaba usando mi psicología pero todo lo que tenía que ver con Chloe me sulfuraba.

—Menos lobos...

—¿Calle Borrel y Soler, cierto? Ándate con cuidado. Yo de ti vigilaría mi espalda.

Colgué para no liarla porque era capaz de decirle mil disparates más. Pasé la mano por mi pelo, pensando en lo imbécil que era Íñigo al tener los cojones de decirme eso de mi hermana. Joder, acepta que no quiere estar contigo y punto, coño.

Mi hermana me miraba expectante y le pasé el teléfono.

—Guille... Es cosa mía, ¿no crees?

—Sí, lo sé. Me ha salido la vena hermano de la Caridad.

Sonrió y logró hacerme sonreír. Solo me faltaba que ella también se enfadara conmigo. Quizás había sido demasiado impulsivo o quizás solo tenía ganas de decirle cuatro cosas al idiota de Íñigo. Y sí, era cosa de ella, por supuesto. Pero al morir mi padre yo me había autoproclamado como el padre de

Chloe y no podía evitar querer protegerla. ¿Qué padre no hubiera hecho lo mismo?

—Me ha llamado con un número desconocido...

—Pues ya sabes, nada de coger el móvil si no sabes quién es.

—No puedo hacer eso. ¿Y si es algo importante?

—Ya...

—Pero tranquilo, si es él de nuevo le colgaré y punto.

Sonreí y nos miramos con cariño.

—¡Parejita! —nos giramos para ver a Cristina con Aitor.

—Le he dicho que estaríamos aquí —me dijo Chloe con una sonrisa pícaro.

Nos saludamos y se sentaron en nuestra mesa. Aitor miraba a Chloe con insistencia y supuse que quería saber cómo había ido con Íñigo.

—Cristina. —Llamé su atención para dejar a los tortolitos con sus temas.—
Mañana tengo hueco, ¿cómo lo tienes tú?

Me miró unos segundos en silencio y primero pensé que se había arrepentido y que no quería hacer la terapia conmigo.

—¿Por la mañana?

—No, por la tarde. A las seis y media.

—Espera que miro la agenda...

Sacó su móvil y lo miró atenta. Sonreí al observarla; Cristina era un bombón de mujer y así, tranquilita y sin meterme mano, me parecía mucho más

humana y la sentía más cerca. Casi como si fuéramos amigos de siempre.

—Pues genial, tengo libre a partir de las seis. ¿Será una hora?

—Sí, así tenemos tiempo de... buscar información.

Sonrió por mis cautas palabras. Aunque Aitor y Chloe estaban en su mundo, yo prefería ser lo más discreto posible y Cristina, por lo visto, también.

—¿En serio te ha dicho eso? —Oí que le preguntaba Aitor alzando la voz y supuse que hablaban de Íñigo.— Menudo gilipollas...

Equilicua...

—¿Has hablado con Pablo? —le pregunté dejando de cotillear.

—No, todavía no. ¿Sabe lo nuestro?

Lo nuestro...

—No lo sabe nadie —dije intentando decirle con los ojos que nadie era nadie.

—Ya. Pues mejor que quede entre tú y yo, si te parece.

—Creo que será lo suyo, no quiero problemas con Pablo...

Era una actitud egoísta pero a veces una pequeña mentira puede salvar el mundo. O al menos, una situación como la nuestra. Me había follado a Cristina y

a Cristina le molaba Pablo. Pablo estaba chapado a la antigua y le gustaba Cristina. ¿No era mejor que yo saliera de esa ecuación?

—Ni con la dama de hielo —dijo Cristina con un deje de ironía.

Alcé las cejas y me reí.

—Con ella ya los tengo, no te preocupes.

—Por mi culpa, ¿verdad? —afirmó preocupada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo supuse ayer, estaba más antipática que nunca e imaginé que era porque me había ido contigo de ese pub. Podría haberle dicho que se equivocaba

pero no estoy para meterme en historias de otros cuando tengo la mía pendiendo

de un hilo, ya me entiendes.

—Ya.

—Además, ella me conoce y no hubiera sabido qué decirle.

—Tranquila, ya se le pasará.

—¿Te gusta en serio?

Me miró a los ojos, buscando algo, y sonreí ante su escrutinio.

—No te digo que no pero Aina es toda una incógnita.

—Ya, es parte de su atractivo, lo sé. Desde pequeña que es así de estirada y sexy, porque aunque ella intenta ser una tía más bien sobria lo que no sabe es

que consigue ser todo lo contrario. ¿Me equivoco?

—No lo hubiera dicho mejor.

—La ropa elegante, los tacones finos y esa coleta...

Me reí ante su tono al nombrar la maldita coleta y Cristina rio conmigo al saber que había dado en el clavo.

—Aunque no la soporto sé reconocer sus encantos. Por cierto, este sábado...

Aitor la interrumpió y terminó la frase por ella.

—¿Os apetece ir a una fiesta de pijos? Mi tío celebra una fiesta para recolectar fondos para una organización caritativa...

—El padre de Aina —añadió Cristina con una risilla.

—¿Y de pijos a qué te refieres? —preguntó Chloe parpadeando.

—A una fiesta de alto nivel —respondió Cristina—. Vestido de etiqueta y esas cosas. Pero son muy amenas porque hay gente para todo...

—Podemos traer algún amigo, así que... Se lo diré también a Pablo, ¿vamos los tres?

Iba a decirle que no, que fuera con él pero Chloe se metió de por medio.

—Sí, sí, nos apuntamos los dos, ¿no? —Usó su miradita de niña buena y no repliqué.

¿Fiesta en casa de los padres de Aina? A saber qué podía salir de allí.

Lo que no imaginaba tampoco es lo que saldría de mis sesiones con Cristina.

Aquel martes lo empecé a entrever en mi despacho.

—¿Uno de mis recuerdos más intensos? Lo tengo clarísimo. Cuando Aina me robó aquel novio a los diez años.

Lo dijo con cierta rabia, como si todavía reviviera aquel momento.

—Se llamaba Tom y era irlandés. Sí, era un tipo estirado y pelirrojo pero claro, era como exótico y eso lo hacía atractivo. Pero no era solo su físico, con diez años eso no te interesa demasiado. El tío tenía madera de líder y era un aventurero con las letras en mayúsculas. Siempre estaba planeando qué hacer, a

qué jugar o cómo montar una cabaña en el jardín de su casa con cuatro maderas

mal puestas. Era amigo de nuestros padres y Aina y yo, entre otros, íbamos a jugar a su casa.

—Ajá.

Dejé que siguiera el hilo de sus pensamientos, sin meterme demasiado. No quería interferir.

—En fin, jugábamos juntos, tonteábamos sin decirnos que nos gustábamos hasta que un día me dejó ser la primera en entrar en su cabaña para decirme que

quería ser mi novio. Le dije que sí, claro. Y durante aquel mes estuve en una nube. No lo puedo resumir mejor, porque era una enana pero yo me montaba mis

películas con él: casarme, tener hijos y esos sueños infantiles que sacamos de las películas.

Cristina desvió la mirada un segundo y cogió aire para continuar.

—Aquel domingo era el cumpleaños de Aina y Tom se la llevó a un lado del jardín para regalarle una florecilla blanca de esas que salen por cualquier rincón pero a mí me dio la impresión de que me daba un bofetón. Al día siguiente todos decían que Aina era la nueva novia de Tom y a partir de ese momento la odié. Con todas mis fuerzas.

—Ahí empezó todo.

—Sí. A los quince se la devolví y con creces. Lo planeé todo para que me pillara con su chico en la cama. Llevaban juntos casi medio año y sé que estuvo

durante más de un mes llorando.

Joder...

—Y la bola fue creciendo, supongo.

—Sí, ya no había Dios que parara aquello...

En mi trabajo estaba curado de espantos, por supuesto, pero la historia entre Cristina y Aina me pareció de telenovela porque todo aquello sucedió a los

diez años y lo arrastraron hasta casi los treinta. Evidentemente, detrás de esa

“traición” Cristina escondía otras inseguridades que iríamos desgranando poco a

poco. Cristina focalizaba su odio en Aina pero estaba seguro de que la causa real no era ella. Ahí había más cosas que yo procuraría descubrir para poder ayudarla.

Antes de terminar Cristina hizo un inciso.

—Lo mío contigo ha sido real, quiero decir que no ha sido por Aina. Es más, al principio ni me di cuenta de que te gustaba.

—Tranquila, no me he sentido usado en ningún momento.

Lo que había sucedido había sido con mi consentimiento. Para bien o para mal.

Aquella semana avancé bastante la historia de CHLOE, me sentía

inspirado y con ganas de darle al teclado, tanto que no me di cuenta de que eran

las dos de la madrugada del viernes.

“... y Aitor le dijo a Chloe que la necesitaba, se lo dijo en aquella fiesta tan glamurosa, al final de la noche”.

Aina estaría en esa fiesta... ¿pasaría de mí como había hecho todos estos días?

Capítulo 20

El ambiente era bastante apabullante: un jardín inmenso, luces de colores en los

árboles junto a tiras de falsas perlas, estrellas doradas por doquier, mujeres con unos trajes de cóctel impresionantes del brazo de hombres que les doblaban la edad la mayoría de las veces...

La gran fiesta.

Así la nombraba Chloe, con una sonrisa de oreja a oreja.

—La gran pijada —le replicaba yo, dejando que ella me hiciera el nudo de la corbata puesto que era algo que se me resistía y no había manera.

—No seas corta rollos...

—¿Lo dices porque estaré en medio de dos parejitas?

Y ahí estaba yo entre ellos cuatro. Chloe había insistido en que fuera con ella y cualquiera le decía que no. Pablo también me agradeció que estuviera allí

porque se sentía más ¿seguro? En fin, me parecía que era el comodín de una

partida de póker.

—Cristina, estás preciosa... —Un hombre casi tan alto como yo y con los ojos de Aina la miraba con cariño mientras se acercaba a nosotros.

—Tío Ángel, ¡qué delgado estás!

—Tu tía que me tiene muerto de hambre...

—No le hagas ni caso, querida...

Aina apareció junto a una mujer a la que ni vi porque la eclipsó. Solo pude ver un vestido color champagne que se le pegaba al cuerpo como si fuera su propia piel. Madre mía...

—Tía Gema, estás guapísima...

Aina y yo nos miramos unos segundos, como si no hubiera nadie a nuestro alrededor hasta que su madre le llamó la atención para después mirarme a mí con interés.

—¿Aina?

—¿Eh?

—Aina anda despistada —dijo Cristina con rapidez y ella la miró frunciendo el ceño—. Él es Guillermo Zabala, uno de los psicólogos del centro.

—¿Trabajáis juntos? —preguntó con picardía su madre mirando a su hija.

—Sí —respondió ella recuperando su frialdad.

No pude dejar de mirarla; estaba espectacular con ese vestido y el pelo lo

llevaba recogido, con unos mechones sueltos que le daban un aire virginal.

—Encantado Guillermo —dijo su padre dándome la mano y lo mismo hizo su madre aunque sin quitarme la vista de encima.

—¿Te importa acompañarnos? —me preguntó ella ante la mirada de sorpresa de Aina.

Gema me cogió del brazo con total confianza y me separó de mis amigos.

—Me encanta ir del brazo de un jovencito, no te lo voy a negar, pero prefiero que acompañes a mi hija, ¿te importa?

Esos “importa” eran claramente una orden en los labios de la madre de Aina y ambos nos miramos como dos niños pequeños que no saben si obedecer o

no. No me dio tiempo de decidirme porque Gema ya me había llevado hasta Aina para ofrecerle mi brazo. Anduvimos detrás de sus padres, siguiéndolos hacia no sabía dónde.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Aina con una sonrisa postiza.

—Lo has visto tú misma, perdona. Tu madre...

—Hablo de la jodida fiesta, ¿qué haces en la fiesta?

Nos miramos unos segundos y chasquéé la lengua ante lo evidente.

—He venido con mi hermana y los demás.

—¿Sabes que a Pablo le gusta Cristina? Porque hay que ser muy tonto para no darse cuenta.

—Estoy al corriente y posiblemente antes que tú —le dije más serio.

—Pues no lo parece.

—No todo es lo que parece. Fíjate en ti. Pareces un cubito de hielo...

Se detuvo y me miró enfadada. Me reí por dentro y me acerqué a ella despacio, mirando sus preciosos ojos y notando su nerviosismo.

—Pero estoy seguro de que eres todo lo contrario. Cálida. Dulce. Sexy...

Aina tragó saliva y miró mis labios con interés. No iba a besarla, no con sus padres delante.

—¿Tú qué dices? —le pregunté separándome de esa tentación.

Parpadeó un par de veces y se mordió el labio, disgustada conmigo.

—Que no lo vas a saber, así que deja de fantasear.

—¿Fantasear? Mmmm... no sabes cuánto...

Aina abrió los ojos y los cerró al segundo. Como si mis palabras le hubieran tocado algún punto sensible. Joder, ¿estaría húmeda? ¿Mojada? Seguro

que sí... y yo empezaba a notar que mis partes bajas cobraban vida propia.

La deseaba, hostias, mucho...

—Guillermo, ¿te apetece tomar algo en concreto o te fías de mí?

—preguntó su madre bromeando y mirándome por encima del hombro.

—Me fío de usted, por supuesto —le dije medio riendo.

Esa mujer me gustaba. Sí, me gustaba sobre todo porque me había ofrecido la compañía de su hija.

—Prueba esto. —Se detuvo en una de las mesas pequeñas que había por el

inmenso jardín y me ofreció un copa fina con un líquido rojo.— Aina —le dio

otra a ella y brindamos los cuatro con una sonrisa.

Al minuto sus padres habían desaparecido y me quedé con ella, en medio de toda aquella gente.

—Son agradables —le dije sabiendo que no se llevaba muy bien con ellos.

—Son unos actores de mucho cuidado, que no te engañen.

—¿Actores?

—Y muy buenos, así que no creas que les has gustado.

—¿Tan feo soy?

Me miró fijamente, intentando adivinar si le tomaba el pelo. Sonreí y ella se volvió a fijar en mis labios. Joder. O dejaba de hacer eso o no podría controlarme mucho más.

—A ver, eres atractivo, no me refiero a eso... me refiero a que...

¿Aina en blanco? Solté una risilla inevitable pero se molestó.

—Eres idiota, eso sí.

—¿Idiota por querer besarte?

Clavé mis ojos en sus provocativos labios y pasó su lengua por ellos.

Aguanta Guille...

—Guillermo, deja de tratarme como a uno de tus ligues, ¿quieres?

Lo soltó de carrerilla, como si lo tuviera estudiado pero sus ojos decían otra

cosa: bé-sa-me.

—Si fueras uno de mis ligues ya te hubiera llevado a un rincón del jardín.

Me miró abriendo sus ojos. Madre mía, si es que cualquier gesto de los suyos me dejaba agilipollado.

—Sí, claro —dijo sin añadir más.

Cogí su mano y la arrastré hacia uno de esos rincones.

—Voy a explicártelo con más detalle, para que lo entiendas.

Estaba jugando con fuego porque quería molestarla pero al final saldría yo quemado como siguiera por aquel camino.

—Si fueras una de esas tantas que dices...

Me acerqué a ella sin tocarla.

—Te apoyaría aquí...

La empujé con suavidad y su espalda tocó las baldosas de aquella pared.

—Me apoyaría de este modo, dejándote acorralada y te miraría así...

Nuestros ojos se enredaron irremediablemente pero antes me fijé en su

pecho que subía y bajaba más deprisa de lo normal. Aina estaba excitada y yo estaba a punto de cometer otra de mis tonterías con ella. Pero no podía impedirlo...

—Yo... no soy ellas...

—Lo sé. Estás saliendo con un chico.

Nuestros labios estaban demasiado cerca y ella no me obligaba a retirarme.

—Y trabajamos juntos —añadió no muy convencida.

—Muy juntos —repliqué con voz ronca.

Estaba al límite.

—Guille...

Ahí estaba, su reclamo.

—Nena...

Acerqué mi boca a la suya y la besé despacio, sintiendo el calor de sus labios. Joder... Aina sabía a mil colores.

Con un leve gemido entreabrió los labios y mi lengua busco la suya con tiento. Ahora me diría que no... pero... su lengua rozó la mía en una caricia sensual que logró que mi polla me diera un latigazo en todo el cuerpo.

No pensé mucho más. Ni dónde estaba. Ni si nos podían ver. Mi objetivo era tenerla, sentirla, besar todo su cuerpo y estar dentro de ella.

Mi mano derecha bajó por su espalda hasta encontrar el principio del vestido y lo levanté con cuidado hasta la altura de su muslo. Mi otra mano la cogió por la nuca y empezamos a besarnos con más pasión. Dios... Aina era tal

como la imaginaba... pura adrenalina...

Juntamos nuestros cuerpos casi a la vez y sus manos subieron hasta mi cuello. Aina lo deseaba tanto como yo y ese pensamiento me nubló la razón.

—Vámonos —le susurré entre besos.

—Guille...

—Nena...

Mi mano fue más allá y toqué la suavidad de su piel bajo el vestido hasta llegar a sus pequeñas braguitas. Mis dedos iban solos y busqué su humedad para

seguir explorando pero oí unas voces detrás de mí. Estaban lejos pero venían en

dirección a nosotros.

Me separé de Aina de golpe y me miró perpleja. Cogí su mano para

colocarla en mi brazo y la obligué a andar hacia esas voces. Al segundo apareció

esa pareja paseando y charlando. Aina los saludó con simpatía y yo fui el que le

habló para disimular.

—Pues Rafa me dijo que en el Symposium faltó Santi Esteban, ya sabes, el defensor de la inteligencia emocional. Resulta que perdió el vuelo en Nueva York y no hubo manera de encontrar otro a tiempo en todo el fin de semana.

¿Puede ser que la gente vuele tanto?

Nos mezclamos con la multitud de la fiesta de nuevo y Aina me miró asombrada.

—Esto... yo...

Aina no era de esas, estaba claro. Había situaciones que la superaban y yo me derretía por momentos por ella.

—¿Estás bien? —le pregunté al ver su confusión.

—Sí...

—¿Segura?

—¿De dónde sacas ese control?

Sonreí por su pregunta.

—¿Te refieres a mi fino oído? ¿O a haber sido capaz de dejar de besarte?

Lo primero es genético y lo segundo lo he hecho por ti, simplemente.

—Por mí... —dijo en un murmullo.

—Bueno y por no montar un numerito en tu casa.

—No es mi casa.

—En la casa de tus padres.

Nos miramos de hito a hito y ella retiró la mirada, algo turbada. Joder...

solo me faltaba verla sonrojada.

—Guillermo, esto no...

Me miró preocupada y no me gustó verla así. Dejé que hablara ella.

—No puede volver a pasar, en serio.

—Ya, no eres de esas —repetí sus palabras hastiado.

—No soy... infiel, no quiero serlo, no me gusta y contigo... Me resulta complicado, así que te agradecería que tomaras distancia conmigo.

¿En serio? ¿Era eso un puto acuerdo?

—Yo tampoco soy de esos —le recalqué—. No me gusta meterme en

parejitas y me he repetido varias veces que no... no volveré a besarte pero...

La miré muy serio. Aina me gustaba mucho, demasiado, ¡joder!

—Está bien. Respetaré tu decisión —lo dije entre dientes y sintiendo una rabia que recorría mi cabeza.

—Gracias, Guillermo...

—De nada —le corté yéndome de su lado.

O me iba o explotaría de deseo o de la mala hostia que me había entrado al saber que ella lo elegía a él. Que sí, joder, que salía con él y no conmigo, pero la deseaba con una fuerza exagerada. ¿Solo la deseaba? ¿Era eso? ¿Sentía algo por

ella? No, qué va.

Hostia puta, que no. Sentía que empezaba a enamorarme de Aina...

Mierda.

—¿Todo bien brother? —preguntó Chloe con una sonrisilla de las suyas.

—Creo que me voy a ir...

—¿Y eso? —preguntó extrañada.

—No sé... que no sé qué cojones hago aquí. Tengo ganas de estar en casa, tranquilo.

—Ya, es por Aina —concluyó mirándome con interés.

—Puede —dije escuetamente—. Te dejo en buenas manos —añadí sonriendo a Aitor.

—No te preocupes por mí. Si necesitas algo...

—Sí, tranquila.

Me despedí con rapidez de Aitor y salí a paso ligero de allí para no tener que parar a saludar a nadie más. Ya en la zona de parking di un par de vueltas hasta dar con mi coche y al subir a él vi una sombra que se acercaba. Abrió la puerta y se sentó a mi lado.

La miré alucinado.

—Guillermo... yo... lo siento.

¿Qué hacía en mi coche y qué sentía? Lo pensé pero fui incapaz de hablar.

—¿Podemos irnos?

—¿Ir dónde? —pregunté como un resorte.

Aina me miró en silencio y yo arranqué el coche sin decir nada más.

¿Iba a mi piso? Claro, ¿dónde iba a ir a esas horas? Intenté calmarme y conduje en silencio, respetando a la vez el suyo.

¿Podemos irnos? ¿Quería Aina hablar conmigo? ¿O qué...? Antes había quedado claro que no se iba a repetir más...

Resoplé flojo y apreté mis manos en el volante ante la tensión. Aina no era una tía cualquiera y yo no quería cagarla más.

Aparqué el coche en el aparcamiento del edificio y Aina me siguió sin omitir palabra alguna. En cuanto entré en el piso me deshice de esa maldita corbata que me estaba ahogando.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté yendo hacia la cocina.

—¿Así empiezas con tus ligues? —preguntó apoyada en el quicio de la puerta.

Estaba jodidamente espectacular.

—¿Ahora eres un ligue?

Abrió los ojos sorprendida y me miró con curiosidad.

—Creo que sabes que no estás en ese grupo —añadí antes de beber un vaso de agua fresca.

Aina no era idiota y sabía que me gustaba, mucho.

—¿Quieres? —le pregunté ofreciéndole un vaso.

Se acercó y cogió el vaso mirándome fijamente. Puse los ojos en blanco y me separé de ella.

—¿De qué huyes? —le pregunté.

—¿A qué te refieres? —preguntó dejando el vaso y relamiéndose el labio inferior.

Guille céntrate...

—A la fiesta, a tus padres, a que estás aquí... Ha quedado claro que quieres a tu chico...

—Yo no he dicho eso —me cortó tajante—. He dicho que no quiero serle infiel.

—Ya, ¿entonces?

—¿Quieres que me vaya? —preguntó cambiando de tema.

—Yo no he dicho eso —repetí sus palabras y sonrió con sinceridad.

Estaba preciosa y no podía dejar de mirar sus ojos y sus labios.

Fue ella quien se acercó a mí y quien se plantó delante mirándome desde su baja estatura. De repente me abrazó por la cintura y apoyó su rostro en mi pecho. Un calambrazo recorrió mi columna y sin pensarlo la abracé, acercándola

más a mí.

—Nena...

Allí había sentimientos, no lo podíamos negar ninguno de los dos.

Capítulo 21

Pasé la mano por su pelo y acaricié la suavidad de su nuca. Aina me miró con deseo y no supe qué paso dar hasta que ella misma juntó su cuerpo con el mío provocando una erección inmediata.

—Aina...

—No hables —dijo colocando su dedo índice en mis labios.

Sentí su embriagador perfume y cómo sus manos buscaban mi cuello. Nos miramos unos segundos y noté que caía dentro de sus ojos. ¿Cómo explicar lo que sentía? Era algo extraño.

Sus manos me empujaron hacia su boca y sus labios marcaron los míos en un beso apretado. Mi sexo se tensó en el pantalón y pedía salir a gritos pero no

quería correr, con ella no.

Nuestras lenguas se buscaron casi al mismo tiempo y empezamos a

lamernos con un hambre contenida que nos dejaba sin respiración. Jadeó en un

murmullo y la besé con más ímpetu, a lo que ella respondió con su mano bajando por mi pecho. Mano que detuve antes de que llegara a mi miembro; si

me tocaba podía ser capaz de irme en dos segundos. Y no era lo que quería...

Coloqué su mano encima de su cabeza, junto a la otra, y la empujé con cuidado hacia la pared de la cocina.

—¿Buscabas algo? —le pregunté, divertido.

Sonrió y me encantó verla así; medio despeinada, sonrojada y con esa

bonita sonrisa. Parecía otra, más guapa, más feliz, más libre.

—Tenía curiosidad por saber tus medidas —respondió en un tono

juguetón.

—Vaya, vaya, eres muy curiosa.

—Solo cuando me interesa...

—Ya veo...

Volví a besarla y Aina respondió con ganas.

Una de mis manos bajaron en busca de su pecho y al acariciarlo ella se estremeció casi temblando. Dios, era tan receptiva como había imaginado.

—Ven —le susurré guiándola en dirección a mi habitación.

Aina me dio la espalda y le bajé la cremallera despacio. Seguidamente observé maravillado cómo le resbalaba el vestido por el cuerpo. Se giró y pude

admirar su pequeña ropa interior mientras desabrochaba los botones de mi camisa.

Volvimos a besarnos, dejándonos caer en mi cama y aproveché para quitarme el pantalón. Mi sexo agradeció aquella liberación y Aina frotó su cuerpo con el mío, con lo que me hizo gruñir. Me miró con intensidad y volvió a

hacer lo mismo.

—Dios... nena...

—¿Qué?

—¿Quieres que me corra como un crío?

Aina soltó una risotada que me dejó con la boca abierta. Mirándola. Joder.

Estaba... increíble.

—Preferiría que no —ronroneó como una gata buscando mi cuello.

Besos, mordiscos, lamidas, manos, caricias, pellizcos y toda una mezcla de diferentes maneras de sentirnos que nos iba llevando al mismo punto: al punto de desear con rabia estar dentro de ella, al punto de desear tenerme en su interior.

Le quité su ropa interior e hice lo mismo con la mía antes de coger un preservativo. Para mi sorpresa lo cogió de las manos y me lo colocó con sus ojos

puestos en los míos.

Algo, me va a dar algo...

Volvimos a buscar nuestras bocas y nos recostamos en la cama. Aina abrió sus piernas y yo me coloqué encima de ella, apoyándome en mis brazos.
Sentir

todo su cuerpo desnudo era algo exquisito y tener mi miembro entre sus muslos

era algo demasiado fuerte para mis sentidos.

Nuestras respiraciones delataban las ganas y Aina levantó la cadera para facilitarme la entrada. La miré fijamente mientras iba introduciendo poco a poco

mi sexo en el suyo. Entrecerró los ojos y aspiró un gemido a la vez que yo soltaba un *joder...* Lo normal en mí era dar fuerte y rápido pero quise disfrutarla y me detuve dentro de Aina.

—¿Todo bien? —pregunté con la voz tomada.

Afirmó con la cabeza y se mordió los labios.

—¿Sigo?

—Si no lo haces tú, lo haré yo...

Sonreí ante sus palabras y la creí muy capaz porque Aina irradiaba una sensualidad y una seguridad en sí misma que hacían volar mi imaginación:
Aina

cabalgando encima de mi polla dura... *joder...*

Salí sin decir más y empecé a embestirla loco de deseo por ella. Aina me iba nombrando... Guille... Guille... y yo iba reteniendo mis ganas de correrme.

Esa exquisita fricción, sus tetas en movimiento, mi nombre en sus labios...era pura lujuria.

—Más...

Tensé todo mi cuerpo y me dediqué a darle placer a ella con mis embestidas y mis dedos en su clítoris. Fue tocarla y empezar a gemir con unos

ruiditos que me ponían como un toro. Joder con la niña.

—Ya...

—¿Ya? —pregunté con ganas de irme también.

—Sí... Guille... Dios...

Sentí su cuerpo temblar bajo el mío y me miró los segundos necesarios para que en mi mente solo viera colores, miles de colores... Madre mía, me corrí

con un gruñido seco y ronco que tensó cada uno de mis músculos al máximo, consiguiendo que el placer recorriera cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Hostia...

¿Qué había sido eso?

Jadeé fuerte del esfuerzo y me noté el corazón exageradamente rápido.

Aina estaba igual que yo: tomando aire a bocanadas y con mis sábanas arrugadas en su mano derecha.

Salí con cuidado para dejarme caer derrotado en la cama. Madre mía. ¿Qué era esa sensación?

Dos minutos de silencio, oyendo nuestras respiraciones que se iban relajando, y Aina se levantó de la cama. La miré sin decir nada. Supuse que iba

al baño y yo aproveché para quitarme el preservativo y colocarme el bóxer.

Tenía un leve dolor de huevos, como si me hubiera exprimido al máximo pero a

la vez quisiera más.

Aina entró mirándome con cierto rubor y besé por impulso sus labios.

—No te muevas —le dije dándole un suave empujón para que se quedara en mi cama.

Me deshice del condón en el baño y me limpié rápido.

Aina estaba en la cama, tapada con mis sábanas y la miré sintiendo que quería que fuera mía. No solo hoy.

¿Lo que ocurrió después? Digno de estudio.

La abracé, ella apoyó su cabeza en mi pecho, no dijimos nada y nos dormimos en esa posición.

Hasta el día siguiente.

Hasta las once de la mañana del domingo.

—Buenos días —oí que alguien decía en mi oído.

¿Estaba soñando o una voz femenina me hablaba en la oreja?

Abrí los ojos, parpadeé un par de veces y me despejé observando el rostro de Aina cerca del mío.

—¿Sueles dormir tanto? —preguntó con una sonrisa.

—No... para nada.

Pasé mi mano por su pelo suelto. Estaba preciosa.

—Yo tampoco pero lo de ayer fue... tan intenso.

Me miró más seria y la miré buscando sus ojos.

—Lo fue.

Joder, era la primera vez en mucho tiempo que me despertaba con una mujer en mi cama y me sentía torpe.

—Esto... quizás debería irme —dijo ante mi idiota manera de actuar.

—¡No!

Me miró sorprendida y suspiré sonriendo.

—Quédate.

La abracé para acercarla a mi cuerpo y respondió abrazando mi cuello.

—Nena, quédate. Es solo que estoy medio dormido, sorprendido y todavía recordando lo de ayer.

—¿Sorprendido?

—De tenerte aquí.

—Estarás más que acostumbrado, ligón —dijo bromeando.

—Para nada, me gusta dormir solo.

Me miró frunciendo el ceño.

—Vaya, vaya, y ahora me dirás que no ha sido solo sexo...

La miré y alcé las cejas a modo de repuesta. No.

—Ehm... Guille... yo...

—Lo sé. Estás con alguien.

Me sentó como una patada en los huevos y por un momento me visualicé como un tío que había sido utilizado: sexo y ya está. Pero vamos, que el que la

había metido hasta el fondo había sido yo, nadie me había obligado precisamente.

Aina me miró pensativa y en cuanto vi que iba a decir algo como “no quiero que pienses lo que no es...” hablé yo.

—¿Te apetece un desayuno inglés? ¿Tostadas, huevos, zumos y café?

Me miró sorprendida.

—Eso es un sí.

Salí de la cama y antes de que dijera nada me vestí con una camiseta vieja para empezar a preparar el desayuno.

—Ponte tú esta si quieres —le dije ofreciéndole una de mis camisetas con una sonrisa forzada.

Joder, ¿qué coño me pasaba? Habíamos follado, había sido un polvo de puta madre y había dormido con ella como si estuviera cogido a mi peluche de

los cinco años. Vale. Y ella me recordaba que salía con un tío y me cabreaba

¿yo? ¿No debería ser su novio el que debería estar MUY cabreado? O incluso ella, por haberle metido los cuernos...

Estaba de mala hostia, cierto. Volvía a querer más. Y no hablaba de sexo.

Pero se me pasaron todos los males cuando entró en mi cocina con mi

camiseta negra de los Sex Pistols, el pelo cayendo por sus hombros y con esos

preciosos ojos que me miraban con cautela.

No, joder, no quería que me mirara así.

—Aina...

Me acerqué a ella y la abracé acunándola con mi cuerpo.

Dios, Aina... después de tenerla, ¿podría estar sin ella?

—Guille, ayer nos besamos...

Mi hermana me miraba con cara de haber visto las ocho maravillas, una tras otra.

—Vaya, vaya,...

Estábamos en casa de mi madre, que nos había casi estirado de la oreja para que cenáramos con ella y Santi. En ese momento los dos preparaban los entrantes y Chloe y yo estábamos en el salón esperándolos porque mi madre no

nos dejaba meter las narices en la cocina. Sobre todo a mí, claro, por negado.

—¿Y cómo fue?

—Pues en la fiesta me dijo que tenía una sorpresa y me guio hacia un jardín

trasero. Nos situamos al lado de un árbol y me dijo: observa. Yo no tenía ni idea de a qué se refería: ¿el árbol? ¿El jardín? ¿El qué? Y entonces vi cómo hacía fuerza con sus brazos para apoyarse en el árbol...

—Hostia... ¿y empezó a andar?

—Andar no pero dio un paso con mucho esfuerzo y me quedé alucinada. Y después... joder, después deberías haber visto su cara Guille, en serio... Estaba eufórico, contento, feliz. No lo había visto con ese ánimo antes. Aitor es un tío increíble...

Ya volvía a poner esos ojos de enamorada y yo resoplé. ¿No podía su corazón ir más despacio?

—¿Quién es increíble, cariño? —preguntó mi madre sonriendo.

Desde que había vuelto de Viena parecía otra y me encantaba verla así aunque de vez en cuando pensara en mi padre y en todo lo que se había perdido

en la vida.

—Tengo un amigo, mamá, que está en silla de ruedas y creemos que podrá andar en unos meses.

—¿Se lo han asegurado? —pregunté sorprendido.

—¡Sí! —exclamó Chloe contenta.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Santi.

Y la conversación giró en torno a Aitor para pasar después al próximo viaje que planeaban mi madre y Santi. Yo iba charlando con ellos e

intentando no perder el hilo hasta que mi madre me preguntó con su mirada inquisidora.

—¿Va todo bien en el trabajo?

A ver, que yo supiera, mi madre no estaba al corriente de nada. Solo le había explicado que había mujeres nuevas en el centro.

—Todo bien —respondí con un guiño.

—¿Aina se llama la mojama?

Me reí por su manera de nombrarla.

—Mamá —le reñí y ella siguió.

—Lo pregunto porque ayer tú y Chloe fuisteis a una fiesta, ¿cierto? Y le he preguntado a Chloe si había alguna chica con un vestido color champagne, largo,

y con el pelo oscuro.

Miré a Aina intrigado y ella alzó los hombros.

—A ver, a ver... —empecé a decir.

Mi madre sonreía y yo no entendía nada.

—Clotilde —concluyó orgullosa de ser la Sherlock Holmes del momento.

Acabáramos.

Clotilde era mi vecina de enfrente y dos más dos hacen cuatro: fijo que había visto salir a Aina esta mañana de mi casa. Además de mi vecina era amiguita de mi madre.

—¿Ha venido radio patio? —le pregunté divertido.

—Corriendo.

Nos reímos los cuatro a carcajada limpia.

Evidentemente, mi madre preguntó y yo respondí lo que me interesó. Con quien no pude pasar del interrogatorio policial fue con Chloe.

—¿No te caía mal? ¿No sale con alguien? ¿No era un cubito de hielo?

En fin, nunca digas de este agua no beberé.

Gracias a mis dotes de psicólogo logré cambiar las tornas y acabamos hablando de Aitor y de ella.

CHLOE:

Después de esa hazaña, Aitor se sentó mirándola con los ojos brillantes y ella corrió a darle un apretado abrazo. Entre los dos surgió una especie de corriente que provocó que terminaran mirándose fijamente. ¿Qué era aquello?

Aitor pasó sus dedos por la mejilla de Chloe. Ella cerró los ojos un segundo. Él le susurró que se acercara un poco más. Ella se moría de ganas de hacerlo.

Y se besaron. Un beso dulce. Un beso lento. Un beso difícil de describir con palabras.

Un beso que marcaría el inicio de una bonita relación.

—Vale, sí, me gusta, pero no pones que quería mandanga.

—Chloe...

—¿Qué? Es verdad. Los dos queríamos mandanga.

—Vale *sister*, me queda claro.

—Pero ya llegará, que no hay prisa.

—Eso, tú relájate.

—Sí, sí, como tú con la mojama.

—No la llames así, joder.

—¡Aina que me pones tontaina!

¿He dicho que adoraba a mi hermana? Casi siempre...

Capítulo 22

El lunes, después de atender a López, dejé la puerta del despacho abierta.
Sabía

que Aina rondaba por la oficina porque a esas horas solía ser ella.

El domingo se había ido de mi piso con un regusto amargo. Yo hice ver que no me importaba y ella... no se mojó mucho más. Pero, ¿qué esperaba?

Nada, no debía esperar nada de alguien con pareja, eso lo sabía pero siempre te

queda esa pequeña esperanza de que tú eres especial.

Pero vamos, que especiales somos todos.

—¿Vienes este fin de semana? —Inevitablemente la oí hablar por teléfono porque estaba en el pasillo y porque tengo un oído muy fino.— Bien, perfecto...

¿El sábado?... Sí, claro... Oye, cariño... —¿Su chico? Fijo que sí.— ¿Quieres

que vayamos al cine?

La oí reír y se me encogió el estómago. Mierda de oído fino. Cerré la puerta para no saber más.

Qué pronto había olvidado nuestro polvo. Porque había sido eso por lo visto, un simple polvo que uno olvida al día siguiente.

Llamaron a la puerta y creí que era ella.

—¿Estás ocupado?

Era Cristina con mala cara.

—No, pasa, pasa...

Se sentó cruzando las piernas y me miró preocupada.

—Es Pablo...

—¿Qué ocurre?

—Ayer quedé con él y...

Al momento llamaron de nuevo y la miré con gesto interrogante pero antes de que pudiera decir nada entró Pablo como un elefante en una cacharrería.

—Guille, esta vez te has pasado —gruñó hablándome bien cerca.

—¿Te refieres a...?

Mejor confirmar mis sospechas de que aquello tenía que ver con Cristina y nuestro folleto.

—Pablo, por favor... —Cristina se levantó para mediar entre nosotros.

—Esto no va contigo —le dijo él serio.

—¡Eh! ¿Qué os pasa? —Aina entró alarmada por tanto alboroto.

—¿Qué nos pasa? Que aquí el amigo se ha follado a Cristina y no tiene huevos de decírmelo a la puta cara, ¿verdad?

Pablo estaba muy cabreado y razón no le faltaba. Pero lo jodido fue ver la cara de Aina ante semejante noticia. Lo de ella lo tenía perdido de antemano así

que me dediqué a Pablo.

—¿Podemos hablar tranquilos?

—No —respondió rotundo.

—No fue nada, Pablo, y no estabais juntos. Te lo aseguro.

—Pablo fui yo —dijo en un murmullo Cristina con la mano en el pecho y con la cara muy pálida.

La observé un segundo pero volví a por Pablo.

—Pablo, me conoces, quiero decir que tienes parte de razón pero en cuanto supe que te gustaba lo tuve muy claro.

—Es verdad —confirmó Cristina sentándose en una de las sillas.

—Sois todos unos cerdos —gruñó Aina por lo bajo y la miré para encontrarme con una mirada de asco que me supo a hiel.

—Aina, si quieres luego lo hablamos...

—¿Hablar? ¡Y una mierda! —dijo antes de darme la espalda e irse.

—¿También con ella? —preguntó Pablo con rabia.

—Sabes que me gusta —respondí cauto.

—¿Y Cristina?

—Lo de Cristina ha sido...

—¡Nada, joder! ¡No ha sido nada! ¿¿Entiendes??

Ambos vimos como Cristina perdía el conocimiento tras desgañitarse con ese grito.

—¡Joder! —dijimos ambos yendo hacia ella.

—¡Cristina! —Pablo reclamó su atención pero ella no reaccionaba.

—Tengo el coche aquí mismo, voy a por él —le dije pensando que tardaríamos mucho menos que con una ambulancia.

Pablo estaba esperando con ella en brazos cuando llegué, la subimos al coche con cuidado y nos fuimos pitando en dirección al hospital, donde nos atendieron de inmediato y donde Pablo y yo nos mordimos las uñas un buen rato

esperando el dictamen de algún doctor. Aina se había quedado en el centro porque en ese momento debía atender a un cliente.

—Ya ha recuperado la conciencia y está tranquila. No parece haber ninguna causa física, así que parece algo más emocional...

Cristina llevaba una buena mochila a cuestas y el enfrentamiento con

Pablo la había hecho explotar. No, la culpa no era de Pablo, sino del cúmulo de

cosas que habían ido sucediendo.

—Joder, joder, soy un gilipollas —dijo Pablo cabizbajo.

—No digas eso, el gilipollas he sido yo por no haberte dicho nada pero cuando me quise dar cuenta tú estabas tan entusiasmado que no quise joderte.

Créeme si te digo que no te lo conté porque no fue nada. A ella le gustas tú, pero de verdad.

Pablo me miró dudando.

—Deberé creerte...

Y ahí quedó todo, por suerte para mí. No me hubiera gustado estar a malas con él. No éramos íntimos pero sí buenos compañeros de trabajo. Y la cagada era

mía, lo sé.

Y la vida es eso. Una de cal y una de arena.

Sí, estaba en plan filosófico porque me di cuenta en ese momento que lo importante se me había escapado de las manos.

Aina.

Lo corroboré aquella misma tarde; si al principio me miraba mal, a partir de ese lunes las miradas fueron pura dinamita. Solo le faltaba insultarme, cosa que no hacía porque no me dirigía la palabra.

¿Y decidí pasar de ella como sería lo más lógico?

Qué cojones, ese no hubiera sido yo.

El viernes me senté junto a ella en la barra del bar y me miró con el mismo desprecio.

—¿Sigues enfadada?

Pasó la página del periódico y me ignoró por completo.

—Entiendo que lo estés pero a ver, eres tú quien se folla a otro tío...

Pasó aquella página con tanto énfasis que la rompió.

—Uy qué dolor, espero no ser yo ese trozo de periódico.

Aina resopló y me reí por dentro. No lo podía evitar; me gustaba picarla.

—Seamos sensatos, ¿de acuerdo? Me lo hice con ella, vale, pero

¿habíamos pactado algo que yo no sepa?

Me miró un segundo buscando mis ojos.

Joder, qué guapa era la condenada, incluso con la maldita coleta.

—Seamos sensatos Guillermo, me ol-vi-das.

—Ya estamos con las misiones imposibles. ¿Cómo voy a olvidar lo que

pasó en mi piso? —le pregunté en un susurro ronco.

Aina abrió los ojos sorprendida y cerró las piernas en un gesto que me puso muy, muy tonto. Eran solo las ocho de la mañana pero mis sentidos estaban

más que despiertos con ella a mi lado, sobre todo mi sexto sentido, ese que tenía entre las piernas.

—Aquello fue una equivocación.

—Una cagada, ¿verdad? —le dije en tono irónico.

—Tú lo has dicho. Y si me dejas, quiero desayunar tranquila. Mira, allí hay una rubia de esas que te van a ti y está sola —dijo indicando hacia la izquierda con la cabeza.

Era cierto, había una rubia tomando su café en una de las mesas pero a mí me interesaba Aina. Solo Aina.

Me acerqué a ella sin tocarla.

—¿Y tú cómo sabes lo que me va a mí? —le pregunté en un tono más íntimo.

Pasó otra página, nerviosa, y sonreí en mi interior.

—Eres muy transparente y no muy diferente a la mayoría de los hombres.

No creo que eso sea secreto de Estado.

—Vaya, así que Aina es de las que generalizan y nos ponen a todos en el mismo saco.

—Piensa lo que quieras —dijo en un tono seco.

—Pienso que estás cagada de miedo y que eres una cobarde que se esconde tras esa pose de niña buena. Creo que eres una Diosa en la cama y que

no lo disfrutas con tu pareja. Y creo que yo te gusto, más de lo que tú misma reconoces.

Se giró de repente, parpadeó varias veces y entreabrió esos labios

apetecibles que me la pusieron más dura todavía. No ganaba para erecciones...

—Eres... eres un engreído de mucho cuidado —dijo con toda la educación que pudo, procurando no perder la compostura.

Y eso me ponía...

—Mira nena, si algo sé es leer tus acciones, tus miradas... Y nuestro encuentro en mi piso y todo lo que me dijiste con tus ojos el otro día...

Cerró los ojos un segundo, como si tuviera que poner en orden toda aquella información.

—Sé que no eres de las que follan.

Eso lo sabía por Cristina, claro.

—Tú no sabes nada de mí —dijo más tajante.

Me metí en su espacio vital y olí su perfume.

—Sé más de lo que crees. —Mi tono sensual la dejó unos segundos desconcertada.

Segundos que aproveché para acercarme a sus labios y pasar mi mano por su cara con delicadeza. No quería que creyera que solo me interesaba a nivel sexual.

—Nena, tú y tu coleta me tenéis loco.

Vi un amago de sonrisa y yo también sonreí pero le sonó el móvil y nos fastidió el momento.

Jodida tecnología...

CHLOE:

Aitor y Chloe habían empezado a verse con asiduidad aunque la sombra de Íñigo volaba por encima de sus cabezas.

El chico no se daba por enterado y seguía llamando a Chloe para volver con ella. Pero ella lo tenía muy claro y sabía que Íñigo no le iba a aportar nada.

Una de aquellas noches que regresaba a casa después de acompañar a una amiga a dos calles de la suya sintió que alguien la seguía. Se giró y no vio a nadie pero aceleró el paso. No le sirvió de mucho porque justo cuando metía la

llave en el portal una voz conocida la detuvo.

—Vas muy sola...

Debería haber dado la vuelta a la llave y entrar en el portal pero se quedó demasiado sorprendida.

—¿No sabe tu amigo que es peligroso?

Chloe se giró y vio a Íñigo con los ojos turbios, señal inequívoca de que iba de mierda hasta el cuello.

—Estaba con una amiga —le aclaró Chloe, intentando no alterarlo.

—Claro, claro.

—¿Qué quieres? —preguntó educada.

—Ya sabes lo que quiero.

Su mirada de deseo se lo dejó clarísimo al momento y ella pensó con rapidez qué hacer o qué decirle.

—Íñigo, ya hablaremos, ¿sí? Mi madre me espera...

—Tu madre ha salido hace un par de horas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó entre extrañada y asustada.

—Porque llevo un buen rato esperándote en el coche y mientras me he

hecho unas rayitas. ¿Quieres una?

Chloe lo miró con asco; sabía que ella no tomaba de eso.

—Claro que no, la señorita es de otra clase y no necesita nada para pasarlo bien, ¿verdad?

—Oye, Íñigo, me voy. —Le dio la espalda y él aprovechó para ponerse detrás de ella.

Chloe notó todo su cuerpo pegado al suyo y lo apartó con un empujón de su culo pero él era más fuerte y no logró quitárselo de encima.

—¡Íñigo!

Él le puso la mano en la boca y le pinchó con algo en el cuello. Chloe se asustó de verdad y ahogó un grito que no fue a ninguna parte porque Íñigo se encargaba de que no la oyeran.

—Dame las llaves. —Él se las cogió de la mano y abrió el portal empujando a Chloe.

Ella temblaba. No entendía qué estaba haciendo Íñigo y no entendía cómo había sido tan ilusa. Íñigo actuaba así bajo el efecto de toda la coca que se había metido en el cuerpo.

Intentó zafarse e intentó hablar pero no hubo manera. Él era mucho más fuerte, mucho más. La apoyó en uno de los rincones del portal que estaba totalmente a oscuras excepto por la luz de emergencia.

—Solo quiero hablar contigo sin que grites —dijo mirándola a los ojos.

Ella asintió y él retiró la mano. Se tocó el cuello y lo miró con el ceño fruncido.

—Eran mis llaves del coche —le dijo medio riendo y ella suspiró por la tensión.

Había pensado que Íñigo llevaba un cuchillo o algo similar encima.

—Te has pasado —le dijo ella más confiada.

—Es la farlopa, que te hace flipar. ¿En serio no quieres?

Releí el texto dos veces más y subrayé algunas frases que no me convencían. Llevaba unos días escribiendo poco y mal. Todo el tema con Aina,

Cristina y Pablo me tenían en vilo. Yo era un tío tranquilo y todos estos rollos me rayaban demasiado.

Necesitaba de mis amigos. Y eso hice aquella noche. Quedé con Saioa y Mónica para asistir a uno de los conciertos gratuitos que se realizaban en alguno de los parques de Barcelona. Aquella noche actuaba un grupo de jazz en el

Parque de la Ciutadella hacia las nueve y media, así que decidimos picar algo en un local que siempre estaba hasta los topes pero que ofrecía una variedad de croquetas increíbles, a buen precio y exquisitas.

Y ahí estábamos sentados los tres, probando aquellas maravillas de la cocina y riendo de las tontadas que nos explicaba Mónica sobre su último ligue,

cuando apareció ella.

La vi de reojo y como si tuviera un radar me giré automáticamente para asegurarme que ese andar era el de ella y que no era mi cabeza quien me jugaba

una mala pasada otra vez. ¿Veía Ainas por doquier? No, era ella realmente.

Iba acompañada de un chico al que observé unos segundos de más: alto, delgado, rubio y con el pelo híper engominado. Ropa informal.

Se sentaron en una mesa que estaba a unos metros de la nuestra y como era difícil que me viera con tanta gente aproveché para observarla con el que supuse

que era su chico. Todo eso intentando que ni Saioa ni Mónica se percataran de

mi afán de saber lo que ocurría unas mesas más allá. Cosa que no conseguí, menudo par de dos.

—Es guapa, no te digo que no —dijo Saioa al aire.

La miré después de observar que Aina era bien fría con su chico: sí, se reía y charlaba con él, pero de caricias y besos nada.

—Sí, le pega —respondió Mónica a Saioa.

Las miré a ambas sin entenderlas.

—Pero está acompañada.

—Eso no es problema para aquí el amigo. Ese tío no es nadie. O no es nadie que le pueda hacer sombra.

—Bueno, corres mucho, ¿no? —le replicó Saioa mientras yo atendía flipado.

—¿De qué coño habláis? —pregunté asombrado.

—De la de la coleta. De ese coño.

Saioa y Mónica se rieron como dos gallinas y yo sonreí.

—¿La conoces? —preguntó Saioa.

—Ehm...

—Eso es un sí —me replicó rápida.

—¡No jodas! —soltó Mónica de repente.

—¿Qué? —preguntó Saioa.

—¡La coleta, tía!

Las dos la miraron con ojos de investigadoras y yo moví la cabeza de un lado a otro negando lo evidente: eran la rehostia.

—¿Queréis dejar de pareceros a la puta abuela del visillo?

Las dos se giraron hacia mí, dando un pequeño saltito y nos reímos los tres con ganas.

—La madre que te parió Guille, ¡es ella!

—Sí, sí, pero deja de gritar.

Saioa y Mónica sabían algo de Aina... no demasiado o menos de lo que había porque los últimos capítulos de nuestra historia no los conocían más que mi hermana y mi madre, bueno, y Clotilde la vecina.

Capítulo 23

—Ya te vale Guille y no nos dices nada —me acusó Mónica con una sonrisilla.

Justo en ese momento Aina cruzó su mirada con la mía y por su expresión

deduje que hacía rato que me había divisado. Apartó la vista y siguió charlando

con su chico.

—¿Cambiamos de tema?

—¡Y una mierda! —respondieron las dos a la vez, con lo que volvieron a reírse.

Mi hermana tenía una risa contagiosa pero la de Mónica era escandalosa a más no poder con lo que acababa logrando siempre que nos miraran. Como el chico de Aina, que para mi gusto le echaba demasiado el ojo a Mónica. A ver, mi

amiga está de buen ver pero ¿no debería estar pendiente de Aina? Menudo gilipollas... Y pensar que yo me había acostado con su chica... El gilipollas era yo quizás pero había ocurrido sin más, sin planearlo. Y con sentimientos de por

medio, por mucho que Aina no quisiera reconocerlo.

—Creo que le mola más de lo que nos ha dicho...

Me reí porque escucharlas hablar de mí como si yo no estuviera era digno de ver.

—¿Tú crees? ¿Habrá pasado algo más entre ellos?

—Yo creo que sí.

—Yo también apuesto a que sí y el muy mamón no nos ha puesto al día.

—¿Y si nos presentamos?

—¿Qué cojones decís? —les corté antes de que se levantaran porque las

sabía capaces de eso y más.

—Pues casca, muchacho.

Fruncí el ceño y puse los ojos en blanco.

—Nos liamos el fin de semana anterior. ¿Contentas?

—¿Besos?

—¿Folleteo? —Esa era Mónica, cómo no.

—Nos acostamos y punto. No voy a dar detalles, ¿de acuerdo?

Me miraron en silencio y supe que el interrogatorio no había terminado.

—¿El rubio es su pareja? —preguntó Saioa mirándolo de reojo.

—Eso parece —dije esperando la reacción de mis amigas.

—Supongo que te gusta bastante —empezó Mónica—. Tanto como para meterte en la cama de una tía que tiene novio.

—Y que curra contigo.

—No me metí en su cama.

—¿En tu piso? —preguntó Saioa sabiendo mis preferencias en ese terreno: mejor en casa de ellas.

—En mi piso.

—¿De noche? —siguió Mónica y afirmé con la cabeza— ¿Y la echaste de la cama o se fue por su propio pie?

—Se quedó a dormir.

Mejor lo soltaba todo porque con ellas era imposible mentir.

—¿Qué?! —exclamaron las dos casi al mismo tiempo.

—¿Podéis armar más escándalo? —les pregunté observando que Aina nos miraba con curiosidad.

—¿Has oído eso?

Empezaron a hablar de nuevo entre ellas dos. Ignorándome.

—Alucino.

—Ya ves.

—Durmió con ella y tiene novio, ¿cómo lo ves?

—Que está muy pillado.

—Ya te digo.

—Venga ya —les dije riendo—. No exageréis.

Los siguientes cinco minutos continuaron con lo mismo hasta que vieron que Aina y su chico se levantaban; ellas hicieron lo mismo.

—¿Dónde vais? —les pregunté alarmado.

—Son las nueve y media pasadas y tengo ganas de concierto, ¿vamos?

Me levanté y las seguí sin quitar el ojo a Aina que estaba a unos pasos delante nuestro. Demasiado cerca. Tanto que su chico se detuvo un momento y

Mónica acabó chocando contra él.

—¡Uy, perdona!

—No, no, perdona tú, ha sido culpa mía —le dijo él mirándola con ojos hambrientos.

Pensé que era un capullo y de los grandes.

—Es que soy una despistada.

—Yo diría una despistada muy guapa...

Di un paso en dirección a él y en ese momento Aina se giró hacia nosotros.

—Guapa y ocupada, como tú supongo —le dije algo borde.

—Ehm... —El tío me miró sorprendido.

—Vaya Guillermo, qué casualidad —nos interrumpió Aina.

—Casualidad de la buena —murmuró Saioa y le di un codazo que Aina vio.

—Pues sí, hemos venido a ver un concierto... aquí en el parque.

—Nosotros también —dijo el rubiales en un tono alegre.

O era tonto o lo parecía.

Aina se dirigió a mí.

—Te hacía más yendo a tomar unas copas con tus...

—Amigas —se apresuró a decir Mónica—. Soy Mónica y ella es Saioa.

Se dieron los besos correspondientes y entonces nos presentó al tipo aquel.

—Nacho, mi primo.

¿Su primo? ¿Primo de verdad? ¿O un primo que hacía de novio? A ver...

—¿Cómo Aitor? —pregunté como un idiota.

—Aitor es primo de Cristina, no mío. En cambio Nacho es primo de ambas.

Vaya, así que no era el famoso novio que llevaba cuernos gracias a mí. En parte me quité un peso de encima.

—¿Y si vamos todos juntos? —sugirió Mónica muy oportunamente.

—Sí, sí, venga —añadió el primo que se la comía con los ojos.

Estaba claro. Allí habría tema entre esos dos.

Y Saioa ni corta ni perezosa nos cogió del brazo a Aina y a mí para que no pudiéramos negarnos y así ir al concierto todos juntos.

¿Quién necesita enemigos?

Por suerte Saioa es una tía de recursos y empezó a hablar con Aina como si la conociera de toda la vida. Aina estuvo tensa el primer minuto pero después

se relajó y le siguió el hilo a mi amiga mientras yo las escuchaba admirando de

vez en cuando el perfil de Aina y sus labios al hablar. Joder, esos labios... le tenía ganas, muy cierto. Había estado con ella el sábado y no había manera de quitármela de la cabeza.

Aina sin ropa. Aina debajo de mí. Aina jadeando... Dios.

O detenía esos pensamientos o acabaría con una erección de campeonato.

Nos sentamos en el césped, en uno de los pocos huecos que quedaban entre la gente y Saioa se las ingenió para que Aina y yo nos sentáramos uno

al

lado del otro.

Como Celestina no tenía precio.

Sonreí para mis adentros y sentí que Aina me miraba y me giré hacia ella.

Esos momentos eran tan íntimos que me daba la impresión de que entraba dentro de mí. La adrenalina me subía hasta la estratosfera y mi corazón respondía a un ritmo acelerado. Y acto seguido solo pensaba en que fuera mía.

Aina volvió la vista en dirección al grupo de jazz y no pude no seguir mirándola. Su nariz pequeña, sus pómulos altos, su coleta apretada...

—Guillermo —me reclamó con la vista al frente.

—¿Qué?

—Me siento como un mono de feria.

Solté una sonora carcajada ante su comentario y Aina sonrió al mirarme.

—Lo siento, creo que me has embrujado o algo por el estilo —le dije algo más flojo.

No era necesario que Saioa se enterara de nuestra conversación aunque la verdad era que ella y Mónica estaban más pendientes del primo de Aina.

—Eres un exagerado.

—Ojalá fuera solo sexo —le dije clavando mis ojos en sus labios.

—Ya estamos —dijo mirando al frente.

—¿Por qué lo hiciste Aina? —le pregunté en un susurro y vi que se estremecía.

Se giró despacio hacia mí y se quedó callada.

—¿Por despecho?

—No, claro que no. Yo... no uso el sexo para lograr según el qué, no como otras.

—Supongo que hablas de Cristina.

—¿De quién si no?

Frunció el ceño y me miró sopesando qué decir.

—Y no has parado hasta que te has salido con la tuya. Acostarte con las dos primas. La rubia y la morena. Estarás orgulloso.

Su tono era bastante irónico pero no me quería meter en sus historias.

—Si te digo que no ha sido premeditado no me creerás, lo sé. Pero no suelo mentir.

—No sueles —recalcó.

—No me gusta mentir aunque si hay una necesidad pues lo hago, como todo hijo de vecino.

—Ya.

Precisamente ella no podía acusarme de mentiroso. Quien tenía pareja era ella, no yo.

—El problema está en que a mí me gusta la morena, ¿sabes? Y resulta que

de las dos es la que está ocupada.

Me miró con esa intensidad de nuevo y mis ojos fueron de los suyos a sus labios por décima vez aquella noche. Pero debía contenerme entre toda aquella

gente y sobre todo delante de su primo. ¿Pero desde cuándo podía contenerme yo?

Si no eran besos serían caricias...

Mis dedos rozaron los suyos, apoyados en el césped. Seguimos con esa mirada y sentí un magnetismo entre los dos. Joder. Parecía un puto adolescente

con esas sensaciones tan intensas.

Aina movió levemente sus dedos y acabamos cogidos de la mano.

¿Qué sentía? Sería más fácil decir qué no sentía porque sentía de todo: mis pálpitos acelerados, mucho calor, ganas de comérmela a besos, soltarle esa coleta

y tumbarla en aquel césped para besarla una y otra vez,...

Parpadeé un par de veces para borrar esa imagen de mi cabeza y pensar en algo frío porque si no acabaría haciendo alguna locura.

Joder, Aina me tenía loco.

A la vuelta, mis amigas me acribillaron a preguntas y fui respondiendo con monosílabos porque tenía un dolor de huevos de la hostia. Y eso me ponía de mal humor.

Nada más llegar me quité la ropa con rabia y me metí en la ducha para desahogarme pero jodida Aina... volví a pensar en ella para masturbarme.

La tenía entre mis piernas. Con el agua cayendo por su rostro. Su boca en mi polla, sí, joder... Me corrí tan rápido que tuve que volver a masturbarme para quedar satisfecho.

Esto empezaba a ser preocupante.

Aina salía con un tío y yo no pensaba en otra más que en ella.

Y no podía poner de excusa que lo que necesitaba era follármela, que era un capricho sexual, porque ya lo había hecho y lo único que había logrado había

sido aumentar las ganas pero no solo de follar sino de más cosas.

Eso era lo preocupante. Debía solucionarlo de un modo u otro. ¿Sofía? Sí, podía ser la solución...

—¿Sofía?

—Hola Guille, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Por aquí ando, como siempre... Pero hoy me pillas sin plan, ¿te apetece pasar?

Daba la casualidad que nunca tenía plan cuando la llamaba. Sabía que yo le gustaba y que nuestras sesiones de sexo solían ser muy satisfactorias para ambos.

—¿Mañana entorno a las diez te va bien?

—Genial.

Sofía me abrió la puerta con un picardías negro que dejaba poco a la imaginación, nos dijimos un hola con rapidez y acto seguido me besó con ganas.

Era nuestro trato. Follar y no mucho más. A los dos nos venía bien así y no solíamos llamarnos demasiado.

Nos besamos, nos lamimos por todo el cuerpo y nos quitamos la ropa por el pasillo, dejando un reguero de piezas esparcidas.

No pasaba nada, Sofía vivía sola desde los veinte años. Procedía de una familia bien y era una niña consentida que tiraba de la tarjeta de papá. Nos habíamos conocido en una fiesta de un amigo en común y aquel polvo que echamos aquella noche nos marcó a los dos como unos folla amigos de puta madre.

Sofía no quería relaciones serias y yo no le iba a decir lo contrario.

—Guillermo Zabala, fóllame.

Siempre me llamaba así y a mí me ponía.

La giré en dirección a la mesa y ella apoyó sus manos en ella

ofreciéndome todo su esplendoroso sexo.

Me coloqué el preservativo con rapidez y la penetré con fuerza. Sí... joder,

¿sí? Algo iba mal... ¿Qué cojones iba a ir mal? Estaba follando con Sofía, con ella siempre iba todo genial.

La embestí con más brío y ella gimió más fuerte. Salí y entré con ímpetu

cogiéndola de las caderas, clavándole mis dedos pero aquello no me producía el

mismo placer que siempre.

Sí, vale, sentía gusto, por supuesto, pero no llegaba ni a una cuarta parte de lo que esperaba.

¿Y eso?

Aina.

Mierda, mierda.

Me concentré en follar a Sofía mirando su cuerpo esbelto, sus curvas sinuosas y su pelo ondulado cayendo por su perfecta espalda. Pero nada. Iba a medio gas y Sofía lo notó.

Se giró y me miró.

—¿Te pasa algo?

—No.

—No lo dudes.

Pasé la mano por mi pelo y resoplé, pero antes de que me bajara todo Sofía se agachó para metérsela entera en la boca. Cerré los ojos y me dejé llevar.

Ahora sí...

Aina me la chupaba, con su carita de niña buena y yo le tiraba de la coleta hasta que conseguía que varios mechones se le soltaran y le acariciaran el cuello.

Maldita coleta. Maldito cuello. Y esa maldita boca...

Sofía fue rápida y en cuanto sintió que estaba excitado me empujó para que

me sentara en el sofá y se colocó encima de mí. Me folló, literalmente, mientras yo cerraba los ojos, echaba la cabeza hacia atrás y hacía lo único que

podía hacer: imaginar que era Aina.

Capítulo 24

—Últimamente eres caro de ver. —Claudio se preparaba un tirito en la mesa de

su piso.

Habíamos quedado allí para salir por el barrio Gótico. Era sábado y me había pasado la semana echando de menos a Aina. Tal cual.

Ella había estado fuera durante toda la semana; sabía que estaba de viaje pero no sabía con quién ni a dónde. No había querido preguntar y que me dijeran

que estaba con su chico por las Bahamas. Ojos que no ven, corazón que no siente. O eso dicen. Porque yo seguía pensando en ella aunque con toda probabilidad estuviera retozando en los brazos de otro.

El otro era yo, qué cojones. Pero la sentía mía y no sabía por qué.

—Estoy con el libro, ya lo sabes —le dije a Claudio con ganas de soplar aquel polvo.

—¿Mucho sexo?

—¿En el libro?

—Claro.

—Ahora empieza lo bueno.

—Podrías hablar de mí.

—¿De ti?

—Joder, soy todo un personaje.

Se rio solo y lo miré poniendo los ojos en blanco.

—Deja esa mierda ya y vámonos. Tengo ganas de un buen gin-tonic.

—¿Mal de amores?

—Mal de pollas. O acabas o me largo.

Mientras terminaba di un repaso a mis Whatsapps y entré en el perfil de Aina. Foto nueva: salía ella con gafas de sol, sonriendo y con su coleta al aire.

Estaba guapa la condenada. Y fijo que su pareja era quien le había hecho la foto.

Se la veía feliz, joder, y yo comiéndome el tarro.

Cuando entramos en *Tokyo* la música alta me pilló por sorpresa y fruncí el ceño. No estaba de buen humor. El primer gin-tonic me lo tomé en un santiamén

y con el segundo iba por el mismo camino. Nos encontramos allí a un par de amigos y estuvimos charlando con ellos del curro, del último partido de Nadal y

de tías, como no.

De ese local pasamos al siguiente, donde la gente bailaba más que otra cosa. Claudio se puso a bailotear con una chica y su amiga se arrimó para intentar bailar conmigo. Pero yo no bailaba nunca y cuando se lo dije buscó otra

víctima, con lo cual me fui directo a la barra. Pedí otro gin y observé el ambiente. La gente estaba animada y parecía que todo el mundo se lo pasaba bien menos yo.

Mierda.

“Tengo ganas de que pasen los días, muchos días y sacarte de mi cabeza”

Le di a enviar y no pensé que quizás Aina podía estar con su pareja y que podía ver aquel mensaje. A tomar por culo. Estaba agobiado. Asqueado. Enfadado conmigo mismo.

“Guillermo, es sábado, disfruta de la noche. No pongas esa cara de mosqueo”

Sonreí al leerla. Pusiera lo que pusiera, me gustó que respondiera con esa rapidez.

“Hay sábados y sábados. Y si comparo, todos los demás sábados salen perdiendo”

Se me iba la lengua pero el alcohol ayudaba un poco.

“¿Eso es que quieres repetir?”

La polla me dio un salto al leer esa proposición. ¿Querer? Me moría de ganas.

Di un buen trago a mi copa mientras pensaba qué decirle.

“Si estuvieras aquí te comería a besos, te quitaría esa coleta y recorrería tu cuerpo con mi piel. Y sí, quiero repetir, quiero volver a despertarme con tu voz haciéndome cosquillas al oído”

Solo de pensarlo...

Claudio y yo acabamos en una discoteca con un grupo de conocidos. Aina no me había dicho nada más y lo entendí. Eran casi las dos de la madrugada y probablemente estaría durmiendo. O follando. No, no, mejor durmiendo.

¿O bailando?

Como en las pelis.

En medio de la pista. Con las manos al aire. El pelo suelto. El vestido corto. Su sonrisa inconfundible y su cuerpo que era capaz de reconocer incluso a oscuras.

Aina estaba en aquella discoteca, con un par de chicas, pasándoselo en grande.

Había poco espacio de maniobra y nos quedamos en una de las barras cercanas a ella y sus amigas. Pedí otro gin-tonic y bebí observándola.

Dios. Era tan apetecible.

Si hubiera sabido bailar hubiera salido a por ella pero no era el caso, así que esperé un rato más hasta que el destino quiso que su mirada se cruzara con la mía.

Y la tía me puso a mil. Me miraba. Se movía para mí. Me retaba con sus movimientos sensuales y yo sentía que mi pantalón iba a estallar. Joderrrrr, cómo bailaba.

La miré diciéndole con mis ojos que o paraba o iría a por ella. Aina no solo no paró sino que me miró provocándome más, retándome...

Dejé la copa en la barra y fui hacia ella. Nos miramos fijamente, sin miedo y me dio la impresión de que el mundo desaparecía.

—Hola, guapo —me dijo coqueta y sonreí ante su saludo.

—Hola, preciosa —Cogí su cintura y ella siguió con su bailecito.— ¿No estabas de viaje?

—He vuelto, ¿no te alegras?

Aina había bebido más de la cuenta. Se le notaba un poco. Y supuse que a mí también.

—Mucho...

—Pues no parece muy divertido.

—¿Lo dices por mi mensaje?

—Y por la cara de aburrido que ponías en la barra antes de verme. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

Sonreímos ambos y se acercó para hablarme al oído.

—Tienes que decirme lo que dicen en las novelas de amor.

—¿El qué? —le pregunté divertido.

—Ahora mejor.

—Ahora mucho mejor.

Me miró con coquetería y tuve que contenerme para no besarla.

—¿Bailas? —preguntó empezándose a mover de nuevo.

—Odio bailar.

Frunció el ceño y me miró con un gesto divertido.

—Tú déjate —me dijo muy decidida marcando mis manos en su cintura mientras comenzaba a rozarse por mi cuerpo.

—Aina...

—¿Mmm?

Ella seguía a lo suyo.

—Me estás poniendo malo...

—Tú ya eres malo —dijo riendo y sonreí al verla así.

—Lo digo en serio.

Mi cuerpo iba calentándose por momentos con su bailecito. Miré a sus amigas de reojo y vi que iban a su rollo, así que cogí la mano de Aina y me la llevé de allí hacia un rincón mucho más oscuro. La apoyé en la pared y mi cuerpo la cubrió de cualquier mirada indiscreta.

—Te he avisado —le dije mirando sus ojos sorprendidos.

—Estaba bailando...

—¿Encima de mi polla?

Parpadeó más sorprendida todavía y no dijo nada.

—¿Puedo? —le pregunté acercando mis labios a los suyos.

La sensación de besarla era indescriptible y lo deseaba tanto que el cosquilleo que sentía no se calmaba con un simple beso.

Introduje mi lengua buscando la suya y nos empezamos a besar con cierta desesperación, como si los dos tuviéramos unas ganas retenidas de muchos días.

Y así era, al menos en mi caso. Hambre. Allí había mucha hambre...

Cogí su rostro para acercarme más a ella y seguimos con ese beso hasta quedarnos casi sin aire. Nos separamos, respirando con esfuerzo y nos miramos sabiendo que sentíamos lo mismo. Estaba seguro de que Aina tenía sentimientos

hacia mí. Su forma de mirar. De besar. De morderse los labios...

Pero seguía estando con alguien. Y yo debía recordarlo o ella acabaría odiándome por llevarla por ese camino.

—No he podido evitarlo —le dije con voz ronca y retirando uno de sus mechones.

—Ni yo pero tengo que irme. Él va a venir.

—¿Aquí?

—Sí, joder.

Me dio la impresión de que con aquel beso había desaparecido el efecto del alcohol y de que ambos entendíamos que lo que hacíamos no estaba bien.

—Entiendo.

—Guille...

—Nada, tranquila —le dije cortándola.

Aina me miró frustrada y se fue.

¡Mierda! Y mil veces mierda.

Si antes estaba jodido ahora estaba reputeado.

Me dirigí de nuevo a la barra, donde estaba Claudio con su prima Berta y tres chicas más. Me las presentaron y lograron distraerme un rato porque una de

ellas era azafata de vuelo e iba explicando anécdotas divertidas.

Aina y yo cruzamos varias miradas, serios ambos. Yo esperaba ver de una vez al famoso novio de Aina, que por cierto ni sabía cómo se llamaba porque me

la pelaba. Para mí era el Otro, el que la tenía a ella, el que tenía algo que yo quería... quería porque estaba enamorado de ella.

Era verla y alegrarme el día. Joder.

—Voy al baño —me dijo Claudio.

—Ni una raya más —le avisé porque había ido demasiadas veces a esnifar aquella noche.

—Que no, coño —soltó molesto.

Lo seguí porque sabía que lo haría y no me daba la gana. Se estaba pasando últimamente. Al verme entrar tras él en el baño se quejó.

—Tío, ¿eres mi madre?

—Si fuera tu madre te habría dado una hostia con la mano abierta.

—Joder, qué pesado eres.

Se acercó al urinario y se puso a mear mientras yo lo esperaba. Oímos unas risas en uno de los baños y al abrirse la puerta vi por el espejo quién era.

—¡Hombre, Guille!

Íñigo se rio y me dio unas palmadas en la espalda. Su amigo, un tío alto y calvo, también reía con pintas de estar bien colocado.

—¡Hombre! Ya te echaba de menos —le dije bromeando.

—¡¡Íñigo!! —exclamó Claudio yendo hacia él.

— *Cucha*, si está aquí mi mejor cliente —comentó este mientras se daban un abrazo.

—Y estoy sin nada.

—Pues tengo farlopa de la buena, te invito.

—Claudio —le avisé con tono grave pero ni puto caso.

—No voy a decirte que no.

Se metieron los dos en el baño de nuevo y salí asqueado de allí. Putas drogas.

Me fui con las chicas a la barra y busqué a Aina pero no estaban ni ella ni sus amigas.

—¿Y Claudio? —me preguntó Berta.

—En el baño —respondí hastiado.

—Vamos, no te preocupes. Sabe lo que hace. Mi primo siempre ha sido el

más centrado de todos. En serio.

La miré intentando creer que no pasaba nada pero aun así, no me gustaba el rollo que llevaba mi amigo. Berta creyó que mi mirada intensa significaba otra cosa y se acercó a mi boca para besarme y buscar mi lengua con cierta prisa.

Durante unos segundos el que no reaccionó fui yo y estuve a punto de dejarme

llevar: a la mierda con todo pero lo cierto era que no me apetecía y sabía que acabaría en un polvo insulso. Si con Sofía no había podido...

Me separé de ella y le hablé al oído con confianza.

—Berta, ahora mismo estoy pillado por alguien...

—Tranquilo, no pasa nada.

Berta era así de campechana y no le dio más importancia, con lo que seguimos charlando durante un buen rato hasta que vi que Claudio tardaba más

de lo normal. Se lo dije a Berta y ambos miramos alrededor pero nada, no estaba.

—Voy a echar un vistazo...

Y eso hice intentando dar con él pero lo único que vi fue a Aina que seguía a un chico hacia uno de los rincones donde había sofás para parejitas que querían relajarse o besarse o lo que fuera.

De coña.

Debía seguir con mi objetivo: saber dónde cojones estaba Claudio.

Entré de nuevo en el baño y no lo vi. Fui abriendo puertas pero había un par de ellas cerradas. Llamé a una y un tipo respondió qué quería. En la otra no

respondió nadie y miré por debajo; Claudio estaba ahí sentado.

—¡Claudio! Abre cojones. ¡¡Claudio!! —lo llamé dando golpes en la madera de la puerta pero nada.

Un par de tipos me miraron y uno de ellos dijo que empujara la puerta, que se abrían con facilidad. Y eso hice, pensando que cuando entrara le iba a dar de

hostias a Claudio por quedarse dormido en el puto baño.

Pero Claudio no dormía.

Respiraba con dificultad, contraía las pupilas con la mirada perdida y su cuerpo estaba totalmente laxo.

¡¡Mierda!! Fui hacia él corriendo y lo cogí por los brazos intentando que me atendiera pero no era necesario ser un experto para saber que aquello era una sobredosis.

—¡Claudio! ¡¡Responde!!

Nada. Claudio estaba jodido. Muy jodido, ¡joder, joder!

—¿Llamo a una ambulancia? —Oí al tipo de antes que se dirigía a mí.

—Sí, joder, sí... ¡Claudio!

No sé por qué tenía la vaga esperanza de que gritando su nombre volvería en sí, me diría alguna gilipollez de las suyas y saldríamos como si nada de

aquel baño. A veces, la mente nos autoengaña para no perder la razón porque la verdad

era otra; Claudio se podía ir en cualquier momento al otro barrio y yo no quería

ni pensarlo.

En un par de minutos entraron los de la ambulancia para llevarse a Claudio en una camilla por la salida de emergencia.

En el hospital lo atendieron con medicamentos por vía intravenosa para

reducir los síntomas de la coca. Yo estuve esperando un par de horas largas hasta que un médico me informó que empezaba a estar estable pero que se quedaría toda la noche allí. Me aconsejó que me fuera a casa pero no le hice caso. Me pasé las horas cavilando...

¿En qué cojones pensaba Claudio? ¿Por qué necesitaba todo aquello?

Debería hablar con él en serio, ahora sí.

Capítulo 25

El domingo por la tarde acompañé a Claudio a su casa. Apenas había hablado durante el camino y tenía muy mala cara.

—Ya sabes, el doctor ha dicho que un par de días de reposo —le dije cerrando la puerta de su piso.

—Sí, ahora le mandaré un mensaje al jefe.

Claudio se dejó caer en el sofá, abatido.

—¿Quieres hablar? —le pregunté viendo su agobio.

Me miró fijamente antes de hablar.

—Gracias, eso lo primero. Otro no me hubiera buscado, bueno, más bien

nadie me hubiera buscado.

Su tono estaba cargado de tristeza y dejé que siguiera.

—Eres como un hermano para mí y sé que te he fallado pero quiero que me ayudes.

—En lo que haga falta, ya lo sabes.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté sabiendo que había llegado demasiado lejos.

—Pues me he visto con un pie en el otro barrio, ¿sabes? Porque cuando entraste en el baño estaba medio consciente y me estaba dando cuenta de que me

iba. No podía respirar bien y me era imposible moverme pero mi cabeza seguía

activa.

Hizo una pausa para mirarse las manos.

—Y solo pensaba: me muero aquí, en un baño, me muero solo y en el baño de una discoteca...

Levantó la vista y sus ojos vidriosos me indicaron que Claudio había tocado fondo.

—Ahora ya está. No pienses más en eso. Te toca coger el toro por los cuernos y dejar toda esa mierda. Antes no la necesitabas y ahora tampoco. Y yo voy a estar ahí.

—Voy a intentar dejarlo solo pero si no puedo iré a desintoxicarme.

—Me parece genial.

—Y quiero ir a tu centro.

—Muy bien. ¿Conmigo?

—Prefiero que no sepas mis mierdas. Ya has visto suficiente.

—No me voy a asustar pero si estás más cómodo puedo recomendarte a Pablo, ya sabes que es muy bueno en lo suyo.

—Bien. Pues vida nueva y ya está.

—No quieras correr, todo tiene su proceso.

—Quiero olvidar lo de anoche...

—No, Claudio, debes recordarlo para tener claro que no quieres que se repita. Y yo tampoco lo voy a olvidar, te lo aseguro.

Ver a mi amigo, medio muerto, con aquella mirada y tan hecho polvo

había marcado mi relación con él. No iba a dejarlo ni a sol ni a sombra. Iba a ser su segunda piel. ¿Para qué están los amigos? Para lo bueno y sobre todo para lo

malo.

Llamaron justo en ese momento y al abrir me sorprendió ver a Íñigo.

—¡Ey, Guille! ¿Y Claudio? Joder, ¿está bien? Ayer corrió el rumor de que habían encontrado un tipo en el baño muy colocado y pensé en Claudio.

—Pues sí, era él —le dije mosqueado.

No era culpa suya pero él le había dado más mierda de esa.

—Joder, mira que se lo dije. Nos metemos una y te doy un par para mañana. —Me miró fijándose en mi ceño fruncido.— Salimos juntos del baño,

te lo juro. ¿Puedo pasar?

Le dejé entrar y saludó a Claudio.

—Tío, qué susto.

—Pues sí —dijo Claudio resignado.

—¿Te tomaste lo que te di?

—No lo recuerdo...

Madre mía.

—Pero probablemente.

—Tío, hay que saber controlar.

—Ya...

—Bueno, no te preocupes Íñigo que Claudio no va a tomar más coca.

—Pues es lo mejor que puedes hacer —dijo Íñigo sorprendiéndome.

Se sentó en el sofá y le palmeó una pierna.

—Claudio, ni se te ocurra pedirme nada porque no voy a venderte ni un gramo. Tío, si te llega a pasar algo no duermo más en la vida.

Lo miré pensando que Íñigo era un buen tío.

—No, no, se acabó. Con lo de ayer empecé a ver la luz del túnel y me he

acojonado de verdad.

Íñigo le sonrió.

—Qué yuyu, tío.

—Ya te digo.

—Pues queda todo dicho, Íñigo —añadí—. Nada de drogas para el amigo.

—Tranqui, confía en mí, soy un tipo legal. No paso drogas y no robo novias de mis colegas.

Nos reímos los tres, yo pensando que lo de la novia por mi parte no lo cumplía al cien por cien, aunque el Otro no fuera mi colega ni mi nada.

—¿Y esa morenaza de ayer? Esa que entró en el baño... —le preguntó

Claudio sonriendo.

Lo miré curioso.

—Joder, esa tía es la polla en verso. Lleva días buscándome la bragueta pero ayer había quedado con una amiga y claro, no veas que marrón.

—¿Qué hiciste? —le pregunté alucinando con él.

—Le dije que me esperara en el baño de chicas. Ok. Fui a la pista a bailar con mi amiga y después le dije que tenía que ir al baño; la morena me esperaba

con unas ganas tremendas de follarme.

—Estás loco —le dije sonriendo.

—Es mi estilo de vida, eso de ser músico atrae a las chicas como un imán.

Y espérate que cuando salí de allí una ex me buscó la boca y claro, yo soy muy

servicial.

—¿También con esa? —pregunté incrédulo.

—Solo besos...

—Usarás condón —le dijo Claudio riendo.

—Siempre. Hasta la muerte.

Ellos dos rieron pero yo solo sonreía, este Íñigo era un caso perdido.

—No te quejes... que tú también ligaste —me dijo sonriendo.

—¿Qué dices? —pregunté extrañado,

—¿Y aquella del beso?

—¿Qué beso? —preguntó entonces Claudio.

—Tu prima me besó, casi sin querer —respondí al recordarlo.

—¿Mi prima?

—Ayyyyyyy la primaaaaaaa —bromeó Íñigo.

—Sí, tu prima, pero ya te digo que fue un impulso.

—Cuidadito con Berta —dijo Claudio, divertido.

Sonó el móvil de Íñigo y nos interrumpió.

—¡Ey, guapa!... En casa de un colega que está enfermo... ¿Esta noche?

Joder, no me acordaba... Sí, sí, tengo el coche aquí... Es que me voy en diez minutos para coger el AVE... ¿Y si te lo lleva un colega?... Que sí, que es de

fiar... Vale, vale... sí, te llamo. Un besito bombón.

Colgó mirándome con una sonrisa sospechosa.

—Necesito un favor.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tengo el coche de una amiguita y lo necesita para ir a casa de sus padres.

—¿Y quieres que yo se lo lleve?

—Joder, lo sé. Es un favor enorme. Pero te juro por lo que más quieras que Claudio no va a ver ni un gramo más, yo me encargo de eso.

Nos miramos fijamente. Este tío estaba como una cabra pero si cumplía su parte sabía que Claudio no conseguiría la mierda tan fácilmente. Y a mí tampoco

me costaba mucho llevar el coche al piso de esa chica.

—¿Dónde vive?

—Está con una amiga en Sants, en tu barrio. ¿Conoces *LaRita*?

—Sí, claro, hacen el mejor café de la zona.

—Eso dice ella...

Le sonó de nuevo el móvil y me dio las llaves del coche.

—Preciosa... Un momento... —se dirigió a mí—. Tengo que irme. El *Escarabajo* está aparcado al final de la calle, frente al *Viena*.

—Vale y...

—Espera... —me dijo volviendo al teléfono— ¿Qué dices?... No, nena,

escúchame Sonia, tengo que irme, en serio. Me voy a Madrid...

Íñigo miró el reloj y nos dijo con un gesto que se iba y le dijimos adiós.

—Es un figura —comentó Claudio sonriendo—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, quédate descansando. Además, después, me iré andando a casa.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—¿Sonia?

—Creo que sí. Supongo que estará esperando fuera porque no ha dicho nada de ella. Joder.

—Tú entras y preguntas: ¿quién es Soniaaaaa?

Me reí imaginando la situación.

—Y si hay más de una entonces dices Sonia la del *Escarabajo* rosaaaaaa.

—Bueno, voy a irme antes de que la chica se cabree más.

Había mucho menos tráfico que un día normal pero tardé unos veinte minutos largos durante los cuales fui pensando en mi nueva novela. ¿Qué giro podía introducir para que resultara interesante para el lector?

Podía intentar confundir con mi personaje Íñigo haciendo creer que era un buen tipo cuando en realidad era un egocéntrico que no aceptaba una negativa con facilidad.

Por cierto, mi hermana no me había comentado nada más de su reciente

ex. ¿Se le habría pasado la tontería? Lo más lógico era que sí, pero en el libro

lo iba a convertir en un psicópata de mucho cuidado. Además, como pensaba en el

ex de Chloe y me caía mal de cojones, lo iba a convertir en el malo más malo de

todos los tiempos.

Justo al aparcar el coche recibí un mensaje de Chloe.

“Estoy en el paraíso, brother. En una casa en las afueras donde Aitor tiene una especie de refugio encantador. Ya te contaré”.

Y ahí la tenía de nuevo: enamorada de Aitor. Él me gustaba para ella, por supuesto, pero mi hermana siempre iba dos pasos por delante en esto del amor.

Parecía que se entendían y Aitor la miraba con ojitos pero yo temía que un día

saliera bien jodida de alguna relación. Aunque poco podía hacer yo más que escucharla y darle algún que otro consejo.

“Disfruta sister, mañana cenamos juntos y hablamos”

CHLOE

Aquella noche Íñigo se fue sin más; solo le había dado un susto a Chloe en su portal haciendo ver que las llaves eran un cuchillo o algo parecido, pero ella no las tenía todas consigo. ¿Era normal que estuviera esperándola frente a su portal durante dos largas horas?

Comentó el suceso a Aitor y este se quedó algo mosqueado. Le hizo

prometer a Chloe que iría con cuidado y que si él intentaba algo parecido de nuevo, Aitor tomaría cartas en el asunto. Aunque estuviera postrado en una

silla

de ruedas no iba a dejar que ese gilipollas siguiera molestando a su... ¿su qué?

El primer día que vio a Chloe algo en su interior dio como un pequeño brinco pero no quiso ilusionarse para no volver a sufrir. Pero ¿quién controla los sentimientos? Aitor, sin apenas darse cuenta, había empezado a sentir algo por esa chica. Chloe era especial y le llenaba en muchos aspectos: le encantaba estar con ella, poder hablar de todo con cierta seriedad y reír a la vez, adoraba su risa contagiosa y su positivismo. Y le gustaba, mucho. Se masturbaba pensando en ella y deseaba tenerla entre sus brazos, cogerla, tumbarla en una cama y hacer un millón de cosas con ella, de índole no sexual también.

Aquel día la había invitado a su pequeña casa en las afueras de la ciudad.

Después del accidente se había quedado bastante tocado y su psicólogo le recomendó que buscara un espacio particular; un lugar donde huir y escapar de

la gente, un lugar donde pudiera pensar con calma y donde pudiera estar de verdad solo. Y apareció aquella pequeña casa que parecía más un refugio de montaña que otra cosa. No necesitaba más y tenía cierto dinero ahorrado del boleto de lotería que le tocó junto a Tom.

El lugar era rústico y estaba decorado con un aire masculino pero a Chloe

le gustó todo: la pequeña entrada, el olor de madera, la diminuta cocina junto a

un salón más amplio y la habitación con un gran ventanal que dejaba observar un

paisaje verde.

—¡Es una pasada!

—¿Te gusta?

Chloe abrazó a Aitor, le dio un beso ruidoso en los labios y ambos se echaron a reír.

—Me encanta, como tú.

Aitor temió en un primer momento que la silla de ruedas echara hacia atrás a Chloe pero fue una de las cosas que le impresionó de ella. ¿Silla de ruedas?

Como si no existiera. Se lo tomaba todo con una naturalidad aplastante, tanto que a veces ni él recordaba que estaba encarcelado entre dos ruedas. Había hecho más cosas con ella durante ese último mes que durante el último medio año. Era una chica increíble y no podía evitar admirarla.

—Está todo adaptado a la silla —le informó Aitor con la misma naturalidad que ella—. Pero cuando pueda andar lo reformaré de nuevo.

—Y yo te ayudaré —le dijo sonriendo y sentándose encima de Aitor.

Se colocó de manera que sus partes íntimas se rozaron y Aitor la miró con deseo. Ella adoraba esa mirada y la hacía sentir la chica más sexy del mundo.

—¿Sabes pintar? —le preguntó él con voz ronca.

—Yo sé muchas cosas —le respondió quitándole la camiseta con la ayuda de él.

—No lo pongo en duda...

Bueno, mi cabeza estaba inspirada en la historia de Chloe pero debía ir en busca de la tal Sonia. Entré en *LaRita* y a esas horas estaba hasta los topes.

Joder. ¿Cómo iba a saber quién era?

Capítulo 26

Di un vistazo por encima y nada. Allí no había nadie que me esperara. Joder. En

menudo marrón me había metido el colega. Lo llamé al segundo y no lo cogió. A

saber dónde estaba aquel tipejo.

Me acerqué a la barra para preguntarle a una rubia.

—Perdona...

—¿Qué te pongo?

—Nada, gracias. Quería preguntarte si conoces a una tal Sonia...

¿Parecía imbécil? Fijo que sí. Su cara de sorprendida lo corroboraba.

—Yo me llamo Sonia.

—Ya... Pero no tienes un *New Beetle*, ¿cierto?

La chica estalló en una carcajada y yo no le vi la gracia.

—No, pero termino en media hora, ¿te sirve?

Claro, había pensado que intentaba ligar con ella porque estaba de buen ver y tenía un buen par de tetas. Pero esta vez iba equivocada.

—Fíjate, si no es con una es con otra...

¿Cómo? Me giré con rapidez para ver los ojos de la autora de esa frase.

¿Aina? Joder sí, la vi ir en dirección a la salida del bar y me olvidé de Sonia, del jodido coche y de todo lo demás. Yo, caminito de Belén...

—¿Me permite señorita? —le dije abriendo la puerta y logré que sonriera.

Dios, llevaba una falda bien corta y un top ajustado que marcaba sus preciosos pechos...

—Gracias, ligón.

—Si lo dices por la rubia te prometo que ha sido sin querer.

Lo dije en un tono lastimero y ella rio con ganas. Aina no tenía ni idea de lo guapa que estaba cuando reía pero yo sí y mis partes nobles más.

Reaccioné sin pensar.

La empujé despacio hacia la esquina y avasallé su boca, esperando su rechazo pero Aina me correspondió con pasión. Nos mordimos, nos besamos y

medio jadeamos en aquella esquina montando un poco el numerito, cosa de la que me di cuenta al ver a un tío cuarentón mirando con descaro.

—Vámonos —dije cogiendo su mano y sin dejar que se negara.

Subimos a mi piso besándonos de nuevo en el ascensor y con nuestras

manos buscando aquellos rincones escondidos. Al llegar arriba jadeábamos y tuve serias dificultades para atinar con la llave.

Cerré con un golpe de pie y no pasamos de la entrada para volver a por nuestros labios.

—Aina... Dios...

—Guille...

Estaba claro que lo deseaba tanto como yo y no me paré a pensar en nada más. Ni en que una tal Sonia estaría esperando su coche rosa. A tomar por

culo

con todo. Yo solo quería una cosa.

Aina.

Nos fuimos quitando la ropa a lo bestia porque las ganas nos podían.

Continuamos con aquellos besos desesperados que me embriagaban de tal manera que a veces ni me acordaba de respirar. Joder. Aina era pura pasión. Toda

aquella frialdad que mostraba cuando no la conocías se transformaba en un intenso fuego que convertía su cuerpo en una delicia y su sexo en un mar donde

perderte.

—Nena...

Me miró unos segundos y bajó de golpe, no me lo esperaba. Su boca

envolvió mi miembro y solté un gruñido de placer. Madre mía, la de veces que la

había imaginado así, pero tenerla ahí, mirándome tras sus largas pestañas y lamiendo mi polla, era mucho mejor, muchísimo...

Cogí su coleta y tiré de ella para introducírsela más. Aina aguantó el tipo y siguió succionando. Tiré un poco más y me miró retándome. Joder. Un poco más... y noté que llegaba demasiado lejos. La separé de mi sexo y solté esa maldita coleta para ver cómo su pelo caía por su espalda.

Ahora sí.

Aina sonrió y la cogí en volandas para rozar mi sexo con su cuerpo. La dejé en el suelo y la giré, apoyando mi cuerpo en el suyo para dejarla atrapada

entre la pared y yo. Aina apoyó las manos en ella y se dejó hacer. Y para mí, verla tan sumisa era como un dulce que no puedes rechazar.

—Ábrete de piernas —le ordené mientras me colocaba el preservativo.

Y obedeció. Mi erección estaba al límite. Debía concentrarme o me iría en dos estocadas.

Pasé mi mano por su sexo, por detrás, y ella gimió. Toqué con suavidad hasta llegar al clítoris. Aina tembló de placer.

—Ni se te ocurra moverte —le dije con voz grave en su oído y ella gimió.

Le gustaba jugar. Como a mí.

La acaricié despacio, provocando sus ganas y sin previo aviso metí dos de mis dedos. Aina cerró sus piernas entorno a mi mano y le di una palmadita en una de sus nalgas.

—Guille... —me nombró con un gemido.

—¿Qué?

—Más...

Relajó sus músculos y saqué mis dedos para volver a la carga mientras mi polla dura se rozaba con uno de sus muslos. Aina gimió con más fuerza y volví a

darle en la misma nalga.

—¿Así?

—Sí... Guille...

Aina abrió más sus piernas y cogí mi miembro para rozarlo entre el suyo.

—¿Qué quieres? —le pregunté pegado a ella.

Sentía su respiración agitada, su fina capa de sudor que le cubría parte de la espalda, su olor a sexo...

—A ti...

—¿Y qué quieres de mí? —Le besé el cuello y gimoteó.

—Guille...

—Dilo —le ordené tras un leve mordisco en uno de sus hombros.

Me moría por penetrarla pero necesitaba que me lo pidiera.

—Quiero que me hagas tuya.

—¿Que te folle, Aina?

Gimió de nuevo y arqueó la espalda para provocarme. Jodida de ella...

—¿Es eso? —volví a preguntarle loco por tomarla ya.

—Sí... Guille, por favor...

Su súplica me superó y me introduje en ella colocando mis manos encima de las suyas.

—Nena... quiero que toques el puto cielo...

La oí suspirar y gemir a la vez.

—Quiero que sepas que no solo te voy a follar...

La embestí de nuevo y ambos gemimos al mismo tiempo.

—Voy a hacerte mía...

Salí muy despacio, sintiendo su sexo prieto envolviendo el mío.

—Dios, Aina...

—Sí... Guille...

—Sí, nena...

Empecé con un ritmo suave para ir acelerando y acabar a una velocidad media con la que podía degustar cada una de mis arremetidas. Hacerlo con Aina

era distinto... necesitaba no dejarme detalle y necesitaba saber que ella disfrutaba tanto como yo. Sus gemidos, su respiración y su gesto de placer me lo confirmaban a cada empujón.

—Guille... ya...

Me encantaba que me avisara de ese modo porque así podía acelerar más para alcanzar mi orgasmo después del suyo.

—Vamos... nena...

La tomé de la cintura y ella curvó más su cuerpo, ofreciéndome todo su sexo. Madre mía... empecé a darle más duro y rápido y a los pocos segundos Aina empezó a gemir fuerte, cosa que me excitó mucho, tanto que clavé mis dedos en su piel sin darme cuenta y acabé corriéndome casi sin querer con su nombre en mis labios.

Salí con cuidado, recuperamos el aliento y la abracé deseando que no se fuera.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó comedida.

—Todo tuyo —respondí después de darle un beso en los labios.

Admiré su cuerpo al andar y pensé que era perfecta. La seguí y le ofrecí mi ducha. Me miró alzando las cejas.

—Mejor esperamos para el segundo asalto...

—¿Segundo? —preguntó juguetona.

—Segundo, no lo dudes. No voy a dejarte dormir en toda la noche. Tú misma.

La verdad era que deseaba dormir con ella de nuevo. Aquello había sido una experiencia demasiado increíble y quería volver a vivirla.

Cuando salió de la ducha, vestida con una de mis camisetas que tenía colgada en el baño, pensé en ese segundo asalto pero me dije a mí mismo que no

quería dar la impresión de que lo único que deseaba de ella era sexo. Así que le

ofrecí cenar algo después de mi ducha y aceptó.

Al entrar en el salón me detuve unos segundos a mirarla. Estaba sentada, con las piernas cruzadas y hablando por el móvil.

—Sí, vale, vale... Hasta luego...

Dios, estaba colado por ella. No podía negarlo. ¿Debería decírselo?

¿Hacérselo saber? No. Debía dejar que las cosas fluyeran tal cual, sin presiones.

Cenamos una tortilla de patatas, que me salió medio bien, bebiendo vino blanco y charlando entre risas y con una complicidad inesperada. Como si siempre hubiéramos estado así, como si fuéramos pareja.

Una pareja que tras cenar recogen juntos, se sientan en el sofá, hablan mientras ven una película a medias y casi al final se empiezan a besar de nuevo,

con ganas de tenerse otra vez.

La guié hacia mi habitación y volvimos a reseguir nuestros cuerpos, en esta ocasión con más tranquilidad. Nos miramos a los ojos varias veces y volví a sentir aquella extraña conexión que me partía el alma en dos. Entré en ella sin prisas y puedo decir que hicimos el amor con una calma infinita que nos llevó a

un orgasmo todavía más potente que el anterior para después quedarnos dormidos en un apretado abrazo.

Al despertarme, sentí una euforia desconocida al verla a mi lado

durmiendo con esa placidez. La observé con detenimiento aprovechando el momento y lo hice pensando que era rabiosamente bonita. Y que no quería perderla. ¿Pero se puede perder algo que no es tuyo? Maldije su situación y

sopesé si debería planteárselo. Aina... ¿vas a seguir con él? Joder, sonaba patético. Aina, ¿y ahora qué? ¿Y si respondía un “ahora nada”? Se me iban todos

los sueños por la ventana. No estaba preparado para eso.

Lo suyo era dejar que pasara lo que tuviera que pasar pero dudaba en decirle o no lo mucho que me gustaba, aunque Aina podía intuirlo por mi forma de actuar con ella.

—Guillermo, ¿estás aquí o en otro mundo?

Salí de mis pensamientos de un plumazo y la miré sonriendo.

—Pues la verdad no lo sé, teniéndote aquí...

Aina sonrió y me miró con intensidad.

—Otra noche durmiendo con una chica, uy, uy,... —soltó bromeando.

—Ya van dos, ¿tendré que ir al médico?

Nos reímos a la vez y admiré lo guapa que estaba de buena mañana.

—Le informo, señor Zabala, que mucha gente lo hace, eso de dormir con sus ligues.

—¿Es tu caso?

Me miró alzando ambas cejas.

—No. Pero lo sé por mis amigas.

—Mmm... ¿son guapas esas amigas?

Aina me dio un pellizco y seguimos riendo.

—¿Quiénes son?

—¿Mis amigas? —afirmé con la cabeza con interés—. Está Judith que es la más divertida del grupo; Arlet que es la listilla; y Paqui que es la organizadora de eventos varios.

—¿Y tú?

—Mmmm... yo soy la artista.

—¿En serio? —pregunté sorprendido.

—Me gusta dibujar. Sí, sí, dibujo con lápiz. Es una manera de evadirme.

Como tú escribiendo, supongo.

—Quiero ver tus dibujos —le dije entusiasmado.

Aina rio y me miró, divertida.

—No suelo enseñarlos.

—Venga ya...

—Es personal y no me gusta mostrarlos.

—Mmm...

Me levanté de golpe y salí para ir en busca de un bloc y un lápiz. Se lo di y me miró alucinada.

—Si no lo veo no lo creo —le dije con picardía.

—Eres un incrédulo.

—Tú lo has dicho.

—Ufff, ¿qué te dibujo?

—A ver... tu rostro con tu coleta, que se vea bien esa maldita coleta.

Nos reímos de nuevo y me encantó esa conexión entre nosotros.

Aina se puso a dibujar, sin dejar que viera lo que hacía, y, mientras, fui a preparar un café. Cuando regresé ya había terminado.

—¿Puedo? —le pregunté extendiendo la mano.

Me dio el bloc y observé su dibujo con una sonrisa. Había dibujado la cara de una chica algo enfadada, con una coleta larga y un lazo rosa. Junto a ella había añadido algunos corazones y justo al lado había escrito “Maldita Coleta”

con unas letras divertidas.

Vaya...

—¿Te gusta? —preguntó con cautela.

—Mucho —respondí observando el trazo de su dibujo.

Era un trazo firme, nada tembloroso, sino más bien decidido, seguro y limpio. Realmente dibujaba bien.

La miré a ella y vi que esperaba mi veredicto.

—Dibujas de maravilla, ¿no?

—Bueno...

—¿Alguien los ha visto? ¿Tus dibujos?

—Solo mis amigas. Ellas tres únicamente. Y ni me hables de mostrarlos porque es algo muy mío.

—Está bien, pero este me lo quedo —le dije guardando el bloc en uno de los cajones—. Por cierto... si necesito un dibujo tipo así para una portada, ¿me ayudarás?

—¿Lo dices de verdad?

—Claro, con mis libros no bromeo.

—Pues... sí, claro, ¿por qué no?

—Y te pagaré bien o en especias, como prefieras.

Aina soltó una carcajada y me reí con ella.

Tomamos el café en la cama, charlando un rato más hasta que vimos que ya eran casi las siete. Los dos debíamos ir al centro aunque yo ese lunes no tenía visitas hasta media mañana.

Se vistió, mientras yo recogía las tazas, y nos encontramos en el salón. Nos miramos fijamente, sin saber qué decir.

Le di un beso suave en los labios y se fue, sin más.

Quizás mejor así que oír un “estoy con alguien”.

Capítulo 27

Al cerrar la puerta, pasé una mano por mi pelo, sabiendo que quizás aquella sería la última vez. Nos habíamos dejado llevar por la pasión y Aina había vuelto a estar entre mis brazos pero la realidad era otra. Salía con un chico, lo estaba engañando y yo sabía que ella acabaría huyendo de mí para evitar sucesos como

aquel.

Me di una buena ducha, volví a tomar un café mucho más cargado y cuando me disponía a salir me acordé de Íñigo y Sonia. Joder. Miré el móvil y tenía tres llamadas perdidas suyas.

—¿Íñigo?

—¿Te has fugado con el coche o qué?

—Qué va, ayer fui al bar y allí no había nadie o nadie que me esperara.

Después me encontré a una amiga y me lie... Ya me entiendes.

Íñigo se rio y yo sonreí.

—Si es así, estás perdonado. Lo primero es lo primero. Tranqui, deja las llaves en el bar ese y ya pasará a buscarlas. No os debisteis ver aunque ella no esperó mucho y se fue en taxi.

—Vaya, me sabe mal...

—No te preocupes, le sobra la pasta. ¿Así ayer le diste al pistón?

—Algo parecido —respondí sin ganas de hablar de Aina.

—Pues ya somos dos —soltó una carcajada y continuó—. Sonia me dejó seco anoche, joder qué tía...

—¿Sonia?

—Sí, tío, una brasileña que conocí hace unas semanas en un concierto.

—¿Pero a quién debía dar las llaves?

Volvió a reír demasiado fuerte y esperé a que siguiera.

—A Aina.

¿¡Cómo!?

—¿¡Aina!?

—Sí, ¿qué pasa?

—Ehm... nada, joder, creía que me habías dicho que se llamaba Sonia y fui buscándola con ese nombre en *LaRita*...

Mientras decía aquello de forma automática mi cabeza iba a su rollo;

¿Aina? ¿Mi Aina? ¿O era una puta casualidad?

—Así la ibas a encontrar —soltó riendo—. Aina es una amiga especial, ya me entiendes. Salimos juntos desde hace unos meses... Fue culpa mía, lo siento,

debería haberte dicho que siempre lleva el pelo recogido...

—En una coleta —terminé por él y rio.

—Eso es —rio de nuevo y se despidió—. Te dejo que tenemos que empezar a ensayar.

Y colgó, dejándome con la duda o la no duda, porque era ella, ¿cierto?

Maldije todos mis santos y me cagué en los del vecino. Aún me costaba creerlo pero lo iba a comprobar.

En cuanto llegué al centro, oí a Aina discutir por teléfono.

—Mira mamá, eso es asunto mío, ¿lo entiendes? Y no, no voy a trabajar con papá porque no quiero estar sometida a sus eternos caprichos... ¿Cómo? ¿Y

tú cómo sabes eso? Lo que yo haga o deje de hacer con él es personal, ¿quién te

crees que eres para ir espiándome?... Te lo repito, es cosa mía y si me acuesto con cinco hombres a la vez también...

Entré en mi despacho, procurando no hacer ruido, y esperé a que terminara para hablar con ella.

—¿Guillermo? Nadie. No es nadie...

Me quedé paralizado al oír mi nombre y reconozco que escuché con atención.

—Te lo acabo de decir, mamá, no es nadie... Sí, pero es un compañero como cualquier otro... No, ni me gusta ni quiero nada con él, ¿lo entiendes? Deja el tema de una vez...

Cerré la puerta con cuidado y sintiendo algo extraño en el estómago. ¿Un pinchazo? Joder, oír hablar a Aina así de mí no me había molado un pelo. Ni

un

puto pelo vamos. Solo hacía unas horas estaba en mi cama y ¿me negaba de esa

forma? De puta madre.

Paseé por mi despacho arriba y abajo como un león enjaulado, amasando mi pelo y pensando qué hacer, cómo actuar, qué decir.

Demasiada información en poco tiempo para mí.

Yo estaba acostumbrado a vivir la vida, a no tener esos rollos y ahora me veía casi comiéndome las uñas por una tía que pasaba de mí y que, para más inri,

salía con un colega quien a su vez era un putero.

A los cinco minutos dejé de oír su voz e intenté trabajar con el mismo temple de siempre, procurando dejar a un lado mis pensamientos.

—¿Vienes a comer? —Pablo me miraba con su sonrisa desde el quicio de la puerta.

No me apetecía nada cruzarme con Aina y menos comer en la misma mesa

pero no me quedaba otra. Sí, vale, quedarme sin comer, pero eso era casi un imposible. Antes prefería enfrentarme a la tormenta.

Aproveché el camino hacia el bar para decirle a Pablo que Claudio

necesitaba ayuda y él se ofreció de inmediato. Le comenté por encima la situación y quedamos en que podía empezar esa misma semana.

Cuando entramos en el bar, vi a Aina sentada con Martina y Micky y supe

que no tendría más remedio que sentarme en la misma mesa.

—¡Chicos! Aquí hay sitio —nos dijo Martina con un gesto.

Miré unos segundos a Aina pero lo hice enfadado y retiré la vista antes de que me preguntara con sus ojos qué ocurría. No iba a darle ninguna puta explicación.

Nos sentamos, pedimos y charlamos de todo un poco, yo evitando en todo momento a Aina.

—Pues tienes que ver la serie, en serio —comentó Martina a Aina.

—¿Trece razones? —preguntó ella.

—Sí, es buenísima...

—Bueno, ella es algo floja, ¿no crees? —comentó Micky.

Lo miré con interés. Había visto la serie y quería saber la opinión de alguien más joven sobre el tema.

—¿Floja?

—Floja, débil, no sé.

—Son adolescentes —recalcó Martina mosqueada.

—Ya, ya...

—Creo que lo que Micky quiere decir es que en algunos momentos la

protagonista toma decisiones equivocadas, ¿no? —añadí intentando arreglar la cagada del colega.

—Sí... —dijo él con cautela.

—Micky, es una adolescente y es normal que se equivoque, es más jodido ver esos errores en un adulto —miré en dirección a Aina y ella levantó ambas cejas—. Se supone que un adulto debe saber con quién anda aunque a veces las apariencias engañen.

—¿A qué te refieres? —preguntó Martina sonriendo.

—Al novio de Aina, por ejemplo —solté casi sin pensar.

Me miraron todos sorprendidos y yo seguí comiendo obviando sus miradas.

—¿Su novio? —preguntó Martina.

Dejaron de mirarme para mirarla a ella y su cara de malas pulgas lo decía todo.

—Guillermo, no hables de lo que no sabes —se atrevió a decirme.

—¿Cómo dijiste que se llama? —pregunté con ironía— ¡Ah, sí! Íñigo, ¿cierto?

Aina abrió la boca sorprendida porque ella sabía tan bien como yo que jamás lo había nombrado, el porqué no lo sabía.

—¿Cantante dijiste?

Me miró con ganas de fulminarme y los demás me miraron con ansias de saber más.

—¿Y qué canta? —preguntó Micky inocentemente.

—Rancheras seguro que no —solté yo y todos rieron menos ella.

—Qué gracioso eres Guillermo, ¿no has pensado en dedicarte al circo?

—Uyyyyyyyyy —dijeron Micky y Martina entre risas y yo la miré desafiante.

—Mejor me dedico a cantar mientras me voy follando a todo lo que se me ponga por delante, ¿no?

Aina se levantó retirando la silla con muy mala hostia.

—Tú eres gilipollas —me dijo antes de irse a toda prisa.

Mierda.

Chasqué la lengua y pasé mis manos por mi cara.

—Guille, la has pifiado —me dijo Pablo en un murmullo.

Fui tras ella. Aun sabiendo que no me quería a su lado.

—¡Aina! —Entró en su despacho y cerró la puerta ignorando que la llamaba.

Me colé sin pedir permiso y la encontré sentada en su mesa, con algunos mechones sueltos y mirándome como si yo fuera el mismísimo demonio.

—Aina, lo siento...

—¿Lo sientes?

—Se me ha ido la cabeza.

—¿Tú te has oído? ¿Has escuchado tus palabras? ¿Quién coño te crees que

eres?

—Nadie —respondí recordando sus palabras por teléfono.

—¡Exacto! Nadie, ¿me oyes?

—Aina...

—No quiero oír nada más. Y a partir de ahora procura hablarme lo justo y si no me dices nada mejor, mucho mejor. —Sus ojos estaban llorosos y me quedé

bloqueado al verla así.— Y que sepas que no le llegas ni a la suela de los zapatos, así que deja de hablar de él.

Aina me dio una sonora patada en los cojones con aquella última frase.

Saqué las llaves del coche de mi bolsillo y se las lancé. Me miró

sorprendida pero no dijo nada. Supuse que estaba sacando la certera conclusión

de que el colega que le tenía que dar las llaves anoche era yo. Me fui antes de que preguntara. Si yo no era nadie para ella no tenía por qué darle explicaciones de nada.

Lo había confirmado, Íñigo el cantante, el que se metía mierda, el que pasaba farlopa y el que se follaba a todo lo que se le ponía a tiro, era el puto novio de Aina. ¿Sabía ella todo aquello? Lo dudaba muy mucho.

Qué mierda... menuda mierda todo:

Yo follándome a la novia de Íñigo.

Íñigo follándose a otras.

Aina pasando de mí olímpicamente.

Y yo enamorado de ella.

¿Quién supera eso?

Me sonó el móvil en ese momento.

—¿Chloe?

Supuse que me llamaba para quedar esa noche para cenar. No me apetecía salir y le iba a proponer que viniera a mi piso. Ya pediríamos algo de comida preparada.

No respondió y me extrañé.

—¿Chloe?

—Aitor... Íñigo... una paliza...

¡¡La puta de oros!! Cálmate Guille...

—¿Dónde estás?

—En el refugio... ¡Ahhhh!

Dios... Escuché atento y alguien se puso al teléfono.

—¿Hola? —Oí una voz grave y opté por no responder.— ¿A quién coño

has llamado zorra? ¿A un puto mudo? —Lo oí reír y habló de nuevo.— Voy a follármela hasta desfigurarse esa risa contagiosa que tiene... por puta.

Y colgó.

Me estiré el pelo en un gesto de impotencia y fui directo al despacho de Pablo.

—¿¿Dónde está Cristina?? —le pregunté nervioso.

—Esta tarde tenía libre... ¿qué ocurre?

La llamé y me cogió al momento.

—Cristina, ¿sabes dónde está la casa de Aitor?

Afortunadamente lo sabía y me lo dijo, no sin antes preguntar el porqué.

—Chloe y él están en problemas...

Pablo se ofreció a llevarme después de comunicarle a Martina que diera la orden de anular nuestras visitas. Fuimos en su coche pasando bastante de los límites de velocidad. Temía lo peor y no podía perder un segundo.

Llegamos al cabo de media hora durante la cual me moría por dentro pensando qué cojones le estaría haciendo a Chloe aquel hijo de puta.

La casa era pequeña, de madera y la puerta no parecía demasiado consistente, así que Pablo y yo la abrimos con un par de patadas.

Nada más entrar, vimos a Aitor, en la silla de ruedas, con la cara magullada y sin moverse. ¿Estaría muerto? Joder, joder. Le tomé el pulso en el cuello y vi

que tenía pulsaciones.

—Encárgate de Aitor, yo voy a buscar a Chloe.

—Joder, no tengo el puto móvil...

—Toma el mío. —Lo desbloqueé y se lo pasé.

Miré con sigilo por la planta baja pero no los vi, así que subí arriba sin poder evitar que alguna escalera crujiera. Cuando giré la esquina del pasillo algo me golpeó con muchísima fuerza en la cabeza y sentí un hormigueo que me subía por la espalda... mierda... Intenté no caer y tuve que apoyarme en una de

las paredes. Ante mis ojos borrosos apareció un tipo más alto que yo, con rastas

en el pelo y con una mirada de loco o eso me pareció.

—Sabía que vendrías so payaso, ¿o qué te crees? Eres igual de inocente que tu hermana aunque no tienes sus tetas. Me la acabo de follar, ¿quieres verla?

Quise dar un paso hacia él de la rabia pero me propinó otra buena hostia

con lo que fuera que tenía entre las manos. Sentí una quemazón en la cara y noté

el sabor de la sangre en mis labios. Joder. Me iba a dar una paliza y no iba a poder mover ficha si seguía así.

Debía pensar. Ser más listo que él. Usar mi psicología. Me ganaba la vida con eso, coño.

Capítulo 28

—Íñigo...

—¿Quieres más? —preguntó con prepotencia.

—He venido a ayudarte.

Levanté la vista y nuestros ojos se encontraron. Me miró como si no me hubiera entendido.

—¿Ayudarme?

Retiré la sangre de mis labios con el dorso de la mano y me concentré en mis palabras.

—Eso es. Tú quieres estar con Chloe y yo soy el único que puede hablar

con ella. Es mi hermana pequeña y siempre sigue mis consejos.

Era una mentira tremenda, como todo lo demás. Pero podía reconocer a Íñigo como una persona violenta y peligrosa que no aceptaba un no por respuesta. Debía cambiar las tornas e intentar llevarlo a mi terreno.

Íñigo bajó el bate que llevaba en las manos y frunció el ceño.

—Por teléfono me dijiste que me ibas a canear...

—Me pillaste en un mal momento. Además, sé que Chloe te echa de menos.

Me miró de nuevo con los ojos bien abiertos.

—¿A mí?

—La conozco perfectamente. Y me lo explica todo. Según ella eres un rapero genial y cuando no se da cuenta tararea tus canciones.

—¿Sí?

Su gesto se iba relajando, el bate estaba a su lado a punto de caerle de la mano y tenía toda su atención en mis palabras.

Me pareció que algo se movía tras él y vi aparecer a mi hermana unos segundos, los justos para que no advirtiera ningún golpe o rasguño en su rostro.

—En serio. ¿Cuál es esa que siempre canta? Sí, aquella que le escribiste al principio... Ey, nena, me quitas las penas, voy donde me lleve el viento, así te digo lo que siento...

Suerte de mi gran memoria... aunque cantaba de pena.

—Ey, nena —continuó él animado—. Vivir una aventura solo por ti, sacar la fuerza de donde no la tengo para llegar hasta aquí...

Era la mía.

Di un paso hacia él, le cogí el bate y lo alcé sin moverme.

—¿Vas a darme, payaso? —preguntó sin miedo.

O no tenía nada que perder o era un engreído de mucho cuidado.

—Lo haré si hace falta.

—¿Un pijo como tú atizando con eso?

Íñigo actuó también con rapidez y se giró mirando a Chloe, quien nos observaba medio escondida en una habitación.

Mierda, va a por ella...

No me lo pensé dos veces y le di con el bate en la espalda, con todas mis fuerzas. Cayó al suelo dando un grito y Chloe soltó otro que me hizo mirarla, con lo cual Íñigo tuvo el tiempo necesario para darme una patada en la pierna derecha, provocando que yo cayera también.

Al segundo lo tuve encima y saqué fuerzas de dónde no había para que no me diera una buena paliza. Era un tipo alto, fuerte y estaba pirado, con lo cual podía terminar con la cara como un mapa.

Me arreó un puñetazo en la mejilla y sentí un doloroso cosquilleo en la mandíbula pero no me dejé llevar por el dolor y se lo devolví en las costillas, con lo cual logré que se doblará un poco y salí de debajo de él para colocarme encima.

—¡¡Guille!! —Oí gritar a Chloe pero no quise mirarla.

Debía centrarme en ese tipejo.

Nos golpeamos casi a la vez pero él me dio en el ojo y me quedé ciego por unos instantes, con lo que me vi perdido totalmente. Joder. Joder. Daba igual, debía seguir peleando, no podía dejar que tocara un pelo a mi hermana.

Sentí que me cogía por detrás y no entendí cómo había logrado ponerse detrás de mí con tanta rapidez. Intenté deshacerme de esas manos con violencia

pero una voz me detuvo de repente.

—Tranquilo Guillermo, soy Claudio. ¡Coged a ese capullo!

¿Claudio?

Me giré para intentar verlo pero el ojo me lloraba tanto que no podía apenas abrir el otro.

—Tío o te estás quieto o te juro que no vas a poder contarlo...

—Ya has oído a mi amigo...

—De aquí a la poli, colega...

Eran tres voces distintas y reconocí un par de ellas; eran compañeros de Claudio, seguratas con cuerpos de boxeador.

Íñigo se resistió y los maldijo pero no le sirvió de nada. Entreví que lo tenían sujeto entre los tres.

—¿Chloe?

Sentí su pequeño abrazo alrededor de mi cuerpo y gemí por el dolor.

—¿Te duele? —preguntó ella aflojando los brazos.

—Un poco...

—¿Puedes andar? —me preguntó Claudio— Joder, estás hecho un cromo.

Probablemente era cierto porque me dolía todo pero me importaba bien poco, la cuestión era que Chloe estuviera bien, ¿lo estaba?

—Chloe, ¿estás bien?

—Sí... No me ha tocado. A Aitor le ha pegado pero a mí no...

Joder, menos mal.

—¿Y Aitor? —preguntó ella de repente.

—Se lo llevan ahora en una camilla —le explicó Claudio mientras empezamos a bajar—. Pero está bien, tranquila. Y a ti te espera otra, vamos.

—Que no, que estoy bien —le dije.

—Estás genial —ironizó Claudio.

En realidad me sentía mal así que no me opuse demasiado. En el momento que me empezaron a hacer las primeras curas en la camilla aquella, cerré los ojos y me dejé hacer.

Era la segunda vez en pocos días que Claudio y yo pisábamos un hospital, pero esta vez era para mí. Pasé la noche allí como medida de prevención y dormí fatal porque me daba la impresión de que tenía el corazón encima del ojo.

Me pasé la noche haciendo un repaso mental de los últimos sucesos y lo único que logré fue maldecir mi estampa.

A primera hora de la mañana aparecieron Aitor y Chloe para darnos las

gracias. Claudio había querido dormir conmigo en el hospital. Ambos nos explicaron por encima cómo había aparecido Íñigo de repente en su casa y cómo

sin previo aviso había atizado a Aitor sin darle ningún tipo de oportunidad de defenderse. Chloe comentó que fue en ese momento cuando me llamó, muerta de

miedo tras el empujón que le había dado Íñigo. Se escondió tras la puerta de una

de las habitaciones del piso de arriba pero Íñigo la pilló y le dijo que se diera una buena ducha antes de que hicieran el amor. ¿El amor? Menudo psicópata. Pero

deberíamos agradecer esa estupidez porque otro con más cordura quizás hubiera

abusado de ella y no habiéramos llegado a tiempo.

Chloe estaba más callada de lo habitual y la observé con detenimiento.

Hablaría con ella a solas en cuanto pudiera porque me daba la impresión de que

todo aquello la había afectado más de lo que hacía ver, y no era para menos.

—La culpa ha sido mía, solo mía...

—Vamos, Chloe, no seas tan dura contigo misma.

Era miércoles, habían pasado un par de días del susto y Chloe había venido

a casa a verme. Estábamos solos y aproveché el momento para hablar con ella.

—Es verdad, Guille, fíjate que ojo llevas.

Sí, vale, estaba hinchado y morado, pero eso se curaría.

—Y sin ir a trabajar. Todo porque soy una niñaata.

Chloe se puso a llorar desconsoladamente y la miré con ternura.

—Vamos, nena. —Me senté a su lado en el sofá y la abracé dejando que sacara todo aquello de dentro.— El único culpable es Íñigo, presentaremos cargos y no podrá acercarse más a nosotros. Lo olvidaremos, juntos.

—Me advertiste del peligro de esas aplicaciones...

—Lo dije por decir, joder, porque soy tu hermano mayor y te hago de padre desde que eras una enana. Pero todo el mundo usa esas aplicaciones. Lo tuyo ha sido mala suerte.

Empezó a dejar de llorar y a sorberse los mocos.

—Ya...

—Eso también te puede pasar con uno que conozcas en la calle.

—Sabía que había algo extraño en él pero no pensé que se le fuera la cabeza de esa manera...

—¿Y quién puede saberlo?

—No tengo intuición femenina.

—Ni yo masculina, no te preocupes.

Sonrió y le limpié la cara de lágrimas.

—¿Y por qué vino Claudio? —preguntó cambiando de tema.

—Pablo tenía mi móvil y justo en ese momento llamó Claudio. Pablo le explicó lo que sucedía y Claudio, que estaba pasando el día en una casa cercana

con sus compañeros, no se lo pensó dos veces. Ya sabes cómo es.

—Sí, como un hermano...

—Exacto y entre hermanos nos vigilamos, nos cuidamos y nos

protegemos. Ya sé que a veces soy un pesado pero al no estar papá me siento responsable.

—Lo sé Guille y te quiero un montonazo, ya lo sabes.

—Y yo, pequeña—le dije abrazándonos de nuevo.

Pasó por mi mente en ese momento mi padre; el treinta y uno de julio era

la fecha de su muerte y estaba al caer. Aquel día, año tras año, siempre iba al cementerio aunque sabía que eso no significaba nada porque yo lo pensaba muchos otros días. En el cementerio solo había polvo, lo sabía, pero a mi madre

le gustaba que fuéramos allí y a nosotros no nos costaba mucho.

Estaba seguro de que si estuviera vivo estaría orgulloso de nosotros y de su

mujer, sobre todo de ella que había criado a dos niños sola y con mucha entereza. Mi madre se había desvivido por nosotros y siempre estaba pendiente.

Como en ese momento, que entró en mi piso como si hubiera fuego en las escaleras.

—Pero Guille, ¿y esa cara? ¿y ese ojo? —Me cogió de la barbilla para mirarme más de cerca y me quejé.— ¡Ay! Mi niño, pero ¿qué te ha pasado?

—Mamá, tranquila, que estoy bien...

—¿Bien? ¡Y un cojón de pato!

—Conchi, por favor —le dijo Santi cerrando la puerta de mi piso y con

media sonrisa.

—¿Pero tú le has visto? Con lo guapo que lo hice y mira qué cara me lleva.

Chloe y yo nos reímos y ella se enfadó más.

—Encima cachondeito, ten hijos...

—¡Para esto! —exclamamos Chloe y yo al mismo tiempo.

Santi se unió a nuestras risas.

—Si en vez de hijos hubiera criado cerdos, ahora tendría jamones —soltó mi madre mosqueada.

Lo único que logró fue que nos diera por reír más.

—Venga, mamá —le dije intentando no reír—. Estoy bien, ¿vale?

—Pero me lo explicas todo ahora mismo.

Miré a Chloe y ella afirmó con la cabeza.

—¿Qué has hecho ya, Chloe?

A mi madre no se le escapaba ni una.

—Ella no ha hecho nada, mamá...

Y se lo relaté todo con pelos y señales. No éramos de los que escondíamos cosas a nuestra madre; tenía derecho a saberlo y además siempre habíamos confiado en ella y en sus consejos.

—Menudo fanfarrón —dijo apretando el bolso entre sus manos.

—Bueno, mamá, ahora ya está.

—Sí, sí... Tú, Chloe, no dejes que ese imbécil te haga creer que es culpa

tuya todo esto y te pondré un ejemplo muy claro. Cuando un hombre pega a una

mujer, ¿quién es el culpable? Él. Pues esto es lo mismo. Un no es un no aquí, en

la China o en casa de su puta madre.

—¡Mamá! ¡¡Conchi!! ¡Mamá!... —hablamos los tres a la vez y ella nos miró con insolencia.

—¿Qué? Sois mis hijos y a mis hijos no los toca nadie. Y ahora voy a hacer unas croquetas para relajarme.

Se levantó y se fue a la cocina. Esa era mi madre...

Aquella semana la pasé acompañado de mi hermana, de mi madre y de las constantes visitas de Claudio, Saioa y Mónica. Vinieron también Pablo y Cristina, Martina con Micky e incluso Rafa me llamó para interesarse por mi salud. Le dije que el lunes retomaría el trabajo. Necesitaba volver a hacer vida normal y necesitaba verla.

No sabía nada de ella. Y me decepcionó bastante comprobar una vez más que yo no había sido nadie para ella; ni una llamada, ni un mensaje. Me costaba

entenderlo porque en mis brazos Aina parecía otra persona pero ahí estaba la realidad. Ella pasaba totalmente de mí, con lo cual mi única salida era empezar a aceptar la derrota.

Pero ¿había luchado? A ver, luchado no pero le había demostrado que bebía los vientos por ella, ¿o no? Sí, claro que sí.

Habíamos coqueteado y había intentado respetarla porque me importaba.

Había estado en mi cama, borracha y la había tratado con ternura. Me había jodido con el tema de la coca y aunque me había mosqueado, el cabreo se me había pasado en nada. Había intentado mantener las distancias con ella pero al final había caído en sus redes y la noche de la fiesta acabamos haciendo lo que

ambos deseábamos... ¿cómo podía decir ella que no era nadie?

Incluso había dormido con ella en mis brazos, en dos ocasiones. Le dije que le haría tocar el cielo con los dedos pero la verdad era que ella me lo había hecho tocar a mí al tenerla en mi cama, al despertarme con su rostro delante, al

notar su aliento tranquilo y sereno en mi almohada, al verla dormir con esa placidez.

La quería y ella lo sabía. Estaba seguro de que lo sabía. Y yo creía que...

no sé, que le importaba, que quizás podía llegar a cuestionarse su relación de pareja, pero me había equivocado bastante. Aina conmigo era de una manera pero después se convertía en una mujer fría, casi insensible, que me negaba repetidamente y que se movía por sus propios intereses.

Ni un puto mensaje. Joder. Me picaba y mucho.

En fin, si de algo podía presumir era de ser resolutivo, así que lo decidí en aquel momento.

¿Me había enamorado de la chica equivocada? Aina iba a pasar a la historia.

Capítulo 29

Aquel lunes, tras mi regreso, alargué la visita del señor López para no tener que ver a Aina. Estaba muy cabreado con ella, tanto que podía ser capaz de decir algún disparate de los míos tipo “tu novio se folla a medio Barcelona, que lo sepas”.

Pero últimamente la suerte no estaba de mi lado ya que nada más salir de mi despacho me topé con ella. Nos quedamos mirando y ella resiguó con su vista mi ojo y mi mejilla marcada por el puñetazo del idiota aquel.

—¿Cómo estás? —preguntó con cierta preocupación que me hizo hablarle con más rabia.

—Bien. ¿No me ves? —Sus ojos mostraron decepción ante mi respuesta.

Pues es lo que había; ella se lo había buscado solita.

—¿Y tu hermana?

—Bien, gracias. ¿Íñigo bien? —se lo solté con maldad, cierto.

Su gesto cambió automáticamente.

—¿Sabías quién era? —preguntó más fría.

—No, ni ganas.

Quise dar un paso pero Aina me detuvo con su mano en mi brazo. Sentí esa corriente extraña que tenía con ella cuando nos tocábamos sin previo aviso e

hice un esfuerzo sobrehumano para no tirarme a por ella. No. Aquello se había

terminado y estaba hasta los cojones de juegucitos absurdos que no me llevaban

a ningún lado.

—Guillermo, lo sabías desde el primer momento, que estaba con alguien.

—Por supuesto. He hecho el gilipollas contigo.

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo sí lo pienso.

Me solté de su mano y seguí andando con ella detrás a paso rápido, repiqueteando sus tacones tras de mí.

—Guillermo, ¿qué más te da que sea él?

Me giré unos segundos y ella frenó de repente. Me acerqué a su cara con alevosía y se retiró unos centímetros.

—¿Sabes qué ocurre, Aina? Que suelo ser un tío sincero, que va de frente y que no se mete en estos rollos. Y contigo la he cagado desde el minuto uno.

—Yo también he sido sincera.

—Sí, claro. ¿Se lo has contado a Íñigo?

Frunció el ceño y me señaló con el dedo.

—¿Me vas a dar lecciones? ¿Tú? ¿El ligón de la empresa? Venga, no me hagas reír. Te lo montaste con Cristina, ¿recuerdas? Y tardaste en soltarlo...

Pasé una mano por mi pelo, agobiado por todo.

—Aquello fue... no fue nada, joder. Y te recuerdo que yo estoy libre.

—¿Y por eso te lo perdonas todo con esa facilidad? Me follo a mi compañera y como estoy soltero no pasa nada. ¿Y Pablo? ¿Y tu amistad con él?

—La cagué, vale. Pero si hubiera sabido que esos dos iban a terminar juntos no me hubiera metido en medio... Además... lo suyo es más complicado

de lo que crees.

El problema de Cristina había acelerado todo aquello aunque no por eso dejaba de reconocer mi culpa.

—Excusas.

—¿Por qué cojones hablamos de mí si eres tú la que engaña a Íñigo?

—¿Por qué no has ido corriendo a decírselo?

Nos miramos unos segundos, retándonos con nuestros ojos. Por mi mente pasaban las imágenes de su chico con otras tías. ¿Debía decirlo? No, joder. No

me iba a meter en esa historia, menos cuando Aina tenía claro que iba a seguir

con él.

—No voy a hacer el trabajo sucio, eso es cosa tuya —le dije con voz áspera.

Oí la puerta de entrada y me giré para seguir andando hacia el hall. Era Pablo. Me saludó con alegría y me preguntó qué tal estaba. Aina se colocó a mi lado y la miré un segundo con escepticismo. ¿Qué coño quería? Ya había quedado todo claro.

—Bueno, me alegro que estés de vuelta —dijo Pablo con una sonrisa.

—Yo también. Y ahora borrón y cuenta nueva.

Aquellas palabras las dije mirando a Aina en concreto y logré que se fuera de mi lado con aires de condesa ofendida.

—¿Pelea de enamorados? —preguntó Pablo flojo.

—La dama de hielo sigue siendo eso, puro hielo. Así que voy a PASAR DE ELLA.

Sí, lo dije en un tono más alto con toda mi mala leche para que me oyera.

—HAY MUCHAS TÍAS POR EL MUNDO Y TAMPOCO ES NADIE... nadie por quien valga la pena perder el norte.

¿Un poco infantil? Puede. Pero estaba muy molesto con ella, mucho. Pablo soltó una risilla y yo me fui a dar un paseo para despejarme, estaba saturado.

—No sé Saioa, yo no lo veo como tú.

Había acabado llamando a mi amiga para explicarle cómo estaba el asunto de Aina. Siempre había confiado en su buen juicio y en su inteligencia.

—Porque tú eres un tío y los tíos veis el mundo desde otro prisma. Y no me refiero solo a tetas y culos.

—Ya.

—Aina no es de esas que van ligando con todos, ¿entonces? Yo lo veo claro. Se ha liado contigo sin quererlo.

—Nadie la ha obligado.

—Venga, Guille, no seas cabezón. Ya me entiendes. Sale con un tío y te lo ha dicho siempre. Te ha rechazado hasta que no ha podido más. Creo que siente

más por ti de lo que tú crees y de lo que ella misma es capaz de reconocer.

—Joder, si es así es bien fácil.

—¿Deja al otro y se va contigo?

—Claro.

—Guille, no somos así, no somos máquinas. Todo tiene su proceso y mejor que tú no lo sabe nadie. ¿O les dices a tus niños que lo olviden y empiecen de cero sin más? ¿No, verdad?

—Ya. Lo capto.

—Claro que lo captas. Y sabes que ella siente algo por ti, tú mismo me lo has dicho. Dale tiempo.

—Estoy cabreado.

—Porque te niega el caramelo. Guille. Madura.

Solté una pequeña carcajada ante su orden, pero quizás algo de razón sí tenía.

—Le dijo a su madre que yo le importaba una mierda.

—Pero no sabes ni por qué Guille, ¿qué te pasa con ella?

Fruncí el ceño pensando que Saioa decía verdades como puños y no respondí.

—Siempre has tenido las cosas claras, razones como nadie, eres juicioso pero con ella... ¡No me jodas!

—¿Qué?

Mierda. Ya la había cagado explicándoselo todo. Sabía cuáles serían sus cuatro palabras siguientes.

—¡¡Estás enamorado de Aina!!

—¿¿Qué dices??

—Madre mía, cuando se entere Mónica...

Se rio y yo hice ruido con la boca.

—Gshhhh... gshhhh... ¿Saioa? Te pierdo...

—¡No seas cabrón!

—Gshhhhh...

Y colgué con una sonrisa de oreja a oreja. Me había librado de más

acusaciones como aquella aunque sabía que no duraría mucho. Al mediodía, las

tenía a las dos sentadas en la mesa del bar, convirtiendo la conversación en un interrogatorio en toda regla. Qué par.

Aina no estaba y lo agradecí porque lo último que me faltaba era que aquellas dos hicieran de casamenteras. Les dije por activa y por pasiva que se equivocaban. Mentí porque en mi cabeza el siguiente paso era empezar a olvidar

a Aina, por mucho que me dijeran ellas, yo lo veía clarísimo.

Cuando se marcharon respiré solo dos segundos con tranquilidad porque

justo entonces entró Aina con Íñigo tras ella. De película. Yo los miré absorto y ellos a mí. Cada uno por un motivo distinto.

Íñigo se acercó sonriendo.

—¡Hostia, Guille! ¿Estamos en un bucle temporal o qué?

Espacio temporal...

Le sonreí sin ganas y no quise mirar más a Aina para no delatarme ante él.

—Eso parece —le dije desde mi mesa y él se sentó.

—Íñigo... —Oí su voz pero me obligué a tener mi vista fija en la de él.

—Siéntate, bombón. Es un colega de la vida.

—Sé quién es —dijo ella con su habitual frialdad.

Íñigo la miró desconcertado.

—Trabajamos juntos —le expliqué y me miró a mí con una sonrisa.

—¿En serio? Eh, tío, tú y yo estamos predestinados a ser algo más que colegas, ¿lo ves, no?

—Íñigo, quizás a Guillermo le espera alguien...

Me tocó las pelotas y en mi mente repetí sus palabras, irritado.

—Qué va —respondí con ironía—. A mí no me espera nadie.

Íñigo soltó una risilla y pidió café para los tres mientras yo le explicaba por encima el porqué de mi ojo morado.

A mi actitud infantil debía sumarle esa parte masoca. Estar pillado por una

tía me convertía en un auténtico gilipollas. Un gilipollas que iba a tomar el café con la mujer por la que perdía el culo y su novio.

—Joder, qué puta casualidad...

—Esa boca —le dijo ella como si fuera su madre.

—Pues sí, muy puta —respondí con una sonrisa.

Ambos reímos, yo con pocas ganas, pero hice el teatrillo. Me dio por mirarla y sus ojos echaban fuego.

—¿Así que Aina, la logopeda, es tu chica?

Íñigo pasó una mano por sus hombros y afirmó con la cabeza. Ella apenas se movió del sitio. ¿Dónde estaba esa Aina pasional y cariñosa?

—Desde hace unos meses, sí.

Él me guiñó un ojo y sonrió relajado. Tenía claro que yo no abriría la boca sobre sus infidelidades.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Aina con rapidez.

—Nos conocimos una noche en una discoteca y estuvimos juntos hasta las tantas. Y hemos coincidido en algún que otro garito —él respondía y yo escuchaba.

—Tenéis amigos en común —afirmó ella.

—No, estábamos los dos solos en ese momento y nos caímos bien.

De la coca ni hablar, claro. Otro asunto que Aina debía desconocer de su chico.

—Después Guille me dejó tirado por una pelirroja guapilla, ¿te acuerdas?

—Sí, menuda tía —dije exagerando el gesto y Aina y yo nos miramos más serios.

—¿Ya has encontrado alguna morenaza que te haga sentir la cabeza?

—preguntó él entre risas.

Joder.

Ella y yo nos miramos una vez más. Vi en sus ojos cierto miedo.

—Pues sí, la verdad es que hay una que me lleva de calle pero es una tipa complicada.

—Esas son las que molan —soltó Íñigo alegremente.

—¿Y complicada por qué? —se atrevió a preguntar Aina clavando sus ojos en los míos.

Debía ser cauto porque Íñigo no parecía el típico lelo que no se enteraba de nada.

—En pocas palabras, le cuesta abrirse y reconocer que siente algo por mí.

—¡Pues a por ella! —exclamó él mientras seguíamos mirándonos con esa intensidad.

—Es dura de pelar —dije mirándolo a él.

—¿Le has dicho nunca nada? —Aina volvió a la carga y aluciné por el morro que le echaba al asunto.

—¿Sobre qué?

—Tus sentimientos. —La miré de nuevo.

—Eso les gusta a las chicas, macho, Aina sabe de lo que habla.

—No —respondí perdiéndome en sus ojos—. ¿Debería?

—Quizás —respondió ella fija en mí.

—Claro que sí, coño —aseguró él, divertido.

¿Situación rara y extravagante? No me había encontrado en una de estas desde... ¿nunca?

Todo aquello de que Aina iba a pasar a la historia se esfumó en un segundo y entendí que ella quería saber qué sentía realmente, qué quería de ella, pero lo jodido era saber qué esperaba ella de mí. ¿Un amante? Joder. Se me ponía dura

al pensar que Aina me pudiera usar de ese modo pero no era lo que yo deseaba.

Yo quería un todo o nada. No me iba a conformar con unos polvos mágicos de

vez en cuando.

“¿Podemos cenar juntos este sábado?”

Muy bien Guille, así la iba a olvidar fijo.

“Dime hora y lugar, allí estaré”, ella respondió al momento y sonreí. Aina no se lo había pensado demasiado...

“21.30. En Casablanca”

Era un restaurante situado en mi barrio, en Sants, y era muy conocido porque era el típico lugar para parejitas, con luz tenue y decoración suave.

También era conocido por sus numerosas pedidas de mano y por eso me pareció

perfecto para ir con Aina; quería decirle indirectamente que ella me importaba,

que no era una tía cualquiera y que yo quería conocerla en serio. No tanto como

para pedirle la mano pero sí esperaba que entendiera el mensaje subliminal.

“???”

“Sin anillo”, escribí aguantando la risa.

“Ja, ja, ja”

Sonreí al imaginar su risilla. Me gustaba todo de ella. Su rostro serio, sus ojos fijos en los míos, sus labios perfectos e incluso su maldita coleta.

Aquella noche me había propuesto comportarme y no traspasar ciertos límites. Sobre todo físicos. Quería respetarla y que ella se sintiera respetada. Que entendiera que no quería follármela.

Lo que yo quería era hacerle el amor. Durante horas. Con su conciencia tranquila. Con todo el tiempo por delante. Pero eso no estaba en mis manos, de

momento.

Capítulo 30

Llegué antes que ella, por supuesto, y esperé aparentando tranquilidad. Cuando

mis ojos la localizaron bajando de un taxi fui hacia ella con una sonrisa nada fingida. Un vestido de gasa color esmeralda y unos zapatos negros. No vi más,

solo sus ojos penetrando en los míos.

—Estás preciosa —le dije con dos besos suaves.

—Gracias, tú también.

No entendía muy bien ese buen rollo entre nosotros después de aquellas dos semanas pero me daba igual, necesitaba un respiro con ella. Y por lo visto

Aina también.

—¿Seguro que no hay anillo, verdad?

Nos reímos y me cogió del brazo para entrar en el restaurante lleno de parejas, cómo no.

Nos sentamos, miramos la carta con esmero, nos pusimos de acuerdo en un santiamén en compartir algunos platos y con la primera copa de vino blanco empezamos a relajarnos de verdad.

—¿Qué tal tus heridas?

—Ya casi no me duele nada...

—Lo siento. —La miré esperando que siguiera.— Siento no haberte preguntado ni llamado ni nada, esto... sabía cómo estabas por Martina pero...

—¿Pero?

—En cuanto me relataron qué te había pasado sentí... sentí algo y me asusté.

—¿Por sentir algo?

Quería que se explicara, que fuera capaz de expresarse y de abrirse de una vez.

—No me refiero a lo que puedas sentir cuando alguien sufre o padece, sino que sentí miedo por ti.

Cerró los ojos un segundo y me miró de nuevo.

—Y a la vez miedo por mí, por sentir aquello. No sé si me explico.

—Creo que sí —quise echarle un guante porque Aina era poco diestra en

verbalizar todo lo que albergaba en su interior.

Y no quería empezar con mal pie. Aquella noche no.

—Debo confesar que también pensé que así pasarías de mí —añadió mirándome con esa intensidad tan suya.

—Pasar de ti —repetí irónico y medio sonriendo.

No era tan fácil.

—Exacto.

—Te lo dije Aina, no eres solo sexo.

Nuestros ojos decían mucho más que nuestras palabras y Aina retiró la mirada con las mejillas sonrojadas. ¿Por qué?

—Guillermo, tú... eres guapo, listo, simpático y muy... muy soltero.

Me reí por su expresión.

—¿Muy soltero?

—Ya sabes qué quiero decir. No eres de los que se enamoran así como así.

—Nadie se enamora así como así. Bueno, excepto mi hermana.

Sonreí al nombrarla.

—Gracias por los piropos pero creo que te equivocas si piensas que no me gusta estar con una chica, con una sola chica. He tenido dos relaciones serias y

he conocido a muchas otras pero cuando estoy con alguien me gusta estar al cien

por cien.

—Ya...

—Mira, Aina...

El camarero nos interrumpió con los entrantes y su móvil también.

—Perdona —dijo silenciando la llamada.

Dejó el móvil en la mesa y pude ver quién volvía a llamarla al minuto; Íñigo.

—Quizás es importante —le dije pensando que prefería que solucionara lo que fuera y estuviera centrada en nosotros.

—No creo —aseguró tranquila.

Al momento le llegó un mensaje y pude leerlo perfectamente: “*Dónde cojones estás?*”

No parecía muy amable, la verdad. La miré con gesto interrogante.

—¿Pasa algo?

—Ehm... No, ¿por qué?

—Por su manera de hablarte —le dije con sinceridad señalando su móvil.

—¿Lo dices por el mensaje?

—Sí.

—No me afecta —dijo alzando su barbilla.

No, pero sabía que no estaba bien, ¿o no?

—Genial pero ¿te habla así normalmente?

—Íñigo es muy bruto pero en el fondo es buena persona.

—No lo dudo, pero ¿por qué dejas que te hable así? ¿O que te rompa el móvil por ejemplo?

—Ehm... Aquello fue un arrebato...

—A eso me refiero Aina, no es lo normal. Lo sabes.

—Íñigo es como es. Lo aceptas o no.

—Y tú lo aceptas porque...

—Porque por una vez en mi vida estoy con alguien sin la influencia de mis padres.

¿Cómo?

—Ellos siempre han estado tan encima que incluso mis parejas las elegían ellos; Jaime el hijo de un amigo, Rodrigo el hijo de un empresario, Carlos el hijo de un accionista. Hasta que me harté y me fui de aquí.

—A Ciutadella.

—Exacto. Allí conseguí alejarme de ellos y regresé con ganas de rehacer mi vida. En cuanto llegué a Barcelona, conocí a Íñigo y empezamos a salir.

—Y ya te está bien.

—Me está bien joder a mi madre saliendo con él.

La miré frunciendo el ceño.

—Pero Aina... esa no es una razón de peso para estar con alguien, ¿no crees?

—Lo sé.

—¿Lo conocen?

—No, por supuesto. Jamás querrían conocer a alguien como Íñigo. Saben quién es por sus jodidos informadores...

—¿Informadores?

Me miró sopesando qué decirme.

—¿Aina?

—Gente que trabaja para ellos y que les cuentan mi vida.

Alcé las cejas, incrédulo.

—Lo dices en serio —afirmé al ver su rostro.

—Totalmente. Saben qué hago o dejo de hacer, con quién estoy, dónde voy...

—Eso suena a acoso.

—Por eso me fui.

—Pero... ¿qué dicen ellos?

—Mi padre dice que tiene miedo de que me ocurra algo y mi madre es una controladora de nacimiento. No he podido convencerles de ningún modo.

—¿Esas son las razones? —pregunté alucinado.

Volvió a hacer una pequeña pausa.

—No, hay más pero prefiero explicártelo en otro momento.

Aquello era muy típico de ella y empezaba a conocerla en profundidad;

Aina necesitaba dosificar sus confianzas.

—Vale, deja que lo resuma brevemente. Sales con Íñigo un poco por despecho hacia tus padres, quienes por algún motivo que todavía no quieres contarme, te controlan demasiado. ¿Es así?

—Algo así.

—Porque Íñigo es la antítesis de los trajes de etiqueta y de restaurantes como este.

Me miró sonriendo.

—Porque me sentía libre con él hasta que... te conocí.

—Ahora viene la parte interesante —le dije alzando mis cejas un par de veces y destensamos el ambiente con una carcajada.

— La primera vez que te vi me pareciste tan guapo que me caíste mal al momento.

—¿Y eso?

—Porque pensé que eras el típico tío bueno idiota, ya sabes.

Nos reímos de nuevo.

—Pero entre los halagos de nuestros compañeros y tu actitud, fui cambiando de opinión. Me había equivocado contigo.

—¿En lo de tío bueno?

Verla reír era algo increíble para mis sentidos.

—En lo de idiota, aunque un poco capullo sí has sido con Cristina.

—Ya. No voy a negar mi parte de culpa.

—Sé que tiene un grave problema con eso. Hace tiempo que lo sospecho pero tú me lo has confirmado.

—¿Yo?

Yo no había dicho nada a nadie, por supuesto.

—Le haces terapia, y no me digas que no. No hace falta que me cuentes nada, entiendo que no puedes.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, hace un par de días me acerqué a Cristina para solucionar algunos temas.

—Genial. Me alegro por vosotras.

—Sí, era algo pendiente que debíamos hacer.

Me alegraba por ellas, mucho. Y estaba seguro de que en la próxima visita con Cristina me enteraría de todos los detalles.

Seguimos degustando aquellos platos, charlando de todo y de nada y

viendo como alguna pareja llegaba al final de la cena para ofrecer el esperado anillo de pedida. Aina lo comentaba poniendo los ojos en blanco y yo no dejaba

de observar todos sus gestos.

—¿Te apetece una copa?

—Solo una, ya sabes qué me ocurre si me paso —dijo bromeando.

La recordé sin problemas entrando en mi piso con el vestido en la mano.

—Fue divertido, me reí un buen rato contigo.

—¿Sí? No lo recuerdo mucho... Debiste pensar que era una fresca.

Nos reímos ambos yendo hacia un local que había en la zona.

—Qué va, pensé que estabas bebida. No tienes pinta de fresca.

—¿Ah no?

Me miró provocándome y sonreí de medio lado.

—Lo siento, pero no.

—¿Ni así?

Puso morritos y parpadeó con rapidez. Miré su boca y sentí un latigazo en los pantalones.

—Deja de hacer eso o no respondo de mí.

—Eso es un sí —dijo conforme y entrando en *LaZone*.

Cogí su muñeca y la giré hacia mí. Ella apoyó sus manos en mi pecho y

me miró con deseo. Supuse que el par de botellas que habían caído durante la cena tenían un poco la culpa.

—Aina, Aina —la avisé con una medio sonrisa.

—Eres tú quien me tiene atrapada, ¿o no?

Sentía todo su cuerpo pegado al mío. Y sí, vale, era yo quien la abrazaba pero ella parecía disfrutar alborotando mis hormonas.

—Tú eres muy inocente, ¿verdad?

—¿Lo dudas?

Nos miramos con ganas de comernos pero nos aguantamos esas ganas, no sé por qué. Bueno sí, porque no quería fastidiarla.

Pedí una cerveza y Aina prefirió una copa de vino. Seguimos parloteando sin entrar en ningún tema espinoso del tipo “¿y ahora qué?”. Simplemente pasamos un buen rato y reímos mucho porque Aina cuando se deshacía de esa máscara, era muy divertida.

Me ofrecí a acompañarla a casa después de esa copa y ella se negó, pero insistí y acabó cediendo. Había venido en taxi porque iba justa de tiempo pero decidimos volver dando un paseo, ya que entre su piso y el mío no había mucha distancia.

—Oye, ¿y ahora mismo te siguen?

—No creo. A ver, no están las veinticuatro horas encima, en plan detective.

—Me quitas un peso de encima, ya estaba mosqueado.

—¿Por?

—No sé, me parecía que alguien nos seguía.

Y era cierto, me había girado un par de veces pero no había visto a nadie sospechoso. A esas horas las calles no estaban transitadas y se veía con bastante claridad bajo la luz de las farolas.

—Eso es por lo que te he contado —dijo en un tono burlón y me dio un codazo.

—Soy muy susceptible. —Le seguí la broma y pasé mi mano por su

cintura para acercarla a mí un momento.

Nos detuvimos y nuestros labios se encontraron al mismo tiempo. Un beso. Solo eso. Sin lengua sin jadeos y sin prisas. Pero era un beso bastante esclarecedor.

—Aina, mis sentimientos son estos.

—Parecidos a los míos —dijo en un murmullo.

—No quiero prometerte tonterías, solo quiero que sepas que estoy enamorado de ti.

Era simple, sencillo, como yo. No hacían falta palabras de esas extrañas que yo usaba en mis novelas como “me salta el corazón en cuanto te veo” o “me envuelven las estrellas cuando me miras”.

—Y yo de ti, Guille...

Joder... No me saltó el corazón, pero casi. ¿Lo decía de veras? Sí, lo leía en sus ojos, en sus labios temblorosos y en sus manos inseguras en mi pecho.

¡Sí, sí, sí!

Por fin veía la luz... Aina estaba por mí. ¿Era aquel nuestro principio?

Jamás pensé que ese podía ser el último beso. Nuestro último beso.

Jodida vida ...

Capítulo 31

No era un puto sueño. Aina estaba en la UCI cuatro días después de decirme que

me quería. La veía intubada por todos lados y solo oía el monitor que marcaba

sus constantes vitales. Joder, joder... se me iba de entre los dedos como el agua y me veía impotente ante esa sensación. No había nada que yo pudiera hacer.

—Su estado es delicado, muy delicado. Debido a su cardiopatía congénita... —¿Cómo?— La arritmia que ha sufrido ha provocado este lamentable...

Desconecté de las palabras del doctor y lo único que pensé era que YO podía haber evitado todo aquel episodio. Desconocía que Aina padeciera ningún

tipo de enfermedad, ni que al mes de su nacimiento le realizaran una pequeña intervención... yo la había metido en todo aquel lío. Apoyé la frente en mis manos y no pude dejar de pensar en qué momento podía haber hecho cambiar el

rumbo de las cosas.

Guille, no eres Dios, esto no es como un puto libro de amor...

Después de aquella cena y a pesar de que no habíamos terminado en la cama, pensé que había sido una velada perfecta. Risas, charla, miradas y palabras sinceras que me hicieron regresar a casa con una gran sonrisa en mis labios.

Sabía que no todo iba a ser de color rosa, que ella necesitaba hablar con Íñigo y que debía ir despacio con ella. Pero Aina sentía lo mismo que yo, estaba

enamorada de mí y en breve podría disfrutar de ella en muchos sentidos, algo que pocos días atrás lo veía como un imposible.

En cuanto llegué al piso me di una ducha refrescante y me dormí al

instante. Al día siguiente tenía un mensaje de Aina de la noche anterior.

“No quiero seguir con esto. No me llames, ni me escribas”

Si alguien me hubiera arreado con la mano bien abierta en toda la cara me hubiera hecho mucho menos daño que aquellas palabras de Aina. ¿Cómo podía

decirme eso? Joder. No, no me lo podía creer.

“Aina, ¿qué ocurre?”

Me tomé el café, miré el móvil, me vestí y volví a mirar: Nada. Ni siquiera me había leído. Joder, joder. ¿De qué iba?

Era lunes y debía currar, eso no lo podía dejar de lado. Además Aina tendría que darme una explicación en un momento u otro. Pero no apareció en toda la mañana y nadie sabía el porqué, nadie excepto Rafa quien a última hora

respondió a mi pregunta: Aina se había tomado unos días libres porque no se encontraba demasiado bien. ¿Y eso? Rafa no lo sabía, solo le había dicho que ya

le pasaría los papeles de la baja.

Por supuesto la llamé un par de veces pero no lo cogió. Y el mensaje seguía sin ser leído. Estuve a un tris de mandarle otro pero me di cuenta de que era absurdo, ella misma me había dicho que no lo hiciera.

Aquel mediodía vinieron Chloe y Aitor a verme ante mi mal humor. Mi

hermana me había llamado para comentarme que se iba a ir a Madrid con Aitor

para asistir a unas conferencias sobre educación. Me alegraba por ellos, mucho,

pero no estaba en mi mejor día. Y Chloe vino a socorrerme.

—¿Así os vais la próxima semana? Genial...

—Guille, ¿me vas a decir qué te pasa?

Los miré a ambos y Aitor dijo que se iba al coche si necesitábamos estar solos. Le dije que no y acto seguido les expliqué por encima mi preocupación por Aina. No supieron qué decirme: quizás se lo ha vuelto a pensar o quizás tiene miedo o quizás...

En fin, más de lo mismo de las mil cosas que había llegado a cavilar yo.

Incluso había pensado que me había usado pero no... no podía ser. Ese último beso. Esa mirada. Sus palabras. Aina no podía estar mintiendo. No podía ser así

de fría. No.

—Guille, a veces la gente parece una cosa y después... fíjate en Íñigo...

Hablaba de su ex, claro.

Y tenía razón... Tenía claros ejemplos últimamente de que las apariencias engañan.

Íñigo, su ex, había resultado ser un tipo retorcido que no aceptaba un no por respuesta.

Cristina parecía una tía súper sexy y resultaba que tenía un trastorno.

Íñigo, el novio de Aina, la engañaba continuamente.

Y Aina... ¿era una mentirosa compulsiva? ¿Una de esas mujeres que necesitaban tener a varios hombres detrás? ¿Una calienta braguetas? ¿Una embaucadora? ¿Una jodida rompe corazones? ¿Una amantis...?

¡No!

Me negaba a creer todo aquello que iba surgiendo de mi mente ante su mensaje y su repentina desaparición.

—Aina siempre ha sido algo complicada... —añadió Aitor— Según Cristina, claro.

Ya... Cristina no me podía ayudar tampoco en toda esta situación porque el sábado se había ido con Pablo a pasar unos días fuera.

Solo ante el peligro y sin saber qué hacer.

Pero lo hice, hice lo que creí conveniente. Al día siguiente la volví a llamar y nada. Así que por la tarde pasé por su piso. Llamé al interfono un par de veces pero no contestó nadie.

La frustración sumada a la preocupación empezaba a hacer mella en mí y me estaba poniendo de una mala hostia importante. Me sentía estúpido por ir tras

ella como un puto perro pero sentía que algo se me escapaba. ¿Por qué Aina había cambiado de opinión? No me había dado tregua. Si la hubiera tenido delante habiéramos hablado y con toda probabilidad habiéramos discutido pero

al menos hubiera sabido sus razones.

Aquella manera de actuar tan cobarde, tan infantil, tan de... de niña

mimada que lo ha tenido todo en la vida, me repateaba. Nadie había jugado con

mis sentimientos como ella y eso me jodía el doble, sobre todo a mi edad. Joder,

que no tenía veinte años para ir cayendo como un pardillo en esos juegos.

Al tercer día reventé. Estaba en mi piso, intentando continuar con la historia de CHLOE pero me era imposible no pensar en nada que no fuera ella.

¿Dónde cojones estaba? Con Íñigo, fijo. ¿Por qué no me había leído el puto mensaje? Porque pasaba como la mierda de mí. ¿¿De qué iba, joder?? No dejaba

de repetirme eso hasta que mi voz interna me dijo: plántate allí y espérala porque no podrás hacer nada a derechas hasta que no hables con ella.

Y tal cual.

Llamé a su piso de nuevo y nadie respondió. Me senté en el bar de enfrente a esperar. Eran las cinco de la tarde, en algún momento u otro saldría o entraría...

o no. Daba igual, no me iba a mover de ahí, observando su portal. Necesitaba saber esas razones y a partir de ahí empezar de cero si eso era lo que debía hacer.

No había pasado ni una hora y lo vi; a Íñigo. Entró y dejé pasar unos diez minutos hasta ver que no salía. Estaba seguro de que ella estaba dentro, con él.

Crucé la calle y esperé a que algún vecino abriera la puerta para colarme.

No pensé que quizás me los encontraría retozando o que no sería bienvenido o

que quizás ponía en un apuro a Aina. Me obcecaba la idea de saber qué había sucedido para que Aina actuara de aquel modo tan... tan doloroso para mí.

Porque debía reconocer que a parte de extrañado y preocupado, estaba bien jodido.

Supongo que fue el dolor el que me llevó a actuar así. A esperar cualquier oportunidad para entrar en su piso. En cuanto llegué llamé apartándome de la mirilla y la puerta se abrió.

—Guillermo...

Intentó cerrar pero no la dejé y empujé sin mucho esfuerzo. Ella me miró asustada y dio un par de pasos hacia atrás. Me dio tiempo a ver que iba vestida

con una camiseta y un pantalón corto, que su coleta estaba bastante despeinada y

que sus ojos tenían cierto brillo.

—Aina...

—Vete —me ordenó apurada.

Oí correr el agua de la ducha y supuse que Íñigo estaría dentro. Mi mente se montó su propia historia: fijo que acababan de follar. Algo me quemaba por

dentro.

—Guillermo, por favor. Debes irte.

—No, necesito que me lo digas a la puta cara —le solté enfadado.

El agua seguía corriendo así que podíamos hablar sin problemas.

—¿El qué?

La miré alzando las cejas.

—Qué cojones. Que eres una caliente pollas, Aina.

Abrió los ojos y colocó su mano en su boca, como si hubiera oído el mayor taco de su vida.

—Me mentiste —la acusé sin poder parar de hablar—. ¿Por qué?

Negó con la cabeza y sus ojos empezaron a humedecerse.

—Joder, Aina...

Verla así fue un revulsivo y quise abrazarla, rodearla con mi cuerpo y mecerla hasta que dejara de sentir aquella tristeza que la perseguía.

—Yo...

—¿¿En qué puto mundo vives?? —Íñigo apareció en escena y tiró del brazo de Aina, colocándola tras él.

Lo miré alucinado al ver esa actitud violenta con ella.

—¿Qué coño quieres? ¡Ah! Seguro que el de mi chica, ¿me equivoco?

Me miró furioso y quise entrar pero me detuvo con la mano.

—Ni se te ocurra poner un pie aquí dentro.

Su tono era de todo menos amigable. Entendí que Íñigo sabía algo de lo nuestro.

—Guillermo, por favor.

Aina me miró pidiéndome que me fuera pero antes muerto que dejarla con ese imbécil que la trataba de aquella forma.

—¿Podemos hablar? —Intenté primero ser razonable con él.

—No hay nada que hablar. Vete por donde has venido.

—No voy a dejarla contigo —dije muy seguro.

—Está conmigo, tío. Tú eres tonto, ¿o te lo haces?

Dio un paso hacia mí, sacando pecho pero no me moví. Si había que darse de hostias pues nos daríamos de hostias. No iba a dejar aquello así. No iba a dejar a Aina con aquel gilipollas.

—¿Lo de tonto es por no contarle a tu chica ciertas cosas?

Nos miramos como dos fieras a punto de atacarse y perdí de vista a Aina.

—¿Te vas a inventar una mentira?

—Los dos sabemos que no son mentiras y que tengo testigos, muchos, de cómo eres. ¿Lo sabe ella? ¿Sabe que te follas a otras? —Oí una exclamación ahogada de Aina y ahí debí frenar...

—No te va a creer.

—Ella lo sabe, ¿te crees que no? Aina sabe que te vas con otras, que la dejas de lado para irte con otras tías, que mientes diciéndole que estás de gira cuando en realidad estás con la rubia aquella del grupo o con tu amiga Sonia...

—Eres un mierda, tío...

Me dio un empujón con todas sus fuerzas y se lo devolví al momento. Con la misma estatura y él algo más delgado, estábamos en igualdad de condiciones.

—Hablando de mierda... ¿Sabe que vendes coca? ¿Que la tomas? ¿Que eres un puto drogata?

Intentó atizarme pero lo esquivé.

—Te voy a matar, colega. Acabas de cagarla mucho.

—Estoy temblando —le dije encarándome a él con lo cual acabó retrocediendo.

—Eres un cabrón de mucho cuidado. ¿Te la has cepillado, verdad?

Me miró a los ojos buscando la verdad pero no iba a decírsela.

—Aina y yo no hemos follado, si es eso lo que te preocupa.

Su gesto se relajó pero no le quité el ojo de encima de modo que no pude ver que Aina no se encontraba bien. No quería perder esa pelea pero, a veces, es

peor el remedio que la enfermedad.

—No has follado con ella pero te ha faltado un pelo. Sabiendo que está conmigo, hijo de puta...

No le faltaba razón pero los sentimientos eran los que eran y él no era precisamente un modelo a seguir.

—Joder, ¿y lo tuyo? ¿Follándote a todo Dios?

—¡Me las follo porque me sale de la polla! ¿¿Entiendes??

Lo dijo gritando y con su mano en los huevos.

—Eres un auténtico desgraciado...

Íñigo se lanzó a por mí en plan kamikaze y me tiró al suelo del impulso.

Me dio, le di. Nos revolcamos por el suelo. Intentó atizarme y yo le devolví el

puñetazo. Estábamos en el rellano y nuestros gritos e insultos retumbaban por

la

escalera. Tanto que los vecinos empezaron a salir preguntando qué ocurría. Alguien nos separó, pero los dos estábamos cegados por la adrenalina de la pelea. Demasiado.

Oí una sirena. Vi a un par de técnicos de ambulancias subir por las escaleras. Miré parpadeando a Íñigo. Oí voces pero el miedo a reconocer que aquellos dos iban al piso de Aina me dejó sordo durante varios segundos. Intenté

zafarme de aquellas manos pero eran dos los que me cogían con fuerza.

—Aina... —gemí asustado.

Había padecido una arritmia y había acabado perdiendo el conocimiento mientras Íñigo y yo dábamos vueltas por el suelo como dos trogloditas. Por el camino había sufrido una insuficiencia cardíaca a causa de la arritmia.

Afortunadamente el vecino que llamó avisó de que Aina estaba inconsciente y enviaron una ambulancia medicalizada con un médico y un enfermero. Ambos hicieron todo lo que estaba en sus manos pero Aina padecía una cardiopatía congénita y su estado de salud era más bien débil, con lo cual ahora mismo su

vida pendía de un hilo. Lo que ocurriera en las siguientes horas sería crucial para ella. Los fármacos vasodilatadores hacían su función pero los médicos no habían

confirmado que sobreviviría.

Pasé de nuevo las manos por mi pelo y escondí la cabeza entre ellas.

Seguía solo aunque mi hermana estaba al caer. La había llamado llorando antes

de entrar en la UCI.

—Chloe... Aina está en estado crítico... puede morir...

Se lo relaté todo en un par de minutos y me dijo que no tardaría en llegar.

—Se puede morir, ¿¿me oyes?? No... no puede morir...

Aquello mismo pensé con mi padre, aquella mañana del último día de

julio. Lo había deseado en voz alta pero no quería que se fuera, no quería dejar

de ver sus ojos color miel mirándome con cariño, no quería dejar de oír su voz,

no quería dejar de sentir sus abrazos, su amor, su pasión por la vida, su sonrisa,...

Pero son decisiones fuera de nuestro alcance. Mi padre se fue y Aina podía

irse en cualquier momento, con una vida que no había vivido al completo. No rezo nunca pero recé. Pedí a quien fuera que la dejara vivir.

De repente oí una especie de alarma y me quedé bloqueado. ¿Era Aina?

Entró a toda prisa un médico seguido de una enfermera, a los pocos segundos llegaron un par más, hablaban en términos técnicos pero pude entender a la perfección un “se nos va...”

¡Dios! No, no...

Tenía que vivir, joder. Aquello no podía ser real. En una milésima de segundo pensé que me apartaría de su lado si era necesario pero Aina debía vivir.

Aina vuelve, por favor, por favor...

Epílogo

Las historias de amor suelen terminar bien... O aquello era lo que me había dicho siempre Chloe: ni se te ocurra poner un final trágico en una novela de amor. ¿Y

Romeo y Julieta?, le preguntaba sonriendo. Ella siempre decía que aquella historia de amor era única y que por eso no se podía repetir.

—¿Estás bien? —me preguntó mi hermana interrumpiendo mis

pensamientos al ver que no soltaba el ramo de flores que tenía entre mis dedos.

Miraba la lápida y no dejaba de darle vueltas a todo lo que me había sucedido en las últimas semanas. No dejaba de pensar lo mismo: “hoy estás y mañana a saber”. Era la típica frase que decía mi vecina Clotilde y ante la cual

yo resoplaba y ponía los ojos en blanco, dando a entender que aquellas frases hechas eran para los abuelos.

—¿Y tú? —le pregunté al ver su mirada triste.

Se encogió de hombros y suspiró. Aitor cogió su mano y la besó.

Desde el suceso del hospital habían transcurrido tres meses y Aitor se había recuperado casi del todo. Andaba con la ayuda de una muleta, había empezado a trabajar a jornada completa y se sentía al cien por cien de nuevo.

Chloe me había ido relatando todos sus progresos y a la vez la evolución de su

relación: él le dijo que quería algo en serio con mi hermana y ella no lo dudó ni un segundo. Al mes se declaraban su mutuo amor y ahora mismo eran una de esas parejas dignas de envidiar. Yo solo esperaba que aquello siguiera por aquel

camino y que mi hermana lograra ser feliz al completo con Aitor.

Algo parecido había ocurrido entre Cristina y Pablo. En el centro los

llamábamos “La parejita happy” y ellos se lo tomaban con muy buen humor.

Cristina había hecho un gran esfuerzo por seguir con la terapia y habíamos logrado resultados muy buenos en pocas semanas. Su problema era interno, no

había causas externas que provocaran aquella actitud, y las fuimos trabajando una a una. Yo había ganado una buena amiga con ella.

Dejé el ramo con cuidado leyendo su nombre en la lápida y pensando en lo que no podría vivir, en lo que se perdería, en lo que podría haber sido,...
Cerré los ojos con fuerza.

Te quiero...

¿Cuántas veces debería haberlo dicho y no lo hice?

CHLOE

—¿Estás nervioso? —le preguntó a su hermano.

—Un poco, ¿y tú?

—¡Ayyyyyyyy! Mis niños, que se me casan, que se me casan. —Era

Conchi, la madre de ambos.— Fíjate Santiago, los dos a la vez. Como los donuts, joder. Como si fueran gemelos... ¿No es bonito?

—Mamá, relájate —le dijo Chloe a su madre.

—Eso me lo dices porque no has visto a Aitor, chiquilla. Está guapo a rabiar y ¿¿Aina?? Madre del amor hermoso. —Conchi miró a Guille y este sonrió.— Te van a caer los ojos cuando la veas.

—Conchi —la avisó Santi para que no dijera nada más.

Ella se acercó a su hija que iba con un vestido rosa palo y le cogió una mano.

—Estás preciosa...

Guille cogió la mano de su madre y ella los miró a ambos.

—Vuestro padre estaría orgulloso de vosotros.

—Lo sé —dijo él y se abrazaron hasta que Clotilde entró avisándolos de que Guille debía entrar junto a Aitor.

Aquella boda a cuatro había surgido de una cena en el piso que Chloe y Aitor compartían. Y lo que primero fue una idea loca acabó haciéndose realidad.

Cuando Guille vio a Aina con aquel vestido de un blanco roto acercándose a él, se quedó sin respiración. Sabía que era Ella. Sabía que la amaría para siempre. Que quería estar a su lado en lo bueno y en lo malo. Que tendrían niños, al menos un par. Que pasarían épocas más complicadas pero que las superarían porque se querían de verdad.

—Nena...

Un beso de los suyos, los dedos entrelazados y ambos miraron en dirección al capellán que estaba al frente de aquella doble boda. Guille no pudo evitar dirigir su mirada hacia el pelo de Aina y sonrió gratamente.

—¿Qué? —susurró ella aguantando la risa.

—No podía ser de otra forma...

—No, no podía ser...

El final del libro estaba ya en mi cabeza y no era nada extraño que en algún semáforo me pitara un coche para avisarme de que estaba en verde.

—Perdone, perdone...

Conduje con ganas de llegar al piso aunque me detuve para recoger un paquete. Al salir de la tienda Claudio me llamó.

—Tío, ¿vienes ya o empiezo sin ti?

—¿Empezar qué?

—He preparado una cena que te vas a chupar los dedos...

Solté una risilla al imaginarme a Claudio con un mandil puesto. Vamos, ni en mi peores sueños. Si yo era malo cocinando, no quiero decir lo que era capaz

de hacer él.

—Dame dos minutos.

Claudio ya no tomaba nada, de momento seguía limpio. La terapia con

Pablo le iba muy bien y mi colega siempre me decía que Claudio era muy fuerte

mentalmente y que superaría aquella adicción sin problemas. Había dejado atrás

aquellas amistades que no le convenían, como la de Íñigo.

Pensé en cómo engañan las apariencias. Íñigo siempre me había parecido

un tipo simpático y divertido y en la intimidad era un auténtico capullo con Aina. Paqui, una de sus mejores amigas, estuvo muchas horas en el hospital y acabó explicándome algunas cosas sobre aquella relación.

Según ella, Aina estaba sometida a esa relación. Se había obcecado con la

idea de fastidiar a sus padres con Íñigo y había llegado a un punto que no sabía

cómo dejarlo. Él no la trataba demasiado bien pero Aina no quería reconocer su

error sabiendo que sus padres acabarían enterándose y se lo echarían en cara una

vez más. No quería que le dijeran que aquel tipo era un mierda.

Y en realidad lo era.

Íñigo nos había visto la noche de la cena. El muy imbécil la había esperado en el portal y una vez en su piso le había echado en cara su infidelidad. Ella lo había negado todo pero él le había prohibido volver a verme de muy malas maneras.

Por suerte, lo habíamos perdido de vista. El muy gilipollas se había ido con el rabo entre las piernas al saber el estado de Aina, al saber que estaba al borde de la muerte y ni se había dignado en preguntar más. Allá él.

En cuanto entré en el piso un aroma delicioso me invadió y sonreí.

¿Claudio cocinando? Fijo que no. Estaba colocando los vasos en la mesa y me

miró divertido.

— *Perol* y berenjenas al horno —dijo como un auténtico cocinero.

—Típico de Ciutadella. —Su voz me sorprendió por detrás y me giré para atraparla entre mis brazos.

—Nena, habíamos quedado que no harías nada...

—Me ha amenazado, si no la dejaba cocinar me ha dicho que no iba a probar bocado—soltó Claudio viendo que entonces lo miraba a él.

Después de aquel puto susto Aina volvió... tal y como pedí. En

veinticuatro horas su estado mejoró bastante y su cuerpo aceptó la medicación como agua de mayo.

Estuve con ella, día tras día, noche tras noche. Y junto a sus padres, claro, con quienes acabé teniendo una relación más bien fría pero cordial.

Al salir del hospital el médico le dijo que hiciera reposo absoluto durante el primer mes y que se tomara un tiempo largo para volver a hacer vida normal.

Sus padres le ofrecieron su casa pero Aina escogió mi propuesta: voy a cuidarte como si tu vida fuera la mía...

—Me apetecía cocinar... —Me miró poniendo morritos y le sonreí—

¿Cómo ha ido?

—Bien. El ramo era precioso. Gracias por pensar.

Le había dicho a Aina en algún momento que a mi padre le apasionaban las margaritas y que siempre se las regalaba a mi madre con cualquier excusa.

—De nada. —Sus labios se acercaron a los míos y nos dimos uno de esos besos.

Un beso suave, delicado y cargado de sentimientos.

—¡Eh, eh! Parejita. Que aquí uno está solo, ¿no querréis que acabe como un mono?

—Joder, Claudio —le dije riendo—. No seas cerdo.

—Tranquilo cariño, yo no me asusto. Si lo vieras cortando las patatas...

Rompimos a reír los tres y cenamos entre risas y un parloteo continuo.

Claudio se pasaba por mi piso muy a menudo. Él y Aina habían conectado a la

perfección y los consejos de mi chica los escuchaba con un entusiasmo

desconocido. Después de cenar Cristina llamó a Aina y yo aproveché para saber

cómo estaba Claudio antes de que se marchara.

Desde el primer minuto Cristina se había preocupado por su prima y todos

esos años de peleas, piques y malos rollos se quedaron atrás. Aina, al verla a su lado en el hospital se lo agradeció con una mirada tierna y ambas se entendieron

a la perfección desde ese día. Y yo no me iba a meter, por supuesto que no.

—¿Te apetece una película? —le pregunté abrazándola por detrás un poco nervioso.

—¿Vemos Juego de Tronos? Tenemos pendiente el tercer capítulo.

Fruncí el ceño y ambos reímos. Habíamos tenido alguna que otra

discrepancia sobre lo que significaba “reposo y tranquilidad”. Sí, vale, me había convertido en un sobreprotector, sobre todo los primeros días, hasta que Aina se

plantó y me dijo basta. Entendí que me estaba pasando y a partir de ahí me relajé con ella.

Aina tomaba medicación desde bien pequeña a causa de esa cardiopatía

pero podía hacer vida normal. Lo que ocurrió en su piso fue un cúmulo de nervios, estrés y malas decisiones que la llevaron a padecer ese pequeño

ataque.

Yo había participado en ello pero Aina me había repetido mil veces que yo no tenía culpa alguna y que no quería que la tratara como a una enferma, eso ya lo

hacían sus padres.

—¿Y si te propongo otro juego?

La miré alzando un par de veces las cejas y sonrió ampliamente. Estaba preciosa. Había recuperado su peso, le brillaban de nuevo los ojos y el pelo suelto le caía por los hombros, tal y como a mí me gustaba.

—¿Qué juego? —preguntó coqueta.

Le recogí el pelo con una mano y tiré con suavidad de ella.

—Hazte esa maldita coleta que te la quitaré a mordiscos...

Vi cómo se colocaba el coletero y se giró hacia mí.

—¿Así bien?

—Perfecta...

Subí su falda mientras nos besábamos y Aina colocó su mano en mi

entrepierna. Mi mano cubrió la suya y trencé nuestros dedos. Notó que había algo entre nuestras manos.

—Guille... ¿qué tienes ahí?

—Una polla enorme —le dije medio riendo.

Sonrió por mi respuesta pero apretó su mano con la mía.

—¿Qué es?

—¿Qué podría ser?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Un coletero?

—Tienes demasiados.

—¿Una moneda de la suerte?

—Eres tan ocurrente como tu chico.

Aina rio y la besé impulsivamente.

—Nena...

—¿Mmm?

—¿Quieres...? —Nuestras bocas seguían con esos besos apasionados.

—Claro.

—¿Casarte conmigo?

Aina se detuvo y me miró a los ojos, intentando averiguar si estaba de broma. Seguidamente observó nuestras manos y la retiré despacio dejando que ella cogiera el anillo.

—Guille...

Fueron tres segundos de acojone puro y duro. Si decía que no me daba algo. Porque lo sé, era pronto, pero desde hacía un par de semanas solo me rondaba esa idea por la cabeza: pedirle que se casara conmigo. El juicioso de

Guille se había convertido en el alocado de Guille.

—¿Eso es un...?

—¡¡SÍ!! —Me besó con deseo y algo dentro de mí explotó de alegría.

La cogí en volandas y la apoyé en la pared.

—Va a ser un rapidito. Tenemos algo que celebrar.

—¿Me vas a follar?

Joder, cuando hablaba así me desarmaba.

—Mucho.

—Dame fuerte...

Uffff. Aina me podía.

Le aparté las braguitas y se la metí sin más preámbulos. Los dos estábamos preparados. Arqueó la espalda y empujé más fuerte.

—Quiero que te corras en mi polla dura...

Nuestras sesiones sexuales eran muy diversas; podían estar cargadas de caricias suaves y palabras de amor como de pura perversión y palabras sucias. A

ambos nos encantaba improvisar y dejarnos llevar.

—Guille...

Mis dedos apretaron sus carnes y sus uñas resiguieron mi espalda, signo inequívoco de que estábamos a punto de saborear otro de aquellos magníficos orgasmos.

Aina gimió y yo gruñí hasta saciar mi apetito.

—¡Dios, nena! Esa coleta me vuelve loco.

Ella rio y yo admiré su sonrisa. No podría dejar de quererla en toda mi vida y ese iba a ser mi propósito: quererla y hacerla feliz de verdad.

FIN. (¿Alguna voluntaria para que Guille le quite la coleta?)

Nota de la autora

Desde aquí quiero dar las gracias a todos los hombres que me rodean por ofrecerme esos pequeños detalles necesarios para ponerme en la piel de un hombre.

Ha sido una tarea complicada porque hombres y mujeres pensamos de forma distinta y por ello reaccionamos también de manera muy diferente. He intentado

ponerme en el papel al cien por cien y, aunque en algunos momentos me ha costado porque los pensamientos de Guille divagaban más de la cuenta, creo que

al final he logrado que el lector sienta que está ante un hombre que va explicando su historia de amor.

Solo deciros que no ha sido fácil porque meses atrás lo intenté y no me vi con ánimo, pero después me lo tomé como un reto, como un proyecto distinto y debo

confesar que me lo he pasado bomba y que no descarto repetir. Gracias!

Sobre la autora

Soy Susana Rubio Girona (Tarragona, 1975), licenciada en Pedagogía por la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. En la actualidad trabajo en mi propio centro pedagógico. Mi pasión es la lectura y la escritura.

En enero autopubliqué mi primera novela en Amazon: la bilogía Beauty y Beauty Too. En marzo le tocó a Daniela y en mayo a Paula, con No me gustas.

Gracias por leerme y os animo a que escribáis una reseña con sus

Document Outline

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Epílogo](#)